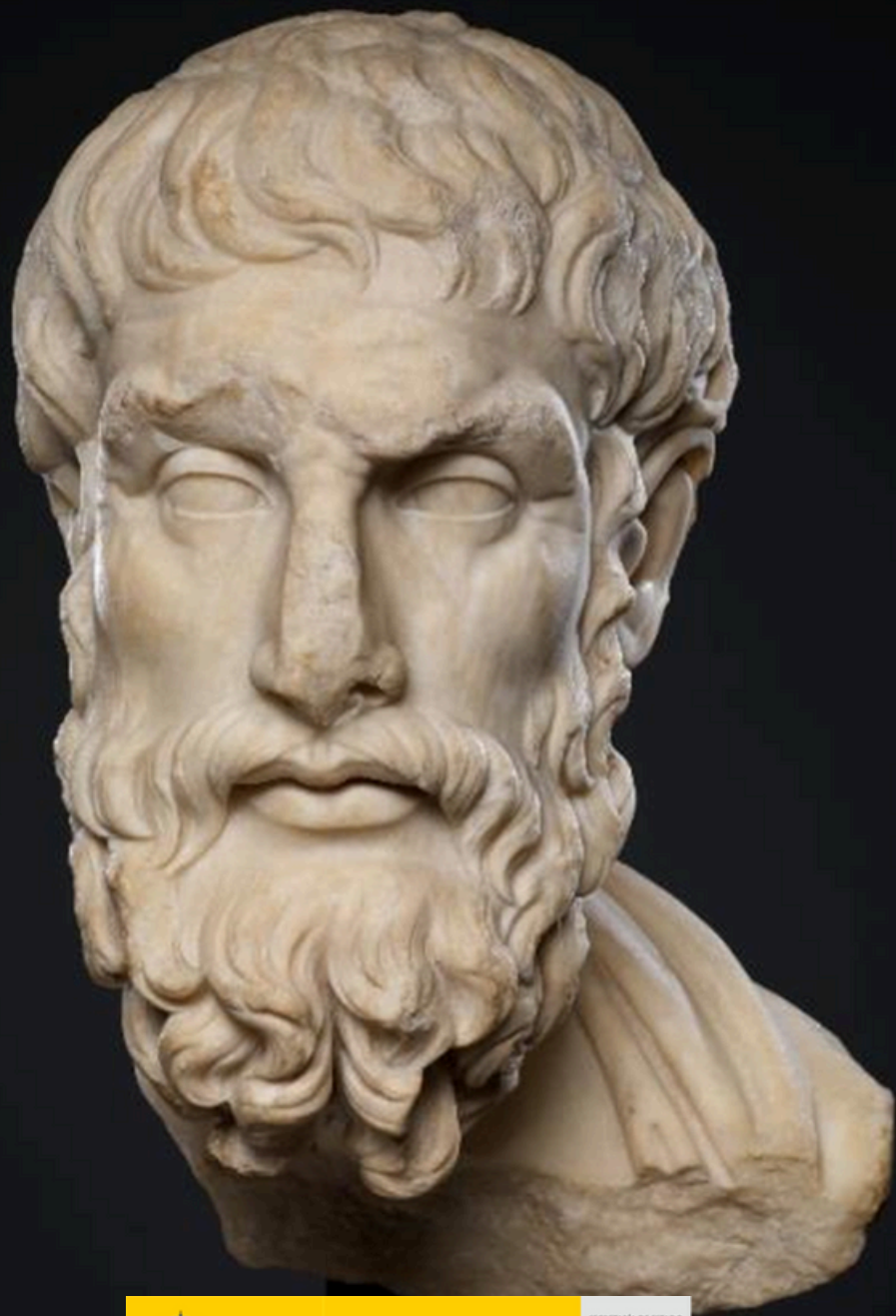


EL EDADISMO EN EGIPTO, GRECIA Y ROMA

LA OTRA CARA DE LA VEJEZ
EN EL MUNDO ANTIGUO

Rubén Herranz González



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE DERECHOS SOCIALES, CONSUMO
Y AGENDA 2030

SECRETARÍA DE ESTADO
DE DERECHOS SOCIALES

IMERSO

Unidad de Coordinación de Estudios y Apoyo Técnico

Instituto de Mayores y Derechos Sociales (IMSERSO)

Avenida de la Ilustración s/n, 28029 Madrid

EDITA

Ministerio de Derechos Sociales, Consumo y Agenda 2030

Imserso (Instituto de Mayores y Servicios Sociales)

estudios@imserso.es

<https://cpage.mpr.gob.es/>

<https://doi.org/10.5281/zenodo.18131135>

NIPO: 235250355

Fecha edición: 2025

AUTOR. Rubén Herranz González

DISEÑO DE PORTADA Y MAQUETACIÓN. Juan Ramón Aguirre Artigas

El Instituto de Mayores y Servicios Sociales (Imserso) no comparte necesariamente las opiniones y juicios expuestos, y en ningún caso asume responsabilidades derivadas de la autoría de los trabajos que publica

Índice

Presentación	6
Introducción	8
Capítulo 1.- El edadismo en la época antigua	
1.1.- ¿Por qué estudiar el edadismo en la Antigüedad?.....	10
1.2.- ¿De qué hablamos cuando hablamos de edadismo?.....	12
1.2.1.- Una definición de edadismo.....	17
1.3.- ¿Cómo buscar el edadismo en la Antigüedad?.....	17
1.3.1.- Buscando estereotipos, prejuicios y conductas discriminatorias.....	18
1.4.- ¿Por qué durante tanto tiempo se ha escrito tan poco sobre personas mayores?.....	21
Capítulo 2.- Las personas mayores en la Antigüedad	
2.1.- ¿Quiénes son las personas mayores?.....	25
2.2.- La edad como elemento definitorio de las personas mayores.....	27
2.3.- Pero ¿hablamos de una edad concreta?.....	31
2.3.1.- ¿Nadie llegaba a ser mayor en la Antigüedad?.....	32
2.4.- ¿Una definición atemporal de persona mayor?.....	34
Capítulo 3.- Egipto	
3.1.- Las personas mayores en Egipto.....	36
3.1.1.- ¿Cuándo se consideraba a una persona “mayor”?.....	37
3.1.2.- Cuando ya no se puede seguir trabajando.....	39
3.1.2.1.- El “bastón para la vejez”: un contrato de relevo de hace 4.000 años.....	40
3.2.- La medicina egipcia y la vejez: ¿el nacimiento del <i>antiageing</i> ?.....	41
3.2.1.- El <i>Heb Sed</i> : el rejuvenecimiento “mágico” del faraón.....	43
3.3.- La vejez en la literatura del antiguo Egipto	45
3.3.1.- La obsesión por rejuvenecer	45
3.3.1.1.- El Náufrago.....	46
3.3.1.2.- Sinuhé.....	46
3.3.2.- Ptahhotep: ¿el primer escritor mayor?.....	49
3.3.3.- El envejecimiento en otros relatos egipcios.....	51
3.3.4.- La burla y el desprecio: ¡Oh, viejo chocho!, ¡Nefasto es ser anciano!.....	52

3.4.- La vejez en las artes plásticas egipcias.....	54
3.4.1.- ¿La imagen estereotipada más antigua del mundo?.....	56
3.4.2.- Una persona, dos representaciones.....	57
3.4.3.- Si no te ven, puedes seguir siendo joven	63
3.4.4.- ¡Palurdo viejo y calvo!	64
3.4.5.- Las “invisibles” mujeres mayores.....	69
Capítulo 4.- Grecia	
4.1.- Las primeras divisiones por edades y sus expectativas.....	72
4.2.- Las personas mayores y las instituciones griegas.....	75
4.2.1.- Un caso particular: La <i>gerusia</i>	75
4.2.2.- ¿El origen de los servicios sociales?	77
4.3.- La mitología: la maldición de la vejez.....	79
4.4.- Las personas mayores en la literatura griega.....	85
4.4.1.-El mundo de Homero: La <i>Ilíada</i> y la <i>Odisea</i>	87
4.4.1.1.-Néstor, rey de Pilos: solo la juventud cuenta.....	91
4.4.1.2.-Otros mayores en la obra de Homero.....	95
4.4.1.3.- Las casi ausentes mujeres mayores.....	97
4.4.1.4.-Ulises (<i>Odiseo</i>): el héroe por excelencia.....	98
4.4.1.5.-A los jóvenes, hasta la muerte les sienta bien.....	100
4.4.2.- Lírica, tragedia y comedia.....	101
4.4.2.1.- La lírica: la vejez como tema habitual.....	101
4.4.2.2.- La tragedia: Esquilo, Sófocles y Eurípides.....	105
4.4.2.2.1.-Esquilo: los mayores son como niños.....	106
4.4.2.2.2.-Sófocles: <i>Edipo en Colono</i>	108
4.4.2.2.3.- Eurípides y sus “ancianos decrepitos”	111
4.4.2.3.- La comedia. Una realidad brutal.....	114
4.4.2.3.1.- Aristófanes: las personas mayores como objeto de burla permanente.....	114
4.4.2.3.2.- Menandro: “viejos gruñones” con matrices.....	118
4.4.3.- La vejez en las artes plásticas griegas.....	122
4.4.3.1.- La representación de la vejez en la escultura griega.....	123

4.4.3.1.1- El realismo helenista y la vejez.....	124
4.4.3.2.- La cerámica	130
4.4.3.2.1.- Geras, la personificación de la vejez.....	136
4.4.3.3.- Las figurillas de terracota	139
4.5.- Los filósofos: Platón vs Aristóteles.....	141
4.5.1.- Platón: la visión “menos mala” del envejecimiento.....	142
4.5.1.1.- Platón y el maltrato hacia las personas mayores.....	142
4.5.1.2.- La vejez también puede ser agradable.....	144
4.5.1.3.- Desenmascarando estereotipos: son como niños, no aprenden.....	146
4.5.1.4.- ¿Cómo es de relevante la edad de Platón para sus escritos?.....	147
4.5.2.- Aristóteles: el discípulo contradice al maestro.....	148
4.5.2.1.- Ignorantes, resabiados, pesimistas, desconfiados, cobardes, miedosos, egoístas	148
4.5.3.- Platón vs Aristóteles: ¿situación ideal vs real?.....	151
Capítulo 5.- Roma	
5.1.- ¿Qué horizonte vital tenía un ciudadano romano?.....	154
5.1.1.- ¿Cuándo se consideraba mayor a un romano?.....	161
5.2.- Las personas mayores en la sociedad romana: desmontando algunos mitos	163
5.2.1.- El Senado: ¿una prueba del poder de los mayores?.....	165
5.2.2.- El <i>paterfamilias</i> : ¿el origen del desprecio hacia los mayores?.....	167
5.2.3.- Violencias cotidianas en la Roma antigua.....	170
5.2.3.1.- El expolio económico de las personas mayores en la Antigüedad.....	171
5.2.4.- La terrible realidad de la demencia en Roma	173
5.3.- El reflejo del edadismo en la literatura de la antigua Roma.....	175
5.3.1.- Plauto: el edadismo como recurso cómico.....	176
5.3.2.- Terencio: el edadismo “discreto” pero omnipresente.....	184
5.3.3.- Ovidio: del erotismo al exilio, cuando la belleza envejece.....	189
5.3.4.- Horacio: la repulsión más absoluta de la vejez.....	196
5.3.5.- Virgilio y los “frágiles ancianos” de la Eneida.....	200
5.3.6.- Juvenal: ¿el último romano edadista?.....	203
5.4.- La vejez en el arte plástico romano.....	206

5.4.1.- El retrato romano: del “verismo” al edadismo de Augusto.....	208
5.4.2.- Otras manifestaciones artísticas romanas.....	216
5.5.- Cicerón y su <i>Cato Maior de Senectute</i>	223
5.5.1.- La obra sobre la vejez más famosa de la Antigüedad.....	224
5.5.2.- Un miembro de la élite defendiendo sus intereses personales.....	226
5.5.3.- Lo que nos dice <i>De Senectute</i> del edadismo romano.....	228
5.5.4.- El edadismo del propio Cicerón.....	230
5.5.5.- <i>De Senectute</i> , una obra que ha “envejecido muy bien”	232
Capítulo 6.- Prejuicios y estereotipos de ayer, de hoy y de siempre	
6.1.- La imagen estereotipada: encorvados y con bastón.....	234
6.2.- Vejez, enfermedad y dependencia son sinónimos.....	237
6.3.- Las personas mayores son como niños.....	238
6.4.- Las personas mayores son tacañas.....	240
6.5.- Las personas mayores tienen mal carácter.....	243
6.6.- Las personas mayores son torpes, lentas, no aprenden, ni hacen bien su trabajo.....	244
6.7.- El “viejo verde”	246
6.8.- La “vieja verde”	248
6.9.- La “vieja bruja”	250
6.10.- Alimentando el enfrentamiento intergeneracional.....	253
Capítulo 7.- Algunas conclusiones: cualquier tiempo pasado no fue mejor	
7.1.- La vejez en la antigüedad: ¿y si no hemos cambiado tanto?.....	259
7.2.- Algunos mitos desmentidos.....	260
7.3.- Entre burlas y prejuicios: edadismo en la literatura de la Antigüedad.....	262
7.4.- El reflejo del edadismo en las artes plásticas: cuerpos que no envejecen.....	264
7.5.- Platón, Aristóteles y Cicerón: tres miradas sobre la vejez.....	265
7.6.- Una mirada al futuro.....	266
8.- Fuentes literarias.....	267
9.- Bibliografía.....	270

Presentación

La vejez, admirada y temida. Idealizada y silenciada. Una categoría social cargada de sentido. Durante mucho tiempo hemos creído que, en la Antigüedad, el anciano ocupaba sin fisuras un lugar de honor. Este libro, sin embargo, viene a discutir esa imagen. Rubén Herranz González cuestiona la mirada romántica y muestra la otra cara de la moneda: el origen antiguo del edadismo.

Con el rigor de quien ha dedicado dos décadas al estudio del envejecimiento desde el Imserso, el autor reconstruye un panorama más complejo y, a menudo, crudo. Egipto, Grecia y Roma elaboraron discursos ambivalentes sobre envejecer. Junto a la autoridad simbólica del mayor convivieron la burla, la exclusión y la desconfianza. No hay complacencia en estas páginas. Tampoco anacronismos. Hay fuentes.

Desde los papiros egipcios y su obsesión por el rejuvenecimiento, hasta la Grecia de Aristófanes y sus sátiras despiadadas; desde la Roma de Cicerón hasta los conflictos de poder del *paterfamilias*. Textos literarios, normas jurídicas, representaciones artísticas y también silencios. Porque el silencio, aquí, cuenta. Y revela. Los estereotipos no nacieron ayer: arrastran más de dos milenios de historia.

No es un simple catálogo de datos. Es un espejo. Conecta el pasado con nuestras carencias presentes. Aparecen “viejos verdes”, demencias ocultas, formas tempranas de protección social. Y, sobre todo, una pregunta persistente: ¿resiste la idea de una vejez venerada cuando la sometemos al contraste documental? La respuesta es incómoda. Y por eso importa.

La obra se sitúa en una intersección fértil. Historia social, derecho, filología, gerontología. No para dispersar el análisis, sino para afinarlo. El edadismo no es un fenómeno unívoco. Es cultural, estructural y persistente. Reconocer sus raíces antiguas permite comprender mejor su vigencia contemporánea.

El lector especializado encontrará un estudio crítico y bien documentado, atento a debates historiográficos recientes. El lector general hallará una narración clara y estimulante, capaz de desmontar mitos arraigados. En ambos casos, el libro propone una lectura activa del pasado. No es un alegato moral. Es una invitación intelectual: mirar de nuevo lo que creíamos saber. Aceptar que la historia de la vejez no es lineal ni ejemplar. Y entender que el modo en que una sociedad trata a quienes envejecen revela, con precisión, cómo concibe la dignidad humana.

Agustín Martínez Molina
Coordinador de Estudios y Apoyo Técnico, IMRSERO

Introducción

¿Fue la vejez en la Antigüedad una etapa dorada de respeto y sabiduría, como tantas veces se ha afirmado? ¿O es esa imagen una construcción idealizada que oculta una realidad mucho más compleja? Este libro nace precisamente de esa pregunta incómoda, pero necesaria.

Lejos de ser un fenómeno moderno, el edadismo, la discriminación por razón de edad, tiene raíces profundas que se hunden en los cimientos mismos de las civilizaciones antiguas. Aunque hoy lo nombramos con un término relativamente reciente, sus manifestaciones han acompañado al ser humano desde que tenemos registro de sus pensamientos, leyes, costumbres y relatos. Y, sin embargo, persiste la idea romántica de que en tiempos pasados las personas mayores eran veneradas sin excepción, ocupando lugares de poder y prestigio simplemente por el hecho de haber vivido más años. En este estudio analizaremos dicha narrativa, pues creemos que es una distorsión de la realidad.

No pretendemos juzgar el pasado con los ojos del presente, pero sí cuestionar las simplificaciones que lo idealizan. El edadismo no nació con la Revolución Industrial, ni con la modernidad. Está presente en textos clásicos, en prácticas sociales, en estructuras jurídicas y en representaciones artísticas que revelan prejuicios, estereotipos y exclusiones. Y aunque este no es un tratado de historia, ni de literatura, ni de derecho, ni de trabajo social, etc. se nutre de todas estas disciplinas para trazar un mapa más fiel, y menos complaciente, de cómo se ha percibido y tratado la vejez a lo largo del tiempo.

Este recorrido no aspira a ser exhaustivo, pero sí honesto. Cada capítulo podría dar pie a una investigación independiente, y somos conscientes de las limitaciones que impone cualquier intento de síntesis. También reconocemos los sesgos inevitables: las fuentes disponibles, en su mayoría, reflejan la voz de la élite masculina, y eso condiciona lo que podemos saber y contar. Aun así, hemos procurado leer entre líneas, buscar lo que se dice y lo que se omite, y ofrecer una mirada crítica y accesible para cualquier lector interesado en comprender mejor el pasado, y con ello, el presente.

Este libro es, en definitiva, una invitación a repensar la vejez desde sus raíces históricas. A desmontar mitos, a abrir preguntas, y a contribuir, aunque sea modestamente, a la lucha contra el edadismo. Porque entender cómo hemos llegado hasta aquí es un paso imprescindible para construir un futuro más justo para todas las edades.

Mi agradecimiento más sincero a todas las personas e instituciones que han hecho posible este trabajo. Sin su apoyo, paciencia y generosidad, estas páginas no existirían.

Aunque este ha sido un trabajo personal, fruto de muchas jornadas de escritura e investigación robadas al descanso, no podría entenderse sin mis veinte años como Técnico de Estudios en el Instituto de Mayores y Servicios Sociales. Este organismo no solo me brindó la oportunidad de llevarlo a término, sino que constituyó el escenario profesional en el que se gestaron el conocimiento y la motivación que sustentan muchas de las reflexiones aquí compartidas. Agradezco, asimismo, la confianza, la colaboración y el respaldo de mis compañeros y compañeras del Imserso a lo largo de este proceso. Debo agradecer personalmente a Agustín Martínez sus consejos, a Juan Ramón Aguirre su excelente trabajo de maquetación y a Lourdes García su paciencia.

Mi gratitud se extiende también a la UNED, institución a la que ahora tengo el orgullo de pertenecer como docente, y cuya Biblioteca Central he tenido el privilegio de disfrutar. El acceso a una de las mejores bibliotecas universitarias del país ha marcado una diferencia decisiva en esta investigación. Gracias por facilitarme recursos, espacios y silencios tan necesarios para pensar y escribir.

Por último, y no menos importante, a mi familia, y en especial a Camelia y Ada, mis compañeras de vida, que han sido las verdaderas sufridoras de este proyecto. Ellas han soportado con paciencia las incontables horas que dediqué a este estudio en lugar de dedicárselas a ellas, por ello les dedico este esfuerzo, con el deseo de que contribuya a construir una sociedad más justa y libre de prejuicios.

*"A viejo envejecido,
ninguno le da abrigo."
(Refrán popular)*

1

El edadismo en la época antigua

1.1 ¿Por qué estudiar el edadismo en la antigüedad?

El primer motivo es acercarnos con mayor precisión a la realidad. Sería ideal poder afirmar que, en la Antigüedad, los mayores siempre fueron escuchados y valorados, y que vivieron una auténtica "época dorada". Sin embargo, quienes estudiamos el envejecimiento hemos oído repetidamente este "mantra", para descubrir, a través de la investigación, que la realidad es mucho más compleja. Generalizar resulta imposible, ya que múltiples ejemplos históricos, extendidos a lo largo del tiempo, nos muestran una perspectiva muy distinta. A estas imágenes idílicas del pasado, habitualmente sin fundamento, Parkin, autor de uno de los monográficos más relevantes sobre la vejez en el mundo romano, las denomina "los buenos viejos tiempos", imágenes que típicamente contrastan con la posición supuestamente desfavorable de las personas mayores de hoy¹.

También hay autores, en nuestro país, que creen que de forma general no podemos afirmar que la posición de los mayores en épocas pasadas fuera idílica y libre de problemas, pues de forma general han predominado los tratamientos discriminatorios y los roles secundarios en la vejez².

¹ Parkin, 2004, p. 2.

² Agulló Tomás, 2001, p. 67-69.

Señalando otros, que en el fondo hay declaraciones favorables a la vejez que eran espejismos a los que algunos historiadores nos han inducido³. Los pocos historiadores del siglo XXI que se han interesado en el tema empiezan a señalar que incluso en las que se han dado en denominar “gerontocracias” la edad por sí sola no aumentaba el prestigio del individuo⁴.

En segundo lugar, y no menos relevante, la cuestión de si ha existido edadismo a lo largo de la historia no es solo un debate teórico sin repercusiones en la actualidad. Al contrario, tiene implicaciones claras e incluso graves para las personas mayores de hoy. Si hay un ámbito en el que el derecho y la historia convergen de manera ineludible, es en el estudio de las discriminaciones. Desde la perspectiva jurídica, para que un grupo social, y las personas mayores lo son, tal como reconoce nuestra Constitución en su artículo 50⁵, pueda considerarse discriminado, es necesario que exista una “historia de discriminación”.

Así lo entiende también el máximo intérprete de nuestra Constitución: el Tribunal Constitucional, que se ha pronunciado en este sentido en varias de sus sentencias⁶, dando gran importancia a aquellas discriminaciones “históricamente muy arraigadas” o que producen históricas situaciones de inferioridad en la vida social y jurídica, o como recientemente ha dictaminado el Tribunal Superior de Justicia de Cataluña: “la prohibición de discriminación está destinada a preservar las condiciones de igualdad respecto a personas físicas pertenecientes a grupos identificables y cohesionados con una historia de discriminación por razón de una circunstancia personal o social”⁷.

Es decir, demostrar que un grupo ha sido históricamente diferenciado y marginado del resto, supone el punto de partida para reconocer la discriminación de ese grupo, lo que también constituye la base para posibles acciones positivas para compensar esas situaciones históricas. Algo que se tiene muy presente al hablar de algunos grupos, pero que no se tiene nada claro al hablar de las personas mayores, especialmente en el ámbito jurídico. Una prueba de ello es la escasez de sentencias del Tribunal Constitucional que aborden la discriminación, no ya de una persona mayor, o de una persona de cierta edad, sino de las personas mayores como grupo, siendo una excepción la STC 69/1991, de 8 de abril o la STC 176/1993, de 27 de mayo. Más recientemente, destacan la STC 79/2024, de 24 de junio; la STC 19/2023, de 22 de marzo; o la STC 18/2017, de 2 de febrero. A pesar de la falta de pronunciamientos directos, la jurisprudencia española muestra una tendencia creciente a reconocer la existencia de grupos de edad. Incluso aquellos juristas que son más críticos y entienden que todavía no se dan las circunstancias para poder hablar de que el Tribunal Constitucional o la legislación haya identificado que un colectivo o varios estén siendo discriminados por razón de su edad, entienden que esto puede ocurrir en el futuro, y que por ello en los últimos años, se ha desarrollado la idea de que está

³ Celdrán, 2002, p. 265.

⁴ Parkin, 2004, p. 3.

⁵ Aunque utiliza el ya caduco concepto de “tercera edad” para referirse a ellos, el artículo 50 CE dice: “Los poderes públicos garantizarán, mediante pensiones adecuadas y periódicamente actualizadas, la suficiencia económica a los ciudadanos durante la tercera edad. Asimismo, y con independencia de las obligaciones familiares, promoverán su bienestar mediante un sistema de servicios sociales que atenderán sus problemas específicos de salud, vivienda, cultura y ocio”.

⁶ Por ejemplo, la STC 128/1987, la STC 128/1987, la STC 166/1988 o la STC 17/2003

⁷ STSJ de Cataluña de 30 de enero de 2023

apareciendo un nuevo colectivo a proteger, que son las personas mayores, y de un nuevo tipo de discriminación: el edadismo⁸

Creemos, como hace Macnicol⁹, que la edad es un poderoso discriminador en las sociedades modernas, junto con la clase, el género y el origen étnico. La edad es uno de los cuatro componentes clave de la desigualdad estructurada, y ningún análisis social serio puede ser adecuado a menos que tenga en cuenta los cuatro componentes.

1.2.- ¿De qué hablamos cuando hablamos de edadismo?

Fue en el año 1968 cuando el norteamericano Butler¹⁰ enuncia por primera vez el concepto *ageism* (traducido mayoritariamente como “edadismo”), quien lo definió como un proceso de estereotipación sistemática y discriminación contra las personas mayores, equiparable al racismo y el sexismo. Butler advirtió que a las personas mayores se les atribuyen características negativas como “seniles”, “rígidos en el pensamiento y en la forma”, “pasados de moda en la moral y en las habilidades”, y que a través de la discriminación por la edad las generaciones más jóvenes pueden llegar a ver a las personas mayores como diferentes de ellos, por lo que sutilmente dejan de identificarse con sus mayores como seres humanos¹¹. Aunque el término nació vinculado exclusivamente a la discriminación contra las personas mayores, hoy se acepta que el edadismo puede afectar a cualquier edad, si bien su impacto es más frecuente en jóvenes y personas mayores.

El libro de Butler recibió el prestigioso premio Pulitzer en la categoría de no ficción, lo que contribuyó a la difusión del término, que pronto se incorporó a los diccionarios de habla inglesa en Estados Unidos¹².

Las ideas de Butler han sido ampliamente estudiadas. Por ejemplo, Bytheway¹³ distingue dos dimensiones en el edadismo: la discriminación por la cual a las personas se les niegan oportunidades y recursos a causa de su edad, y el prejuicio por el que las personas, que se perciben como “de edad” se ven de forma negativa y estereotipada, existiendo dos factores desencadenantes de este tipo de acciones: la evidencia de la edad cronológica, y la percepción de que una persona es “mayor”.

Otros autores anglosajones calificarán al edadismo como el tercer “ismo”¹⁴. El “sexismo de nuestro tiempo” lo llama Anthony Giddens¹⁵, equiparándolo al racismo y al sexismo como una ideología que limita el potencial de quienes lo sufren. Existen numerosos estereotipos falsos sobre las personas mayores, como la creencia de que los trabajadores mayores son menos

⁸ Giménez Gluck, 2022, p.76.

⁹ Macnicol, 2006, p. 6.

¹⁰ El propio Butler considera en: Butler, 1987, p.22, que utilizó el término en 1968 en el artículo: Butler, R.N. (1969) Ageism: another form of bigotry. En, *The Gerontologist*. vol. 9, pp. 243-246.

¹¹ Butler, 1975, p. 35.

¹² Bytheway, 1995, p. 30.

¹³ Bytheway, 2005, p.338.

¹⁴ Barrow y Smith, 1979, pp. 7-8.

¹⁵ Giddens, 2007, p.184.

competentes o que la mayoría de ellos viven en hospitales o residencias¹⁶. Al igual que el racismo y el sexismo restringen el desarrollo de ciertos grupos, el edadismo priva a las personas mayores de la posibilidad de alcanzar su pleno potencial.

Aunque el edadismo también puede afectar a los jóvenes, los prejuicios que sufren unos y otros son distintos e incluso opuestos: mientras que a los jóvenes se les tilda de inmaduros o inexpertos, a los mayores se les considera desactualizados o enfermos. Neugarten, especialista en estudios sobre la edad, define el edadismo como "actitudes negativas u hostiles hacia un grupo de edad diferente al propio"¹⁷.



“La habitación de una solterona”, 1803, Rowlandson. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

Aunque muchos lo consideran un fenómeno moderno, el famoso estereotipo de la “loca de los gatos” tiene raíces que se extienden a lo largo de varios siglos. Esta imagen, que evoca a una mujer mayor, soltera o viuda, rodeada de felinos, es un ejemplo vivo de un tópico negativo que ha sido parte del imaginario colectivo desde tiempos antiguos.

¹⁶ Giddens, 2010, pp.352-352.

¹⁷ Neugarten, 1999, p. 151.

El Informe mundial sobre el edadismo¹⁸, de la Organización Mundial de la Salud (OMS), es, sin duda, el documento internacional más relevante sobre el tema hasta la fecha y que probablemente contiene la definición y de más amplia aceptación. Para la OMS el edadismo surge cuando la edad se utiliza para categorizar y dividir a las personas por atributos que ocasionan daño, desventaja o injusticia, y menoscaban la solidaridad intergeneracional, y reconoce que el edadismo ha existido a lo largo de siglos y en los diversos países, contextos y culturas, aunque el concepto en sí sea relativamente nuevo y no exista (todavía) en todos los idiomas.

El informe caracteriza el edadismo como un fenómeno social polifacético, y lo define como los estereotipos, los prejuicios y la discriminación contra otras personas o autoinfligido por razones de edad. Que tiene varios aspectos interrelacionados, en concreto hablan de tres dimensiones: estereotipos (pensamientos), prejuicios (sentimientos) y discriminación (acciones o comportamientos). Y tres niveles en los que se manifiesta: institucional, interpersonal y el dirigido contra uno mismo o autoinfligido; y dos formas de expresión: explícito (consciente) e implícito (inconsciente).

Sin embargo, esta definición no es utilizada siempre por todas las disciplinas, por ejemplo, el mundo jurídico suele utilizar una definición mucho más limitada de edadismo, identificando edadismo exclusivamente con la “discriminación por (razón de) edad”, y usando ambos conceptos como sinónimos. Ello tiene cierta lógica jurídica, pues para el Derecho priman las acciones o comportamientos.

Sin embargo, tampoco podemos decir que esta disciplina sea totalmente ajena y no tenga en cuenta a los estereotipos y prejuicios (en definitiva, los sentimientos o los pensamientos), por ser internos y subjetivos, no son relevantes en tanto en cuanto no se exteriorizan y se traducen en conductas. Sea como fuere en los últimos años hemos podido conocer varios miles de sentencias sobre “discriminación por (razón de) edad”, aunque todavía sea infrecuente denominarlo “edadismo” en este campo.

En España, la Real Academia Española (RAE) incluyó el término en su diccionario en diciembre de 2022, definiéndolo como “discriminación por razón de edad, especialmente de las personas mayores”. Sin embargo, esta definición es más restrictiva, y similar a la que manejan los juristas, sin hacer alusión alguna a estereotipos ni prejuicios, y centrándose (aunque no exclusivamente) en las personas mayores. Una definición un tanto estricta que recuerda la habitual en el mundo jurídico.

Actualmente existe cierto consenso que considera que es habitual que se deriven perjuicios del mantenimiento de estereotipos o actitudes prejuiciosas hacia una persona únicamente por el hecho de ser mayor¹⁹, así como a la atribución de prejuicios y estereotipos negativos, en base tan solo a la “avanzada edad”²⁰. Incluso hay quien habla del edadismo como de una construcción ideológica de la vejez, que fomenta los prejuicios hacia las personas mayores y les impide una igualdad de oportunidades, impregnando todos los campos de la sociedad²¹, siendo una prueba

¹⁸ OMS, 2021, p. 2.

¹⁹ Losada Baltar, 2004, p. 2.

²⁰ Javato Martín, 2010, p. 157.

²¹ Sánchez Vera, 2006, pp. 76-77.

de ello que podemos encontrar manifestaciones de edadismo en el lenguaje²², en el cine²³, en los medios de comunicación²⁴, en la publicidad²⁵, etc.

Para de la Fuente-Nuñez, médica y antropóloga, este es un fenómeno complejo que está influenciado por multitud de factores, incluidos los procesos cognitivos, la socialización, la cultura y las experiencias individuales, que no debemos olvidar ocasiona efectos negativos en nuestra salud y nuestro bienestar²⁶.

Es innegable, como evidencia este trabajo, que la vejez ha sido objeto de múltiples aproximaciones a lo largo del tiempo. Desde las artes plásticas y la literatura hasta la política, la economía y, por supuesto, el ámbito científico, su representación y estudio han permeado diversas disciplinas. En cierta medida los resultados de muchos de estos enfoques han contribuido y contribuyen a refrendar ciertos rasgos estigmatizantes de la vejez²⁷.

Resulta interesante el uso del concepto “edadismo” como un prejuicio que nos afecta a todos, de modo repetido, pero diferente, a lo largo de nuestras vidas, en el sentido que nos afecta siempre, aunque especialmente cuando somos jóvenes y nos volverá a afectar al llegar a ser mayores. Quizá por eso todos hemos oído alguna vez decir que esta es la discriminación más “absurda”, pues en definitiva es negarse a uno mismo en el presente o en el futuro.

Flores Giménez señala como una peculiaridad de esta discriminación que de entrada no está dotada de la carga de oprobio y condena moral que caracteriza, por ejemplo, a la discriminación por sexo o por raza, aunque la gravedad de los estereotipos y discriminaciones a los que se ve sometida no es menor que en otros casos²⁸.

Algunos autores, con muy buen criterio, entienden que las repercusiones de este fenómeno van ligadas al incremento de la población mayor, lo que ha impulsado hasta límites sin precedentes la discriminación por edad²⁹, aunque más que el incremento de ese sector de la población, deberíamos hablar de las falsas creencias que se atribuyen a ese fenómeno. Hay quien entiende que esto está produciendo de forma involuntaria una excesiva asociación entre el concepto de envejecimiento y los conceptos de problema y alarma^{30 31}.

Además, existen intereses económicos y políticos en torno al edadismo. Industrias como la *anti-ageing* o el sector financiero pueden beneficiarse de generar miedo al envejecimiento y sus consecuencias. En algunos casos, estas preocupaciones se han promovido de manera consciente, buscando notoriedad política o beneficios económicos, y se difunden sin consecuencias.

²² Herranz González, 2023.

²³ Cohen-Shalev, 2012.

²⁴ Díaz Aledo, 2013.

²⁵ Ramos-Soler y Carretón-Ballester, 2012.

²⁶ De la Fuente-Nuñez, 2024, p. 11.

²⁷ Fuente González y Hervás Torres, 2008, p. 275.

²⁸ Flores Giménez, 2019, p. 39.

²⁹ Sagrera, 1992, pp. 223-224.

³⁰ Fuente González y Hervás Torres, 2008, p. 275.

³¹ Hay un interesante apartado dedicado a las alarmas producidas por el envejecimiento demográfico en: Pérez Díaz, 2002, pp. 101-123.

Un ejemplo revelador es un artículo³² publicado recientemente en un medio de gran tirada en España, donde un escritor de éxito planteaba que, ante el incremento de la población mayor en el país, sería necesario permitir el voto a los jóvenes de entre 16 y 18 años. De lo contrario, según su argumento, “España y Europa se convertirán en gerontocracias, y la democracia representativa no recuperará jamás su prestigio ni su vigor”, pues “un censo dominado por viejos” parece que solo puede traernos “un sistema político conservador, asustadizo y despreocupado de un mañana que no va a vivir”.

Curiosamente, este artículo, con tintes casi eugenésicos, no generó (al menos que sepamos) rechazo alguno por parte del periódico, de las organizaciones de mayores ni de ninguna institución política o judicial, salvo algunas respuestas aisladas de personas especialmente concienciadas³³. No nos cabe duda de que el resultado habría sido muy distinto si hubiera hablado de otros grupos sociales en vez del de los “viejos”, pues hoy en día y pese a los esfuerzos legislativos su protección real está todavía a mucha distancia de cualquier otro colectivo.



“Hasta la muerte”, lámina 55 de la serie “los caprichos”, Francisco de Goya, 1799, Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

Una mujer mayor se contempla en el espejo mientras se prueba un tocado, a su alrededor, una doncella y dos jóvenes tratan de ocultar sus burlas.

³² Molino, S. del, El País, 14 de agosto de 2024.

³³ Ver artículo de J.M. Ribera Casado en Balance Sociosanitario:

<https://balancesociosanitario.com/opinion/edadismo-sacarlo-a-pasear-tambien-en-verano-y-para-lo-que-haga-falta/>

1.2.1.- Una definición de edadismo

Como hemos visto, no existe una definición universal de edadismo aplicable a todas las disciplinas. A nuestro entender, debatir sobre una única formulación resulta poco útil, especialmente en una obra como esta, que no pretende limitarse a una sola perspectiva.

Cada disciplina adopta una definición ajustada a sus objetivos y enfoques, lo cual es comprensible, dado que trabajan sobre dimensiones complementarias del fenómeno. Incluso cuando se identifica estrictamente el edadismo con la discriminación, como solemos hacer los juristas³⁴, es innegable la relación entre acciones edadistas, pensamientos edadistas (estereotipos) y sentimientos edadistas (prejuicios).³⁵ Creemos que la definición de la OMS, a pesar de su relativa simplicidad, o quizá por eso, tiene la virtud de abarcar más elementos intrínsecamente relacionados con el edadismo. Y sin despreciar otras definiciones, que tienen sentido en su contexto, para un estudio interdisciplinario como este, entendemos que puede ser la más adecuada.

Según la OMS:

“Se denomina “edadismo” a los estereotipos (cómo pensamos), los prejuicios (cómo nos sentimos) y la discriminación (cómo actuamos) dirigidos hacia otras personas o hacia nosotros mismos en función de la edad”³⁶.

1.3.- ¿Cómo buscar el edadismo en la Antigüedad?

Determinar cómo se trataba a las personas mayores en civilizaciones antiguas no es tarea sencilla. Durante siglos, la historia y la arqueología han centrado sus estudios en el varón joven o de mediana edad, dejando de lado las particularidades de la vejez.

Hasta hace muy poco, la inmensa mayoría de los estudios sobre el tema se han limitado a decir que las personas mayores eran respetadas y tenidas en cuenta en la Antigüedad, basándose en que muchas de las personas que ostentaban el poder, o estaban cerca de él, eran de avanzada edad, o en que Cicerón o Platón tenían una visión de la vejez que *a priori* parece positiva.

El siglo XX trajo la atención sobre la mujer como objeto de estudio, en los 70 se comenzó a generalizar la investigación sobre de la infancia a lo largo de la historia y en los 90, al generalizarse el análisis sobre el fenómeno del envejecimiento, también alcanzó esta tendencia a los estudios históricos y empezaron a aparecer algunas investigaciones donde quedaban reflejadas las vicisitudes de ambos extremos del ciclo vital³⁷.

En el siglo XXI, nos replanteamos firmemente muchas de las cosas que se han escrito sobre las personas mayores y sobre su paradisiaco pasado. Incluso esto ha llevado a algunos arqueólogos a reivindicar la necesidad específica de una “arqueología de la vejez”.

³⁴ Herranz González, 2025.

³⁵ A este respecto recomendamos la lectura del libro “La trampa de la edad”, de la Dra. Vania de la Fuente, referenciada en la bibliografía.

³⁶ OMS, 2021, p. 2.

³⁷ Meskell, 2002, p.5

Si miramos de cerca al pasado, podemos encontrar a gobernantes mayores cuya autoridad dependía de sus logros juveniles, asesores reales ignorados por su edad y parlamentos dominados por hombres mayores, cuyos escaños solían depender más de su riqueza o linaje que de su edad. Cuando releemos hoy a Cicerón o a Platón, mucho nos tememos que defienden a la vejez, entre otros motivos, por verla y verse rodeados de detractores y acosadores, o por intereses muy personales, no necesariamente relacionados con la vejez. Por ejemplo, hay autores que se preguntan si la postura de Platón, que describe el respeto a las personas mayores en una ciudad ideal en medio de una utopía, no es en cierta medida un indicio de una situación real de inferioridad y rechazo, ante la que el filósofo reacciona y, por tanto, responde a un deseo que refleja que la realidad posiblemente sea lo contrario³⁸. En el caso de Aristóteles, cuya visión sobre la vejez y las personas mayores resulta particularmente negativa, algunos autores la interpretan como un reflejo de la realidad que observaba y escuchaba en su tiempo, una realidad claramente desfavorable para los mayores³⁹.

Para llegar al conocimiento de lo que se pensaba, y del sentir en las civilizaciones antiguas, contamos con fuentes literarias, artísticas, arqueológicas, epigráficas, diversas fuentes indirectas y estudios que no señalan directamente al edadismo, dado que cuando se escribieron ni siquiera tenía nombre este fenómeno, o no era esa la intención del estudio, o directamente no preocupaban (o no preocupan) a sus autores (basta ver que términos utilizan todavía hoy muchos investigadores al hablar sobre la vejez), pero que sin pretenderlo han dejado evidencia de la existencia del edadismo. Tampoco el ámbito jurídico señalará claramente la discriminación en estas épocas, por ello se considera que las primeras manifestaciones concretas que afirmarán la dignidad y el reconocimiento de los derechos inherentes al ser humano no llegarán hasta el siglo XVIII⁴⁰.

1.3.1.- Buscando estereotipos, prejuicios y conductas discriminatorias

Algunos autores⁴¹ señalan que el edadismo tiene tres tipos de efectos, que prácticamente coincidirían con la definición de la OMS:

- 1.- Actitudes prejuiciosas hacia las personas mayores y hacia el proceso de envejecimiento. Esto incluiría las actitudes negativas que las personas mayores pueden tener también sobre si mismas (lo que la OMS llama autoedadismo).
- 2.- Conductas discriminatorias hacia las personas mayores en los diferentes roles sociales.
- 3.- Políticas y prácticas institucionales que perpetúan las creencias estereotipadas sobre las personas mayores, que reducen sus oportunidades para una vida satisfactoria y amenazan su dignidad personal.

No nos cabe duda de que, allí donde se minusvalora o se cree que una persona o un grupo de personas son inferiores, son “menos persona” que los demás, por alguna característica, esas personas son maltratadas y discriminadas de un modo u otro, ya sea por su género, por su raza, por su religión, su precedencia, sus costumbres, por su edad, etc. Es muy raro que esa creencia

³⁸ Minois, 1989, p.89

³⁹ Malagón Bernal, 2002, p.12

⁴⁰ Mateos, 2022, p. 6.

⁴¹ Fuente González y Hervás Torres, 2008, p. 280.

no se transforme en actos que señalen la primacía del grupo mayoritario sobre esos sujetos considerados “diferentes”, que no se remarque su consideración de “menos persona” frente a los modelos considerados “normales”, que no se deje claro que “no están a la altura de los demás”. Es decir, se materialice en actos discriminatorios.

Existen muchas formas de descubrir esos estereotipos, prejuicios y conductas discriminatorias, los encontramos en el lenguaje; en las representaciones (o en la falta de representaciones); en las leyes, en un sentido doble, tanto en normas que son discriminatorias, como en normas antidiscriminatorias que nos revelan las conductas discriminatorias existentes; en las tradiciones; en las manifestaciones artísticas, etc. En definitiva, en todo aquello que nos muestra el pensar, el sentir y el actuar, de los seres humanos.

Uno de los lugares fundamentales para nuestra búsqueda son las manifestaciones artísticas, debiendo dedicar una atención especial a la literatura, pues no olvidemos que el arte es un instrumento indispensable que nos ayuda a comprender las inquietudes y necesidades de un grupo humano; lo que teme, lo que ama y lo que repudia son objeto de la atención de los creadores⁴². O como señalaba Kandinsky: “cualquier creación artística es hija de su tiempo y, la mayoría de las veces, madre de nuestros propios sentimientos”⁴³.

En la propia época antigua se creía que algunas de las artes, como el teatro, eran un fiel reflejo de su sociedad, relata Gil Fernández⁴⁴ que los poetas cómicos estaban convencidos de que sus obras cumplían una finalidad moral y didáctica, y conocían perfectamente el impacto social de lo cómico, sus contemporáneos estaban plenamente convencidos del valor documental de la comedia, de hecho, cuenta que cuando Dionisio de Siracusa quiso estudiar sobre la política ateniense, Platón le envió las comedias de Aristófanes.

El historiador Méndez Santiago cree también que el análisis de los estereotipos literarios es uno de los mejores testimonios a disposición del historiador para acercarse a una realidad que todavía nos incomoda hoy en día: la vulnerabilidad y la marginación social intrínsecamente unidos a la vejez⁴⁵.

De otras muchas fuentes es necesario no quedarnos con una visión superficial, e incluso hacer una doble lectura, es el caso de algunas normas jurídicas, que evidentemente no surgieron de la nada, sino que existieron porque se dieron unas conductas determinadas preexistentes. Un ejemplo claro es la prohibición, en la legislación ateniense, de golpear a los ascendientes, lo que evidencia que el maltrato a las personas mayores no era un fenómeno desconocido, sino lo suficientemente frecuente como para requerir una regulación explícita. Parkin, uno de los pocos que ha estudiado el maltrato en la época antigua tiene claro que las evidencias son escasas, pero cree que los casos no lo fueron, e incluso se muestra convencido de que la violencia doméstica y el abuso contra las personas mayores, eran endémicos en la Antigüedad clásica⁴⁶.

⁴² Amunategui Perelló, 2009, p. 98.

⁴³ Kandinsky, 1998, p. 5.

⁴⁴ Gil Fernández, 2010, p. 54.

⁴⁵ Méndez Santiago, 2024, p. 101.

⁴⁶ Parkin, 2023, p. 48.



Grabado de Wenceslao Hollar, 1645. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York

En muchos de los casos, quizá los más interesantes, aunque estemos hablando de miles de años, encontramos estereotipos y prejuicios que han pervivido hasta hoy, y tampoco se han percibido como elementos de discriminación hasta hace muy poco. Esto no es raro ni nuevo, lo mismo ha ocurrido con los otros “-ismos”, el racismo o el machismo han asolado nuestras sociedades desde tiempos inmemoriales, y solo en los últimos siglos (siendo muy generosos en el análisis) hemos desarrollado una verdadera conciencia sobre su impacto.

López-Aranguren denunciaba en los años 90 la existencia de algunos estereotipos, imágenes no fundamentadas en datos (en buena medida inventados), excesivamente simplificadas, fuertemente estandarizadas y relativamente rígidas, que proyectan imágenes esquemáticas, simplificadas, deformadoras de la realidad y generalizadoras, que en nuestra cultura se utilizan para describir a los mayores, como: improductivos, rígidos e inflexibles, conservadores, anticuados, reclusos en sí mismos, inútiles e incompetentes, sin interés por las relaciones sexuales o como que son todos iguales⁴⁷. En este estudio veremos que todo ello, sin ningún género de dudas ya se daba hace miles de años.

No olvidemos que uno de los estereotipos más arraigados, y por ende, una de las principales fuentes de edadismo, es la idea de que el envejecimiento es un proceso exclusivamente negativo. A lo largo de la historia, esta percepción ha sido recurrente, y en muchas ocasiones se ha promovido deliberadamente como una verdad incuestionable. En los siguientes capítulos exploraremos pruebas de cómo este prejuicio ha moldeado la visión social de la vejez.

⁴⁷ López-Aranguren, 1994, p.138-139.

1.4.- ¿Por qué durante tanto tiempo se ha escrito tan poco sobre personas mayores?

La búsqueda del edadismo en la Antigüedad enfrenta un desafío significativo: las ciencias implicadas en el estudio de las personas mayores, al igual que otras disciplinas académicas y áreas de estudio, también han estado influenciadas por prejuicios y estereotipos profundamente arraigados en la cultura. Como consecuencia, el edadismo ha estado presente, de manera incuestionable, en muchas investigaciones, lo que ha provocado un desinterés generalizado en el estudio de la vejez. Esto ha llevado, incluso, a que información valiosa no haya sido analizada ni procesada desde la perspectiva de las personas mayores, dejando vacíos importantes en nuestra comprensión de la discriminación por edad.

Es evidente que las ciencias sociales han reflejado, con frecuencia, las actitudes predominantes en las sociedades donde se desarrollan. Si una sociedad prioriza la juventud o la mediana edad, es natural que esa preferencia se proyecte en las investigaciones que se han llevado a cabo.

Existen numerosos estudios sobre cómo el racismo ha condicionado la producción científica durante siglos, y más recientemente se ha cuestionado el impacto del machismo en la investigación académica. Sin embargo, apenas se ha explorado cómo el edadismo ha influido en la ciencia, y en particular en las ciencias sociales. Aunque algunos debates han comenzado a señalar la importancia de esta cuestión, su análisis sigue siendo escaso.

Por ejemplo, algunos autores han examinado los estudios sobre la vejez en el mundo antiguo y han detectado un aumento en el número de publicaciones sobre el tema. No obstante, esto no ha conseguido hacer del estudio de la vejez en la Antigüedad un campo próspero o floreciente, quedando todavía mucho por hacer⁴⁸.

Parkin⁴⁹ sostiene que, aunque la historia social antigua ha avanzado considerablemente en los últimos 30 años, el estudio del individuo como sujeto dentro de las sociedades griega y romana solo recientemente ha sido objeto de un análisis detallado, centrado principalmente en los jóvenes y sus padres, la ausencia de "ritos de paso" en la vejez también ha obstaculizado el estudio de las personas mayores dentro de disciplinas como la sociología y la antropología.

Desde la psicología hay quien afirma que el devenir de la ciencia ha mostrado poco interés por las personas mayores y cuando lo ha hecho, ha insistido en aspectos que se han convertido en claves para entender la vejez de una forma pesimista, y en los libros de texto sobre psicología lo normal era tratar con gran amplitud la etapa infantil y la adolescencia, e ignorar la vejez o tratarla como un simple apéndice del desarrollo humano con connotaciones negativas⁵⁰. Afortunadamente, esta perspectiva está cambiando, y la psicología, junto con la medicina, se ha convertido en una de las disciplinas que más intensamente estudia el envejecimiento.

Desde la historiografía, se reconoce que aún queda un largo camino por recorrer para aquellos clasicistas e historiadores que se interesen por la vejez en el mundo antiguo, pues todavía falta trabajo fundamental por hacer⁵¹, y que la vejez es un tema menos tratado en la historiografía si

⁴⁸ Laes, 2023, p.16.

⁴⁹ Parkin, 2004, p.2.

⁵⁰ Montañés Rodríguez y Latorre Postigo, 2004, p.11-12.

⁵¹ Laes, 2023, p.28-29.

lo comparamos por ejemplo con la infancia⁵² (que como puede imaginarse, tampoco es que sea el tema más tratado). Consideramos que esta escasez de estudios es una manifestación del edadismo estructural que ha imperado en nuestra sociedad y que, inevitablemente, ha influido también en investigadores y especialistas.

Una de las reflexiones más interesantes dentro de este ámbito es la necesidad de desarrollar una “arqueología de la vejez”⁵³. Se reconoce que los académicos no son inmunes a las influencias socioculturales de su tiempo y que, en muchas sociedades occidentales, existe una marcada antipatía hacia el envejecimiento, así como una negación de la vejez como una categoría social válida. Esto ha contribuido a la invisibilización de la vejez dentro de la arqueología, quedando relegada a un estudio mucho más tardío que otros aspectos identitarios, como el género o la clase⁵⁴.

Reher, en un artículo de 1997, hablaba de un fenómeno que hace 20 años no figuraba entre las prioridades de casi nadie, y que a las personas mayores o no se les ha mencionado o se les ha considerado como sujetos casi pasivos del devenir histórico⁵⁵. García González, en un estudio más moderno⁵⁶, señala la escasez de estudios empíricos sobre la historia de la vejez en nuestro país, lo que considera una muestra palpable del casi nulo interés por este aspecto entre los historiadores hasta el momento y considera que a las personas mayores, de forma individual o como grupo, se las ha ignorado, se ha dado por supuesta su existencia o se ha aludido de pasada⁵⁷. Hay quien afirma que los grupos de edad están infrarrepresentados en los estudios, lo que puede inducir una transmisión sesgada del pasado⁵⁸. Todo ello es cierto, aunque como ya hemos mencionado y puede verse a lo largo de esta obra, en los últimos años las publicaciones de historiadores en torno a las personas mayores han crecido enormemente respecto a las décadas anteriores.

Pero las ciencias sociales, por su propia naturaleza, no son algo estático. Sevilla Cueva⁵⁹ destaca que disciplinas como la arqueología, la antropología y otras, han comenzado a plantear preguntas que habrían sido impensables para la anterior generación de investigadores: formas de vida de la población, alimentación, enfermedades, relación con otras culturas, funcionamiento de la sociedad, sentir popular, etc. Y cree que tendrá que pasar todavía bastante tiempo antes de que, por ejemplo, referido a la egiptología, se asuman plenamente los nuevos objetivos y la investigación se dirija prioritariamente a ellos y no solo a los aspectos relacionados con la corte, cuya propaganda y visión del mundo es la que nos ha llegado a través de un volumen inmenso de información⁶⁰. Seguramente lo mismo ocurre con el estudio de la población mayor más allá de los faraones y los personajes de mayor relevancia.

⁵² Rubiera Cancelas, 2018, p.18.

⁵³ Appleby, 2011.

⁵⁴ Appleby, 2011

⁵⁵ Reher, 1997, p. 63.

⁵⁶ García González, 2005, p. 17.

⁵⁷ García González, 2005, p. 17.

⁵⁸ García Luque, 2018, p. 368.

⁵⁹ Sevilla Cueva, 2000, p. 157.

⁶⁰ Sevilla Cueva, 2000, p. 157.

Incluso desde el ámbito jurídico, creemos que ha habido errores en el enfoque del estudio de la vejez, cayendo en los mismos estereotipos que sostienen el edadismo. Durante años, la legislación sobre personas mayores ha estado más vinculada a la discapacidad, la dependencia, la enfermedad y la muerte que a los derechos humanos. Flores señala muy acertadamente que la vejez ha sido abordada por el mundo jurídico desde la mirada asistencialista, de la necesidad y la dependencia; y desde la regulación en el ámbito privado de temas relativos a la capacidad, y a los asuntos familiares y patrimoniales, evitando la comprensión de una complejidad que desborda ampliamente estos campos⁶¹. Como bien sostienen algunos de los mayores especialistas en la materia, los debates sobre el edadismo, en el plano jurídico, desde el punto de vista doctrinal, legislativo y jurisprudencial, están lejos de estar zanjados⁶².



*“El último diente”,
litografía de Louis
Léopold Boilly, 1826.
Museo Carnavalet
de Historia de París*

⁶¹ Flores, 2022, p. 11.

⁶² A este respecto, desde la perspectiva jurídica, resulta sumamente interesante la lectura de: Giménez Gluck, 2022.

El edadismo en la investigación científica también se manifiesta en el lenguaje utilizado. Aún hoy, en publicaciones recientes, es común encontrar términos como "nuestros mayores", "viejos", "ancianos", "tercera edad" o "seniles", vocablos que la gerontología considera inapropiados y que son percibidos por los propios mayores y profesionales como paternalistas, peyorativos o directamente discriminatorios.

Otro ejemplo de edadismo en la ciencia es la falta de datos específicos sobre personas mayores. Mirete Valmala, en un informe reciente de HelpAge International España, advierte que esta carencia afecta todas las esferas del desarrollo de las personas mayores. La escasez de información contrasta con el sobreinterés en otros grupos etarios, generando un desconocimiento que deriva en desprotección y vulnerabilidad. Esta falta de atención inicial perpetúa un ciclo de invisibilización que refuerza el desinterés por la investigación en este ámbito⁶³.

Afortunadamente, aunque no es fácil escapar de la influencia de los prejuicios, los estereotipos y las ideas preconcebidas, la visión científica y académica cada vez tiene más en cuenta el envejecimiento. En base a ello, coincidimos con quien fija en el último decenio la consolidación de la investigación sobre edadismo⁶⁴. Por fortuna, cada vez es más frecuente encontrar iniciativas formativas sobre el tema y un reconocimiento creciente de la importancia de abordar la imagen real de las personas mayores. Aunque aún existe un retraso respecto al estudio de otros colectivos, la tendencia apunta hacia una representación más equitativa de todas las edades en la investigación.

⁶³ Mirete Valmala, 2024, p. 50.

⁶⁴ De la Fuente-Nuñez, 2024, p. 13.

*“La pinta de los viejos es una misma:
miembros y voz temblorosos,
la cabeza sin un pelo ya
y la nariz humedecida como los niños”
(Juvenal, Sátiras, X)*

2

Las personas mayores en la antigüedad

Hoy en día, no cabe duda de que la vejez y la categoría de "personas mayores" son constructos sociales influenciados por factores culturales, históricos, sociales y económicos, sujetos a cambios y variaciones según el contexto y la sociedad en la que se enmarcan. Las percepciones sobre la edad, el envejecimiento y la vejez han evolucionado a lo largo de la historia y varían significativamente entre diferentes culturas y periodos.

Es fundamental reconocer que lo que una sociedad considera "mayor" puede no serlo en otra, del mismo modo que lo que se entiende por "persona" ha estado sujeto a interpretaciones diversas a lo largo del tiempo (aunque este último tema daría para escribir otro tratado). Además, las expectativas y roles asociados con la edad pueden diferir ampliamente, ya que el envejecimiento es un proceso individual que cada persona experimenta de manera única.

2.1.- ¿Quiénes son las personas mayores?

Todos los grupos de edad se caracterizan por una enorme heterogeneidad. Meenan⁶⁵ sostiene que la percepción de las personas mayores como un grupo homogéneo puede explicarse por la

⁶⁵ Meenan, 2007, pp. 3-4.

discriminación basada en la edad, es decir, por el edadismo; para reforzar su argumento, cita estudios realizados desde 1948 hasta épocas más recientes, que documentan que las personas mayores no constituyen un colectivo uniforme.⁶⁶

Entendemos y compartimos la postura de quienes defienden firmemente la no homogeneidad de las personas mayores, especialmente cuando tras ello hay una intención de huir de los prejuicios y estereotipos que sistemáticamente se les atribuyen, como si todas se encontraran en idénticas situaciones y tuvieran las mismas características, generalmente negativas. Indudablemente estos estereotipos que pesan sobre las personas mayores contribuyen a legitimar que sean peor tratadas que quienes no reciben esta consideración⁶⁷.

Desde luego, no podemos olvidar que cada ser humano es único y diferente a todos los demás, pero también que la catalogación y agrupación de los individuos, sin ningún ánimo peyorativo, nos permite el estudio y la observación científica de muchos aspectos de la naturaleza, de las personas, y de las cosas. Si llevamos al extremo el argumento de la diferenciación de las personas, nunca podríamos hacer grupos, pues ningún grupo humano es totalmente homogéneo, ni lo son las personas mayores, ni lo son los niños, ni las personas con discapacidad, ni los refugiados, ni otros grupos sociales.

No obstante, la categorización es una herramienta fundamental en el análisis y la regulación social. Agrupar a los individuos en función de ciertos criterios permite generar políticas, estudios e incluso normativas adaptadas a sus necesidades. Todos los miembros de estos grupos comparten al menos un rasgo en común, ya sea una franja de edad, una condición de discapacidad o el estatus legal de refugiado, entre otros, lo que puede generar realidades compartidas con consecuencias, incluso legales, determinadas.

Es cierto que destacar rasgos comunes puede propiciar categorizaciones que, en ciertos contextos, resulten adversas o marginadoras. Existe el riesgo de que estas personas sean subestimadas, pierdan su capacidad de autonomía y de libre adopción de decisiones y sean despojadas, de un modo más general de parte de los derechos humanos de los que son acreedoras⁶⁸. Y por ello debemos de ser muy cuidadosos a la hora de caer en atribuir o no unas determinadas características a un posible elemento común.

Entonces, ¿cuál es el elemento común principal entre las personas mayores? Sin duda, uno de ellos es la edad: haber alcanzado o superado un determinado umbral temporal.

⁶⁶ Meenan, 2007, pp. 3-4.

⁶⁷ Barranco Avilés y Vicente Echevarría, 2020, p. 8.

⁶⁸ Fuente Torres y Hervás Torres, 2008, p. 274.



*Las tres últimas edades, o el invierno. Hacia 1515, taller de Bernard van Orley
Museo Metropolitano de Arte de Nueva York*

Este es el cuarto de un conjunto de cuatro tapices que ilustran la vida de un hombre dividida en doce períodos de seis años. Este representa los años comprendidos entre los 54 y los 72 años, equiparándolos con la vejez, la enfermedad y la muerte.

2.2.- La edad como elemento definitorio de las personas mayores

Si consultamos el Diccionario de la Real Academia Española, el término "edad", derivado del latín *aetas*, se define tanto como el "tiempo que ha vivido una persona o ciertos animales o vegetales" como "cada uno de los períodos en que se considera dividida la vida humana". Esta última acepción responde a la clasificación tradicional, hoy considerada obsoleta, que dividía la existencia en tres etapas: la "primera edad", correspondiente a la niñez y juventud; la "segunda edad", vinculada a la adultez; y la "tercera edad", asociada a la jubilación. En años recientes, algunos han introducido el concepto de "cuarta edad" para referirse al grupo de personas mayores de más edad dentro de este colectivo, lo que pone en duda la idoneidad de la expresión "tercera edad" como término inclusivo para todos los mayores.

Revilla, en su Diccionario de iconografía y simbología, señala que las edades son los periodos en los que el afán ordenador de la gente humana (suponemos que para quien ha escrito un diccionario, no tiene una connotación despectiva) divide una realidad vital, señalando que son abundantes en las obras de arte las diferencias entre las edades, dividiéndolas en tres, en cuatro y hasta en cinco⁶⁹.

⁶⁹ Revilla, 2007, p. 205.

A pesar de que algunos historiadores advierten que la edad no es un concepto neutro ni estático, sino una construcción social y cultural que evoluciona con el tiempo, reconocen que existe una tendencia universal a segmentar el curso de la vida en distintas fases⁷⁰. Otros autores destacan que, a lo largo de la historia, escritores, moralistas, eclesiásticos, médicos y políticos han reflexionado sobre la división de las edades, aunque en muchas ocasiones los criterios impuestos respondían más a necesidades políticas, como la fiscalidad o el reclutamiento militar, que a un análisis sociocultural profundo⁷¹.

Si bien, no debemos olvidar que la rigidez con la que, en algunos momentos, se ha dividido la vida en etapas, responde a los mismos estereotipos que generan discriminación entre las personas mayores. Una de las consecuencias más relevantes de esta periodificación es la asociación casi exclusiva del aprendizaje con las primeras etapas de la vida, esta circunstancia tiene consecuencias de primer orden en el modo en el que se desarrollan las políticas públicas de educación que no consideran a las personas mayores⁷².

Algunos autores califican la edad como una “diferencia natural”⁷³, origen de desigualdades sociales desde las sociedades más primitivas, donde dicha distinción tenía sentido en contextos centrados exclusivamente en la supervivencia. Estas diferencias han sido denominadas “factores originarios de diferenciación social”⁷⁴. Sin embargo, debido a la falta de fuentes documentales, es difícil demostrar con evidencia empírica la existencia de edadismo en esas épocas remotas. Esto no significa que no hubiera discriminación por edad, sino que no disponemos de pruebas suficientes para afirmarlo con rotundidad.

Si buscamos una forma sencilla de definir “persona mayor”, seguramente el Derecho es la disciplina que lo hace de una forma más simple (lo que no significa que sea mejor ni más acertada). Apoyándose en la cuestión cronológica, y aun así tampoco la claridad es total. El primer paso es definir el concepto de edad, una definición jurídica clásica considera a la edad como “el periodo de tiempo de existencia de una persona, que va desde su nacimiento hasta el momento de su vida que se considere”⁷⁵.

Los ordenamientos jurídicos, en su necesidad de reconocer o limitar derechos y obligaciones de manera clara, práctica y operativa, han establecido normas que imponen determinados umbrales de edad. Así, se exige no haber alcanzado cierta edad en unos casos, o haberla superado en otros.

Ahora bien, el Derecho no define la vejez desde una perspectiva biológica, sino desde una lógica convencional. Por ejemplo, la edad de jubilación no se corresponde con el momento en que una persona ya no puede trabajar por deterioro físico o mental, sino con una decisión social y

⁷⁰ García González, 2005, p. 21.

⁷¹ García González, 2005, p. 26.

⁷² Barranco Avilés y Vicente Echevarría, 2020, p. 24.

⁷³ Gómez Sánchez, 2011, pp. 299-300.

⁷⁴ Gómez Sánchez, 2011, pp. 299-300.

⁷⁵ Albaladejo, 1991, p. 243.



La vida y la edad del hombre. La vida y la edad de la mujer. James S. Baillie, Museo Nacional de Historia Americana (Washington D. C)

Estampas coloreadas que representan a un hombre y a una mujer desde la infancia hasta la vejez, en períodos de una década. Este fue un tema popular y recurrente durante el siglo XIX del que existen numerosas versiones.

legislativa. Norberto Bobbio⁷⁶ distingue entre la “vejez en sentido burocrático”, marcada por el derecho a la pensión, y la “vejez fisiológica”, vinculada a la esperanza de vida, que suele situarse en torno a los ochenta años.

¿Es esto deseable? Quizá no lo sea; el ejemplo paradigmático es considerar de forma legal que a los 18 años se tiene madurez suficiente para realizar o hacerse cargo de una serie de responsabilidades. Seguramente hay personas que adquieren una madurez suficiente antes de esa edad, y hay personas que la adquieren (si es que la adquieren) a edades posteriores. Pero sería inviable analizar caso por caso la madurez de cada individuo. Por ello, el Derecho se apoya en datos científicos y fija una edad en la que estadísticamente la mayoría de los ciudadanos alcanza dicha madurez. A partir de ahí, crea excepciones: permite que menores accedan a ciertos derechos en situaciones especiales o que se limite la responsabilidad de mayores de edad que no alcancen la madurez suficiente. No es un sistema ideal, pero sí el más funcional dentro de las posibilidades actuales.

En este sentido, es evidente que la fijación de una determinada edad depende de las circunstancias históricas y sociales del momento, así volviendo al ejemplo anterior y centrándonos en nuestro país, la mayoría de edad se ha ido modificando a lo largo de la historia. Se situaba en 25 años, según una ley romana del año 200 a.C., en 1889 nuestro Código Civil señaló los 21 años, pero finalmente se fijó a los 23 años; una ley de 1943 lo modificó para pasar a ser 21 años, y finalmente en 1978 pasarían a ser 18 años⁷⁷.

Para complicar más las cosas, resulta que la edad es un factor de discriminación muy distinto que otros potenciales factores, como por ejemplo puede ser la pertenencia a una minoría étnica determinada. En efecto, la particularidad de la edad es que está en continuo movimiento. Cada individuo, cada día, presenta un día más de edad, mientras que la pertenencia a una minoría

⁷⁶ Bobbio, 1997, p. 23-24

⁷⁷ Un interesante estudio sobre edad y derecho puede encontrarse en: Huete Morillo, L.M; Marina de Orta, E. (2001) *La edad en la legislación*. Dykinson.

étnica es algo estático, desde que se nace hasta que se muere se pertenece a la misma. Algunos autores⁷⁸ la califican de “condición psicósomática”, que en su dilatación temporal origina diferentes colectivos que pueden estar desprotegidos, discriminados o excluidos socialmente de distintos modos, por ejemplo: niños, jóvenes, trabajadores de más de 55 años, personas mayores, etc.

Más allá del ámbito jurídico, la gerontología social ha señalado la necesidad de distinguir entre diferentes dimensiones de la edad: cronológica, biológica y social. Esta última, la edad social, es especialmente difícil de delimitar, pues está profundamente ligada a las expectativas y normas culturales que no siempre encuentran reflejo en la legislación. Como señala Neugarten, cada persona recorre un ciclo regulado socialmente desde el nacimiento a su muerte, y aunque las normas puedan variar entre un grupo socioeconómico, étnico o religioso a otro, en cada uno de estos grupos sociales puede demostrarse fácilmente que las normas y las incidencias reales están estrechamente relacionadas entre sí⁷⁹.

Efectivamente, en el resto de las disciplinas sociales ajenas al Derecho, la edad suele ser “un concepto elástico, difícil de precisar”⁸⁰ y no hay un acuerdo unánime que relacione la vejez con una edad determinada, pudiendo comprobarse que la población tiene concepciones de la edad alejadas de la puramente cronológica, que es la que habitualmente las normas jurídicas tienen en cuenta⁸¹. Sin embargo, la ausencia de una norma jurídica no implica que no existan normas sociales, que muchas veces ejercen una presión incluso mayor.

Desde una perspectiva sociológica, el sistema de expectativas vinculado a la edad opera como un conjunto de reglas normativas: las personas suelen experimentar presión social para actuar conforme a lo que se considera “adecuado” en cada etapa de la vida. Aunque las normas sociales asociadas a la edad han variado según la época y la cultura, lo que sí parece mantenerse con cierta estabilidad es la estructura misma basada en el estatus de edad, con expectativas ligadas a etapas vitales como la formación, el trabajo o la jubilación. Por eso, se refieren a una estructura de la sociedad basada en el estatus de edad, las identificaciones con un grupo de edad, la interiorización de las normas de edad, y las normas de edad, como una red de controles sociales, que tienen dimensiones importantes en el contexto social y cultural, dentro del cual debe verse el curso vital⁸². Y esto ocurriría así independientemente de la época o sociedad en la que estemos, evidentemente variando las expectativas y definiciones en cada momento.

Y no olvidemos que la edad (ya sea cronológica, biológica o social) es un elemento del que el sujeto hace uso, y con el que incluso juega en sus relaciones con los demás, pero también éstos lo hacen y es en esa dialéctica compleja donde se generan situaciones de marginación y desamparo⁸³.

⁷⁸ Mariño Menéndez, 2001, p. 24.

⁷⁹ Neugarten, 1999, p.98

⁸⁰ Bazo y Maiztegui Oñate, 1999, p. 86.

⁸¹ Bazo y Maiztegui Oñate, 1999, p. 86-88.

⁸² Neugarten, 1999, p. 117-119

⁸³ Fuente González y Hervás Torres, 2008, p. 275.

2.3.- Pero ¿hablamos de una edad concreta?

e forma automática, solemos asociar la vejez con un umbral cronológico fijado en los 60 o 65 años. Aunque, como ya se ha señalado, esta noción varía según la sociedad y el contexto histórico, comprobaremos que, en realidad, esta percepción ha cambiado mucho menos de lo que podría parecer a primera vista a lo largo de los milenios.

La Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, en un informe sobre los derechos de las personas mayores, presentado en 2012 (E/2012/51), expresaba la idea de que, a efectos de los derechos humanos, la edad no es simplemente una designación numérica, sino más bien una noción social enraizada en la costumbre, la práctica y la percepción de la función que una persona desempeña en su comunidad, señalando que la calidad de vida y la función social de una persona de 60, 70 u 80 años de edad puede diferir considerablemente de las percepciones en que se basan algunos sistemas jurídicos y sociales. De estas percepciones van a depender la edad de jubilación, el acceso limitado a algunos recursos productivos o a los seguros, o la capacidad jurídica para el ejercicio de los derechos de la persona, no pudiendo, en este contexto, considerarse la edad en sí como equivalente a la enfermedad, riesgo o dependencia; factores que ella entiende contribuyen a la complejidad de la definición de las personas mayores.

Ni siquiera los principales organismos estadísticos internacionales comparten un criterio unificado: las Naciones Unidas consideran mayores a las personas a partir de los 60 años, mientras que Eurostat fija el umbral en los 65. En el ámbito normativo tampoco existe consenso absoluto, aunque se han hecho esfuerzos por flexibilizar las definiciones y así abarcar distintas realidades nacionales. Por ejemplo, la Convención Interamericana sobre la Protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores define como tal a quienes tienen 60 años o más, salvo que la legislación interna establezca una edad distinta, siempre que no supere los 65 años.

Incluso en nuestra legislación nacional hay divergencias. Aunque la edad general de referencia es los 65 años, algunas normas, como la Ley Canaria 3/1996, de 11 de julio, sobre participación de las personas mayores y solidaridad intergeneracional, reconocen esta condición a partir de los 60 años. Incluso dentro del mundo jurídico más formal, hay autores⁸⁴ que sugieren matizar el concepto de vejez, no solo desde la edad cronológica, sino considerando la edad biológica o, idealmente, una conjunción de factores físicos, psíquicos, económicos, sociales y culturales, que dotarían al concepto de persona mayor de una dimensión más compleja y rica. Eso sí, sin ofrecer claridad sobre cómo podría aplicarse esta visión en la práctica.

Los estudios sociológicos⁸⁵ la edad de 65 años sigue siendo una referencia frecuente en los estudios sobre personas mayores, aunque luego subdividan esta etapa de la vida en dos o tres períodos.

En el ámbito médico, el catedrático de geriatría Ribera Casado sostiene que no existe un punto universal para delimitar la vejez. Sin embargo, él mismo admite la necesidad de establecer una referencia y, en su discurso de ingreso a la Real Academia Nacional de Medicina⁸⁶, fija dicha

⁸⁴ Borrajo Dacruz, 2007, pp. 157 y ss.

⁸⁵ Bazo y Maiztegui Oñate, 1999, p. 48.

⁸⁶ Ribera Casado, 2012, p. 24.

frontera en los 65 años, por ser el criterio más extendido y vincularse además a la edad de jubilación.

Y es que, en nuestra sociedad, la jubilación se ha convertido en el momento clave, casi un ritual de paso, que marca cuándo se considera que alguien ha entrado en la vejez. Sin embargo, como veremos en los periodos históricos que analizaremos, no existía una transición tan clara. Sí encontramos ritos muy marcados de paso de la juventud a la madurez (como la toma de la toga viril en la antigua Roma), pero nada tan determinante para señalar la entrada en la vejez como lo es hoy la jubilación. Aunque si hay algunos elementos, incluso normas jurídicas, por ejemplo, las relativas al servicio de armas, al ejercicio de cargos y deberes públicos, que nos ayudarán a entender cuando se consideraba en cada caso a una persona mayor. En el caso de las mujeres, dado que en estas sociedades eran vistas fundamentalmente como reproductoras, la menopausia marcaba en gran medida un cambio de rol muy significativo y era frecuentemente visto como el paso de inicio hacia la vejez.

Como veremos en los capítulos siguientes, no existe una “cifra mágica” universal para definir la vejez, aunque se manejan distintas referencias. Por ejemplo, el estudio de Parkin⁸⁷ sobre la época romana muestra que muchos autores coinciden en fijar los 60 años como el inicio de la vejez. Sin embargo, este enfoque suele centrarse en los hombres; quienes han investigado el envejecimiento femenino tienden a situarlo más cerca de los 50, coincidiendo con la edad promedio de la menopausia en la Antigüedad y el fin del rol reproductivo⁸⁸.

Platón, al plantear su sociedad ideal cree que las mujeres deben “parir para el Estado” a partir de los 20 años hasta los 40, y el hombre “procrear para el Estado” hasta los 55 años⁸⁹. No obstante, no vincula explícitamente estas edades con lo que, según los poetas, constituiría el “umbral de la vejez”⁹⁰.

Estudios más recientes sobre la historia de la edad en la Antigüedad, encuentran que la consideración de una persona como mayor es algo que fluctúa desde los 42 años a los 77 años⁹¹.

Por supuesto, en sociedades donde muchas personas desconocían su fecha exacta de nacimiento y nunca tuvieron que rellenar un formulario con ella, no se podía aplicar una delimitación rigurosa de la edad. A ello se suman costumbres como redondear cifras o declarar edades falsas para eludir ciertas obligaciones. En definitiva, aunque en esta obra no hemos eludido dar cifras, advertimos que deben ser tomadas con la debida cautela.

2.3.1.- ¿Nadie llegaba a ser mayor en la Antigüedad?

Muchas personas tienden a pensar que los umbrales de la edad en el pasado no pueden ni mucho menos acercarse a la actual, pues en el pasado apenas había personas mayores. Los libros

⁸⁷ Parkin, 2004, p. 16.

⁸⁸ Casamayor Mancisidor, 2001, p. 5.

⁸⁹ Platón, La República, V 460e.

⁹⁰ Platón, La República, I 328e

⁹¹ Timmer, 2013, p.173.

de texto de nuestra infancia mostraban siempre a un homínido que se convertía en un hombre joven, nunca aparecía una persona mayor (ni tampoco mujeres, ni siquiera jóvenes).

Este es uno de los primeros mitos que hay que desterrar respecto a las personas mayores en el pasado. Afortunadamente, cada vez contamos con más y mejor información accesible sobre épocas pasadas, lo que permite nuevas interpretaciones. Por ejemplo, frente a la idea de que las personas mayores difícilmente habrían sobrevivido en la prehistoria, hoy tenemos en el Museo de la Evolución Humana de Burgos los restos de un esqueleto fosilizado de hace unos 500.000 años, de un individuo que como mínimo superaba los 45 años y con mucha probabilidad estaba en su sexta década de vida cuando murió, e incluso tuvo una discapacidad significativa durante bastante tiempo⁹². Aunque todavía desconocemos cuán frecuente era esta longevidad en tiempos tan remotos, los registros históricos indican que siempre hubo personas que alcanzaron edades muy avanzadas, tanto en Egipto como en Grecia y Roma.

En realidad, hasta hace muy poco, no es que fuera difícil llegar a ser persona mayor, sino que lo difícil era sobrevivir a los primeros años de vida. Todavía en 1910 una persona nacida en España tenía una esperanza de vida de apenas 40,92 años (41,97 en el caso de las mujeres; 39,65 en el de los hombres), en el año 2022, a pesar de dos graves pandemias y una guerra civil, superaba los 83 años (85,7 mujeres; 80,4 hombres)⁹³.

Casamayor Mancisidor explica de forma magnífica y clara la confusión que entendemos suele estar en el origen de esta creencia errónea tan popular:

“Con frecuencia, cuando pensamos en sociedades pasadas, nos resulta difícil imaginarnos a las personas ancianas que formaron parte de ellas. ¿Vejez? ¿En Roma? ¡Pero si la gente se moría con 30 años! La percepción errónea probablemente provenga de la confusión

entre esperanza de vida máxima y esperanza de vida media. La medicina estima que la esperanza de vida máxima, es decir, el tiempo máximo que puede durar la vida humana, es de 125 años, una cifra que puede aplicarse a todas las sociedades presentes y pasadas, ya que es la edad más alta que se considera que puede alcanzarse sin alterar artificialmente el organismo humano. Por su parte, la esperanza media de vida es el número promedio de años que viviría un grupo de personas nacidas en el mismo año en una región determinada si los movimientos en la tasa de



Jan, primer conde de Egmond, por un pintor neerlandés desconocido, Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. Probablemente pintado tras su muerte en 1516, a los 78 años

⁹² Bonmatí *et al*, 2011, pp. 138-146.

⁹³ García González, 2015, p. 123 y datos INE 2022.

mortalidad se mantienen estables. De esta forma, una esperanza media de vida de 30 años, como la que se calcula para la Roma antigua, no significa que los miembros de una sociedad dada no puedan vivir más allá, sino que probablemente nos encontremos ante una población con una tasa muy alta de mortalidad infantil”⁹⁴.

En realidad, esto lo volveremos a ver a lo largo del texto en cada una de las épocas, y podemos adelantar que existen pruebas indiscutibles de que un porcentaje de la población, sin duda menor que el actual, pero aun así significativo, llegó a edades avanzadas, incluso tenemos constancia de la existencia de personas centenarias.

En todo caso, no tiene sentido alguno comparar el porcentaje de mayores de la época antigua con las cifras actuales, la excepción no es el pasado, la excepción es el presente y el futuro más inmediato, pues nunca ha existido un porcentaje de personas mayores como el actual. Pero esto es un fenómeno que va a cambiar “de forma natural” en unos años, cuando las actuales generaciones hayamos muerto, en principio la pirámide de población que dejaremos tras nosotros ya no parecerá la famosa “campana invertida” que tanto utilizan algunos como herramienta de marketing para vender productos de previsión. Algo difícil de ver desde las perspectivas cortoplacistas a las que estamos acostumbrados.

2.4.- ¿Una definición atemporal de persona mayor?

Un ejemplo poco conocido, pero ilustrativo de la dificultad de alcanzar una definición universal, lo ofrece el glosario de términos de la Organización Iberoamericana de Seguridad Social (OISS), en un estudio⁹⁵ sobre la situación de los “adultos

“Entendidos de arte”, aguafuerte de Thomas Rowlandson, 1799, Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. El estereotipo del “viejo verde” tampoco es una construcción reciente, y aunque no se denominara así, veremos que ya era muy frecuente en el teatro griego.



⁹⁴ Casamayor Mancisidor, 2021, p. 1.

⁹⁵ Organización Iberoamericana de Seguridad Social, 2013, p. 32.

mayores⁹⁶ que incluye a Argentina, Brasil, Chile, España, Méjico, Paraguay y Uruguay, ante la dificultad de encontrar una definición que abarque la realidad de todos estos países, la OISS utiliza un cuádruple criterio. Primero, se considera “persona mayor” a quien haya alcanzado la edad establecida por la normativa nacional para acceder a prestaciones u otros beneficios vinculados a la edad. Si la legislación del país no establece esta condición, se toma como referencia la edad utilizada por las instituciones públicas encargadas de las políticas de envejecimiento. Si esto tampoco es posible, se adopta la edad legal de jubilación. Finalmente, en ausencia de todos los criterios anteriores, se propone la edad de 60 años como referencia, dado que es la empleada por la ONU para América Latina. La necesidad de establecer este cuádruple criterio en un ámbito tan normativo como el Derecho evidencia cuán complejo resulta definir de forma universal lo que es una “persona mayor”.

En las sociedades actuales, como ya se ha señalado, la definición suele vincularse a la jubilación y al acceso a ciertos derechos derivados del cese en el empleo remunerado, lo que le otorga un marcado carácter normativo. En cambio, en las sociedades antiguas los indicadores eran muy distintos: existían enormes desigualdades de género, no había jubilación en el sentido moderno, y aunque encontramos algunas normativas relativas a la edad, ninguna alcanzaba la relevancia de las actuales. Por ello, en cada momento histórico buscaremos algunas claves que nos dirán cuando se consideraba a una persona mayor, tratando de localizar esos elementos convencionales propios de cada sociedad.

Sin embargo, sería adecuado categorizar de alguna forma a los sujetos de nuestro estudio, pues no vamos a estudiar cualquier discriminación de edad, sino solo las de las personas de mayor edad, y por tanto necesitamos una cierta acotación.

Una definición amplia y que se pueda aplicar a cualquier época de “persona mayor” o por lo menos una definición que nos permita delimitar la población que vamos a estudiar, desde el antiguo Egipto hasta hoy, podría ser: “aquella que es considerada como tal en su momento histórico, habitualmente por haber alcanzado una etapa avanzada de la vida, caracterizada por cierto envejecimiento físico, la acumulación de vivencias, y a menudo, la transición hacia roles distintos de los adultos jóvenes”. E incluso, si queremos ser más osados y aventurarnos a concretar un poco más, podríamos añadir que “históricamente ha girado en torno a los 60 años en los varones y 50 en el caso de las mujeres”.

Como veremos en las siguientes páginas, las edades concretas en las que se ha considerado a alguien como “mayor” en el pasado no difieren tanto de las actuales como cabría pensar.

⁹⁶ Término utilizado en varios países de Latinoamérica para referirse a las “personas mayores”, es decir, ni siquiera los que compartimos el mismo idioma utilizamos idénticos términos.

“¡Oh, viejo chocho! ¡Nefasto es ser anciano! Si eres asesinado y te tiran dentro del agua ¿quién te buscará?”

(Papiro egipcio, hacia el 1100 a.C.)

3

Egipto



3.1.- Las personas mayores en Egipto

El estudio de la cultura egipcia presenta notables desafíos, en parte porque contamos con muchas menos fuentes que en los casos de Grecia o Roma, y porque el fenómeno de la vejez ha sido mucho menos explorado en este contexto. Como advierten los propios egiptólogos y egiptólogas, no fue sino hasta finales del siglo XX cuando comenzó a investigarse de manera sistemática los extremos del ciclo vital egipcio, incluyendo a los grupos sociales que hasta entonces habían permanecido en la sombra. Como suele suceder, primero se estudió la infancia en el Antiguo Egipto, y solo a partir de la década de 1990 se comenzó a prestar atención a las personas mayores⁹⁷. Además, no podemos ignorar una importante limitación: solo una minoría privilegiada de la sociedad egipcia tenía acceso a la escritura o contaba con los recursos necesarios para dejar constancia de su existencia. Por tanto, las fuentes disponibles presentan un sesgo evidente y difícil de evitar.

Parra⁹⁸ cree que un egipcio octogenario no tenía por qué estar en peores condiciones que uno actual, con los mismos achaques, solo que la medicina moderna permite al segundo continuar sumando años a la vida, aunque es probable que muchos egipcios exagerasen al declarar su edad, aspirando a alcanzar la cifra ideal de longevidad según su cultura: nada menos que 110 años.

⁹⁷ Meskell, 2002, p. 5.

⁹⁸ Parra Ortiz, 2015, p. 336.

A Janssen y Janssen⁹⁹, tras realizar uno de los primeros monográficos exhaustivos sobre la vejez en el Antiguo Egipto, les resulta evidente que la vejez en Egipto ni era venerada, ni otorgaba una posición de poder, ni tan siquiera existían rastros de una gerontocracia, ni se destacaba la sabiduría de los mayores, rasgos todos ellos que han sido tradicionalmente suficientes para que muchos autores dieran por sentado que una cultura, o directamente “en las culturas antiguas” se idolatraba a sus mayores, pero la realidad, como veremos, en Egipto claramente no se daban o de daban de forma muy excepcional. Pero para ellos es tan evidente que un número significativo de egipcios llegaron a edades avanzadas, que incluso han dedicado un capítulo a los altos funcionarios de los que hay constancia que llegaron a edades avanzadas¹⁰⁰.

Algunos investigadores¹⁰¹ consideran un error muy popular creer que la sociedad egipcia, que postulaba cuerpos jóvenes con los que vivir eternamente tras la muerte, se sentía cómoda con el proceso de envejecimiento, cuando realmente no daba gran importancia a las enseñanzas de las personas mayores, ni las consideraba sabias.

3.1.1.- ¿Cuándo se consideraba a una persona “mayor”?

Cardona Arenas¹⁰² señala que, en sociedades como esta, una persona era considerada mayor en el momento que dejaba de ser productiva, es decir cuando sus condiciones físicas le impedían realizar su trabajo de forma adecuada. La autora señala varios factores que propiciaban un envejecimiento precoz (si lo comparamos con el de la población actual), como la temprana madurez sexual, una medicina insuficiente (aunque avanzada para su época) y un clima extremadamente cálido y seco, lo que supondría que la apariencia de una persona de 40 años se asemejara a la de alguien de 60 años en la actualidad. Por su parte, Castellano Solé añade que, por lo general, además de la incapacidad para trabajar de forma adecuada, un rasgo característico de las personas mayores era tener hijos ya adultos¹⁰³, asimismo, recuerda que en el caso de las mujeres la productividad no hacía referencia al trabajo sino a la capacidad de engendrar descendencia¹⁰⁴. Un papiro de época tardía, fechado aproximadamente en el año 100 d.C. y conocido como *Papiro Insinger*, contiene una reflexión sobre la vida que dice lo siguiente:

“El hombre pasa diez años como niño antes de comprender muerte y vida.

Pasa otros diez años adquiriendo el trabajo de instrucción por el cual podrá vivir.

Pasa otros diez años ganando y ganando posesiones con las cuales vivir.

Pasa otros diez años hasta la vejez antes de que su corazón acepte consejo.

Quedan sesenta años de toda la vida que Thoth ha asignado al hombre de dios”¹⁰⁵.

⁹⁹ Janssen y Janssen, 1996, p. 3

¹⁰⁰ Janssen y Janssen, 1996, p. 122-142

¹⁰¹ Meskell, 2002, p. 179

¹⁰² Cardona Arenas, 2013, p.21.

¹⁰³ Castellano Solé, 2023, p.59.

¹⁰⁴ Castellano Solé, 2023, p. 62.

¹⁰⁵ Traducción del autor del texto que reproduce: Janssen y Janssen, 1996, p. 62-63

Curiosamente, el texto parece considerar que lo ideal, o al menos lo que “tiene asignado el hombre”, son 100 años de vida, en lugar de los 110 que tradicionalmente se mencionaban como cifra simbólica, y fija en los 40 años el inicio de la vejez.

Andrade¹⁰⁶ considera que la mayoría de los egipcios tenían escasas probabilidades de vivir más allá de los cuarenta años, pero que, sin embargo, la longevidad variaba según el estrato social al que pertenecían: quienes ocupaban posiciones privilegiadas solían alcanzar edades más avanzadas gracias a una alimentación más adecuada, trabajos menos extenuantes y mejores cuidados médicos, es claramente el caso de los monarcas. Esto se observa especialmente en el caso de los monarcas. Existen numerosos testimonios de funcionarios reales y hombres de clase alta cuya tumba lleva inscrita frases como “he llegado a la vejez” o “se me concedió llegar a la vejez”, ya que alcanzar dicha etapa se consideraba un regalo de los dioses. Incluso hay inscripciones que documentan una especie de pensión estatal “en especie” que garantizaba una vejez tranquila.

Como ya se ha mencionado, los egipcios creían que las personas podían llegar a vivir hasta los 110 años. Aunque es probable que pocos, o ninguno, alcanzaran esa edad, se trataba de una aspiración ideal que aparece de forma reiterada en textos e inscripciones. Sí se tiene constancia de que algunos faraones tuvieron una larga vida, como el célebre Ramses II cuyo reinado duró 66 o 67 años, y se cree que pudo vivir hasta los 90, y así lo corrobora el análisis actual de su momia. Su hijo Merenptah, por su parte, habría tenido cerca de 60 años al ascender al trono y gobernó durante aproximadamente una década, lo que también concuerda con los estudios sobre su momia. No solo hay evidencia de faraones longevos, sino también de otras personas de edad avanzada: por ejemplo, se conoce el nombre de Iyneferti, una mujer que vivió más de 65 años¹⁰⁷.

En la década de 1970, un estudio de restos humanos egipcios conservados en colecciones de la entonces Checoslovaquia reveló la siguiente distribución: 8 individuos menores de 20 años, 7 entre 20 y 30 años, 13 entre 30 y 40, 6 entre 40 y 50, 11 entre 50 y 60, y 8 que superaron los 60. Una investigación similar realizada sobre las momias del Museo Británico obtuvo resultados comparables: de las 35 analizadas, 11 tenían entre 40 y 50 años y 9 eran aún más mayores. Los estudios de diversas necrópolis sugieren que cerca del 10% de los individuos lograban vivir al menos 50 años¹⁰⁸. Aunque no pueden extrapolarse estos datos al conjunto de la población, al no tratarse de muestras representativas, sí son útiles para evidenciar que había un significativo número de personas que llegaban a edades avanzadas y desmitificar esa creencia de que en la Antigüedad no había personas mayores.

Parra Ortiz¹⁰⁹ cita otro interesante estudio, considerado más representativo, realizado en el cementerio de Naga ed-Deir, que revela la impresionante mortalidad infantil del momento, de 265 personas 182 murieron durante la infancia, 14 murieron con más de 50 años, y solo una tenía más de 60 años. El estudio también revela que, tras la etapa infantil, el segundo periodo de mayor mortalidad coincidía con los años fértiles de las mujeres y la edad laboral activa de los

¹⁰⁶ Andrade, 2017, p. 3.

¹⁰⁷ Meskell, 2002, p. 92.

¹⁰⁸ Janssen y Janssen, 1996, p. 31-33.

¹⁰⁹ Parra Ortiz, 2015, p. 345-346.



*¿Quién es el padre y quién el hijo?
Los egipcios apenas mostraban rasgos de vejez en sus representaciones, solo los expertos son capaces de diferenciar al padre (a la izquierda de la imagen) del hijo.
Estela de Naos con Paimnu y su padre It, 664–610 a. C. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York*

hombres. Aquellos pocos que lograban sobrevivir estas fases podían esperar superar los cincuenta años, aunque este logro solo lo alcanzaría el 5% de la población.

3.1.2.- Cuando ya no se puede seguir trabajando

En cuanto a qué podían esperar las personas mayores de los demás, parece que, al menos durante cierto tiempo, existía la obligación de que los hijos se hicieran cargo de sus padres cuando estos ya no podían valerse por sí mismos o habían abandonado sus trabajos. Sin embargo, también hay indicios de maltrato, como algunos testamentos en los que se deshereda a los hijos por haber descuidado a sus progenitores en la vejez. Aunque estos testimonios pertenecen a familias pudientes, es razonable suponer que situaciones similares se daban entre personas de todas las clases sociales, aunque no se haya conservado evidencia directa.

La necesidad de establecer normas para proteger a las personas mayores y garantizarles medios de subsistencia revela que el abandono de personas mayores era una realidad que llegó a considerarse un problema social. En consecuencia, se buscó remediarlo mediante disposiciones legales. Se sabe que era excepcional que la familia extensa viviera bajo el mismo techo, pero no

era infrecuente que los esposos se hiciesen cargo de algún padre solitario, generalmente de la madre¹¹⁰

Según algunos estudios, los funcionarios, especialmente los de mayor rango y los soldados, podían aspirar a ciertas recompensas que les permitieran mantenerse en la etapa final de su vida. Aunque estos beneficios no equivalían a lo que hoy entendemos como una pensión, representan un claro antecedente. Algunos recibían provisiones alimenticias; otros, como los sirvientes mayores del faraón y los militares retirados de alto nivel, eran nombrados sacerdotes para garantizarles una vida tranquila, sin necesidad de desempeñar las funciones del templo de manera activa (aunque en ciertos casos sí las ejercían). También se cree que algunos soldados veteranos habrían recibido tierras para cultivar. Por tanto, el gobierno y el propio faraón cuidaban de los mayores que le habían dado servicio, especialmente de los militares, si bien esto solo debía cubrir a un círculo muy delimitado de personas¹¹¹.

Hay quien llama la atención sobre otra forma que tenían las personas mayores para poder mantenerse en la vejez, ceder sus propiedades a cambio de una pensión a instituciones como las religiosas, poniendo como ejemplo la donación de un funcionario del santuario de Amón en Karnak, de nombre Samut, que cedió sus propiedades y realizó una donación al templo de Mut para disponer de una pensión en el momento de su vejez¹¹². Esta práctica recuerda, guardando las distancias temporales y culturales, a las fórmulas de beneficencia que surgirían milenios más tarde en los monasterios europeos medievales.

3.1.2.1- El “bastón para la vejez”: un contrato de relevo de hace 4.000 años

Una de las figuras más fascinantes relacionadas con la vejez en el antiguo Egipto es la del denominado “bastón para la vejez”, que puede entenderse como una especie de contrato de relevo... pero de hace 4.000 años.

Castellano Solé¹¹³, apoyándose en estudios de diversos autores, describe detalladamente esta figura que le permitía a un funcionario de edad avanzada contar con un subordinado (“el bastón”) que le asistía o reemplazaba en el desarrollo de sus funciones. De este modo la persona mayor podía dejar de ejercer físicamente su cargo, pero conservando los privilegios y prerrogativas asociadas a su puesto. Habitualmente el “bastón” era designado por el faraón o un funcionario, y solía ser el hijo del titular. Tras la muerte del padre, el hijo podía asumir formalmente el cargo.

La existencia de esta figura está ampliamente documentada. Varias inscripciones funerarias narran cómo el difunto accedió a su puesto tras haber sido nombrado “bastón para la vejez”, y existen textos donde se solicita al faraón dicho nombramiento. Incluso en *Las máximas de Ptahhotep*, obra fundamental de la literatura egipcia, de la que hablaremos más adelante, incluye la petición de un visir para que su hijo sea nombrado como tal.

Quienes han investigado este mecanismo con profundidad destacan que refleja la vulnerabilidad inherente a la última etapa de la vida y la necesidad de contar con apoyo para cumplir funciones

¹¹⁰ Forgeau, 1988, p. 160.

¹¹¹ Janssen y Janssen, 1996, p.98-104.

¹¹² Castellano Solé, 2023, p. 64.

¹¹³ Castellano Solé, 2023, p. 65-68.

laborales. Aunque la mayoría de los ejemplos documentados pertenecen a individuos de clase alta, no parece haber sido una práctica exclusiva de ese entorno¹¹⁴.

Janssen y Janssen¹¹⁵ citan papiros, inscripciones en templos y estatuas que muestran la existencia de la figura incluso entre personas de posición humilde, como el supervisor de los fabricantes de sandalias del templo de Karnak, cuyo hijo fue nombrado “bastón para la vejez”.

Para Castellano Solé¹¹⁶ esta figura refleja la vulnerabilidad presente en la senectud y la necesidad de un apoyo en el desempeño de las funciones laborales, pero sobre todo una forma de honrar a los padres y velar por ellos al llegar la vejez.

3.2.- La medicina egipcia y la vejez: ¿el nacimiento del *antiageing*?

Algunas prácticas de la medicina moderna son la evolución de conocimientos y habilidades desarrollados a lo largo de la historia, incluyendo los adquiridos en el Antiguo Egipto, aunque evidentemente existan notables diferencias. Así como el médico actual busca el diagnóstico de una enfermedad mediante la identificación de causas físicas específicas, el médico egipcio también intentaba determinar el origen físico del problema. Sin embargo, al contar con una comprensión mucho más limitada del cuerpo humano, frecuentemente atribuía los síntomas a causas sobrenaturales, como la ira de un dios o la intervención de un espíritu maligno.

Por ello, el médico del Antiguo Egipto era a la vez médico y sacerdote, combinando en sus tratamientos prácticas empíricas con rituales mágicos. La formación médica era en realidad una rama especializada de la educación de los escribas, que consistía en estudiar papiros bajo la guía de un médico de mayor experiencia¹¹⁷.

Uno de los estereotipos edadistas más arraigados a lo largo de la historia ha sido la asociación entre la vejez y la enfermedad, una idea que, sorprendentemente, aún hoy se manifiesta en las situaciones más insospechadas¹¹⁸. Lo curioso es que este estereotipo parece ser también uno



Papiro con un texto médico, hacia 664–525 a. C., Museo de Brooklyn.

Está escrito en hierático, una forma simplificada de los jeroglíficos que permitía a los escribas copiar de forma rápida en papiros.

¹¹⁴ Castellano Solé, 2023, p. 68.

¹¹⁵ Janssen y Janssen, 2007, pp. 209-210.

¹¹⁶ Castellano Solé, 2023, p. 68.

¹¹⁷ Allen y Mininberg, 2005, p. 13

¹¹⁸ Ribera Casado y García Navarro, 2021.

de los más antiguos registrados, pues ya aparece en textos médicos egipcios como el papiro *Ebers*, fechado hace aproximadamente 3.500 años. En él, junto a fórmulas para tratar dolencias como migrañas, mareos, estreñimiento, diarreas, indigestiones, cólicos, disentería, menstruaciones dolorosas y hemorroides, se incluyen también remedios para disimular los efectos del envejecimiento en el cuerpo, como las arrugas y las canas.

La mayor parte de este papiro está dedicado al tratamiento medicinal de dolencias, recomendándose la intervención quirúrgica solo en una veintena de casos, y prestando atención a la anatomía, la fisiología y patología del corazón y del sistema circulatorio, al tracto alimentario y urinario, a la obstetricia y la ginecología, sin olvidarse de la piel, los dientes, los oídos y los ojos. Dedicando una gran cantidad de espacio a la cosmética, que es donde se encuentran los remedios para eliminar las arrugas, suavizar el rostro, eliminar lunares, embellecer el cuerpo, alterar el color de la piel, luchar contra la alopecia, teñir el pelo, etc.¹¹⁹.

Dicho papiro contiene además una referencia que podría considerarse la primera descripción de la demencia, denominada “sequedad de la mente”. Sin embargo, se pensaba que esta afección tenía su origen en el corazón, considerado el centro del pensamiento y la razón, y no en el cerebro, órgano al que atribuían tan poca relevancia que no solían conservarlo durante la momificación, ya que creían que no tenía utilidad en el más allá.

Otro papiro médico destacado, el papiro Smith, escrito alrededor del 1500 a.C., aunque se cree que es copia de un documento aún más antiguo, incluye fórmulas para tratar 48 dolencias distintas. Entre ellas, se encuentra una llamativa “receta para convertir a un hombre viejo en uno joven”, cuya eficacia, según el texto, había sido probada “un millón de veces”¹²⁰. Se considera que tanto el papiro Ebers como el Smith provienen de la tumba de un médico en la necrópolis tebana situada frente a Luxor¹²¹.

Cardona Arenas nos recuerda que los egipcios tenían la creencia de que la vejez podía revertirse y en consecuencia era posible recuperar la juventud perdida (una idea recurrente a lo largo de diversos textos), igual que se consideraba que al eliminar los síntomas de una enfermedad, esta se curaba, prescribiendo distintas fórmulas medicamentosas para combatir los signos de la vejez y logrando combatir distintos signos del envejecimiento (canas, alopecia, arrugas...) para la recuperación de la juventud¹²².

En el fondo, todos estos intentos, más o menos afortunados, no eran sino reflejo de una obsesión social profundamente arraigada, que se mantiene hoy en gran medida: parecer jóvenes a toda costa. No se trataba solo de cuidar el cuerpo, sino de esconder cualquier signo de envejecimiento. El culto a la juventud, dictado por prejuicios estéticos y sociales, imponía una visión excluyente que marginaba la vejez y celebraba únicamente la apariencia joven

¹¹⁹ Cyril y Smith, 1974.

¹²⁰ Allen y Mininberg, 2005, p.113-115.

¹²¹ Nunn, 2002, p.32.

¹²² Cardona Arenas, 2013, p. 9.



Caja de cosméticos del mayordomo real Kemeni, Hacia 1805 a. C., Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

3.2.1.- El Heb Sed: el rejuvenecimiento “mágico” del faraón

El rechazo a la vejez y la búsqueda del rejuvenecimiento tuvo gran importancia en el mundo faraónico. Diversos autores nos recuerdan que la búsqueda de la renovación física incluso llegó a tener una ceremonia real: el *Heb Sed*, festival cuya finalidad última era el rejuvenecimiento del rey. Se creía que mediante esa ceremonia el monarca recuperaba su fuerza y juventud, renovando su poder sobre todo el país, asegurando el bienestar y estabilidad de su pueblo. Dicha ceremonia podía celebrarse una vez transcurridos los 30 años de su coronación, momento en el

Escenas del Heb Sed o ceremonia de rejuvenecimiento, hacia 2575–2551 a. C. Este fragmento de relieve formaba parte de una serie de escenas que representaban estos complejos y enigmáticos rituales. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.



que su deterioro físico empezaría a ser importante, y con posterioridad podría ser realizado tantas veces como se considerara oportuno¹²³.

Para Urruela Quesada¹²⁴ esta ceremonia era un recuerdo inequívoco de la muy antigua tradición africana de inmolar al rey cuando sus facultades no le permitían seguir gobernando, para evitar la muerte ritual debía demostrar su fuerza y salud corporal, realizando diversos ejercicios físicos, y detalla como en la denominada Piedra de Palermo¹²⁵ se hace referencia a una vuelta, se supone que a la carrera, probablemente alrededor de la muralla del palacio.

Ciertamente, ni la cultura egipcia era ajena a los estereotipos y prejuicios edadistas, ni estamos tan alejados de sus concepciones en algunos aspectos. El profundo temor a envejecer que permeaba la sociedad egipcia se manifestaba públicamente a través de rituales como el *Heb Sed*, pero también se reflejaba en prácticas médicas y mágicas. Ese mismo miedo, hoy, alimenta una lucrativa industria conocida como “antienvjecimiento” o *antiageing*, y que no es más que una rama de la industria estética que busca aliviar ese temor ocultando en los cuerpos los efectos del paso del tiempo, tratando de mantener una imagen asociada con la juventud y la belleza ideal.

Para algunos autores es difícil precisar qué faraones realmente organizaron este tipo de ceremonias, pues, aunque se conoce que Tutmosis III la celebró a los 46 años, Amenhotep III a los 47 o Ramses II a los 55, en otros casos pudieron ser ceremonias ficticias, que mostraban los

¹²³ Cardona Arenas, 2013, p. 21.

¹²⁴ Urruela Quesada, 2006, p. 81.

¹²⁵ La Piedra de Palermo es el mayor fragmento de una losa de piedra negra (basalto) que tiene grabados en jeroglífico un conjunto de acontecimientos de Egipto hasta el Imperio Antiguo (entre 2686 y 2181 a. C.), tales como ceremonias, censos de ganado, nivel anual de la crecida del Nilo, y el nombre de los reyes y faraones. Debe su nombre a la ciudad de Palermo, Italia, donde fue inicialmente expuesta, siendo ahora mostrada en el Museo Arqueológico de Roma.

deseos de llegar a ese momento más que el haber llegado, incluso hacían referencias a celebraciones realizadas “en el más allá”, tras la muerte del monarca.

Pero realmente se conoce muy poco sobre el desarrollo de la ceremonia. El ritual se realizaba con cierto secretismo, y las escenas y los escritos que se conservan solo son parciales y además es probable que evolucionara con el tiempo. Incluso se cree que el asesinato del faraón Amenemhat se realizó antes de su primer festival *Heb Sed*, aprovechando su supuesta debilidad, no fuera que mediante la ceremonia recobrar su fuerza y juventud¹²⁶.

Para algunos autores, el *Heb Sed* también tenía repercusiones a la hora de representar al faraón, por ejemplo, parece que es el caso de Amenhotep III, que tras celebrar su festival en su trigésimo año de reinado (en el que se declaró divino) pasó a representarse de una manera mucho más juvenil y estilizada¹²⁷.

3.3.- La vejez en la literatura del antiguo Egipto

El egiptólogo José M. Galán, en el prólogo a su segunda edición de su magnífico *Cuatro Viajes en la Literatura del Antiguo Egipto*, describe de un forma magistral el propósito esencial de adentrarse en estos textos milenarios: acceder a las mentes de los antiguos egipcios, acercarnos a su compleja manera de pensar y de reflexionar sobre la vida, conocer sus deseos, sus inquietudes, sus preocupaciones, sus miedos, saber qué es lo que les producía alegría y felicidad o tristeza y desconsuelo, la literatura, nos muestran cómo debajo de unas formas aparentemente extrañas vivía una sociedad con muchos elementos en común con la cultura occidental contemporánea¹²⁸.

En concreto, nos asomamos aquí a la literatura egipcia antigua en busca de su percepción sobre la vejez, y si en ella se percibe desprecio o edadismo. Hemos de advertir que, a pesar del optimismo de Galán, a nuestra época han llegado mucho menos textos literarios egipcios que griegos o romanos, y evidentemente también muchas menos referencias a la vejez o las personas mayores. Pero alguna sí que ha llegado y es interesante estudiarlas desde nuestra perspectiva particular.

3.3.1.- La obsesión por rejuvenecer

Resulta significativo señalar que, a pesar de su antigüedad, el estudio de la literatura egipcia es algo bastante reciente, primero por la imposibilidad de leer los jeroglíficos hasta después de que Champollion tradujera la piedra Rosetta hacia 1822, y segundo, por la poca consideración que se tenía de la literatura preclásica. Parkinson¹²⁹ añade que, hasta hace poco, solo se estudiaba parte de la literatura egipcia por su interés histórico y su supuesta información documental, más que como literatura.

¹²⁶ Janssen y Janssen, 1996, p. 105-115.

¹²⁷ Wilkinson, 2003, p. 57.

¹²⁸ Galán, 2000, XII.

¹²⁹ Parkinson, 1997, p. 2.

Entre los relatos más significativos encontramos, por un lado, *El Náufrago*, cuento escrito alrededor del 2200 a. C que narra la historia de un náufrago egipcio que se ve arrojado a una isla desierta, y por otro *Las aventuras de Sinuhé*, un funcionario egipcio que huye al extranjero tras la muerte del faraón y regresa años después a morir en su tierra. Ambas tienen en común lo que entendemos es una edadista preocupación por el envejecimiento, agravada por encontrarse lejos de Egipto.

Estas obras, reconocidas como importantes obras maestras, debieron servir como modelo para el hombre de la época, destacando algunos autores que sobre *El Náufrago* se hacen cada año uno o dos nuevos estudios e interpretaciones, pues la naturaleza fantástica del relato se presta a múltiples explicaciones¹³⁰. Desde luego, hemos encontrado múltiples traducciones con interpretaciones muy dispares entre unas y otras.

3.3.1.1- *El Náufrago*

Fechado hace unos 4.000 años, pero dado a conocer a principios del siglo XX, el único papiro que ha llegado a nosotros con este relato se encuentra actualmente en Moscú y es conocido como *Papiro Golénischeff*.

La historia está narrada en primera persona. A su regreso de una expedición comercial, el protagonista le relata al príncipe cómo, en un viaje anterior, su embarcación naufragó y fue arrastrado por el mar hasta una isla desierta, donde halló abundancia de alimentos. Tras realizar una ofrenda a los dioses, se le apareció una serpiente gigante que le anunció que permanecería en la isla durante cuatro meses, tras los cuales sería rescatado por una embarcación tripulada por marineros que él ya conocía.

En lo que respecta a nuestro tema, en la mayoría de las traducciones consultadas¹³¹ la serpiente le dice al náufrago “alcanzarás el hogar en dos meses; abrazarás a tus hijos; rejuvenecerás en tu hogar y (allí) serás enterrado”¹³².

Es decir, la vuelta a su tierra implica rejuvenecer, quizá porque se relaciona lo positivo (como la vuelta con su familia) con la juventud, o bien porque será enterrado según los ritos egipcios, lo cual le permitirá vivir la eternidad con apariencia de joven. Así, el recuperar la juventud era realmente una promesa de felicidad y vida eterna. En este sentido, el mensaje de la serpiente no solo augura un reencuentro familiar, sino la preparación para una existencia eterna donde el sujeto renovado y joven alcanzaría su estado más puro.

La cuestión del rejuvenecimiento, por tanto, era una preocupación central en el pensamiento egipcio, y aparece también en otros textos literarios, como en el que veremos a continuación.

3.3.1.2- *Sinuhé*

Sin duda, el relato más conocido de la literatura egipcia en nuestros días es el de *Sinuhé*, probablemente debido a su adaptación cinematográfica en 1954 (*Sinuhé, el egipcio*, dirigida por Michael Curtiz), basada en la novela homónima del autor finlandés Mika Waltari. Sin embargo,

¹³⁰ Simpson, 2003, p. 45-46.

¹³¹ Curiosamente en alguna traducción no se emplea el término “rejuvenecerás”.

¹³² Serrano Delgado, 2021, p. 404.

esta versión no coincide con la historia original egipcia, ya que el propio personaje de Waltari explica que su madre le dio ese nombre inspirado en el personaje literario.

Lo que sí es cierto es que el relato original de Sinuhé gozó de gran popularidad ya entre los egipcios (de hecho, se han encontrado siete papiros y veintiséis ostracones¹³³ con su texto), su protagonista debió ser el héroe real, cuyas aventuras impactaron en la imaginación de sus congéneres y que fueron reformadas tan pronto como murió al gusto del público y, por decirlo de alguna forma, noveladas¹³⁴.

Desde el punto de vista que nos ocupa, hay una conexión clara con la historia anterior: el rejuvenecimiento. No obstante, ambas historias son muy diferentes. *El Náufrago* es definido por Lichtheim¹³⁵ como un cuento de maravillas, de acontecimientos milagrosos en los que los seres humanos se encuentran con lo sobrenatural, mientras que la historia de Sinuhé es la historia de una vida tal y como pudo ser vivida, de hecho, puede que sea una historia real. Distintos autores creen que existió históricamente, incluso alguno señala que su tumba no ha sido encontrada todavía pero que seguramente está en la zona de Lisht¹³⁶ (a sesenta kilómetros al sur de El Cairo).

La trama se sitúa hacia 1960 a.C. Sinuhé, temiendo verse implicado en una conspiración tras la muerte del faraón, huye a tierras lejanas. Allí prospera: se casa con la hija del jefe local, amasa riqueza e influencia, y llega a vencer en duelo a otro caudillo de la región. Al notar el peso de la vejez, decide escribir al faraón para pedirle regresar, y éste no solo le concede el permiso, sino que lo colma de riquezas y honores al volver.

El deseo de Sinuhé de regresar a Egipto se relaciona directamente con la vejez, como él mismo expresa:

“Que el rey de Egipto tenga piedad de mí y yo viva de sus dádivas, salude a la señora de la tierra que está en palacio, oiga noticias de sus hijos. Entonces, mi cuerpo será joven (nuevamente): la madurez ha llegado, la debilidad me ha alcanzado, mis ojos están cansados, mis brazos flácidos, mis piernas han dejado de marchar, mi corazón está cansado, (la hora de) partir se me acerca.”¹³⁷

El faraón, al recibirlo, también alude a su envejecimiento:

“Tú has venido, -dijo su majestad-, tras haber pateado tierras extranjeras. La huida ha sido dura para ti: eres anciano, has alcanzado la madurez. No es fútil la purificación de tu cuerpo: no seas enterrado por extranjeros, que no te hagan tu sarcófago”

Ambos pasajes aluden al decaimiento físico, y tienen una visión de la vejez negativa, como antesala de la muerte (“la hora de partir”). La idea de “volver a ser joven” está de nuevo ligada al regreso a Egipto, lo que nos hace pensar que quizá, igual que en el caso de *El Náufrago* guarda

¹³³ Dado que el papiro era muy caro, en ocasiones se escribía sobre fragmentos de roca o de cerámica, denominados ostracones.

¹³⁴ Lefebvre, 2003, pag. 33.

¹³⁵ Lichtheim, 2006, p. 211.

¹³⁶ Castañeda Reyes, 1991, p. 276.

¹³⁷ En ocasiones las traducciones de texto son muy distintas entre sí, imaginamos que por las características de este tipo de escritura y las muchas versiones de la obra, nosotros hemos seguido, en todos los textos que se citan de Sinuhé, la incluida en Galán (2000).

relación con poder ser joven en el más allá, lo que lograría siendo enterrado de acuerdo con la religión egipcia y sus creencias, y el propio faraón lo deja claro:

“No mueras en el extranjero, que no te entierren los cananeos, que no te envuelvan en una piel de carnero haciendo de sarcófago [...] Piensa en tu cuerpo y ven”.

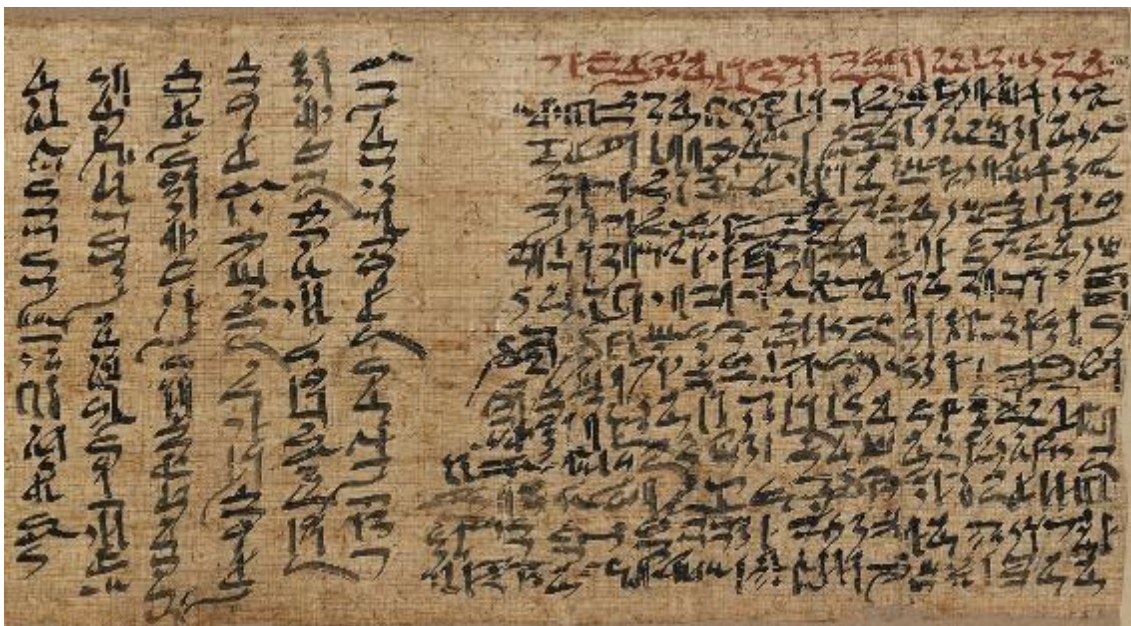
Así, se establece una estrecha relación entre rejuvenecimiento, cuerpo y enterramiento. La tumba suntuosa que el faraón promete a Sinuhé no solo es un gesto de honra, sino la garantía de un renacimiento en el más allá: una eternidad rejuvenecida, una oferta imposible de rechazar.

Existe otra alusión a la edad, que podría explicar otro matiz de la cuestión del rejuvenecimiento:

“Había allí distinciones, un baño y esponjas [...] Se me quitaron años de encima, estaba afeitado, mi pelo peinado. Entregué mi atavío de extranjero y ropas de beduino, y me vestí con lino, me ungí con el mejor aceite, dormí sobre una cama”.

En este caso, Galán la explica en el sentido que, mediante su aseo, Sinuhé renace como egipcio externa e internamente, se le quitan años de encima, renuncia a las costumbres extranjeras y adopta de nuevo las de su tierra¹³⁸. Es decir, es un renacer social, es un volver a lo que vivió cuando era joven: Egipto. En todo caso, esta explicación mantendría la connotación negativa de “tener años”, en este contexto relacionándolo con tener un aspecto extraño (en general, los egipcios no tenían muy buena opinión de los extranjeros), o deshacerse simbólicamente de un modo de vida ajeno al egipcio.

*Papiro hierático con la historia de vida de Sinuhé.
Museos Estatales de Berlín, Museo Egipcio y Colección de Papiros. Foto: Lisa Baylis*



¹³⁸ Galán, 2000, p. 62.

Cardona Arenas entiende que estos relatos ponen de relieve la importancia que los egipcios le dieron a la juventud como estado ideal del cuerpo y, al mismo tiempo, del rechazo a la pérdida de vitalidad y vigor que acarrea el envejecimiento¹³⁹.

3.3.2.- Ptahhotep: ¿el primer escritor mayor?

Si hay un texto de la literatura egipcia que merece ser destacado, ese es *Las máximas de Ptahhotep*¹⁴⁰ al que Minois describe como “el primer anciano que habla de sí mismo”¹⁴¹, al menos es cierto que probablemente estemos ante la primera obra escrita o dictada por una persona mayor, o como mínimo redactada como si lo fuera, que ha llegado a nuestra época.

Para Simpson estamos ante una de las obras maestras indiscutibles de la literatura egipcia antigua, que data posiblemente de finales de la Sexta Dinastía del Antiguo Egipto (entre el 2.345 y el 2.171 a.C.), siendo una fuente interesante para conocer las actitudes generales de la sociedad de ese período. Algunos expertos advierten que, debido a la gran dificultad del texto, sus traducciones presentan notables variaciones en la interpretación de ciertos pasajes; existen cuatro copias del texto, de las cuales sólo una, el llamado *Papyrus Prisse*, conservado en la Biblioteca Nacional de París, está completa¹⁴².

El texto recoge los consejos que da el visir Ptahhotep (uno de los más altos funcionarios egipcios) a las clases más altas, para que puedan triunfar en la sociedad egipcia del momento. A ello se suma su petición de que su hijo lo sustituya en el cargo, convirtiéndose en su “bastón para la vejez”, figura que ya hemos mencionado anteriormente.

El éxito literario de esta obra queda reflejado en su amplia difusión: además de los ejemplares conservados en papiros, se han encontrado fragmentos en cinco ostracones. La evolución del lenguaje de unas transcripciones a otras denota que se hicieron copias durante siglos y a veces presentan diferencias tanto en el texto como en su orden, o se sustituyeron palabras, expresiones y estructuras gramaticales de la lengua más antigua para que el texto volviera a resultar comprensible¹⁴³.

En lo que aquí nos concierne, aludimos a esta obra por la cruda descripción que el propio Ptahhotep hace de su vejez: un retrato lastimoso y cargado de estereotipos. En él, solicita que su hijo lo releve, utilizando términos particularmente negativos:

*“El supervisor de la ciudad y visir Ptahhotep dice:
¡Oh soberano, mi señor!,
Habiendo llegado la vejez, la senilidad descendió,
la debilidad vino y la incapacidad se renueva,
aquel que pasa la noche libre de ella se encuentra en la infancia cada día,
los ojos están débiles, los oídos ensordecidos,
las fuerzas físicas se pierden a causa del cansancio de mi corazón,
la boca callada no habla,
la memoria perdida no recuerda el ayer,*

¹³⁹ Cardona Arenas, 2013, p. 426-428.

¹⁴⁰ Trascrito también a veces como Ptahhotpe o Ptah-Hotep.

¹⁴¹ Minois, 1989, p.31.

¹⁴² Simpson, 2003, p.129.

¹⁴³ Kurth, 2002, p.18-19.

*el esqueleto se dañó a causa de la longevidad,
lo que era bueno se ha convertido en malo y todo el gusto se perdió,
lo que hace la senilidad al hombre es malo desde todos los puntos de vista,
las narices bloqueadas no respiran,
es penoso vivir.
Haz que se ordene para este humilde servidor crear un sostén de vejez
y se permita que mi hijo se sitúe en mi lugar”¹⁴⁴.*

El visir se describe así mismo como senil, incapaz, que vuelve a la infancia (una imagen que, como veremos, será habitual también en Grecia y Roma), no puede hablar, moverse, ha perdido el gusto (en otras traducciones se habla de “el placer”), tiene dificultad para respirar, etc. Un buen resumen es la frase “lo que hace la senilidad¹⁴⁵ al hombre es malo desde todos los puntos de vista”. Aunque es probable que se trate de una exageración para facilitar que su hijo sea nombrado su “bastón” y ser sustituido por él, pues difícilmente alguien en tal estado podría redactar o dictar dicha este texto. El análisis de Cardona Arenas de este pasaje es muy claro, para

*Estatua de dos hombres y un niño,
hacia 1353–1336 a. C., Museo
Metropolitano de Arte de Nueva York*

Aunque a nuestros ojos pudiera no parecerlo, se trata de un abuelo (izquierda), un padre (centro) y su hijo (derecha), se cree que se trata de un icono doméstico que habría recibido veneración en la casa de su propietario.



¹⁴⁴ Ciertamente existen numerosas variaciones en la traducción del texto, nosotros hemos tomado la de Sánchez Rodríguez, 2003.

¹⁴⁵ En otras traducciones se dice “la edad”.

ella el lamento del protagonista ante el deterioro que la edad produce queda patente en cada una de sus afirmaciones, la decrepitud física se concibe como algo negativo, la disminución de las fuerzas produce tristeza y abatimiento, la pérdida o disminución de la agudeza de los órganos sensoriales (vista, oído, habla) acongojan sobremanera a Ptahhotep¹⁴⁶. Para Parkinson es un cuadro oscuro de la condición del visir, en contraste con el ideal habitual de la buena vejez que se suele expresar en las inscripciones oficiales¹⁴⁷.

Este tipo de textos se conocen como enseñanzas vitales o enseñanzas sapienciales, y dejaron una profunda huella en la sociedad egipcia. No sólo en forma de frases proverbiales, sino también como base de la enseñanza doméstica y como material escolar que los niños debían copiar, incluso algunos contenidos se transmitieron a la Biblia e influyeron, de este modo, sobre el pensamiento europeo¹⁴⁸.

3.3.3- El envejecimiento en otros relatos egipcios

Existe otra breve historia llamada *Los infortunios de Urmaj*, en la que un sacerdote del templo de Heliópolis, llamado Urmaj, le escribe una carta a un familiar suyo, escriba real. En ella no solo relata sus desdichas, sino que también le desea una larga vida sin signos de envejecimiento, alcanzar la mítica edad de 110 años e incluso lograr detener el proceso de la vejez:

“Como él es la vida tu cuerpo se desarrollará con salud y él rechazará tu enfermedad. Él acude a quien le llama estando necesitado. Ojalá permita que tú llegues a (vivir) ciento diez años sobre la tierra, tu cuerpo intacto y envejecido tu corazón sereno, sin enfermedad en tu cuerpo, feliz continuamente, alegre en tu corazón, sin la decrepitud en la vejez (porque) tú la has detenido”¹⁴⁹.

No queda claro quién obrará estos milagros, se presume que se refiere al faraón¹⁵⁰. En cualquier caso, nuevamente se pone de manifiesto que el mayor deseo para un egipcio era no envejecer: mantenerse joven hasta alcanzar los 110 años. Este ideal nos recuerda las fórmulas para evitar el envejecimiento contenidas en los papiros médicos y la ceremonia del *Heb Sed*.

Otro breve relato, contenido en el denominado *Papiro Westcar*, lleva por título *Un prodigio bajo el reinado de Kheops, el mago Djedt*. En él, el príncipe Dedefhor, hijo de Kheops, convoca al anciano mago Djedt, quien tiene nada menos que 110 años, y lo saluda con estas palabras:

“Tu estado es igual al de un hombre que aún no ha alcanzado una avanzada edad -(aunque en realidad tú estás) en plena vejez, el momento de la muerte, de la sepultura, del entierro—, (de un hombre) que duerme hasta el día, que está exento de enfermedades, sin ningún ataque de tos”¹⁵¹.

El príncipe halaga al mago diciéndole que no parece un hombre mayor, a pesar de que 110 años también se consideraba el límite máximo de la vida. Por eso le dice que va a morir sin ni siquiera

¹⁴⁶ Cardona Arenas, 2013, p. 430.

¹⁴⁷ Parkinson, 1997, p. 246.

¹⁴⁸ Kurth, 2002, p. 11.

¹⁴⁹ Texto tomado de: López, 2005.

¹⁵⁰ López, 2005, p. 213.

¹⁵¹ Lefebvre, 2003, p. 101.

un ataque de tos. Este saludo ya nos transmite la idea de que los egipcios temían más envejecer que a la propia muerte.

En cierto modo, lo que nos revelan estos textos lo veremos confirmado al hablar del arte egipcio: la situación ideal es la juventud, y los egipcios se esfuerza para mantenerla. Para ellos, la vejez es sinónimo de enfermedad y muerte, la primera no es deseable y en cuanto a la segunda, no la quieren antes de ciento diez años, y solo si garantizaba la juventud eterna.

En la poesía también aparecen referencias a la vejez, aunque estas obras consisten principalmente en himnos o composiciones dedicadas a los dioses o al faraón, centradas en temas cósmicos o universales. En ellas, volvemos a encontrar fórmulas que expresan el deseo de permanecer joven:

“[...] su amada, señora de las Dos Tierras Neferneferuatón-Nefertiti ¡que viva, sea próspera y permanezca joven eternamente y por siempre!”¹⁵².

Aunque durante el Imperio Nuevo (ca. 1570–1069 a.C.), surgió una lírica más íntima que canta los prodigios y desventuras del amor.¹⁵³ En ella no existen alusiones, sino tan solo alguna referencia metafórica al rejuvenecimiento a través del amor, lo que para algunos investigadores¹⁵⁴ reafirma el valor que en el antiguo Egipto se otorgó a la recuperación de la juventud perdida, y curiosamente tanto la vejez como el enamoramiento son equiparados y considerados enfermedades, al menos desde un punto de vista poético.

3.3.4.- La burla y el desprecio: ¡Oh, viejo chocho!, ¡Nefasto es ser anciano!

Pero en los escritos no solo encontramos alusiones al temor de envejecer o el anhelo por rejuvenecer, sino que también, por sorprendente que parezca, han llegado a nosotros textos que directamente muestran actitudes vejatorias, y de maltrato hacia las personas mayores. Castellano Solé documenta ejemplos de burla, por ejemplo, citando un papiro en cuya historia un ladrón de tumbas le dice a una persona mayor: “¡Oh, viejo chocho! ¡Nefasto es ser anciano! Si eres asesinado y te tiran dentro del agua ¿quién te buscará?”¹⁵⁵. En este contexto, el insulto y el desprecio se combinan con la amenaza directa, y con el deseo de herir su autoestima, buscando crear una cruel sensación de indefensión, abandono y vulnerabilidad.

Otro ejemplo de burla descarnada hacia los hombres mayores es curiosamente la única muestra de literatura erótica egipcia que ha llegado a nuestros días, que se encuentra en el famoso Museo Egipcio de Turín. El problema no es tanto el texto sino los dibujos que lo ilustran, su descubrimiento debió ser un shock para los egiptólogos del siglo XIX, por ejemplo, Champollion, lo describió como “una imagen monstruosa, obscena, que me dio una impresión muy extraña acerca de la sabiduría y la compostura egipcia”¹⁵⁶.

Según Janssen y Janssen¹⁵⁷ se suele considerar que el hombre que ilustra esta obra satírica es un señor mayor (representado parcialmente calvo, con el pelo descuidado en la nuca y barba

¹⁵² Gran himno a Atón, en: Sánchez Rodríguez, 2003, p. 147.

¹⁵³ Puede encontrarse una selección de poemas en: Serrano Delgado, J.M. (2021).

¹⁵⁴ Cardona Arenas, 2013, 431.

¹⁵⁵ Castellano Solé, 2004, p. 59.

¹⁵⁶ Citado en: Solé, 2012, p. 94.

¹⁵⁷ Janssen y Janssen, 2007, p. 149-150.

corta), retratado manteniendo relaciones sexuales en múltiples posturas con una joven, probablemente en un prostíbulo. En las primeras escenas aparece vigoroso, pero en las últimas su energía se ha esfumado, está agotado (y el texto y la imagen lo corrobora). Finalmente, una mujer, asistida por lo que parecen ser dos niñas o esclavas, lo retira del lugar.

Si bien abundan las interpretaciones sobre este papiro, en cuanto a si representa a un único hombre o a varios, si era sacerdote o no, si se trata realmente de un prostíbulo, o sobre el orden y la intención de las escenas, ninguna ha sido establecida con certeza. Para Janssen y Janssen, lo más probable es que se trate de una caricatura, una burla explícita hacia un hombre de edad avanzada¹⁵⁸.



Escultores trabajando en la tumba de Rekmire, tempera en papel realizada por Nina de Garis Davies (1881–1965), copiando las pinturas realizadas originalmente hacia 1479–1425 a.C. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York

¹⁵⁸ Janssen y Janssen, 2007, p. 149-150.

3.4.- La vejez en las artes plásticas egipcias

La expresión artística de un pueblo es el resultado de sus valores, de su forma de entender la vida, relacionada con su sistema religioso, con su modelo económico y social, con sus métodos y técnicas artísticas, con sus principios de representación, con sus artistas y también con el destino de la creación; de esta manera, la representación de personas mayores en el antiguo Egipto debe relacionarse con estos factores, que explican la idea que subyace bajo cada imagen¹⁵⁹.

Lo que ha llegado hasta nosotros de este periodo se concentra principalmente en relieves y pinturas, casi siempre bidimensionales, de estilo frontal, ubicadas en espacios funerarios o templos, y construidas a partir de convenciones visuales y símbolos que permitían expresar ideas abstractas y narrativas religiosas o sociales. También se han conservado estatuas, cuya función era doble: por un lado, tenían un carácter religioso, orientado al renacimiento simbólico y a la preservación de la imagen del difunto para la eternidad, pues la figura escultórica se identificaba con la persona misma, siendo el lugar en el que su espíritu se alojaba para siempre; por otro lado, cumplían un propósito propagandístico, especialmente en el caso del faraón y su familia.



Cabeza de un hombre mayor, circa 2550–2460 B.C. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York

¹⁵⁹ Medina Sánchez, 2018, p. 162.

Aunque la civilización egipcia se desarrolló a lo largo de unos 3.500 años, resulta notoriamente difícil encontrar representaciones explícitas de personas mayores en la pintura o escultura. Esto se debe a que, independientemente de la edad real, las figuras eran representadas de forma idealizada y estilizada, con una apariencia uniforme que evocaba la juventud y la perfección física. Esto es, representan el “cómo les gustaría ser”, más que el “como son”. Por ello, incluso cuando existía la intención de retratar a alguien de edad avanzada, los signos de vejez pueden ser difíciles de identificar sin ciertos conocimientos previos.

En la iconografía funeraria, cuando se representan personas mayores, estas suelen aparecer visualmente similares a las de cualquier edad, con la única diferencia de un cabello blanco o gris. Excepcionalmente se rompe con las representaciones habituales de los egipcios, de cuerpo perfecto, y se representa a los hombres mayores encorvados, gordos y de pelo blanco. No ocurre lo mismo con las mujeres: rara vez se las representa en la vejez, o bien se las muestra con aspecto juvenil, pero con cabello blanco o gris. Castellano Solé señala que, en algunos casos, incluso no se les representa con su cabello natural, sino con pelucas de color blanco¹⁶⁰.

Señala Medina Sánchez que otra característica habitual de la representación de los hombres mayores era la alopecia, que no debe confundirse con las imágenes de personas con la cabeza afeitada, como se representaba a los sacerdotes, los arpistas ciegos y los niños, la alopecia que caracterizaba a la vejez era parcial: quedando marcada en los hombres con la línea del cabello muy retrasada, con grandes entradas o con poco pelo¹⁶¹.

Parra sostiene que la inclusión de personas mayores en ciertas escenas de la vida cotidiana tenía como propósito servir de contrapunto visual, aportando vitalidad al conjunto representado, dominado por figuras en la plenitud de sus fuerzas y eternamente jóvenes, pues solo si existe la vejez como elemento comparativo, puede existir la juventud como estado deseable que recuperar¹⁶². A este respecto, mientras la representación de los ricos y poderosos podía cambiar a través de los siglos, e incluso utilizar los rasgos de la vejez con distintos significados (también positivos, relacionándolo con la sabiduría), la representación de las gentes sencillas en la vida cotidiana se mantuvo prácticamente inmutable durante todo el Egipto faraónico.

En cuanto al color utilizado para representar a las personas mayores, Wilkinson señala que solía usarse tonos rojos para la piel masculina, sin embargo, se llegó a utilizar de forma ocasional el amarillo para la piel de los hombres mayores, quizá para indicar su forma de vida más sedentaria e interior¹⁶³.

Algunas fuentes señalan que estas pocas representaciones de personas mayores respondían a tipos específicos de cómo es una persona mayor, por lo que incluso en los casos en que las estatuas o los relieves de un individuo muestran rasgos distintivos, esto puede deberse a razones ideológicas en lugar de representar cómo se veía realmente esa persona¹⁶⁴.

¹⁶⁰ Catellano Solé, 2023, p.61.

¹⁶¹ Medina Sánchez, 2018, p. 165.

¹⁶² Parra Ortiz, 2015, p. 340.

¹⁶³ Wilkinson, 2003, p. 139.

¹⁶⁴ Sweeney, 2004, p. 69.



Relieve de un cortesano de edad avanzada, hacia 1336–1250 a. C. Museo de Brooklyn.

Sin embargo, durante el denominado Periodo de Amarna (1353–1336 a.C.), etapa excepcional en la historia egipcia bajo el reinado de Akenatón, se promovió un estilo artístico expresionista y naturalista, caracterizado por representaciones físicas más realistas y, en ocasiones, exageradas. Aunque las reformas de Akenatón fueron revertidas tras su muerte, su legado dejó una huella perceptible en la representación de la figura humana.

Un ejemplo de este naturalismo heredado del Periodo de Amarna es el relieve de un cortesano anciano conservado en el Museo de Brooklyn. En él se representa a un hombre de edad avanzada con arrugas faciales, pectorales flácidos y palmas marcadas con arrugas, además de una vena o arteria prominente en el antebrazo, un detalle sumamente inusual en el arte egipcio.

3.4.1.- ¿La imagen estereotipada más antigua del mundo?

Uno de los estereotipos más habituales que nos encontramos hoy en día es la imagen de que las personas mayores tienen todos los mismos problemas de salud, entre los que destacan los problemas físicos, principalmente de espalda, que les hace necesitar un bastón para caminar. Las señales de tráfico modernas ilustran perfectamente esta concepción: todos tenemos en mente el dibujo de un hombre mayor, encorvado, con un bastón, cruzando la calle. Actualmente puede ser una mujer la que lleva el bastón y a su lado se apoya el hombre mayor también encorvado (o viceversa). La señal pretende que los automovilistas tengan precaución o simplemente informar de la presencia de población mayor, pero representa a las personas mayores como si todos caminaran arqueados, apoyados en bastones o en sus parejas, una generalización burda y edadista, muy complicada de erradicar.

¿Qué hace esta reflexión en un apartado dedicado a la imagen de los mayores en el antiguo Egipto? Pues bien, lejos de lo que pudiera parecer, esa no es una imagen moderna, ni siquiera creada en los últimos 100 años, sino que ya existía a orillas del Nilo hace unos miles de años. Y



Jeroglífico que representaba el concepto de vejez, tomado de Cardona Arenas (2013) y señal de tráfico actual.

es que, en el sistema de escritura inventado por lo antiguos egipcios, que (con el permiso de los lingüistas) no dejaban de ser ciertos dibujos que se usaban como signos de escritura, el jeroglífico que representaba el concepto de vejez, así como las palabras relacionadas, incluía el logograma de un hombre encorvado con bastón. Incluso parece que existían distintos grados de curvatura para expresar mayor o menor senilidad¹⁶⁵.

Como puede verse, esta imagen estereotipada y edadista, apenas ha cambiado en 5.000 años. Posiblemente de todas las imágenes estereotipadas de las personas mayores que tenemos hoy, esta sea la más antigua de todas.

La imagen explota el estereotipo de que todas las personas mayores están enfermas y tienen problemas de movilidad, lo cual, además de ser falso, tanto en el pasado como en la actualidad, contrasta con las representaciones artísticas de las personas mayores en Egipto, pues raras veces reflejan rasgos de envejecimiento. Por lo general, el personaje representado era un hombre, aunque existen algunas excepciones en las que se ha retratado a mujeres.

3.4.2.- Una persona, dos representaciones

Dado que las imágenes egipcias estaban concebidas para perdurar eternamente, resultaba razonable, desde su punto de vista, que no se plasmaran en ellas los achaques de la vejez, pues como señalan algunos autores¹⁶⁶, sería como condenar al representado a una eternidad de “dolores y malestares”, así que no cabría esperarlas en las tumbas. Sin embargo, sí aparecen algunas, pero con la intención contraria: marcar con la representación de la vejez el punto final del recorrido del difunto por el mundo, por ese motivo las imágenes del difunto como un hombre mayor van acompañadas de imágenes de él como un hombre joven¹⁶⁷.

¹⁶⁵ Gardiner, 2007, p. 444.

¹⁶⁶ Parra Ortiz, 2015, p. 338.

¹⁶⁷ Parra Ortiz, 2015, p. 339.

En algunas mastabas del Imperio Antiguo (aproximadamente entre 2686 y 2181 a.C.) el propietario está representado con dos apariencias distintas. Es el caso del alto funcionario Khabawsokar, en cuya tumba puede vérselo con un cuerpo de adulto idealizado y justo enfrente como un señor mayor, con el pecho y el vientre grasos. Caso similar al de la tumba del visir Khentika, donde encontramos tanto la representación del difunto joven, con barba, falda, sosteniendo un cetro oficial y un bastón, como justo enfrente, al difunto como un hombre mayor, sin barba ni peluca, que viste una falda más larga, con bastón, pero sin cetro, y con un cuerpo más robusto, con algo más de grasa en el pecho y el abdomen. James¹⁶⁸ entiende que puede ser que en el primer caso se trata del difunto cuando ocupaba sus importantes cargos y en segundo lugar, en la vejez, al estar ya retirado de la vida pública.



Estatua de Babaef representado como hombre joven y como hombre mayor, hacia 2475–2450 a. C, Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. Babaef era visir y supervisor de proyectos de construcción, ambas estatuas son muy similares, pero en la segunda (vejez) se representan sus músculos y carne algo más flácida.

¹⁶⁸ James, 1953, p. 20.

En los estudios especializados localizamos algunos ejemplos más de estas representaciones duales; sin embargo, conviene subrayar que en todos los casos se trata de personas mayores pertenecientes a la élite, y son la representación del propietario de la tumba o de su familia. Janssen y Janssen señalan que en las paredes de algunas mastabas también es posible encontrar escenas con sirvientes que son personas mayores, poniendo como ejemplos una escena en la que se ve a un hombre calvo y desnudo, con un cráneo llamativamente cuadrado, con barba corta y descuidada, y un cuerpo bastante gordo, amasando pan. Y citan unos cuantos casos más, generalmente con rostros arrugados, calvos y barriga, aunque a veces la barriga podría ser una señal de vida sedentaria, como ocurre con los músicos¹⁶⁹. No debe confundirse el vientre



Haremhab como escriba del rey, hacia 1336–1323 a. C. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

¹⁶⁹ Janssen y Janssen, 1996, p. 17-18.

Muro de la cámara funeraria de la tumba de Pashedu mostrando a los familiares del difunto. Se aprecia claramente las canas de él (1), de su mujer (2) y de algunos otros familiares (3, 4 y 5). Archivo del Museo Egipcio de Turín, C00146.



característico de las personas de edad avanzada, que se dibuja caído y flácido, de la incipiente barriga que marca en los hombres un nivel social elevado, o de la tripa de una persona obesa¹⁷⁰.

Para Wilkinson¹⁷¹, los retratos de hombres mayores con pliegues de grasa en torno al estómago y en los pectorales, aunque lejos de ser una caricatura, no están completamente basados en la realidad y es fundamentalmente una constatación simbólica de un tipo de corpulencia genérica asociada a la edad y al estatus social, la yuxtaposición de las dos imágenes en casos como estos, muestra a las claras la naturaleza simbólica y la intencionalidad. Entiende el autor que ya sean exagerados o ajustados, dichos ejemplos se basan al menos en algún grado en diferencias reales de proporción relativa a la edad.

Resulta también curioso el caso de la puerta falsa en el muro oeste de la capilla de la tumba de Raemkai, que se conserva en el Museo Metropolitano de Nueva York. La tumba fue originalmente creada para otra persona y contenía también las figuras del propietario original, incluida una de su madurez, con el pecho abultado, notablemente obeso y con una larga falda.

¹⁷⁰ Medina Sánchez, 2018, p. 168.

¹⁷¹ Wilkinson, 2003, p. 56.

Parece ser que la tumba se reutilizó para *Raemkai*, que era mucho más joven, por lo que todas sus representaciones debían ser de un hombre joven. En la piedra se evidencia que se quitaron los pechos, el abdomen grueso y se acortó su falda.

Fischer documenta un caso muy poco habitual en una puerta falsa de Busiris, en el Delta, donde aparece representada la difunta en paralelo como una niña desnuda, con el cabello recogido en una coleta rematada por un disco, y como una mujer mayor, delgada, con senos colgantes, no obstante, en la parte superior de la puerta se mantiene el ideal habitual de mujer joven¹⁷².

Hay casos en los que se representa que una persona ha vivido muchos años a través de su familia, su esposa y las canas de estos. En la tumba de *Pashedu* en *Deir el-Medina*, casi a modo de árbol



Fotografía de la talla en madera del noble egipcio Kaaper, Archivo del Museo Egipcio de Turín (Álbum3_009)

¹⁷² Fischer, 2000, p. 39.

genealógico, aparecen tres registros: en el superior se ve a su padre con el pelo completamente blanco, y a su madre con abundantes canas en la punta del cabello y los hermanos del difunto; en un segundo nivel se ve a los padres de su esposa, también con el pelo lleno de canas, seguidos de sus hijas; y en un tercer nivel los hijos de *Pashedu*, todos jóvenes y de pelo negro¹⁷³. Para Cardona Arenas esta tumba es un caso muy particular, pues parece que el propietario optó por mostrarse a sí mismo y a determinados miembros de su familia con el cabello cano, sin embargo, el cuerpo de *Pashedu* es como el de un joven, lo que le induce a pensar que las canas del difunto y las de su mujer se hubieran incluido como una forma de dejar constancia de su longevidad, hasta el punto que una de sus hijas habría llegado ya al umbral de la vejez en el momento del fallecimiento de su padre¹⁷⁴.



*Busto de Montuemhat en la sala del Museo Egipcio de El Cairo.
Archivo del Museo Egipcio de Turín (Álbum3_029)*

En general, aunque hemos citado varios ejemplos, no es frecuente encontrar en las esculturas los rasgos de la vejez. A veces se presentan algunos y otros no, Janssen y Janssen incluso señalan casos en los que las inscripciones dicen que el sujeto tenía 80 años, pero solo su cara parece reflejar la vejez, no su cuerpo, o al revés, su cuerpo graso denota una edad avanzada, pero no su cara¹⁷⁵. Quizá por eso, a veces, se discute si se trata de una persona mayor o no, incluso si la estatua era originalmente la de otra persona y ha sido “reutilizada” adaptando algunos rasgos.

Un ejemplo claro de persona mayor representada con rostro juvenil y sin arrugas, que se contradice con la barriga abultada y los pliegues de carne debajo de los senos es la figura de Haremhab como escriba real (también fue general durante el reinado de Tutankamón, y posteriormente llegaría a faraón).

¹⁷³ Parra Ortiz, 2015, p. 339.

¹⁷⁴ Cardona Arenas, 2013, 439.

¹⁷⁵ Janssen y Janssen, 1996, p. 20.

3.4.3.- *Si no te ven, puedes seguir siendo joven*

Como veremos, existen teorías que relacionan el grado de realismo en las representaciones con la proximidad del personaje al pueblo. Por ejemplo, el monarca además de ser un dios, es decir, poseer un cuerpo divino que debía ser siempre joven, rara vez era visto de cerca por el pueblo. Por tanto, sus facciones eran conocidas por las estatuas de los templos, que daban una imagen ideal.

Sin embargo, una serie de funcionarios que transmitían las órdenes del faraón o las ejecutaban sí eran vistos directamente por el pueblo y por tanto su cuerpo ya no era idealizado, sino tratado en estilo más realista y se les podía representar con los senos caídos, el vientre flácido, o gruesas piernas, aunque con una actitud hierática, llena de dignidad¹⁷⁶. Algo que los investigadores circunscriben a las imágenes de personajes privados, en el sentido de que eran ellos mismos los

*Estatua de
Harsomtusemhat,
siglo VII a.C.
Museo
Arqueológico
Nacional (Madrid)
Fotografía: Pablo
Linés Viñuales.*



¹⁷⁶ Michalowski, 1991, p. 170-171.

que encargaban la estatua y podían decidir los detalles, incluso ser representados con rasgos más “naturalistas”, al contrario de lo habitual en las imágenes regias, que tenían que plasmar el concepto de monarquía como institución ideal¹⁷⁷. El ejemplo más claro es la famosa escultura en madera del noble egipcio Kaaper, conocida como “el alcalde del pueblo” o *Sheikh el-Balad*, su cuerpo es corpulento, con papada y músculos flácidos, rompe con la idealización habitual, da una impresión de realismo tal que los obreros que lo descubrieron decían que “se parecía al alcalde de su pueblo” y de ahí su sobrenombre.

En el Museo Metropolitano de Nueva York, también se conserva una cabeza, que seguramente formaba parte de una estatua de cuerpo completo. Presenta signos de avanzada edad (de hecho, la escultura está catalogada por el museo como “cabeza de un hombre mayor”), con arrugas verticales, un pliegue de carne sobre la nariz que sobresale hacia fuera, bolsas bajo los ojos y mejillas hundidas. El museo la considera parte de un grupo reducido de imágenes realistas de funcionarios mayores del Imperio Antiguo, cada una única a su manera¹⁷⁸.

Estas representaciones más realistas pueden explicarse también por la influencia griega en la cultura egipcia, especialmente a partir del período helenístico, que comenzó alrededor del siglo IV a.C. y continuó hasta la anexión de Egipto por parte de Roma en el 30 a.C. Durante este período, Egipto estuvo bajo la influencia cultural y política de Grecia primero por la conquista de Alejandro Magno y luego por el dominio de los Ptolomeos, la dinastía de origen macedonio que gobernó el país hasta la llegada de los romanos. Josephson señala que en esta época es posible encontrar esculturas, especialmente bustos, donde se marcan las imperfecciones de los rostros: arrugas, patas de gallo, incluso pequeñas cicatrices¹⁷⁹.

Otro busto representado con rasgos de vejez es el del príncipe Montuemhat, uno de los hombres más poderosos del siglo VII a.C., alcalde de Tebas y gobernador del Alto Egipto. Su representación es un ejemplo del arte egipcio tardío, combinando la tradición con el realismo, algo que se ve más a menudo en este período tardío.

De una época similar es la estatua de basalto conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, que representa a un noble sacerdote, escriba y alto funcionario llamado Harsomtusemhat. Aparece sentado con las piernas encogidas y los brazos cruzados sobre las rodillas. Probablemente realizada para ser colocada en un templo, su rostro refleja con claridad rasgos de vejez.

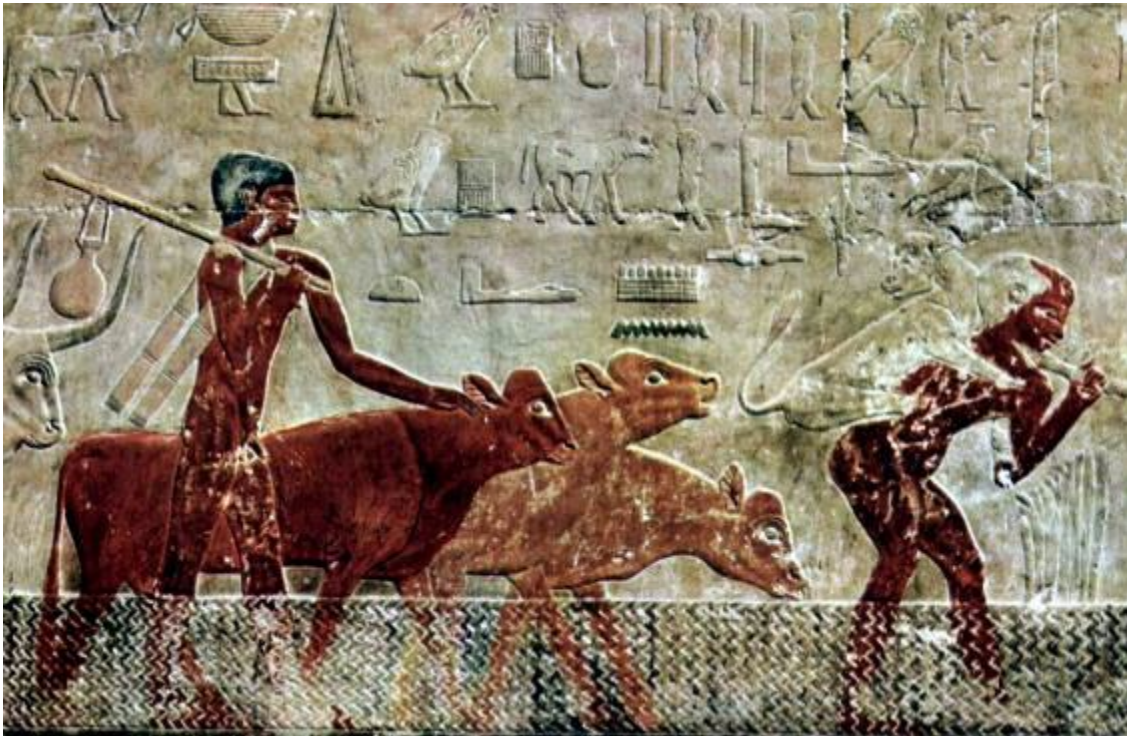
3.4.4.- ¡Palurdo viejo y calvo!

A pesar de la infrarrepresentación de las personas mayores en el arte egipcio, resulta especialmente preocupante que algunas de las pocas representaciones que existen las muestren en escenas claramente de desprecio, con expresiones ofensivas o en situaciones que las ridiculizan dentro de contextos de vida cotidiana.

¹⁷⁷ Valdesogo Martín, 2011, p. 180.

¹⁷⁸ Metropolitan Museum of Art, 1999, p. 289.

¹⁷⁹ Josephson, 2015, p. 75.



Tumba de Ti, necrópolis de Saqqara, hacia 2500 a.C. Fotografía: proyecto Yorck 2002

Medina Sánchez, llama la atención sobre una famosa escena de la Mastaba de Ti en Saqqara, que muestra a un hombre mayor cruzando el río Nilo con un ternero a hombros. El animal se vuelve hacia atrás, mirando a las vacas que les siguen, mientras otro de los ganaderos, más joven, le dice: “venga tú, mierda, conduce el ganado hacia delante”¹⁸⁰.

No creemos que sea casualidad que, en uno de los más conocidos manuales de historia del arte, originalmente publicado a principio de los años 60, describa esta misma escena del siguiente modo:

“Uno de los pastores lleva a hombros un ternero recién nacido, para impedir que se ahogue, y el animalito, asustado, vuelve la cabeza para mirar a su madre, que le corresponde con una mirada no menos angustiada. Esta expresión de simpatía de emotivo parentesco resulta tanto más deliciosa cuanto que uno no esperaría encontrarla en el arte de aquella época. Habrá de trascurrir bastante tiempo antes de que encontremos algo similar en la familia humana”¹⁸¹.

Desgraciadamente, no nos sorprende que el prestigioso autor que hace esa descripción de la imagen sea capaz de ver que el ternero como “recién nacido”, “asustado” y “angustiado” como su madre, que destaque la ternura entre él y su madre como una expresión emocional excepcional. Y que sin embargo, no haga alusión alguna al criado de edad avanzada, encorvado por el peso del ternero, que es insultado por el que va detrás. También es una interacción, y

¹⁸⁰ Medina Sánchez, 2008, p. 178.

¹⁸¹ Janson, 1990, p. 98.

cuando menos “curiosa”. Como ya se ha señalado en capítulos anteriores, el edadismo, y en este caso, el maltrato a personas mayores no ha sido un tema que haya suscitado demasiado interés hasta tiempos recientes.

Pero no se trata de un caso aislado. En otra publicación de referencia, editada originalmente en los años ochenta, la escena se interpreta de manera similar:

“Entre las muchas escenas que ofrece la tumba hay una conmovedora: un rebaño está siendo guiado a través de un río y un aterrizado becerro, demasiado pequeño para cruzar la corriente, vuelve la cabeza hacia su ansiosa madre y brama angustiado, mientras un sirviente lo transporta a la espalda”¹⁸².

En este caso, el autor se “conmueve” con la escena y ve nada menos que un “aterrorizado becerro”, una “corriente”, a su “ansiosa madre”, unos “bramidos angustiados”. De nuevo se muestra una especial sensibilidad para ver el sufrimiento de las vacas y sin embargo no es capaz de ver (o al menos reflejar en la descripción de la escena) a una persona mayor recibiendo insultos en plena tarea.

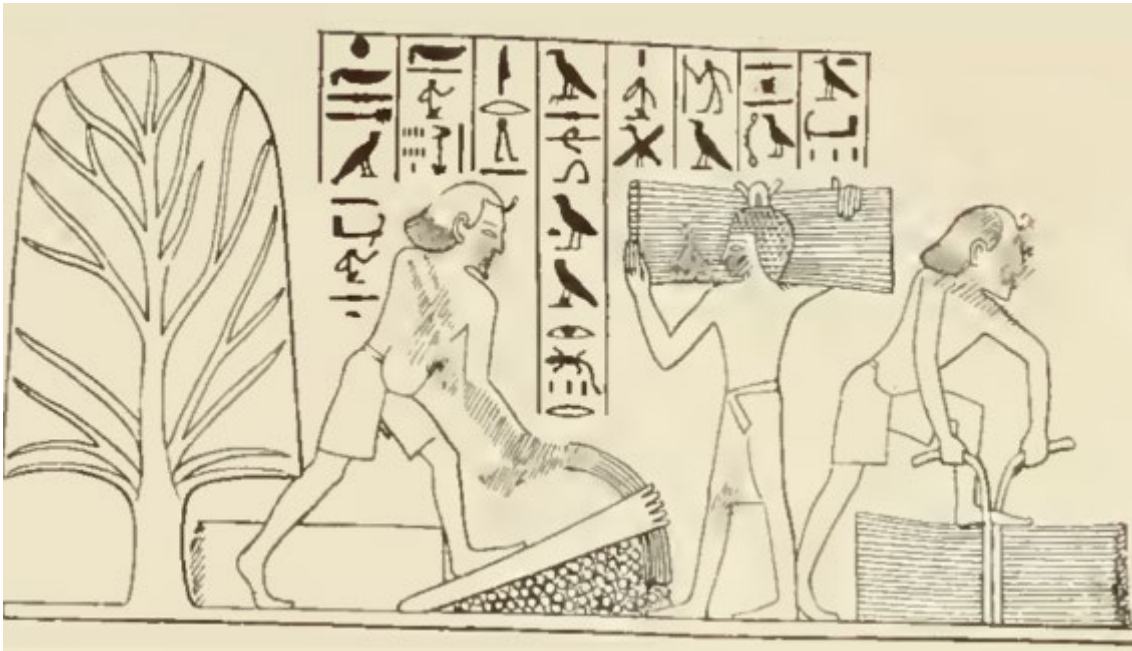
Castellano Solé cree que probablemente el uso de un lenguaje despectivo hacia las personas mayores era habitual entre las capas más bajas de la sociedad egipcia¹⁸³. Algunos autores interpretan estas escenas como reflejo del concepto que tenían los egipcios de los mayores en las capas inferiores de la sociedad y del vocabulario despectivo que utilizarían para referirse a

Escena de transporte de lino. Tumba de Paheri. En: Tylor y Griffith, 1894, lámina III (fragmento)



¹⁸² Hartt, 1989, p. 97.

¹⁸³ Castellano Solé, 2023, p. 59.



Escena de construcción de barcos. Tumba de Ukh-hotp, hijo de Senbi.Meir. En: Blackman, 1915, lámina IV (fragmento)

ellos; en el ámbito del trabajo, las personas mayores eran torpes y lentos, y los jóvenes se burlaban de ellos¹⁸⁴.

Ciertamente el ejemplo anterior no parece un caso aislado, en la tumba de Paheri en el-Kab, se representa a un hombre de edad avanzada que está cargando fardos. Le dice a un compañero más joven: “si me trajeras miles de fardos, seguiría revisándolos”. La respuesta del joven no deja lugar a dudas: “¡date prisa, no hables tanto, palurdo viejo y calvo!”.

Sin duda todas estas representaciones y las expresiones que las acompañan denota un prejuicio edadista hacia las personas mayores que trabajan, con un posible componente de enfrentamiento intergeneracional, una desconfianza hacia que las personas de más edad puedan realizar su trabajo correctamente, igual que en el caso siguiente hay un desprecio hacia su conocimiento.

En otra conocida escena puede verse a un joven carpintero fabricando una barca, frente a él un hombre mayor representado gordo y encorvado, apoyado en un bastón. Los expertos coinciden en que este personaje no deja trabajar al joven debido a su constante charla¹⁸⁵. La representación nos recuerda también al tópico moderno de que las personas mayores se entretienen “viendo trabajar a los demás”, o “viendo obras”. Estereotipo tan arraigado que en algunos idiomas como el italiano, tiene una palabra para designar a los “jubilados que observan obras”, los “umarells”, que proviene *umarèl*, que en dialecto boloñés significa “hombrecito”.

¹⁸⁴ Medina Sánchez, 2018, p. 178.

¹⁸⁵ Wilson, 1953, p. 220.

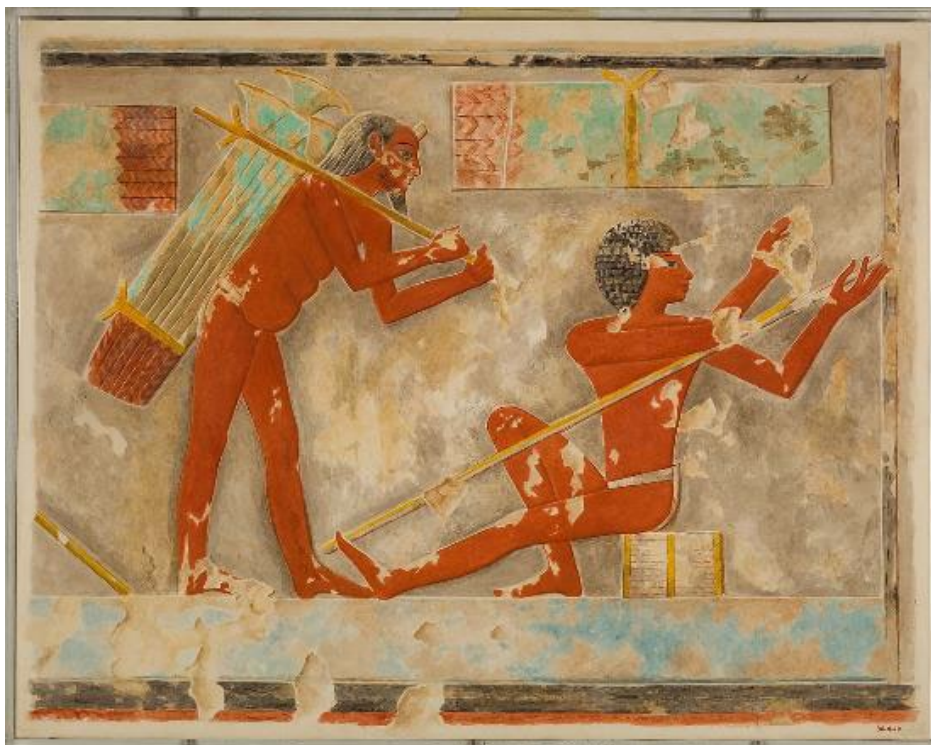
Blackman, en una obra de hace más de un siglo, describía así la escena:

“¿Y qué diremos del viejo que, apoyado en su bastón, entabla conversación con los carpinteros de barcas? barrigón, barbudo, locuaz y algo decrepito, es el viejo *fellah*¹⁸⁶ de toda la vida, el “padre de la aldea”, que dice perogrulladas y cuyas sugerencias interminables todos aceptan, pero nadie lleva a cabo”¹⁸⁷.

Parra, a propósito de estos episodios, describe a estas personas mayores como vulnerables a los abusos, al menos verbales, por parte de los más fuertes que ellos, y recuerda el dicho sapiencial egipcio de las Instrucciones de Amenemope que dice: “no levantes la mano para agredir a un hombre mayor”, y justifica en ello el uso de fórmulas, como las de los papiros médicos que hemos visto, para no parecer mayor, o al menos para disimular el paso del tiempo¹⁸⁸.

A pesar de la escasa representación de ancianos en el arte egipcio, que llegaran a aparecer en escenas cotidianas del interior de las tumbas como inútiles para el trabajo (o percibidas como tales por los que le rodean), molestando a los trabajadores jóvenes o siendo una carga, sin duda es significativo de la presencia de prejuicios edadistas en aquella sociedad.

Durante el Imperio Nuevo, la representación de trabajadores de edad avanzada parece haberse vuelto más frecuente. En la tumba de Puyemre en Tebas, donde un hombre mayor medio calvo, con un mechón de pelo en la frente, el resto cayendo desordenadamente hasta la nuca, con barba puntiaguda y vientre flácido, cargando un gran haz de tallos de



Hombres partiendo papiro. Pintura realizada en 1914-1916 que copia un detalle de una escena de hombres recolectando y trabajando papiro en la tumba de Puyemre en Tebas. Museo Metropolitano de Nueva York.

¹⁸⁶ Es la denominación que reciben los campesinos en el Oriente próximo, y más concretamente los de Egipto, Siria y Palestina.

¹⁸⁷ Blackman, 1915, p. 14.

¹⁸⁸ Parra Ortiz, 2015, p. 334.

papiro. La imagen contrasta con la de otro hombre, claramente joven, que inicia la preparación de los papiros.

Es también revelador que, con frecuencia, al representar a extranjeros, especialmente si eran pueblos enemigos, se les mostrara con signos de envejecimiento. Para Carona Arenas esto debe considerarse como una forma de ultraje: el rechazo que el pueblo egipcio sintió hacia la vejez física implica que hacer visibles en el arte los signos propios de esta etapa de la vida era una forma más de escarnio, y se les representaba con arrugas en el rostro y/o con alopecia¹⁸⁹. Cita esta autora, como ejemplo, la tumba de Horemheb en Saqqara donde se representa a personas de avanzada edad hechas prisioneras, lo cual realmente es poco probable que fuera así, mientras que en las mismas escenas los egipcios son jóvenes y bellos¹⁹⁰.

3.4.5.- Las “invisibles” mujeres mayores

Si ya resulta difícil encontrar representaciones de hombres mayores, todavía lo es en el caso de las mujeres. En general, se representaba mucho menos a las mujeres que a los hombres, acentuándose en algunos periodos donde a la mujer prácticamente solo se la representaba como acompañante de su marido, a menor escala, joven y atlética, y en las tumbas, en la parte más privada del recinto, nunca al aire libre¹⁹¹.

No debemos olvidar que la visión de la vida de las mujeres en la sociedad egipcia que ha llegado a nosotros, a pesar de que las mujeres gozaran en Egipto de más derechos que las griegas o romanas, es la percibida por los hombres, en concreto por los hombres de la élite, pues los creadores de obras literarias y monumentos son, hasta donde sabemos, varones¹⁹². A lo que hay que añadirle que también los que han interpretado la cultura egipcia antigua han sido en su inmensa mayoría hombres, y hasta hace pocos años esa visión era tremendamente parcial y sesgada.

Medina Sánchez considera que, para explicar la escasez de representaciones de mujeres mayores, se debe entender que el ideal femenino en Egipto estaba unido a su capacidad reproductora, y esta, como es lógico, se perdía con los años, de ahí que la imagen característica de las mujeres egipcias fuera la juvenil, tanto en las damas de la élite, como en las mujeres representadas en las escenas de vida cotidiana¹⁹³. Sevilla Cueva pone de relieve que, salvo excepciones, no hay distinción a la hora de representar una mujer mayor de una niña, salvo la presencia de la trenza de la infancia, pero no en la representación del cuerpo¹⁹⁴.

Sweeney señala que, en los escasos casos en que las mujeres presentan rasgos de vejez, puede ser un intento de expresar autoridad y experiencia, como puede intentarse transmitir con alguna representación del envejecimiento masculino¹⁹⁵. Pero en la mayoría de los casos las mujeres eran representadas como jóvenes, esbeltas y hermosas, pues se suponía que las mujeres de la élite retratadas en las capillas de las tumbas eran sexualmente atractivas para ayudar a la

¹⁸⁹ Cardona Arenas, 2013, 433-434.

¹⁹⁰ Cardona Arenas, 2013, p. 434.

¹⁹¹ Hawass, 2000, pp.192-193.

¹⁹² Sevilla Cueva, 2000, p. 157.

¹⁹³ Medina Sánchez, 2018, p. 173.

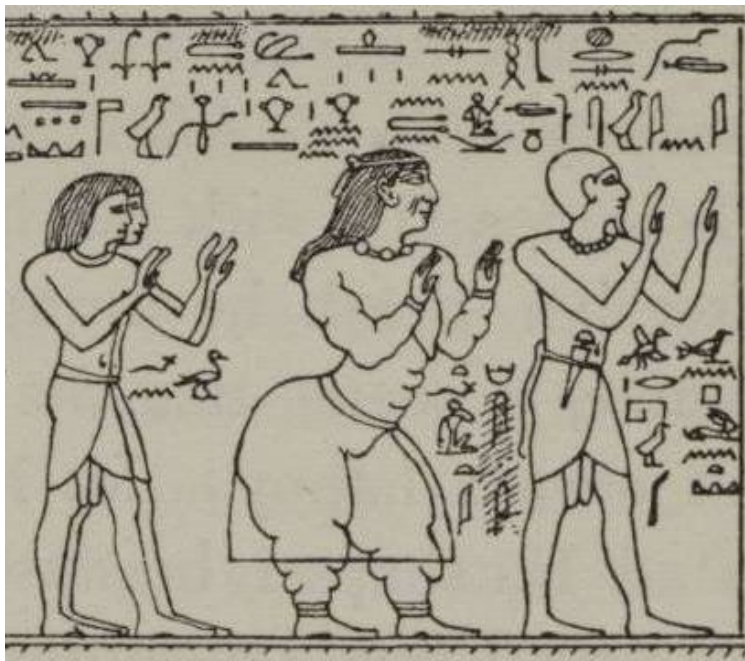
¹⁹⁴ Sevilla Cueva, 2000, p. 164.

¹⁹⁵ Sweeney, 2004, p. 67.

regeneración y el renacimiento de sus maridos en el más allá, y las mujeres que no pertenecían a la élite eran retratadas convencionalmente como saludables y enérgicas sirvientas del dueño de la tumba y su familia en la próxima vida¹⁹⁶. La misma autora llega a citar casos en los que se representa a una mujer como si fuera muy joven, mientras que su momia, encontrada en la misma tumba, revela que en absoluto lo era.

Se cree que las pocas imágenes de mujeres mayores, representadas como tales, se realizaron a partir del Imperio Nuevo, en tumbas tebanas. En general, presentan rasgos similares a los de los hombres mayores, aunque con una silueta mucho más delgada. Un ejemplo puede verse en la tumba del virrey de Nubia Huy, que ejerció su cargo durante el reinado de Tutankhamón. En una escena aparece pintada una mujer mayor con el cabello blanco desaliñado, que necesita de un bastón para apoyarse, ya que tiene una pronunciada curvatura dorsal¹⁹⁷.

El único caso en que se representa una mujer mayor con sobrepeso y arrugas se encuentra en un muro del templo funerario de Hatshepsut en Deir el-Bahari, donde se narra una expedición a Punt, en el cuerno de África. Allí se representa a la reina Ati, esposa del monarca de aquellas tierras. Janssen y Janssen creen que en realidad se trataba de una burla, una caricatura de quien, en definitiva, era una extranjera, imagen también reproducida en algún óstracón¹⁹⁸. Es decir, es probable que en su representación tengamos una confluencia de machismo, edadismo y xenofobia¹⁹⁹, pues no se conocen representaciones similares de egipcias y mucho menos de tan alta posición. Cardona Arenas cree que es probable que la reina de Punt tuviera obesidad



Dibujo de un relieve representando al Príncipe de Punt, y su mujer Ati (en el centro del dibujo). En: Wallace, 1902, p. 407.

¹⁹⁶ Sweeney, 2004, p. 67.

¹⁹⁷ Castellano Solé, 2023, p. 63.

¹⁹⁸ Janssen y Janssen, 1996, p. 15.

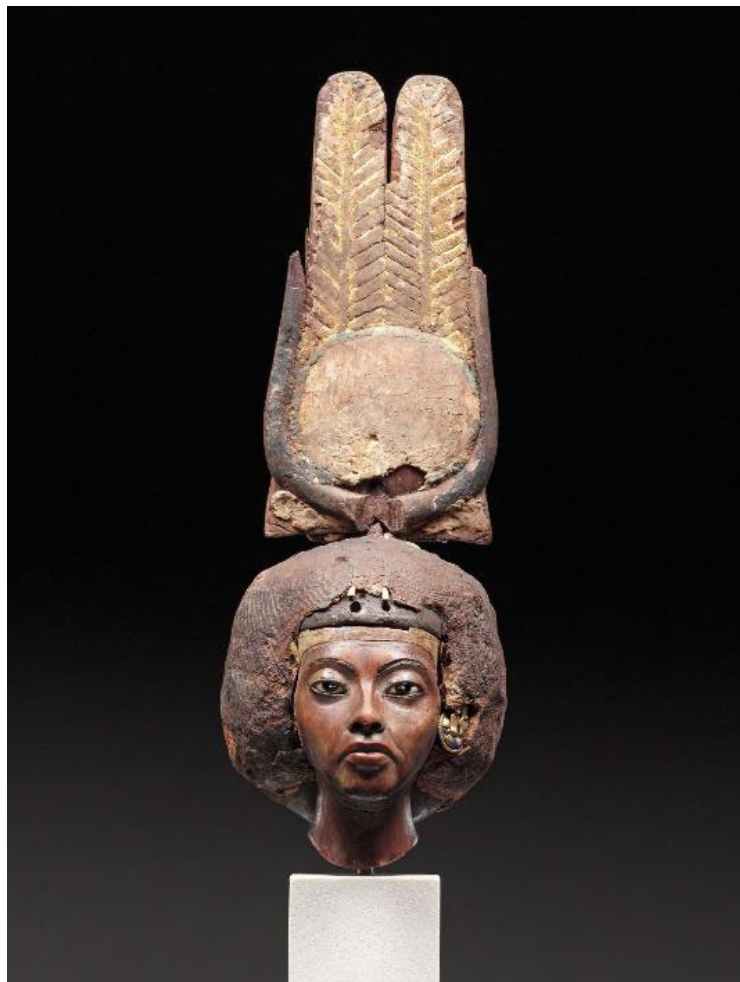
¹⁹⁹ No sería un caso aislado, pueden encontrarse algunos escritos claramente xenófobos en: Galán, 2000, pp. 12-14.

mórbida y fuera realmente así, pero también afirma que, si hubiera sido egipcia su imagen habría sido idealizada²⁰⁰.

Las pocas estatuas de mujeres mayores que se han encontrado suelen representar a mujeres moliendo grano, que por lo general pertenecen a los niveles más bajos de la sociedad y nunca se las representa con sobrepeso²⁰¹.

Como excepción podemos citar la cabeza de la reina Tiye, esposa del faraón Amenhotep III, representada como soberana, que se exhibe en el Neues Museum de Berlín. El busto, tallado en madera, no idealiza sus rasgos, y se aprecian claros signos de tener una edad avanzada: párpados un poco caídos, ojeras, pliegues en la piel, etc. Para Medina Sánchez, probablemente estemos ante una representación que sí se da en los hombres, pero que es mucho más rara en las mujeres: representar su madurez como sinónimo de sabiduría²⁰². No es tan extraño si tenemos en cuenta que Tiye fue una de las mujeres más carismáticas de la historia egipcia, considerada una auténtica gobernante en la sombra y principal consejera real.

Cabeza de la reina Tiye
Museos Estatales de Berlín, Museo
Egipcio y Colección de Papiros. Foto:
Sandra SteiB



²⁰⁰ Cardona Arenas, 2013, p. 438.

²⁰¹ Janssen y Janssen, 1996, p. 14.

²⁰² Medina Sánchez, 2018, p. 173.

“¿No estrangularán sin ningún empacho a todo
viejo, cuando ahora lo hacen, sabiendo a
ciencia cierta que son sus padres?”.
(Aristófanes, La asamblea de las mujeres)

4

Grecia

4.1.- Las primeras divisiones por edades y sus expectativas

Grecia, considerada cuna de nuestra cultura, es en la primera civilización en plantear de manera específica la cuestión del envejecimiento, o al menos la primera de la que tenemos abundante constancia: Hasta nuestra época han llegado escritos, estudios y ensayos sobre la vejez, incluso tenemos referencias a textos griegos sobre el mismo tema que existieron, pero se han perdido. Se cree que Platón y Aristóteles escribieron obras específicas sobre la vejez, al igual que Jenofonte (*El libro de la longevidad*), Demócrito, Filolao, Protágoras, Gorgias, Teofrasto, Fedonte, Demetrio de Falero, Antístenes y Simónides de Ceos, de quienes solo se conservan fragmentos o referencias en otros escritos.

Las dos concepciones filosóficas principales de la vejez que vamos a encontrar en Grecia (Platón y Aristóteles) marcarán el pensamiento de la vejez en la cultura occidental. Se prolongarán a lo

largo de los siglos y tendrán un papel primordial en la configuración de los estereotipos tanto negativos como positivos que siguen vigentes en la sociedad occidental²⁰³.

Parece que los primeros en establecer formalmente una división de las edades fueron los griegos, o al menos que haya llegado hasta nosotros. Se le atribuye a Solón (siglo VII-VI a.C.), que hablaba de siete edades: infante, niño, adolescente, joven, varón, hombre de edad y viejo. López Pulido²⁰⁴, señala esta como la primera división por edades de la que tenemos constancia.

Según Celdrán Gomariz, la vida griega no tiene un ámbito, un reducto para la vejez, es una sociedad tan ocupada con la vida comercial, el reclamo continuo de las innovaciones y de los problemas individuales, que no tiene tiempo para practicar la caridad ni siquiera el respeto por las personas mayores²⁰⁵.

No sorprende, por tanto, que en esta época encontremos numerosos prejuicios y estereotipos sobre la vejez. Pues como explica Laín Entralgo, para el griego clásico la salud, la belleza y la juventud del cuerpo eran los bienes supremos²⁰⁶, y como veremos, entendían la vejez como la negación de todos ellos. Otros autores señalan como estereotipos que compartían griegos y romanos: que las personas mayores son lentas, desconfiadas, propensos a recordar el pasado e irritables²⁰⁷. Nada muy distinto a los prejuicios actuales.

La expectativa de vida en Grecia antigua es un tema complejo. Una revisión de los epitafios griegos, como los conservados en el Museo del Louvre y del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, nos evidencian que en la mayoría de las tumbas no se solía poner la edad que se tenía al morir. Garland señala que hasta el momento no ha surgido una idea clara, a pesar de las investigaciones realizadas, aunque en los últimos años los paleodemógrafos han realizado algunos estudios, pero en la mayoría de los casos la clasificación de los enterramientos no va más allá de infantiles, niños, jóvenes o maduros, pues las técnicas para determinar la edad todavía necesitan mejorar y las bases de datos son actualmente demasiado pequeñas para sacar conclusiones, pero sospecha que en algunos datos relacionados con los enterramientos, como es el caso de los análisis óseos, se ha subestimado la edad²⁰⁸.

No hemos encontrado estudios demográficos con datos detallados y fiables. Resulta evidente la imposibilidad científica de hacer algo así hoy en día sobre la Grecia Antigua, sin embargo, sí existen algunos estudios que hablan de ciertos porcentajes de personas mayores, e incluso de personas que llegaban a edades muy avanzadas.

Como ha sucedido hasta hace no tantos años, en Grecia, como ocurrirá luego en Roma, cuando una persona alcanzaba la madurez, salvo que se cruzaran en su vida guerras, epidemias o desastres similares, tenía una posibilidad razonablemente buena de vivir otros 15 o 20 años. Igual que ninguna población moderna tiene un 3% de centenarios, es muy probable que la

²⁰³ Medina, 2018, p. 32.

²⁰⁴ López Pulido, 2015, p. 17.

²⁰⁵ Celdrán Gomariz, 2001, p. 266.

²⁰⁶ Laín Entralgo, 1987, p. 195.

²⁰⁷ Ryan, 2022, p. 64.

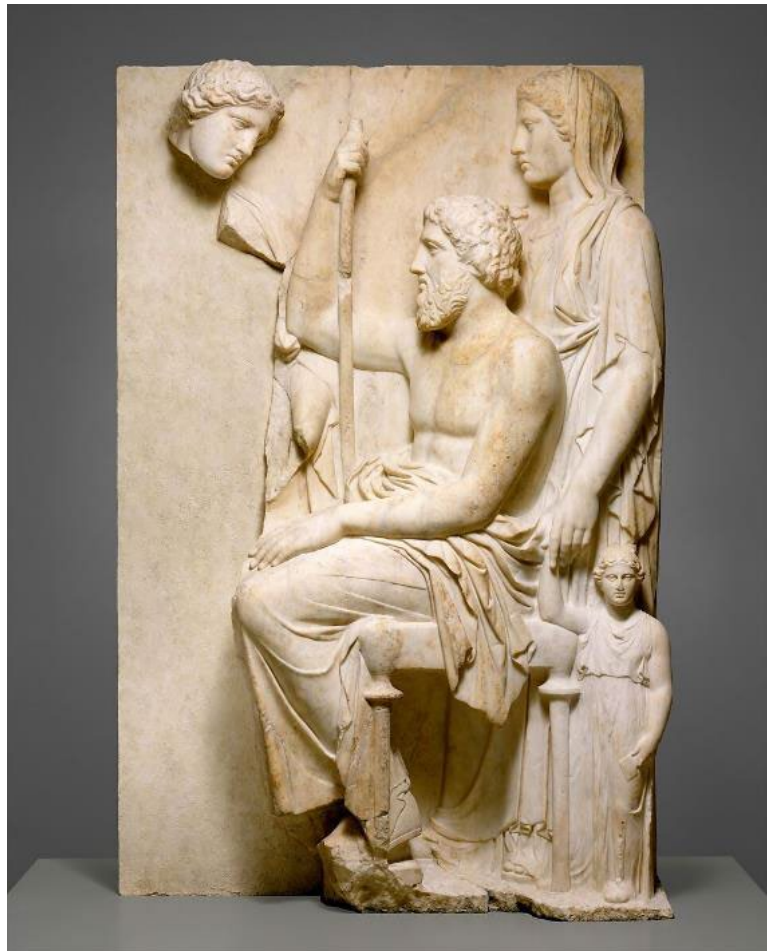
²⁰⁸ Garland, 1990, p. 245.

antigua población griega menos del 1% alcanzara los 80 años, aunque se conozcan personas relevantes que los superaron con creces²⁰⁹.

Son varias las fuentes que señalan que las perspectivas de longevidad una vez superada la adolescencia y si no se cruzaban circunstancias externas en su camino se podía llegar a vivir más de 60 años²¹⁰. Prueba de ello es que existían instituciones, de las que hablaremos más adelante, que requerían esa edad para ser miembros, o también que se fijara esa edad para quedar excluido de servir en el ejército.

Minois²¹¹ aporta datos de un estudio de Richardson²¹² basado en 2.200 inscripciones funerarias, que revela que el 10,2% de los casos vivieron más de 60 años. En concreto, entre los que alcanzaban los 25 años —pues la mayor mortalidad se daba en edades inferiores—, casi uno de cada cuatro llegaría a los sesenta. Esto, según el autor, pone de manifiesto la relevancia numérica de las personas mayores dentro de la población griega.

Estela funeraria de mármol con un grupo familiar, esta estela es uno de los ejemplos más magníficos que han sobrevivido del periodo clásico, la falta de inscripciones solo nos permite hacer elucubraciones sobre quien o quienes de la imagen son los difuntos o sus edades. Hacia el año 360 a. C. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.



²⁰⁹ Garland, 1990, pp. 145-6.

²¹⁰ Fox, 2009, p. 25.

²¹¹ Minois, 1987, p. 100.

²¹² Richardson, 1933.

Finley señala que no tener que servir más en el ejército a partir de 60 años es lo más parecido a la jubilación que podemos encontrar en el pasado griego (y romano) y así ocurrió cuando el ejército era una milicia ciudadana, en la historia griega hasta la conquista de Alejandro y en la romana hasta casi el final de la República²¹³.

En el caso de las mujeres está muy claro que la menopausia suponía un cambio de situación muy importante, pues como han sostenido algunos "las mujeres existían para servir a los hombres, ya fuera por placer sexual o por el interés superior de producir un heredero. Una mujer mayor se parecía a un objeto que había perdido su utilidad y ahora podía ser descartado"²¹⁴.

Domínguez Monedero y Pascual González²¹⁵, con las fuentes griegas y los datos del mundo romano y otras sociedades preindustriales, se aventuran a dar algunos datos. Entienden que las sociedades griegas se caracterizaban por una elevada tasa de nacimientos que se encontraba próxima al máximo biológico del 40%, junto a una fuerte tasa de mortalidad del 40%, siendo el crecimiento vegetativo bajo y con una mortalidad infantil muy elevada. Más de la mitad de los niños nacidos morirían antes de los 5 años, pero a partir de ese momento la esperanza de vida crecería, por tanto, sería necesario una media de 5 o 6 partos para que 2 o 3 hijos llegaran a la adolescencia²¹⁶.

4.2.- Las personas mayores y las instituciones griegas

Existe una opinión bastante generalizada, especialmente en quienes únicamente dan alguna pincelada general de cómo era la vida en la Grecia antigua, de que las personas mayores ocupaban puestos de alta responsabilidad, lo que se interpretaría como prueba de su elevada valoración social. Sin embargo, en los últimos años han surgido estudios detallados de la cuestión, que demuestran que esta afirmación no puede sostenerse de forma generalizada.

Como en casi cualquier sociedad, la edad tenía importancia a la hora de establecer ciertas situaciones. Por ejemplo, en términos generales, en Atenas los varones menores de 18 años carecen de la mayoría de los derechos y sólo a los 30 años un ciudadano alcanza la plenitud de derechos. En el ámbito militar la edad determinaba también sus funciones, así los varones entre 20 y 49 era el contingente de soldados en activo, que eran llamados a la batalla, mientras que aquellos que tenían entre 50 y 59 años quedaban en la retaguardia como guarnición, y los hombres de más de 60 ya quedaban exentos del servicio de armas²¹⁷.

4.2.1.- Un caso particular: La *gerusía*

La *gerusía*, especialmente la de Esparta, suele ser puesta como el ejemplo claro de la supremacía y el respeto de las personas mayores en el mundo griego. Hoy en día esto se pone seriamente en duda.

²¹³ Finley, 1981, p. 156.

²¹⁴ Bremmer, 1987, p. 203, citado en Pratt, 2000, p. 41.

²¹⁵ Domínguez Monedero y Pascual González, 1999, p. 213.

²¹⁶ Domínguez Monedero y Pascual González, 1999, p. 213.

²¹⁷ Domínguez Monedero y Pascual González, 1999, pp. 211-2.

La *gerusía* era un consejo que existía en varias ciudades griegas (y no solo en Esparta, como a veces se cree), en distintas épocas. Poco se sabe de cuáles eran sus funciones reales, se cree que habitualmente estaría compuesto por 28 *gerontes* más dos reyes. Según Domínguez Monedero y Pascual González, sus miembros debían ser ciudadanos intachables que hubieran cumplido ya los 60 años, pero dan a entender que ello está motivado porque ya no tendrán que ser movilizados en caso de guerra, más que por considerar que son sabios por su edad, además del requisito de la edad (o de no poder ser llamados a filas) creen que lo principal para ser elegido miembro de la *gerusía* era pertenecer a una serie de familias a las que se las puede considerar aristocráticas²¹⁸. Hay incluso quien cree que el pertenecer a las élites, más que una situación *de facto*, pues podría ser una situación *de iure*, es decir, existir una norma legal expresa²¹⁹.

Plutarco, en la biografía del espartano Licurgo, cuenta así la elección de los *gerontes*:

“una vez reunida la asamblea, los electores eran encerrados cerca, en un edificio donde no veían el espectáculo ni eran vistos, y tan sólo oían el griterío de los miembros de la asamblea. Pues por aclamación, como en todo lo demás, juzgaban también a los rivales, no a todos al mismo tiempo, sino que entraban uno a uno, por sorteo, y atravesaban en silencio la Asamblea. Entonces, los que estaban encerrados, con tablillas, consignaban en cada caso la magnitud del clamor, sin saber a quién iba destinado; salvo que se trataba del primero, segundo, tercero o cualquier otro de los que entraban. Y aquel a quien se tributara por más tiempo y con más fuerza, a ése proclamaban”²²⁰.

Como puede imaginarse, dado el método, es poco probable que la edad fuera una ventaja en la elección de unos candidatos frente a otros.

El carácter vitalicio del cargo contribuía a elevar la edad media del consejo, aunque esto podría responder más a la búsqueda de independencia institucional que a una valoración positiva de la vejez. De hecho, en contextos contemporáneos, como en algunos tribunales constitucionales o supremos (EEUU, por ejemplo) los cargos también son vitalicios y nada tiene que ver con atribuir a la edad ninguna característica positiva, todo lo contrario, a veces se utiliza como excusa para intentar retirarlos del cargo.

En cuanto a sus funciones, debían ser tanto jurídicas como políticas, y en algunos casos también ejercían como tribunal de justicia. En Esparta su competencia incluía los casos castigados con la pena de muerte, el exilio o la pérdida de derechos cívicos. En el ámbito político es probable que preparara el orden del día de lo que se discutiría en la asamblea de todos los ciudadanos y quizá revisase sus decisiones, aunque hay dudas de su efectividad, y ciertamente la última palabra en las decisiones políticas, al menos teóricamente, era de la asamblea y no de la *gerusía*²²¹.

Requena Jiménez²²² señala que, con el tiempo, la *gerusía* perdió poder frente al *eforado*, una institución compuesta por cinco miembros elegidos anualmente, cuyas decisiones se tomaban por mayoría simple; cualquier ciudadano espartano podía acceder al cargo, y aunque no se

²¹⁸ Domínguez Monedero y Pascual González, 1999, pp. 102.

²¹⁹ Hodkinson, 1999, p. 635.

²²⁰ Plutarco, Licurgo, 26, pp. 3-5

²²¹ Domínguez Monedero y Pascual González, 1999, pp. 101-3.

²²² Requena Jiménez, 2005, pp. 107-110.

especifica una edad mínima, se estima que rondaría los 30 años. También en el ámbito judicial, los éforos fueron asumiendo competencias que antes correspondían a la *gerusia*. En cuanto a la participación en la asamblea espartana (*apella*), las fuentes discrepan: algunos autores sitúan la edad mínima en 20 años, otros en 30, y algunos incluso en 40²²³.

Por tanto, no dudamos de que la mayor parte, o incluso la totalidad de los miembros de la *gerusia* solían ser personas mayores. Sin embargo, parece que desde todos los puntos de vista su importancia está muy mitificada y no es real esa visión de que los hombres mayores de la *gerusia* gobernaron Esparta. Pues su poder, aparte de tener una dudosa relación con la edad, fue muy limitado en favor de otras instituciones como los éforos o la asamblea espartana, cuyos requerimientos de edad no eran altas, y que tras un primer momento eran los que realmente detentaban el poder. Además, tampoco parece que los espartanos tuvieran especial aprecio por la vejez, pues como recuerda Moreno Conde, en la misma Acrópolis espartana se alzaba una estatua de Afrodita Ambologeras, “la que aleja la vejez”, y se cantaba un himno tradicional que decía: “retrasa, retrasa aún la vejez, oh bella Afrodita”²²⁴.

Parkin también cuestiona que la *gerusia* de Esparta fuera un sistema gerontocrático, y aunque cree que fue lo más cercano a esta forma de gobierno, afirma que el poder de los gerentes nunca fue absoluto y los funcionarios más jóvenes terminaron por imponerse y tener un poder mayor²²⁵.

4.2.2.- ¿El origen de los servicios sociales?

En este caso se trata de una especie de “mito al revés”. Habitualmente se dice que la beneficencia y la atención a las personas mayores nació en los monasterios medievales, y con el transcurrir de los siglos el Estado asumiría dichas funciones y finalmente nacerían los servicios sociales. Sin embargo, existen indicios muy serios de que la beneficencia y los servicios sociales, tienen su inicio, o al menos un antecedente serio, en la antigua Grecia.

Algunos investigadores señalan que la *polis* de Atenas arbitró ciertas medidas destinadas a proteger a sectores potencialmente vulnerables del cuerpo cívico, entre ellos las personas mayores. En concreto parece que las leyes recogían la obligación de que los hijos cuidaran a sus padres y ascendientes, entendemos que en términos generales de forma similar a lo que hoy sería la obligación de alimentos, pudiendo sancionar a los incumplidores²²⁶. Quizá esta obligación de nuestro Código Civil provenga realmente de Grecia, aunque nos haya llegado a través del Derecho Romano.

Pero, sobre todo, como Minois destaca, “es en Grecia donde se habla por primera vez con toda seguridad, de instituciones caritativas destinadas al cuidado de las personas mayores necesitadas”²²⁷, basándose en un alegato de Esquilo que alude la concesión de ayudas económicas a las personas mayores empadronadas, al reparto de comida gratuita en Atenas, y

²²³ Hodkinson, 1999, p. 635.

²²⁴ Moreno Conde, 2023, p. 152.

²²⁵ Parkin, 2005, p. 50.

²²⁶ Fernández Prieto, 2023, p. 194.

²²⁷ Minois, 1987, p. 93.

en testimonios de Aristófanes y Vitruvio sobre la existencia de “la casa de Cresos” en Sardes, destinada a los habitantes de más edad.

En la Grecia antigua existen numerosos indicios de algún tipo de asistencia pública, tanto para las personas mayores como para otra población con necesidades sociales: personas con discapacidad, sin recursos económicos, huérfanos, etc.

Fernández Prieto²²⁸, defiende que los atenienses tenían una significativa conciencia social, y que la asistencia a los ciudadanos más pobres en la Atenas democrática (siglos V-IV a.C.) se entendía como un deber social de la comunidad, no como beneficencia. Se implementaron medidas legislativas para proteger y garantizar el sostenimiento de ciertos grupos del cuerpo cívico, junto con un sistema de pagas públicas que fomentaba la participación social (como el pago por asistir a las asambleas o participar en los tribunales), además de ayudas para huérfanos y mutilados de guerra.

Incluso los pagos para estimular la participación política resultaban especialmente atractivos para los ciudadanos con menos recursos, y para quienes difícilmente podían ejercer otros trabajos, como algunas personas de edad avanzada, que encontraban así una forma digna de complementar sus ingresos. Resulta muy interesante, y nos recuerda a las normas modernas de protección social, que para recibir algunas de las ayudas que se establecieron había que tener alguna discapacidad física que impidiera el desempeño de cualquier oficio y poseer un patrimonio que no superara en ningún caso los 300 dracmas.

Fernández Prieto incluso hace un estudio de pasajes literarios que demostraría la existencia de las ayudas específicas²²⁹. Para esta autora, la conciencia social de la Atenas democrática se materializa en términos de “deber social” o “cívico social” y no de “caridad”, y en el caso de las personas mayores la *polis* legisló para que su bienestar estuviera asegurado más allá del deber natural de reciprocidad paternofamiliar, aunque evidentemente no se garantizaba una protección total (que acaso ni hoy mismo está garantizada), pero que suponía una protección ante la posibilidad de caer en la indigencia²³⁰.

Otros autores entienden que primero existió un sistema de beneficencia, utilizado también como instrumento de poder de las familias griegas más influyentes, también habla de figuras como “Cimón el Rico” recordado principalmente por sus actos filantrópicos y el uso de su riqueza para el beneficio público: parece que llegó a abrir las puertas de su casa ofreciendo comida diaria y hospitalidad gratuita, permitía que cualquiera cogiera los frutos de su tierra, e incluso llegó a construir con su dinero obras públicas, lo que lo convirtió en un personaje muy admirado en su tiempo²³¹.

Este mismo autor señala que, en la época del apogeo de la democracia, se implantó un sistema de pagos por el ejercicio de funciones públicas que se ha comparado con un fondo de Seguridad Social, aunque cree el autor que lo más parecido a un sistema de previsión es la norma ya mencionada que disponía que a quienes tuvieran menos de 3 minas (300 dracmas) y no pudiera

²²⁸ Fernández Prieto, 2023, pp. 193-194.

²²⁹ Fernández Prieto, 2023, pp. 193-199.

²³⁰ Fernández Prieto, 2023, pp. 203-204.

²³¹ Plácido, 2009, pp. 3-15.

trabajar por problemas físicos, recibiera dos óbolos por día, a cargo del tesoro público, para su manutención.²³² Incluso cita un caso judicial concreto de un ciudadano denunciado por recibir dinero de la ciudad a pesar de tener conocimientos de los que podría vivir, el acusado respondió que, además de ser ese su único recurso, se le habían sumado la vejez y la enfermedad, por lo que tenía derecho a seguir recibiendo los pagos²³³.

Desgraciadamente, no hubo una evolución, sino más bien una involución. Con la vuelta al autoritarismo y la recuperación de las tradiciones aristocráticas volvió la beneficencia como forma de asegurarse el apoyo de las clases bajas o al menos de ciertos sectores. Durante el periodo romano se volverán a encontrar instituciones que atenderán a las personas mayores, de las que tenemos más datos que en el caso griego. Por ejemplo, las asociaciones de beneficencia (como los *collegia*) que en ocasiones brindaban asistencia a las personas mayores sin recursos de una ocupación determinada; o los *valetudinaria*, hospitales militares que también acogían a soldados retirados, que quizá podrían considerarse antecesores de las residencias.

Con la información de la que disponemos, que no es mucha, parece exagerado llamarlo “servicios sociales” o “seguridad social” en el sentido moderno. Pero sí es la primera constancia que tenemos de asistencia organizada desde el Estado, no como caridad o beneficencia, sino de un sistema público sostenido con ingresos públicos para atender a los más desfavorecidos. Quizá debamos hablar de la prehistoria o protohistoria de los servicios sociales. Lo que parece claro es que la asistencia a las personas con más necesidades, incluidas las personas mayores que no eran ricas y ya no podían vivir de su trabajo, como un deber colectivo, pagado con los ingresos públicos, se dio en mayor o menor medida en la Grecia clásica, ligada a la Atenas democrática.

Sin duda, este es un tema apasionante que merece ser investigado con mayor profundidad, ya que existen numerosas publicaciones que sostienen que no hubo siquiera beneficencia para las personas mayores hasta muchos siglos más tarde, y como vemos, en Grecia ya se había superado ese concepto.

4.3.- La mitología: la maldición de la vejez

La mitología griega es el resultado de una síntesis elaborada por los griegos que combina, en proporciones difíciles de determinar, mitos indoeuropeos, autóctonos y del Oriente Próximo. A diferencia de otras, la mitología griega (y la romana, que no deja de ser la griega enriquecida con algunas aportaciones) presenta unos dioses a semejanza de los humanos, que con los vicios, virtudes y defectos de cualquier griego de la época. Evidentemente con divinidades tan “humanas”, o más bien, tan cercanas a los humanos, la vejez debía tener presencia.

Estudiar la mitología griega tiene gran utilidad para entender su cultura, su sociedad y sus valores. En ella no hay precisamente una imagen positiva de la vejez. La lucha entre los dioses es continua y es una pelea generacional en la que siempre terminan saliendo vencedores los jóvenes.

²³² Plácido, 2009, p. 17.

²³³ Plácido, 2009, p. 17.

Beauvoir²³⁴ se pregunta si esto es simplemente una representación de lo que ocurría en la sociedad griega, si ciertamente los jóvenes habían arrebatado a los mayores el prestigio del que habían gozado anteriormente, o si los jóvenes crearon estos mitos para justificar su primacía. En cualquiera de las hipótesis, los mayores no salen bien parados, pues como señala la autora, aunque existen diversas versiones, en casi todas, los dioses al envejecer se vuelven cada vez más malos y perversos, y terminan por provocar una sublevación que los derrota²³⁵.

Hesíodo al narrar las etapas de la humanidad, cuenta que al principio fue creada una dorada estirpe de hombres mortales:

“vivían como dioses, con el corazón libre de preocupaciones, sin fatiga ni miseria; y no se cernía sobre ellos la vejez despreciable, sino que, siempre con igual vitalidad en piernas y brazos, se recreaban con fiestas ajenos a todo tipo de males. Morían como sumidos en un sueño”²³⁶.

Resulta cuando menos curioso que ese “paraíso” de los hombres primigenios tuviera muerte (eso sí, sin sufrimiento), pero no vejez. Es como si para la mitología fuera más temida que la propia muerte. Esta idea aparecerá también, a lo largo de los siglos, en reflexiones de autores griegos y romanos.

Para los griegos, la personificación de la vejez era Geras, descendiente de la noche, compañero de Tánatos (la muerte), y opuesto de Hebe, la diosa de la juventud. Se le representaba como un anciano encogido y arrugado, y posteriormente como una mujer mayor apoyada en un bastón, con una copa que mira a un pozo donde hay un reloj de arena: alegoría del poco tiempo que le queda de vida. Aparece también en un cuento popular conocido a



*Aurora despidiéndose de Titono,
Francesco Solimena, 1704. Museo J.
Paul Getty.*

²³⁴ Beauvoir, 1983, p. 117.

²³⁵ Beauvoir, 1983, p. 118.

²³⁶ Hesíodo, Trabajos y días, 111-117.

través de la cerámica, donde se representa a Heracles sometiendo a Geras, casi siempre como un ser pequeño, feo y encorvado. Dedicaremos un apartado específico a su representación plástica.

Merece mención especial el mito de Titono. Su belleza se enamoró a la diosa Eos (Aurora para los romanos), quien lo raptó y se casó con él. Como ella era una diosa y no envejecía, le pidió a Zeus que le concediera la inmortalidad a su amado. Zeus no le hace precisamente un favor, ya que le concedió la inmortalidad, pero no la eterna juventud (existiera maldad o no en Zeus, lo cierto es que no se la habían pedido), así que Titono envejeció cada vez más hasta que ella, al ver su “odiosa vejez”²³⁷ y que ni siquiera podía levantar los brazos, optó directamente por encerrarlo en un dormitorio y abandonarlo allí a su suerte. En algunas versiones los dioses apiadan de él y lo convierten en cigarra, lo que para Garland es el símbolo mítico por excelencia de la vejez extrema²³⁸, pero para otros es un complejo símbolo de inmortalidad²³⁹.

Moreno Conde considera que este mito resume como ningún otro el drama teñido de humanidad de la vejez, y se hace eco de la versión en la que Titono se va consumiendo, haciéndose cada vez más diminuto hasta que la diosa, de miedo de perderle, lo encierra en una cesta de juncos y movida por la pena, acabará transformándolo en una cigarra²⁴⁰. López Pulido describe a Títono como el ser más desgraciado posible, el semi-inmortal que posee la vida



Eos raptando a Titono. Imagen: Alberto Rivas Rodríguez, Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de Colecciones. Ministerio de Cultura.

²³⁷ Así se describe en los Himnos Homéricos.

²³⁸ Garland, 1990, p. 248.

²³⁹ González González, 2015, p. 215.

²⁴⁰ Moreno Conde, 2015a, p. 46.

eterna, mas no la juventud eterna²⁴¹. Para Beauvoir²⁴² la historia muestra que la decrepitud era para los griegos un azote peor que la misma muerte.

Natale Conti, escritor y mitógrafo italiano del siglo XVI, hace un análisis terriblemente edadista, y lleno de estereotipos, de la figura de Títono, entendiendo que llegó a ser tan mayor que descansaba agitado en la cuna como los niños pequeños (se diría que influenciado por el estereotipo de que las personas mayores se vuelven como niños) y entendiendo que el hecho de que fuera convertido en cigarra solo puede significar la charlatanería y locuacidad de las personas mayores²⁴³.

Griffiths, por su parte, interpreta el amor de la diosa como metáfora de la muerte, y lo relaciona con la costumbre griega de celebrar funerales de noche, con el alma partiendo al amanecer; también señala que la primera representación artística conocida de este mito data del siglo VI a.C. ²⁴⁴. Titono será evocado al hablar de vejez, no solo durante la época clásica, sino a lo largo de los siglos hasta hoy. Su historia aparecerá en la literatura, la pintura, la escultura, etc. y evocará todo tipo de pensamientos y opiniones, incluso, como veremos más adelante, algunos escritores romanos echarán en cara a Aurora el haber abandonado a Titono al comenzar a mostrar signos de vejez²⁴⁵.

²⁴¹ Lopez Pulido, 2015, p. 125.

²⁴² Beauvoir, 1983, p. 119.

²⁴³ Conti, 2006, p. 403-4

²⁴⁴ Griffiths, 1999, p. 526.

²⁴⁵ Ovidio, Amores, Libro I, 13, 35.



Píxide que narra la venganza de Medea; en la escena de la izquierda Pelias (de pelo blanco, encorvado y apoyado sobre un bastón) es guiada por una de sus hijas hacia el caldero, donde le espera otra con un cuchillo. Alrededor del 440 o 420 a.C.

© 2008 GrandPalaisRmn (musée du Louvre) / Hervé Lewandowski

Pero el de Titono no es el único caso de un matrimonio entre un ser divino y un mortal arruinado por el envejecimiento. Garland recuerda el caso de Peleo y Tetis, pero entiende que este es “un caso más sencillo” que el de Titono, pues cuando Peleo empieza a envejecer simplemente la pareja se separa²⁴⁶.

Caronte es otro de los personajes de edad avanzada en la mitología. Es el barquero que navega en el río que separa el mundo de los vivos del mundo de los muertos, llevando a cada uno a su destino. Virgilio lo describirá como “anciano, pero luce la lozana y verdecida ancianidad de un dios”²⁴⁷, precisamente esa “verdecida ancianidad” podría ser el origen de la expresión “viejo verde”.

Otro ejemplo curioso es el de las hijas de Pelias, engañadas por Medea quien deseaba matar a su padre. Medea les demuestra que es capaz de rejuvenecer a un carnero despedazándolo y hirviéndolo en un caldero. Ellas creen que puede hacer lo mismo con su padre y deciden descuartizarlo y cocerlo en el caldero para que recupere la juventud. Pero este método, que podría haber sido un filón para los buscadores de la fórmula definitiva *antiageing*, evidentemente no da resultado y Pelias muere. Probablemente este sea el origen del insulto romano: “viejo recocado”.

²⁴⁶ Garland, 1990, p. 253.

²⁴⁷ Virgilio, Eneida, Libro VI, 300.



Fotografía del siglo XIX de una estatua representando a Pandora, de John Gibson. Tomada de "Photographien Unverhüllter Gestalten Rom. Neapel. 1859 [Vol. III]". Getty Museum

Pandora es otro personaje relacionado con la vejez. Para los griegos, Pandora es la primera mujer, y como la primera mujer bíblica, también trae las desgracias al mundo por culpa de su curiosidad; pues al abrir su vasija²⁴⁸ extiende la vejez como un terrible mal. En algunas versiones es su marido Epimeteo quien la abre y condena al mundo a sufrir todo tipo de calamidades. Sorprenden las similitudes con el relato de la Eva bíblica, que también es la primera mujer y por su supuesta desobediencia, lleva a la humanidad a "sufrir eternamente".

El resto de las figuras femeninas de edad avanzada presentes en la mitología no salen mejor paradas. Destacan las Grayas: tres mujeres mayores, siempre descritas como muy feas, que compartían entre las tres un solo diente y un solo ojo. Parkin²⁴⁹ considera que se las representa como criaturas temibles y repugnantes para invocar miedo, y a la vez como solteronas, como signo de aislamiento o marginalidad de la sociedad "normal" griega.

²⁴⁸ Hoy en día sabemos que Pandora nunca tuvo una "caja", sino una vasija (πίθος, "pithos"), la confusión se debe a una mala traducción que hizo Erasmo de Rotterdam en el siglo XVI.

²⁴⁹ Parkin, 2005, p. 65.

A Minois, esto no le extraña pues cree que un pueblo como el griego que busca la perfección humana y el desarrollo de todas las facultades de la persona, no es raro que clasifique la vejez como una maldición divina, pues en definitiva, para ellos, la decrepitud es peor que la muerte al hacer perder a los héroes sus cualidades²⁵⁰.

Otros personajes mitológicos que solían ser representados como personas mayores son las divinidades relacionadas con el mar o las aguas. Por ejemplo, así se representa en ocasiones a Poseidón (Neptuno para los romanos), o el propio río Tíber, que los romanos representaban como un hombre mayor. Esta iconografía se ha mantenido durante siglos, aunque ya nadie creyera en la mitología.



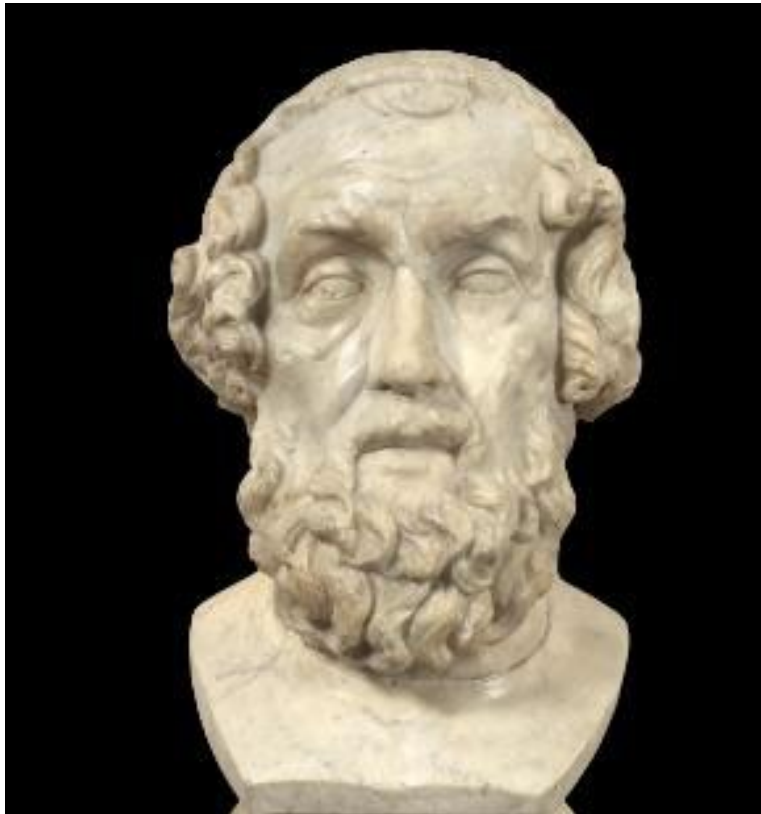
Representación del río Tíber, con la loba, Rómulo y Remo. Detalle de un grabado de A. Collaert, hacia 1587–89. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

4.4.- Las personas mayores en la literatura griega

Tradicionalmente no solo la literatura griega sino la literatura occidental en su conjunto suele iniciarse con las obras de Homero, concretamente la *Ilíada* y la *Odisea*. Su relevancia es tal que su datación se ha hecho coincidir con la aparición de la escritura alfabética griega en el siglo VIII a.C.

²⁵⁰ Minois, 1989, p.68

Busto de Homero ciego, réplica romana de un original griego, hacia 150-125 a.C. © Archivo Fotográfico Museo Nacional del Prado



Los manuales de literatura griega suelen dividirla en cuatro grandes periodos: los dos primeros, que suelen ser los que despiertan mayor interés es la literatura de las épocas arcaica y clásica (desde Homero hasta la conquista de Grecia por Macedonia a finales del siglo IV a.C.); la literatura griega del periodo helenístico (la época de los grandes reinos griegos, que se extendieron desde Asia Central hasta Egipto, y que concluyó con la conquista de Roma); y finalmente la literatura griega de época imperial, aquella que escribieron los griegos bajo el dominio de Roma y que es previa a la cristianización del Imperio²⁵¹.

Es indiscutible el valor de la literatura para conocer el pasado. En el caso de la literatura griega vamos a encontrar muchas alusiones a la vejez, incluso hay quien dice que la vejez es uno de los tópicos propios de la literatura griega²⁵². Señalando a la *Ilíada* como el arranque de los tópicos literarios sobre la vejez²⁵³.

Aunque tradicionalmente se ha visto en las obras de Homero respeto y deferencia a las personas mayores, interpretaciones más recientes hacen una valoración mucho más crítica, en parte sustentada por la dicción y expresión formulaica del poema, que asocia a la vejez casi siempre a epítetos negativos²⁵⁴

Algunos autores analizan conjuntamente literatura griega y romana, pues como veremos la primera es la base, inspiración y modelo de la segunda. Señalan que, al hablar de vejez, la

²⁵¹ Signes Codoñer, 2019, págs. 15-19.

²⁵² Secades Fonseca, 2021, p.182.

²⁵³ López Pulido, 2015, p. 21.

²⁵⁴ Falkner, T. 1989, p. 27-28.

mayoría de los textos adoptan una de estas dos posturas: la vejez como pérdida de todo lo que es valioso en la vida, lo que denominan “el tema de la catástrofe”; y una segunda postura que la considera que es un periodo de liberación de diversos tipos de esclavitud y una etapa preparatoria para una “forma superior de existencia”, lo que denomina el “tema de la liberación”²⁵⁵. Entendemos que ambas son distintas caras de la misma moneda, tanto la una como la otra muy pesimistas: la primera es obvia, pero la segunda (además de que parece que no todos tenían tan claro la existencia de “forma superior de existencia”), no parece precisamente una forma de vivir una vejez en plenitud, sino más bien una espera pasiva de la muerte. Además, no queda claro que las “esclavitudes” de las que se liberaban fuesen realmente indeseables.

Nos detendremos en una pequeña selección de obras y fragmentos literarios que, a nuestro juicio, condensan de manera especialmente significativa los estereotipos y prejuicios edadistas presentes en la Grecia antigua. Esto no significa necesariamente que los autores de dichos textos fueran edadistas, en muchos casos (como veremos especialmente al tratar de la época romana), los escritores reflejaban, e incluso se veían obligados a reflejar, los valores y visiones dominantes en su sociedad, así como los temas que interesaban al público. No es precisamente anecdótico la existencia ya de personajes con características muy marcadas, por ejemplo, en el teatro, que han sobrevivido siglos y que aún hoy es posible encontrarlos tanto en los escenarios como en las pantallas.

4.4.1.-El mundo de Homero: La *Ilíada* y la *Odisea*.

Según Eliade y Culianu²⁵⁶, la literatura en general fija el mito, y así sucedió con las epopeyas homéricas, orales al principio, pero puestas por escrito durante los siglos VII-VI a. C. Su estudio en profundidad requeriría un monográfico extenso; aquí nos detendremos únicamente en algunas cuestiones de la *Ilíada* y la *Odisea*, especialmente en ciertos personajes que ilustran de forma reveladora el papel de la vejez y de las personas mayores.

Ambas obras se atribuyen tradicionalmente a Homero, aunque desde hace siglos se cuestiona su autoría, así como la de ciertos fragmentos e incluso la existencia del propio poeta. Ya Platón y Aristóteles disertaron sobre las diferencias estilísticas que percibían entre la *Ilíada* y la *Odisea*²⁵⁷. También se ha discutido hasta qué punto, aun en el caso de que Homero fuera su autor, los textos que conocemos hoy son fieles a los originales, y qué cambios han sufrido con el tiempo hasta llegar a las versiones actuales²⁵⁸.

Lo que sí parece consensuado es que ambas epopeyas son reflejo del periodo arcaico griego, y que han ejercido una influencia duradera en la literatura occidental. Han sido objeto de estudio y admiración por parte de escritores, filósofos, artistas y académicos a lo largo de los siglos. Las historias que narran la *Ilíada* y la *Odisea* reaparecerán constantemente en las obras de los siglos siguientes, y sus personajes reflejarán modelos que van más allá de esa época, incluso alguno será citado a lo largo de la historia como míticos ejemplos de vejez. Su impacto se extiende a la literatura, la filosofía, el arte, el cine y otras formas de expresión cultural. Más allá del valor

²⁵⁵ Pollitt, 2022a, p.15.

²⁵⁶ Eliade y Culianu, 1991, 16.3.4.

²⁵⁷ López Eire, 1988, p.47.

²⁵⁸ A este respecto resulta muy interesante la lectura de Manguel (2010) sobre la existencia de Homero y su influencia.

literario, no se duda de que incluso los relatos de ficción suelen ser un excelente indicador de la mentalidad de una época con sus valores, sus ideales y sus inquietudes²⁵⁹.

López Eire²⁶⁰ destaca que el capítulo que abre Homero, una vez iniciado, ya no concluye a lo largo de toda la literatura griega, porque su influencia es inconmensurable. Nos recuerda que para Hegel era “el elemento en el que el mundo griego vive como el hombre vive en el aire”, o que para Platón era el “poeta por antonomasia”, o que otros dijeron que era el autor de la “Biblia de los griegos”, un poeta divino; según Herodoto, fue el que, junto con Hesíodo, se encargó de dar forma a la religión de los griegos. Tal era su importancia que en la sociedad griega, que los escolares de la época debían memorizar sus obras y sus personajes sirvieron de fuente de inspiración de las grandes tragedias griegas de Sófocles, Eurípides, Esquilo, y de las comedias de Aristófanes²⁶¹. Incluso los detractores de Homero y de la veracidad de lo que cuenta, reconocen que sus obras están llenas de conocimiento como retratos de la vida y las costumbres, aunque fueran de la sociedad contemporánea del propio poeta y no de la época exacta de la guerra de Troya²⁶².

Aristóteles es uno de los griegos que tiene en mayor estima a Homero. Sanz Morales²⁶³ recoge algunas de las opiniones del filósofo, que no pueden ser más halagadoras, incluso en la crítica: el único poeta que no ignora lo que hay que hacer, cuenta cosas que serían insoportables dichas por un poeta malo, ha enseñado a los demás a contar cosas falsas como es debido, etc.

La *Ilíada*, narra los acontecimientos ocurridos durante 51 días en el décimo y último año de la guerra de Troya. Se trata de un relato épico, que no es exactamente ni mítico ni histórico, sino que se sitúa en la encrucijada del mito y de la historia, y participa simultáneamente de las características de ambos²⁶⁴. No existe un total acuerdo de que es historia y que es mito, pues mientras algunos historiadores y arqueólogos sostienen que hay indicios más que suficientes para considerar que la guerra de Troya fue una realidad histórica, hay algunos que creen que en realidad fue un gran acontecimiento mítico²⁶⁵.

La *Odisea*, por su parte, cuenta el regreso de Odiseo (Ulises) a su reino de Ítaca, donde le esperan su esposa Penélope (asediada por pretendientes de los que el héroe se vengará), y su hijo Telémaco, que ha partido a buscarlo. Aunque el trayecto debería ser de un mes, diversas circunstancias hacen que el viaje de Ulises dure nada menos que diez años, en los que le ocurrirán toda clase de aventuras y en las que tendrán un papel decisivo dioses y diosas.

Los estudiosos de la literatura griega señalan que la *Ilíada* es más primitiva y la *Odisea* más moderna, pues ya “asoman” personajes más allá de los héroes, los reyes y los aristócratas de la *Ilíada*, personajes sencillos como el porquero Eumeo, la nodriza Euriclea, el mendigo Iro, e

²⁵⁹ García Sánchez, 2005, p. 68.

²⁶⁰ López Eire, 1988, p. 33.

²⁶¹ Bordas, 2006, p. 20.

²⁶² Luce, 1984, p.15.

²⁶³ Sanz Morales, 1994, p.19-20.

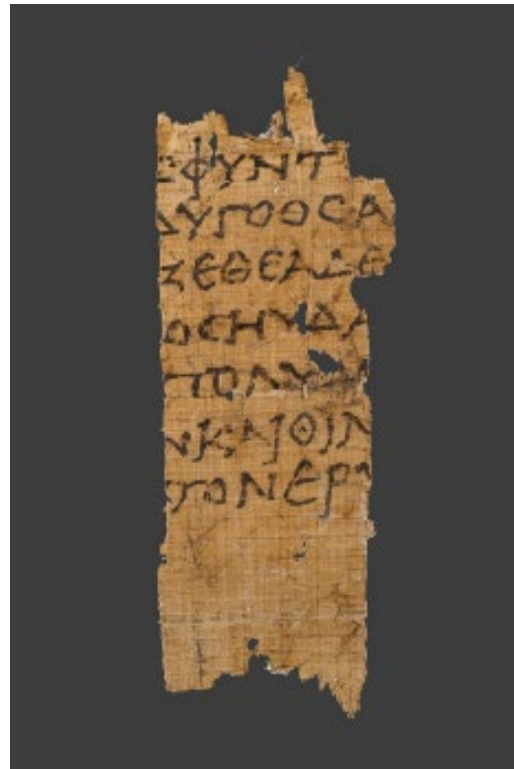
²⁶⁴ Martin, 1996, p.467.

²⁶⁵ Bordas, 2006, p.10.

incluso un perro que reconoce a su amo Ulises; la *Odisea* ofrece mayor experiencia y dominio de la técnica de la narración y de la composición de un poema épico²⁶⁶.

En la *Ilíada*, más que aludir a los mayores en general (y lo decimos en masculino, pues la mayoría son hombres), hay algunos personajes mayores, y alusiones más generales a grupos de ellos. Por ejemplo, se dice que lo mayores troyanos, aunque no combatían, eran buenos arengadores y curiosamente se les compara por ello con un insecto del que ya hemos hablado anteriormente: las cigarras²⁶⁷ y no parece tener el sentido despectivo que vimos le daba Conti²⁶⁸. En la *Odisea* hay menos personajes identificables como personas mayores, aunque también hay alguno (y alguna), así como alusiones a la vejez e incluso a la inmortalidad.

La sociedad que describe Homero parece corresponder a los sistemas tradicionales de clasificación por edades: la guerra y las competiciones atléticas, junto con los aspectos más prácticos del gobierno y la gestión del *oikos*²⁶⁹ eran las principales ocupaciones de los jóvenes, mientras que las personas mayores se distinguían por su habilidad para hablar y aconsejar sabiamente²⁷⁰. Sin necesidad de una búsqueda exhaustiva, encontramos que la vejez suele asociarse con términos negativos, sin ánimo de ser exhaustivos, algunos ejemplos son: te abruma la vejez²⁷¹, luctuosa vejez²⁷², dura vejez²⁷³, ardua vejez²⁷⁴, vejez como cosa incapacitante²⁷⁵, abominable vejez²⁷⁶, funesto umbral de la vejez²⁷⁷, vejez



Fragmento de papiro con texto de la Odisea de Homero, siglo I a.C., Museo J. Paul Getty.

²⁶⁶ López Eire, 1988, p.49.

²⁶⁷ Homero, *Ilíada*, III, 146.

²⁶⁸ Conti, 2006, p.403-4.

²⁶⁹ La mera traducción de *oikos* como “casa” se quedaría muy corta, en realidad el *oikos* incluye todo el conjunto de bienes y personas que constituía la unidad básica de la sociedad en la mayoría de las ciudades-estado griegas, e incluía al hombre cabeza de familia (en cierto modo el que luego será el *pater familias* romano), su familia extendida, y esclavos, que vivían juntos en un marco doméstico.

²⁷⁰ Falkner, 1989, p. 26.

²⁷¹ Homero, *Ilíada*, IV, 315.

²⁷² Homero, *Ilíada*, V, 153, y se repite en varias ocasiones.

²⁷³ Homero, *Odisea*, XI, 196.

²⁷⁴ Homero, *Ilíada*, VIII, 103.

²⁷⁵ Homero, *Ilíada*, XVIII, 515.

²⁷⁶ Homero, *Ilíada*, XIX; 336.

²⁷⁷ Homero, *Ilíada*, XXIV, 487.

como “disculpa” por quedarse “sin juicio”²⁷⁸, de vejez consumido²⁷⁹; te agobia la vejez²⁸⁰. Que una de las obras fundacionales del arte occidental se refiera así a la vejez no predice algo positivo para la imagen de las personas mayores.

Como puede imaginarse, en la época la guerra y el pillaje eran fundamentales para la subsistencia: los guerreros griegos se llevaban todo el prestigio, ya que su actividad aseguraba la subsistencia, veremos en la *Ilíada* ejemplos claros de ello. Con el paso de los siglos, el rol de las personas mayores cambia. Beauvoir²⁸¹ lo pone en relación con la propiedad: cuando esta ya no descansa en la fuerza, sino que está garantizada por la ley y las instituciones, se respeta al propietario independientemente de la edad que tenga, pues son sus derechos lo que cuenta, si bien como la riqueza crece con los años, como consecuencia los que ocupan la escala social ya no son jóvenes sino los más mayores, llegando a confundirse los intereses de la propiedad y los de la vejez. Es decir, para esta autora, si bien la cúspide social se llena de personas mayores, esto no es por el valor que pudieran dar los griegos a la edad, sino porque los ciudadanos más ricos solían ser de edad avanzada, se respeta la riqueza, no necesariamente la edad. El común de los ciudadanos mayores era muy probable que tuviera una situación tan mala como en las primeras épocas.

Minois recalca que la imagen de que las personas mayores tienen una posición envidiable en la época arcaica griega es una impresión totalmente ilusoria, que desaparece tras una lectura atenta; pues el mundo homérico no es un mundo de personas mayores, es un mundo heroico, y los héroes son los jóvenes, los combatientes, y cita a Aquiles, Ajax, Patroclo, Ulises, Agamenón y a Héctor²⁸². Y sostiene que, en las obras de Homero, cuando no encontramos desprecio hacia las personas mayores, no es porque esto no exista, sino porque estamos ante personas mayores de origen aristocrático, que evidentemente no tienen la misma consideración que el resto de mayores griegos, a los que sería más fácil encontrarlos mendigando por los caminos que en los puestos de honor de las ciudades²⁸³.

Por su parte, Finch²⁸⁴ señala que es en la *Ilíada* donde por primera vez las personas mayores aparecen representados en la literatura como un grupo de edad específico, al mencionarse que

²⁷⁸ Homero, *Odisea*, XXIII, 11-24.

²⁷⁹ Homero, *Odisea*, XXIV, 232.

²⁸⁰ Homero, *Odisea*, XXIV, 250.

²⁸¹ Beauvoir, 1983, p. 123.

²⁸² Minois, 1989, p. 70.

²⁸³ Minois, 1989, p. 71.

²⁸⁴ Finch, 2010, p. 358.

Néstor representado en un ánfora griega de la segunda mitad del siglo V a.C.
© 2007 GrandPalaisRmn (museo del Louvre) / Hervé Lewandowski

“ancianos del pueblo, estaban sentados en las puertas”²⁸⁵. En otro pasaje se encomienda a este grupo de edad una misión específica: pasar la noche sobre las murallas²⁸⁶, lo que interpretamos como una labor de vigilancia, lo que es coherente con lo que hemos visto sobre el retiro de los hombres mayores en el ejército, que podían colaborar en la defensa de la ciudad en tareas secundarias.

La *Iliada*, igual que la *Odisea*, puede ser leída desde múltiples puntos de vista: como un libro de literatura, como documento histórico, como tratado de tácticas militares, como retrato de costumbres de la época, como fuente religiosa, desde la perspectiva de género, etc. En nuestro caso, haremos una lectura de algunos aspectos (y especialmente de personajes) desde un punto de vista peculiar y poco explorado: analizando el tratamiento que se da a las personas mayores.



4.4.1.1.-Néstor, rey de Pilos: solo la juventud cuenta

Entre los personajes de mayor edad, quizá el más significativo sea Néstor, podemos encontrarlo en ambas obras homéricas. Bordás sostiene que en la *Iliada* tiene unos 75 años²⁸⁷. Rey de Pilos, prototipo de dirigente de avanzada edad que lucha en el bando griego en la Guerra de Troya. ¿Qué retrato y consideración recibe en las obras de Homero? Adelantamos que su tratamiento no resulta particularmente generoso con la vejez.

Desde el comienzo, sus propios interlocutores le reconocen como un hombre mayor que dice cosas oportunas, pero al que sin embargo no se le hace siempre caso²⁸⁸. No tarda en aparecer quien le recuerda que por desgracia ya no es un joven y por muchas buenas intenciones que tenga, le abandonan las fuerzas, no como a los jóvenes:“

²⁸⁵ Homero, *Iliada*, III, 149.

²⁸⁶ Homero, *Iliada*, VIII, 518-519.

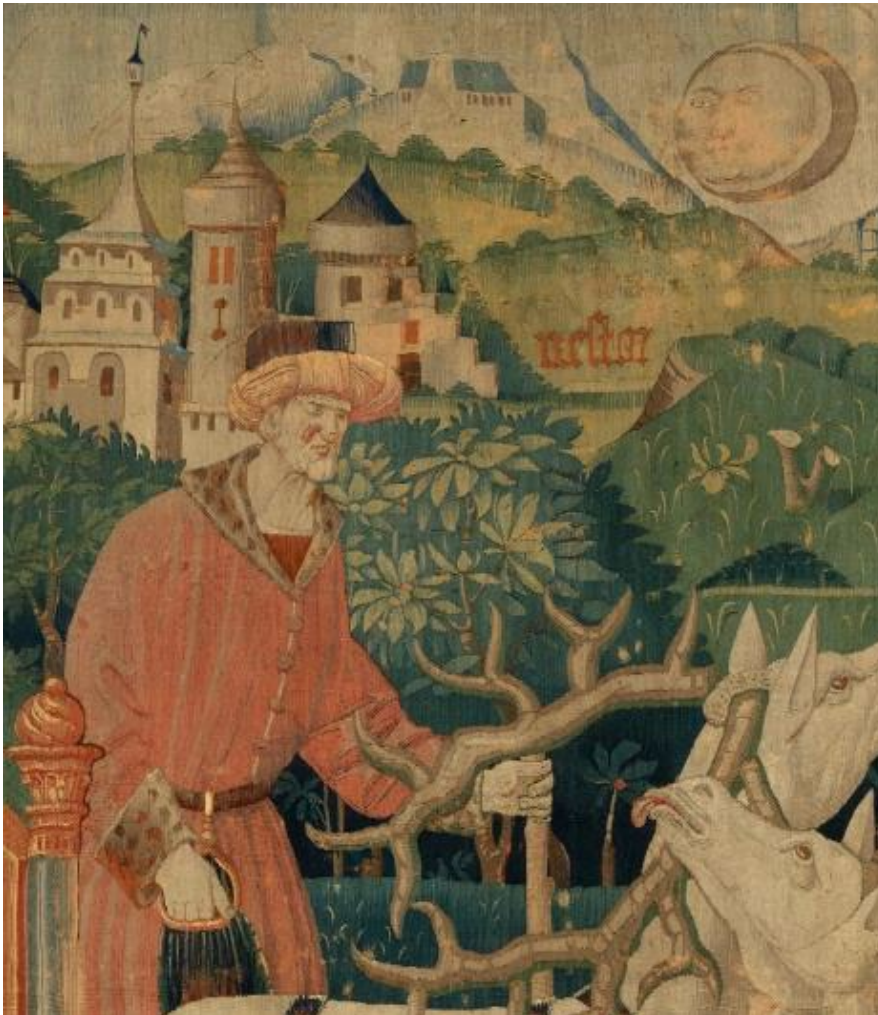
²⁸⁷ Bordás, 2006, p. 208.

²⁸⁸ Homero, *Iliada*, I, 255-303.

¡Anciano! Ojalá que lo mismo que el ánimo en tu pecho te acompañaran las rodillas y tu fuerza persistiera firme. Mas te abruma la vejez, que a todos iguala. ¡Ojalá afectara a otro hombre, y tu estuvieras entre los más mozos!”²⁸⁹.

A lo que el propio Néstor responde confirmando que para él ha llegado la senectud. Aunque desea ser como en sus días de juventud y acompañará a los jóvenes a la batalla, pero solo para exhortarlos con consejos y palabras, pues ya no puede blandir las armas, cosa que sí hacen el resto de los personajes:

“¡Atrida! También a mí mismo me gustaría mucho ser igual que cuando maté a Ereutalion, de la casta de Zeus. Pero los dioses no otorgan a los humanos todo a la vez: si entonces era mozo, ahora en cambio la vejez me acompaña. Mas incluso así estaré entre los cocheros y los exhortaré con consejos y advertencias, el privilegio de los ancianos. Pero alancearán las puntas de las lanzas los jóvenes, que son más vigorosos que yo y están fiados en su fuerza”²⁹⁰.



Néstor en un tapiz del siglo XVI donde es representado junto a otros hombres longevos famosos (Adán, Matusalén y Noé). El triunfo del tiempo sobre la fama (detalle). Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

²⁸⁹ Homero, *Ilíada*, IV, 313-316.

²⁹⁰ Homero, *Ilíada*, IV, 318-325.

Néstor evoca en varias ocasiones las victorias de su juventud para hacerse valer y dar coraje a los suyos²⁹¹. Es evidente su necesidad de recordar que fue un joven guerrero, para legitimarse y tener opciones a ser escuchado. Por ello Natale Conti entendía que Homero representó a Néstor alabando siempre el tiempo pasado y despreciando el presente, como “un anciano descontento y fanfarrón”²⁹². Siempre que Néstor evoca esas glorias pasadas se lamenta penosamente de ya no ser joven y no tener fuerza.

Sus glorias pasadas se contraponen con el momento de la narración, pues en el campo de batalla se torna necesario que le salven los guerreros jóvenes de una muerte a manos de sus enemigos (es decir, es más bien un estorbo para los suyos), se le recuerda que ya no tiene fuerzas abrumado por la “molesta senectud”, y para mayor escarnio se le dice que tampoco su escudero tiene vigor y sus caballos son tardos²⁹³, sin duda algo muy humillante para quien es nombrado constantemente como “conductor de carros”²⁹⁴. Y aunque en la época los carros solo se utilizaban para llegar hasta el combate y no como un arma de combate en sí²⁹⁵, el hecho de tener que subir al carro de otro debía constituir una humillación, pues los héroes no necesitan que otros les auxilien con su carro, seguramente él tampoco lo habría necesitado ni consentido en su heroico pasado.

Cuando Néstor despierta a Diomedes para advertirle de un ataque, este le pregunta si no hay entre los suyos alguien más joven que pudiera hacer esa labor²⁹⁶. En otra escena un tanto patética, en los juegos fúnebres en honor al fallecido Patroclo, Aquiles entrega a Néstor un vaso como recuerdo, sin tener que competir, y le explica que le da a él tal objeto ya que no “podrás ser parte ni en el pugilato, ni en la lucha, ni en el certamen de los dardos, ni en la carrera, que ya te abruma la vejez penosa”²⁹⁷, a lo que Néstor responde:

“oportuno es cuanto acabas de decir. Ya mis miembros no tienen el vigor de antes, ni mis pies, ni mis brazos se mueven ágiles a partir de los hombros. Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando [y de nuevo relata hazañas de la juventud]”²⁹⁸.

Se le retrata, pues, como alguien acabado, que ya no es rival para nadie. Así lo expresan los demás, los jóvenes héroes del presente, e incluso él mismo reconoce que vive de las glorias pasadas, de su juventud heroica, que es lo que verdaderamente tiene valor. Incluso quien ve en él un prototipo de voz sabia y antigua, basada en la experiencia, cree que su retrato homérico no está exento de matices: es locuaz hasta el punto de aburrir y, lo que es más importante, su interminable charla estaba diseñada a través del recuerdo de incidentes pasados, para reforzar la moral o calmar los ánimos, no para proporcionar argumentos basados en la experiencia a favor de uno u otro curso de acción alternativo²⁹⁹.

²⁹¹ Homero, *Ilíada*, VII, 124 y ss.; y XI, 670 y ss.

²⁹² Conti, 2006, p. 404.

²⁹³ Homero, *Ilíada*, VIII, 99-115

²⁹⁴ Por ejemplo, en: *Ilíada*, II, 336, entre otras muchas ocasiones

²⁹⁵ Quesada, 2003, pp. 134-135

²⁹⁶ Homero, *Ilíada*, X, 164

²⁹⁷ Homero, *Ilíada*, XXIII, 618.

²⁹⁸ Homero, *Ilíada*, XXIII, 626.

²⁹⁹ Finley, 1981, p. 164



Cratera griega de finales del siglo IV a.C. representando a Néstor (con el pelo blanco) y sus hijos realizando un sacrificio en las playas de Pilos. Museo Arqueológico Nacional. Fotografía: Ángel Martínez Levas

Muñoz González³⁰⁰, en una interpretación actual de las obras de Homero, sostiene que en aquella sociedad que describía, la edad podía suponer un factor de discriminación importante, y precisamente lo ejemplifica en que Néstor solo puede justificar su autoridad en base a las hazañas de cuando era joven. Su reconocimiento social no se basa en la experiencia que le han dado los muchos años de vida, sino en lo que hizo cuando era un joven guerrero, entiende que su voz es feminizada para desautorizarla, Néstor es para él un muerto social, pues un hombre de edad avanzada en una sociedad guerrera es una carga que carece del vigor y la fuerza necesaria para poder imponer su voluntad³⁰¹.

Minois entiende que ocurre algo parecido con los “venerables ancianos” que participan en las asambleas que se citan en las obras de Homero, se les escucha con respeto, pero son venerados precisamente por ser antiguos héroes y no por su edad, y si llega el caso no hay inconveniente en reprenderlos con aspereza, decir que sus palabras son falsas y amenazarlos³⁰². Un ejemplo es el discurso humillante de Eurímaco contra el profeta Haliterses en la *Odisea*, en el que, tras cuestionar sus habilidades como adivino, llega a desearle la muerte³⁰³.

Los guerreros jóvenes parecen rechazar la sabiduría de Néstor: su código ético está marcado por el honor y el espíritu guerrero, es en el campo de batalla donde se acentúa la vulnerabilidad del mayor, un cuerpo extraño en un espacio que no le corresponde, pero donde tiene que estar si

³⁰⁰ Muñoz González, 2018, p. 236-8.

³⁰¹ Muñoz González, 2018, p. 236-8.

³⁰² Minois, 1989, p.71.

³⁰³ Homero, *Odisea*, II, 177-193

no quiere ser considerado un cuerpo inútil, un individuo fuera del entramado social³⁰⁴. Ni siquiera se cumple ese papel de sabio consejero que supuestamente se atribuye a las personas de más edad, en el que muchas veces se quiere fundamentar “el respeto” a los mayores en la época antigua, en este caso sus consejos no son siempre escuchados por el resto, ni Agamenón ni Aquiles le hacen caso. Y eso que tampoco es raro ver nombrar a las obras de Homero como un ejemplo positivo del trato a las personas mayores.

En la *Odisea*, como es lógico, Néstor es todavía más mayor. Se dice que “ha llegado a reinar sobre tres sucesiones de hombres”³⁰⁵ y se le menciona varias veces como “anciano”. Recibe a Telémaco, pero no puede darle noticias nuevas sobre Ulises. Homero dibuja aquí a un Néstor meramente pasivo, que deja la vida correr y lleva de forma apacible sus últimos años, tranquilo en su palacio, rodeado de comodidades y de riquezas, de sus hijos, generoso con los visitantes como Telémaco y que realiza sacrificios para mantener contentos a los dioses.

4.4.1.2.- Otros mayores en la obra de Homero

Otro de los personajes identificables como de edad avanzada es Fénix, acompañante y consejero de Aquiles, y a su muerte, de su hijo Neoptólomeo. En su primera aparición en la *Ilíada*, Néstor lo propone para formar parte de la embajada que acudirá ante Aquiles para solicitar su ayuda. La misión no solo no cumple su objetivo, sino que Aquiles llega a invitar a Fénix a no volver con Néstor y quedarse con él para abandonar la lucha y regresar a la tierra de ambos. A lo que Fénix responde con uno de los discursos más largos de la *Ilíada*³⁰⁶, en el que se pone a llorar y hace un patético alegato tratando de conmover al héroe, esgrimiendo su sentimiento de abandono si Aquiles se marcha.

Aquiles, en cierto modo le humilla: rechaza el sentimentalismo de Fénix y le sugiere que se acueste en una blanda cama (lo que puede interpretarse como un lujo en pleno campamento, un honor, o una burla ante su muestra de debilidad) y que por la mañana tomarán la decisión³⁰⁷.

Príamo es otro de los que tiene edad avanzada, rey troyano cuyo hijo Héctor cae muerto ante Aquiles, y debe rogar a este para que le devuelva el cadáver y poder hacerle un funeral. Su estrategia es tratar de dar lástima al héroe griego, diciendo que es mayor como su padre, que también está “en el funesto umbral de la vejez”³⁰⁸. Según Homero, su intención era infundir al héroe el deseo de llorar por su padre y que así ambos lloraran, apiadándose de “su canosa cabeza y de su canoso mentón”³⁰⁹. Finalmente, se le entrega el cadáver de su hijo. Por ello algunos autores ven en él a un personaje que no solo basa su atractivo en sus propias circunstancias trágicas, sino también en “el patetismo de la edad misma”³¹⁰.

En general, Príamo es retratado como un personaje con bastante poca fortuna, impotente ante toda adversidad, no solo no consigue salvar su ciudad, sino que acepta la sugerencia de que el caballo de madera entre en la ciudad. Terminará muriendo a manos de Neoptólomeo, que arrastra

³⁰⁴ Muñoz González, 2018, pp. 238-239

³⁰⁵ Homero, *Odisea*, III, 245.

³⁰⁶ Homero, *Ilíada*, IX, 434-605.

³⁰⁷ Homero, *Ilíada*, IX, 607-619.

³⁰⁸ Homero, *Ilíada*, XXIV, 487.

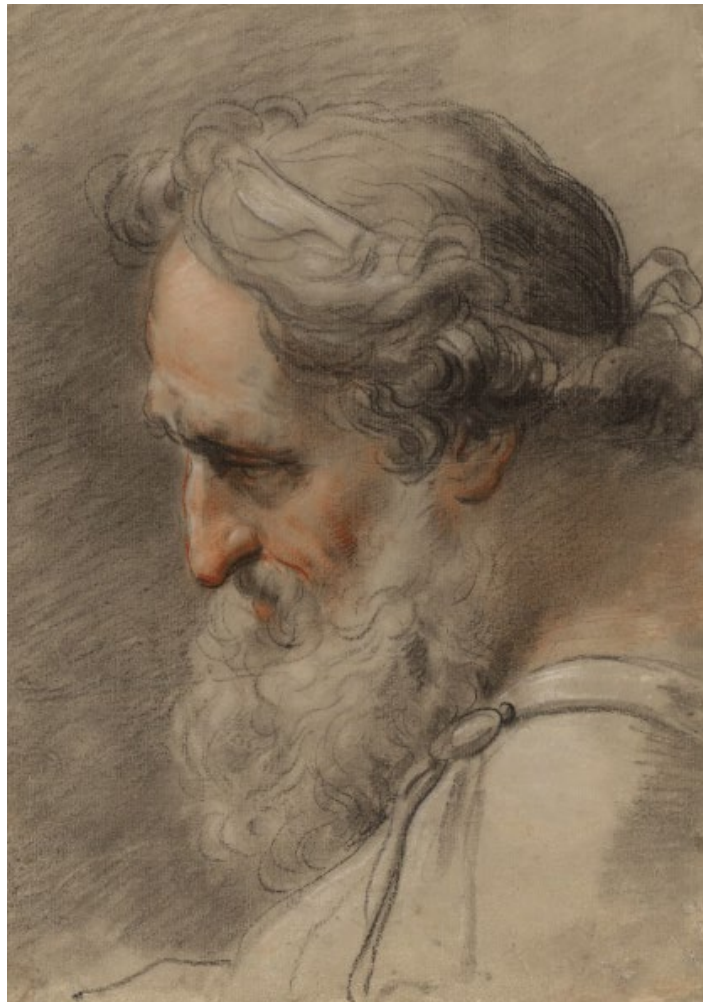
³⁰⁹ Homero, *Ilíada*, XXIV, 507-516

³¹⁰ Falkner, 1989, p. 30.

su cadáver hasta la tumba de Aquiles, donde lo deja para que se pudra, decapitado, sin ser enterrado y sin honras fúnebres³¹¹. Una tremenda humillación para un rey y su reino.

Existe un personaje similar a Néstor, pero en el bando contrario: Antenor, consejero del rey Príamo de Troya. Se lo presenta como sabio, pero su opinión es ignorada. Cuando propone a los troyanos que entreguen a Elena para terminar el conflicto, el esposo de esta lo increpa, sugiriendo que ha perdido el juicio y no ha pensado bien lo que ha dicho³¹², y nadie le hace caso. Su propuesta seguramente habría acabado la conflagración, salvado muchas vidas (incluidos sus hijos) y Troya no habría caído derrotada, pero nadie respeta la opinión del consejero. Quizá por eso facilita la toma de Troya, protegiéndose a sí mismo y a sus bienes, durante siglos su figura será sinónimo de traidor y cobarde.

Para Secades Fonseca, a propósito de la *Ilíada*, ser viejo y ser héroe son dos caminos que se excluyen entre sí³¹³. Incluso autores que juzgan con mayor benevolencia la *Ilíada*, entienden que



La cabeza del rey Príamo de perfil, dibujo de G. Gandolfi, hacia 1797-99. Museo J. Paul Getty

³¹¹ Bordás, 2006, p. 218.

³¹² Homero, *Ilíada*, VII, 357.

³¹³ Secades Fonseca, 2021, p.184

Néstor y Príamo ocupan un lugar marginal, ya que tanto la obiedad de sus recomendaciones, fundadas en prácticas fuera de uso, su expresión oral lindante con la locuacidad, y el pretender sostener su autoridad en situaciones pasadas, contribuyen a relegarlos a la periferia de la escena, y ponen de manifiesto que esta actitud social se mantendrá durante todo el periodo clásico³¹⁴.

Muñoz González que la “hombría” de los varones mayores que se representan en la *Iliada*, era un antimodelo masculino para esa época, y suponía un refuerzo del canon hegemónico como era el del joven guerrero, el cual debe mostrar su valor, fuerza, vigor, capacidad para arrebatar la vida al enemigo y estoicismo ante la muerte³¹⁵. Ciertamente algo muy distinto a lo que los hombres mayores podían hacer, por muy valorados que fueran como consejeros.

Príamo suplicando a Aquiles la devolución del cadáver de su hijo, representado en un sarcófago romano (hacia 240 d.C.). © 2016 Museo del Louvre, Dist. GrandPalaisRmn / Hervé Lewandowski



4.4.1.3.- Las casi ausentes mujeres mayores

Como es de suponer, las mujeres mayores ocupan un papel todavía más secundario en las obras de Homero, pues ni hacen la guerra, ni tienen la belleza de las jóvenes, ni sus esposos (principal fuente de su poder social) tienen ya el dominio que tuvieron cuando eran jóvenes.

Las mujeres en la narrativa homérica no pueden ser heroínas, sino tan solo madres de héroes. Las madres son solo las progenitoras naturales (su papel es meramente biológico), mientras que

³¹⁴ López Pulido, 2015, p. 23.

³¹⁵ Muñoz González, 2018, p. 232.

los padres además son el progenitor cultural o social, incluso cuando las mujeres toman la iniciativa e intentan influir sobre sus maridos los conducen inevitablemente al desastre³¹⁶.

Una de las pocas figuras femeninas mayores que aparece es la nodriza de Ulises, Euricle. Es una esclava mayor y fiel, reconoce rápidamente al que estuvo a su cuidado, a pesar de su disfraz de mendigo, gracias a una cicatriz que tenía en la pierna³¹⁷. Algunos estudiosos han considerado la escena como uno de los pasajes más hermosos de toda la literatura griega³¹⁸.

Ciertamente, a pesar de tratarse de una esclava (no olvidemos que la griega era una sociedad jerárquica y esclavista) el tratamiento que se da a este personaje es mucho más indulgente que el reservado a otros personajes de edad avanzada y de mayor posición social. De Euriclea se destaca su fidelidad y dedicación, cualidades que sin duda serían muy apreciadas, a pesar de que constantemente se hace alusión a que es una “anciana”.

4.4.1.4.-Ulises (Odiseo): el héroe por excelencia.

Frente a los personajes mayores encontramos a Ulises, coprotagonista de la *Iliada* y protagonista indiscutible de la *Odisea* (no olvidemos que en realidad Ulises es la latinización del nombre Odiseo).

En esta última, podemos apreciar el paso de la vida en las tres generaciones de la familia de Ulises, su padre Laertes, su hijo Telémaco y el propio Ulises, que según Falkner está en transición, acercándose a la vejez que le profetizaron y alejándose de su pasado heroico³¹⁹.

En contraposición, o como muestra del futuro que le espera a Ulises, la *Odisea* nos presenta al héroe hablando con su padre Laertes, en términos desoladores para quien de joven también fue un héroe:

“quien no está bien cuidado eres tú; pues a un tiempo te agobia la vejez, te ves sucio y te ciñes de malos vestidos [...] A hombre tal le conviene, después de bañado y comido, descansar blandamente, que es esa la ley de los viejos”³²⁰.

Sospechamos que no hay intención negativa ni humillante en esos comentarios de Ulises hacia su padre, sino que reflejan un edadismo de fondo totalmente asumido: la vejez se vincula con naturalidad a la debilidad, suciedad y retiro.

Beauvoir³²¹ interpreta a partir de la *Iliada*, que los mayores tenían un papel más honorífico que eficaz en los tiempos en que Grecia fue feudal y señala que no es Néstor el que le da a los griegos la victoria, sino Ulises. No se puede negar que, en las fuentes griegas, Ulises no solo gana a los mayores en poder físico, como se puede esperar de un guerrero joven (en la *Iliada* mata personalmente a 17 guerreros troyanos³²²), actividad de suma importancia en aquel momento histórico, sino también los vence en el campo intelectual, pues es él quien idea la treta del caballo

³¹⁶ García Sánchez, 1999, p. 101

³¹⁷ Homero, *Odisea*, XIX, 467-507

³¹⁸ Olmos, 2003, p.321.

³¹⁹ Falkner, 1989, p. 22.

³²⁰ Homero, *Odisea*, XXIV, 249-255

³²¹ Beauvoir, 1983, p. 120

³²² Bordás, 2006, p. 209.

de Troya y no los “sabios” de avanzada edad. Por tanto, el joven sale vencedor frente a los mayores, incluso en los campos donde supuestamente se dice que pueden tener ventaja por haber acumulado más experiencia y sabiduría.



Terracota representando el encuentro de Odiseo y Penélope. Hacia el 460-450 a. C. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

Después de sus aventuras, Odiseo (Ulises), vestido como un mendigo, se encuentra con la desconsolada Penélope, están presentes en la escena, su padre, Laertes; su hijo, Telémaco; y el porquero Eumeo,

También la inmortalidad tiene su presencia en el devenir de Ulises, la ninfa Calipso pretende que el héroe se quede con ella y le ofrece “hacerlo inmortal, de vejez eximido por siempre”³²³. O como lo cuenta el propio héroe: “me dijo que por siempre me había de guardar sin vejez y sin muerte”³²⁴. Sin embargo, Ulises prefiere volver a su hogar con su mujer.

Algunos autores³²⁵ desconfían de que la intención de Calipso fuera hacerlo inmortal, y aventuran la posibilidad de que Calipso podía querer convertirlo en una estatua, basando su suposición en que Alcínoo tenía en la entrada de su palacio dos estatuas “sin vejez para todos los tiempos, por siempre inmortales”³²⁶.

³²³ Homero, Odisea, V, 136.

³²⁴ Homero, Odisea, VII, 256-257.

³²⁵ Galán, 2003, p.84-85.

³²⁶ Homero, Odisea, VII, 94

Para Beauvoir, Ulises triunfa sobre Néstor, y también sobre su padre Laertes que le ha cedido la realeza, pues era necesario el vigor físico de Ulises para expulsar a los pretendientes que Laertes por su debilidad estaba obligado a soportar³²⁷. El héroe se impone incluso dentro de su propia familia, mientras las personas mayores son relegadas a la contemplación y al retiro.

4.4.1.5.- A los jóvenes, hasta la muerte les sienta bien

En las obras de Homero hay una exaltación tal de la juventud que incluso la muerte parece hermosa cuando el cadáver es el de un joven. Así en la Ilíada cuando Héctor (príncipe de Troya) cae muerto por Aquiles, el texto afirma:

“Al joven todo le sienta bien, aun muerto por obra de Ares y desgarrado por el agudo bronce, cuando yace: aun muerto, todo lo que de él aparece es bello”³²⁸.

A esta imagen se le contrapone inmediatamente una imagen poco edificante: unos perros comiendo el cadáver de un hombre mayor muerto, retratado por su cabeza y barbas encanecidas (representación que como veremos, será habitual en las artes plásticas griegas):

“Pero cuando los perros mancillan la cabeza canosa, el canoso mentón y las vergüenzas de un anciano asesinado, eso es lo más lamentable para los miseros mortales”³²⁹.



Aquiles arrastrando el cuerpo de Héctor frente a los muros de Troya. Detalle de un grabado del siglo XVI de Giulio Basone. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

Se trata de una contraposición sorprendente y totalmente innecesaria para el desarrollo de la historia. Por si fuera poco, el cadáver del joven príncipe, tras ser arrastrado y expuesto durante doce días, recibe la protección divina de Apolo, que interviene para preservar su cuerpo intacto. Finalmente, es entregado a su familia para recibir el funeral solemne que corresponde a su rango.

³²⁷ Beauvoir, 1983, p. 120.

³²⁸ Homero, Ilíada, XXII, 71-73

³²⁹ Homero, Ilíada, XXII, 74-76

El contraste es extremo: mientras el cuerpo del hombre mayor es profanado sin consecuencias, el del joven es casi sacralizado. Una idealización de la juventud como sinónimo de belleza incluso en la muerte. La muerte es para el joven una forma de perpetuar el ideal heroico, quedará en el imaginario colectivo siempre joven. Por el contrario, el cadáver del hombre mayor es un espectáculo que provoca repulsión y lástima, y no cumple ninguna función en el desarrollo de la historia, y por tanto es realmente una declaración de valores: la vejez como despojo, cosa inútil, fea y humillante.

Esta idealización tan gráfica de la juventud, que no desaparece ni con la muerte, la volveremos a ver en las artes plásticas, especialmente en la escultura, donde todos los cuerpos son jóvenes, casi atemporales, mientras que la vejez queda relegada a figuras prácticamente marginales.

4.4.2.- Lírica, tragedia y comedia

Quien conoce la poesía y el teatro griego sabe lo despreciativa que puede llegar a ser con las personas mayores, prácticamente da igual el momento del que estemos hablando. Secades Fonseca señala que las mujeres y hombres viejos, lujuriosos y decadentes están presentes en la literatura desde sus inicios, y que la pérdida de la juventud es algo, en general, motivo de lamento para los poetas³³⁰.

Timmer pone de manifiesto que la poesía lírica griega temprana pinta un cuadro sombrío de la vejez, al tiempo que ensalza la juventud, y le llama especialmente la atención la poca consideración que se tiene de la vejez en la comedia, enfatizando la marginación social de las personas mayores y siendo tratados continuamente con desprecio por parte de sus descendientes³³¹.

Esta actitud de escarnio es tan generalizada que Minois, en un alarde de positivismo, cita a Píndaro como “el único poeta que no se burla de los ancianos”³³².

Cabe reconocer que la vejez sí era reconocida en ciertos contextos, especialmente en el ámbito aristocrático, donde las personas mayores podían ejercer como consejeros, pero junto a esta realidad encontramos la otra, a la que dedicamos nuestra investigación, la de los mayores despreciados, que han perdido su papel social una vez pasada la juventud. Fenómeno este que debió ser habitual en las clases más bajas, pero que también se dio en la clase alta. La literatura nos brinda ejemplos elocuentes de ambas realidades: la representación digna, aunque selectiva, y el estigma habitual del envejecimiento.

4.4.2.1.- La lírica: la vejez como tema habitual

Ya en el siglo VII a.C. el poeta y músico griego Mimnermo de Colofón, del que han llegado a nosotros varios fragmentos de sus poesías, reflejaba de una forma muy pesimista la vejez, recordando al desdichado Titono y su “desgracia eterna”:

³³⁰ Secades Fonseca, 2021, p.6.

³³¹ Timmer, 2013, p.173.

³³² Minois, 1989, p. 73.

“A Títono concedióle Zeus la posesión de una desgracia eterna,
la vejez, que es más escalofriante incluso que la muerte dolorosa.
Mas poco tiempo dura, como un sueño,
la juventud preciada; y la penosa y deforme
vejez sobre la cabeza enseguida pende,
odiosa a la vez que despreciable, que torna irreconocible al hombre
y daña sus ojos y su razón al derramarse por todo el cuerpo.

[...]

“¿Qué vida puede existir o qué placer sin la dorada Afrodita?
¡Quédeme yo muerto, cuando ya nada de esto me interese:
ni el amor a escondidas ni sus dulces dones ni la unión en el lecho!
Tales son las atrayentes flores de juventud de que gozar pueden
hombres y mujeres; mas, una vez que sobreviene la dolorosa vejez,
que torna repulsivo por igual incluso al hombre bello,
no cesan de atribular su corazón penosas cuitas que lo envuelven
y ni siquiera disfruta de la contemplación de los rayos del sol,
sino que lo aborrecen los muchachos y los desprecian las mujeres.
¡Tan dolorosa hicieron los dioses la vejez!”³³³

El retrato no puede ser más pesimista, juventud y vejez se contraponen, pues la vejez convierte al hombre ya no solo en feo, sino también en malo, a lo que le suma los padecimientos físicos que destaca en ambos fragmentos, haciendo presente también los problemas de visión.

En otro momento el poeta declara que una vez traspasado el límite de la juventud es preferible “quedar muerto” que vivir, o expresa su deseo de que le llegue la muerte a los 60 años “sin enfermedades ni dolorosas cuitas”. También hace una referencia que puede entenderse como un indicio de la existencia de maltrato: “aunque antes haya sido de gran belleza, una vez que transcurra su edad lozana, ni siquiera un padre tendrá de sus hijos la honra y el cariño”. Como veremos no es el único autor antiguo que plasma estas circunstancias en sus obras, que claramente están reflejando lo que ven, aunque sean jóvenes y todavía no lo estén padeciendo en carnes propias.

Minois observa que fealdad, sufrimiento y rechazo social son rasgos que repiten sin cesar los poetas de la época³³⁴, otros autores sostienen que la vejez del poeta es uno de esos temas líricos

³³³ Mimnermo, Nanno.

³³⁴ Minois, 1989, p. 72.



Mujer con tablillas de cera y lápiz, tradicionalmente se había considerado que podía representar a la poetisa Safo. Hacia 54-70 d.C., fresco encontrado en una casa de la Insula Occidentalis de Pompeya. Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

que tiene raíces tradicionales³³⁵. Rodríguez Adrados³³⁶ además de recopilar fragmentos cuyos autores son conocidos, recoge otros de autores desconocidos, en ellos encontramos un buen número de referencias hacia el envejecimiento, la pérdida de la juventud, hombres y mujeres mayores, etc. casi siempre desde una visión pesimista

Anacreonte, del que se cree que su vida discurrió entre los años 574 y 485 a. C., en algunos poemas anónimos es llamado “el viejo de Teos”³³⁷, pues nació en esa ciudad, en ocasiones, también se describe así mismo como “un viejo”³³⁸, relata de forma lastimosa su vejez y parece tener un desorbitado miedo a la muerte:

³³⁵ Rodríguez Adrados, 1980, p. 27.

³³⁶ Rodríguez Adrados, 1980.

³³⁷ Anacreonte, PMG 953

³³⁸ Anacreonte, PMG 418

“canosas están mis sienes, blanca mi cabeza; ha huido de mí la juventud graciosa, están viejos mis dientes, y de la dulce vida me queda ya poco tiempo. Por eso lloro muchas veces, temeroso del Tártaro³³⁹; pues es terrible el abismo de Hades y dolorosa es la bajada hasta él: es bien cierto que el que baja no sube”³⁴⁰.

Teócrito, considerado el creador de la poesía bucólica, en sus obras muestra a varias mujeres mayores que se dedican a la brujería, sin ir más lejos, a eso se dedica el segundo de sus *Idilios* (*La hechicera*). Es un hecho que veremos a lo largo de la historia y está profusamente estudiado en el medievo y el renacimiento³⁴¹, mujeres solas de edad avanzada que tenían escasas posibilidades de salir adelante y se veían obligadas a fingir poderes mágicos, de curandería y ejercer de alcahuetas. Un fenómeno social que no se limita al medievo, sino que, como vemos, ya estaba presente en la Grecia arcaica. Durán Mañas estudia a estas mujeres, para ella son un antecedente de la Celestina, híbrido entre bruja y alcahueta, y conforman un colectivo en el que se entremezclan varios elementos: mujer, vejez, soledad y magia³⁴².

Hasta nosotros también ha llegado parte de la obra de la que se considera una de las poetisas más destacadas de la lírica griega, que además hizo alusiones expresas a la vejez: Safo. Se conoce muy poco de ella, y lo que se conoce se ha deducido de su obra, de la que solo se conservan algunos poemas y fragmentos. El contenido amoroso de sus poemas, añadido al hecho de ser mujer, ha propiciado históricamente todo tipo de prejuicios e invenciones hacia ella.

Su visión de la vejez no difiere del pesimismo general del resto de poetas griegos, se aprecia perfectamente en el denominado “poema de Titono” o “poema de la vejez”, del que nos han llegado varios fragmentos incompletos, que reconstruidos³⁴³ quedarían así:

“(Mostrad ahora) los hermosos dones de las Musas de violáceo seno,
muchachas, (y danzad al son) de la resonante lira amante del canto.
(De la suave piel que yo) antes tenía ya la vejez
(se ha apoderado, y blancos) se me han vuelto los cabellos que negros eran;
mi corazón se ha hecho pesado y no me sostienen las rodillas
que un día fueron ligeras para danzar, como las de cervatillos.
Tales cosas lamento a menudo, pero ¿qué podría hacer?
Siendo hombre no es posible librarse de envejecer.
También hace años, según se cree, la Aurora de brazos rosados
por amor se subió al carro llevándose a Titono al confín de la tierra
cuando era hermoso y joven, pero igualmente con el tiempo
la canosa vejez lo capturó, a él que tenía una esposa inmortal”³⁴⁴.

³³⁹ El tártaro y el Hades son un lugar profundo de la tierra donde viven los muertos, es una especie de “infierno” de la mitología griega.

³⁴⁰ Anacreonte, PMG 395

³⁴¹ Por ejemplo: Rheinheimer, M. (2009).

³⁴² Durán Mañas, 2014, p. 209.

³⁴³ Reconstrucción tomada de Santamaría Álvarez, 2007, p. 786

En el poema, Safo habla en primera persona, y parece ser el único texto que conocemos escrito por una mujer griega en el que se aborda directamente la vejez. La poetisa lamenta su llegada, a la que describe de forma clásica: alude a la pérdida de capacidad física, a la disminución de su movilidad (que algún médico incluso achaca a una posible osteoartritis de sus rodillas³⁴⁵), al deterioro de su piel y el encanecimiento de su pelo. La vejez, afirma, es una circunstancia inevitable, de la que ni siquiera Títono pudo escapar. En cierto modo, parece mostrar más temor a la vejez que a la muerte, que adquiere aquí un matiz liberador frente a las limitaciones físicas que la envejecida Safo padece. Santamaría Álvarez³⁴⁶, además de reconstruir el poema, recopila distintas interpretaciones sobre la presencia de Títono en el poema, que van desde la creencia de que se le introduce por ser, en Grecia, la imagen por antonomasia del hombre que envejece; o que sirve para mostrar la validez de que todos los hombres han de envejecer por fuerza; o para poner de relevancia que igual que Títono conservó su voz, Safo tiene el consuelo de conservar su voz poética a pesar del envejecimiento; incluso hay quien cree que el paralelismo sería referente a que Títono mientras envejece permanece con su mujer siempre joven, y la poetisa permanece con sus pupilas que son jóvenes. El autor de la recopilación entiende que esta comparación es más bien un consuelo, en el sentido de que, frente a los males de la vejez, la muerte le hará verse un día libre de ellos, no como el pobre Títono que tuvo que sufrirlo eternamente³⁴⁷.

4.4.2.2. - La tragedia: Esquilo, Sófocles y Eurípides

Aristóteles³⁴⁸ vino a definir la tragedia como imitación de una acción esforzada y completa, de cierta amplitud, en un lenguaje condimentado (refiriéndose a que tiene ritmo, armonía y canto), en la que se usa por separado cada clase de condimento en las distintas partes, con personajes que actúan y no mediante una narración, y que lleva a cabo mediante la compasión y el temor la purificación de sus pasiones³⁴⁹.

Sus orígenes se remontan a las antiguas fiestas de la vendimia en honor a Dionisos, donde los bailes y danzas evolucionaron progresivamente hacia formas dialogadas, dando lugar a la tragedia y a la comedia como géneros diferenciados. Su gran diferencia con la comedia es que los temas de la tragedia se tomaron del mito y de la leyenda heroica, y su propósito último es suscitar la reflexión crítica sobre los grandes problemas humanos, que planteaban y resolvían de una manera que pugnaba ya con la evolución del pensamiento racional y ético³⁵⁰.

No es casualidad que, en las obras de los tres principales dramaturgos griegos, cuyas obras se siguen representando todos los años en miles de lugares, se aborde con frecuencia el tema de la vejez y aparezcan personajes de edad avanzada, a veces con papeles muy importantes. Es una demostración más de la preocupación por la vejez, y nos revela también el trato y la opinión que la población tenía sobre ello.

³⁴⁵ Mulley, 2007, p. 68.

³⁴⁶ Santamaría Álvarez, 2007, pp. 791-792.

³⁴⁷ Santamaría Álvarez, 2007, p. 793.

³⁴⁸ Aristóteles, Poética, 6.

³⁴⁹ Aristóteles, Poética, 6.

³⁵⁰ Gil Fernandez, 2010, p. 40.

4.4.2.2.1.-Esquilo: los mayores son como niños

Nacido el 525 a. C, en el seno de una familia noble, es considerado el primer gran representante de la tragedia griega, e incluso calificado como el creador de la tragedia. No en el sentido de que fuera el primer escritor de tragedias, sino que se le considera, en el sentido artístico o imaginativo, el creador de la forma literaria que ahora llamamos trágica³⁵¹

Entre sus obras destaca *La Orestíada*, única trilogía completa de Esquilo que ha llegado a nosotros. De esta trilogía forma parte la obra *Agamenón*, en el que el coro hace un lamento de su vejez:

“Como nosotros no pudimos aportar nuestra ayuda por la vejez de nuestras carnes, sino que fuimos eximidos de la expedición vengadora de entonces, aquí quedamos, apoyando en el báculo nuestra poca fuerza, ya tan débil como la de un niño, porque a la savia infantil que brinca dentro del pecho le pasa como a la vejez: no tiene en ella Ares su puesto. Del mismo modo, la extrema vejez de un follaje ya del todo seco avanza con sus tres pies por los caminos y anda de un lado a otro no con mayor facilidad que un niño pequeño, como la imagen de algo soñado que se presentase en pleno día”³⁵².

Aunque Esquilo no retrata la vejez tanto como otros autores, queda claro la poca utilidad social que se le atribuye a los mayores, pues no valen para hacer la guerra (recordemos que el citado Ares es el dios de la guerra), algo esencial en la época.

De nuevo encontramos un estereotipo muy actual: que las personas mayores son como niños. Se remarca su incapacidad física, tanto comparando a las personas mayores con un árbol al que se le han secado ya las hojas, como mencionado la necesidad del uso de un bastón para caminar, o sea, teniendo “tres pies”³⁵³. Esta dificultad para andar también se recoge en *Los persas*³⁵⁴, donde los coros vuelven a referirse a sus problemas de movilidad.

A pesar de que Esquilo no es especialmente cruel con las personas mayores, encontramos en *Las Suplicantes* referencia a “un mensajero anciano, pero que es joven por su elocuente corazón”³⁵⁵, sugiriendo que ser sincero es una cualidad de los jóvenes, incluso aunque la tenga una persona mayor. O en *Las Euménides*, donde se vuelve a comparar a las personas mayores con los niños, al afirmar una pitonisa: “una anciana asustada no tiene valor para nada, es como una niña”³⁵⁶. En “*Agamenón*” de nuevo se repite el tópico, al habla de un cachorro de león que, igual que

³⁵¹ Murray, 2013, p. 17.

³⁵² *Agamenón*, 73-84.

³⁵³ Se trata de una adivinanza popular que aparece en varias obras clásicas y que pregunta sobre qué animal camina primero a cuatro patas, después sobre dos patas y finalmente con tres patas (gatear, andar y andar con bastón).

³⁵⁴ Esquilo, *Los persas*, 1070; 1070-1074.

³⁵⁵ Esquilo, *Las suplicantes*, 775-777.

³⁵⁶ Esquilo, *Las Euménides*, 38.

Máscara teatral en miniatura de un hombre mayor. Alrededor del siglo III a.C. Museo J. Paul Getty.



entretiene a los niños, “sirve a los viejos de distracción”³⁵⁷, dando a entender que ambos grupos de edad comparten ociosidad y entretenimientos.

Este retrato se conecta con un proverbio antiguo, recogido por autores como el gramático griego Diogeniano (siglo II d.C.), que afirma: “los viejos son dos veces niños”, explicando que “por causa de la vejez, se vuelven más ingenuos”³⁵⁸. Así, Esquilo contribuye a reforzar un imaginario muy persistente: la persona mayor como sujeto infantilizado e incapaz. Una visión que trascendía la tragedia y que ya estaba instalada en la “sabiduría” popular.

En *Agamenón*, Egisto, rey de Micenas, en ese momento visiblemente enojado, reprende a otro personaje con estas palabras:

“como ya eres viejo, vas a conocer qué duro resulta aprender a tu edad, cuando se ha dado la orden de ser prudente. Cadenas y tormentos de hambre son inspirados médicos, con la más sabia inteligencia para enseñar incluso a los viejos”³⁵⁹.

Mostrando así otro tópico que pervive hasta hoy, el que dice que las personas mayores ya no tienen capacidad para aprender, además sorprende también la amenaza de malos tratos que hace Egisto. El tópico del aprendizaje se repite en *Las Coéforas*: “¿Cómo aprenderlo yo que soy vieja de la que es más joven?”³⁶⁰.

³⁵⁷ Esquilo, *Agamenón*, 721-722.

³⁵⁸ Jiménez Fernández, 2014, p. 258-259.

³⁵⁹ Esquilo, *Agamenón*, 1619-1623.

³⁶⁰ Esquilo, *Las Coéforas*, 172,173.

4.4.2.2.2.-Sófocles: *Edipo en Colono*

Sófocles, nacido en Colono, cerca de Atenas, el año 496 a.C., escribe esta obra con 88 años. Para algunos estudiosos, esta obra constituye uno de los ejemplos más patéticos de la vejez, de toda la literatura³⁶¹. Hay quien considera que ninguna obra de Sófocles, ninguna otra obra griega y tal vez ninguna obra anterior a *El rey Lear* de William Shakespeare, habla con tanta elocuencia y frecuencia de las preocupaciones de la senectud³⁶², algo que, sin quitar méritos a la obra, nos parece un tanto exagerado.

Esta pieza, junto con *Edipo Rey* y *Antígona*, forman una trilogía que cuenta la historia de Edipo. En este caso, ya mayor y ciego llega a un lugar sagrado, Colono (el mismo lugar donde nació Sófocles), con su hija Antígona. Su muerte está cercana y cree que ser enterrado allí será bueno para Atenas, pues una profecía augura prosperidad a la tierra donde descansa su cuerpo. Tras disputas, especialmente de los hijos de Edipo que quieren llevarse a su padre, finalmente se le permite permanecer en Colono, y el coro cantará sobre las grandezas de Colono y el Ática.

En la obra, el coro (compuesto por personas mayores) describe como una locura el “desear vivir más de lo que le corresponde”, porque “los días cuando son muchos, atraen muchas cosas que están más cerca del dolor”³⁶³. Describen la vejez como “despreciable, endeble, insociable,



Urna representando la lucha de los hijos de Edipo por el trono de Tebas, Edipo en el centro de la imagen, es el personaje que está de rodillas levantando la mano, 200–100 a. C.- Museo J. Paul Getty.

³⁶¹ Minois, 1989, p. 75.

³⁶² Wilson, 1997, p.5.

³⁶³ Edipo en Colono, 1213-1217.

desagradable vejez, donde vienen a parar todos los males peores”³⁶⁴. Para Minois, este coro, representado como un tropel de malditos, pinta con terribles palabras las desgracias de la edad avanzada, y el eco de estas palabras retumbará en el corazón de todas las personas mayores a través de las generaciones³⁶⁵.

Algunos han interpretado que la avanzada edad del dramaturgo influyó en gran medida en el tema y el tratamiento de los personajes, lo cual podría parecer lógico. Sin embargo, otros autores lo desmienten, entienden que la edad del poeta por sí sola no puede explicar la obra, pues en alguna obra escrita apenas tres años antes (con más de 80 años) no hay preocupación por el tema de la vejez, y los dolores que recita el texto no tiene por qué ser autobiográficos, es más, parece que hay referencias de la época en las que se dice que los años de “decadencia” de Sófocles fueron bastante agradables³⁶⁶. De hecho, podría haber algo de edadismo en pensar que solo las personas mayores escriben sobre la vejez, o que es la vejez lo que les impulsa a decir lo que dicen.

Por otro lado, el personaje de Edipo tiene una ambivalencia que explica muy bien Beauvoir, pues llega al final de su vida vagabundo, miserable, ciego, no es más que la sobra de sí mismo; una vejez que parece nada más que fuente de desdichas lamentables, sin embargo, a Edipo, sin él saberlo, los dioses le han conferido un carácter sobrenatural y sagrado, que trasmite al lugar que lo ha acogido³⁶⁷.

Tradicionalmente se ha relatado, y Cicerón da cuenta de ello en *De Senectute*³⁶⁸, que los hijos de Sófocles le llevaron a los tribunales para tratar de incapacitarlo y así poder controlar su patrimonio. Ante el tribunal, el escritor habría leído un fragmento de Edipo en Colono, convenciendo así a los jueces de su lucidez. En todo caso, la disputa con sus hijos es otro elemento que sospechosamente tendría en común Sófocles con Edipo, y nos hace pensar en que, al menos en parte, la obra tiene algunos aspectos autobiográficos o basados en su experiencia personal. Fuera real o no la anécdota del intento de incapacitar injustamente a Sófocles, se conocen más casos similares y parece que el intentar declarar incapaz a una persona mayor con el objetivo de controlar sus posesiones, no era algo raro en Grecia o Roma. De nuevo encontramos comportamientos lamentables, que podríamos creer modernos, y que en realidad se vienen repitiendo en el tiempo siglo tras siglo, al menos desde la época griega.

Algunos autores³⁶⁹, al tratar sobre esta Edipo en Colono recuerdan que ha sido representada en distintas obras artísticas, especialmente reflejando el contraste pictórico entre la vejez de Edipo y la juventud de su hija, destacando la representación que Fulchran-Jean Harriet hizo a finales del siglo XVIII.

³⁶⁴ Edipo en Colono, 1236-1238.

³⁶⁵ Minois, 1989, p. 75.

³⁶⁶ Wilson, 1997, p.6.

³⁶⁷ Beauvoir, 1983, p. 125-126.

³⁶⁸ Cicerón, *De Senectute*, VII, 22.

³⁶⁹ Morenilla, 2021, p.87.



Edipo en Colono. Pintado en 1798 por Fulcran-Jean Harriet. Museo de Arte de Cleveland.

4.4.2.2.3.- Eurípides y sus “ancianos decrepitos”

Como ocurre con algunos autores griegos, los datos biográficos que conservamos sobre Eurípides no son del todo fiables. Además, ya en su época sufrió todo tipo de infundios, en su persona y en la de su familia³⁷⁰, por otro lado, alcanzó gran fama en Grecia y el mismo Aristóteles señalaba que Sófocles representaba a los personajes como debían ser, Eurípides tal como son³⁷¹.

López Férez hace una recopilación³⁷² de escenas de Eurípides con personas mayores y muestra una visión nada halagüeña sobre la vejez: es molesta y sombría entre los hombres; comporta innumerables enfermedades y sufrimientos; supone una verdadera amenaza para quienes la sufren; a diferencia de la juventud, hermosa tanto en la abundancia como en la miseria, la vejez resulta siempre odiosa. Presenta en escena a personas mayores del todo avejentados, doblados sobre sí mismos, apoyados en bastones, andando a trompicones, apoyados en otros para poder moverse, o lo que es peor, tirados sobre el duro suelo, incluso no desaprovechó la oportunidad



Camafeo con cuatro máscaras de teatro y la inscripción griega “Eurípides”, siglo I (colocadas en un soporte durante el siglo XIX). Museo J. Paul Getty.

Un par de máscaras representan a sátiros mayores, calvos y de nariz respingona, con la boca abierta como si estuvieran hablando. Las otras dos máscaras son rostros humanos, uno es un hombre de cara estrecha y barba; el otro es un hombre mayor, calvo, de rasgos anchos, con barba y bigote, que lleva una corona de flores.

³⁷⁰ López Férez, 1988, p.352

³⁷¹ Aristóteles, Poética, 25. 1460b.

³⁷² López Férez, 1991, p. 636.

de ofrecer cuadros claramente cómicos de la vejez³⁷³. Beauvoir comparte esta visión: Eurípides tiene una visión pesimista de la existencia, ve la vejez con colores sombríos³⁷⁴.

Entre los personajes que representan a personas mayores, encontramos a Hécuba, reina de Troya, presente tanto en la obra que lleva su nombre como en *Las troyanas*. Resulta difícil diferenciar hasta qué punto su estado es lamentable por la edad y su estado físico, o por su situación personal y psicológica, pues todos sus allegados han sido tomados prisioneros, su familia ha sido o va a ser asesinada, y ella parte al exilio esclavizada, o como ella misma dirá: “desgraciada por mi desgraciada vejez, por mi esclavitud intolerable, insoportable”³⁷⁵. Su vejez no hace sino incrementar el patetismo de la escena.

En *Alcestis*, encontramos a Admeto, que arremete verbalmente contra su padre, en lo que este considera un verdadero maltrato. Su discurso está lleno de ataques personales, aunque termina aludiendo en general a que “con palabras vanas los ancianos desean morir y se quejan de la vejez y de la larga duración de su vida, pero, cuando la muerte se acerca, nadie quiere morir y la vejez ya no es una carga para ellos”³⁷⁶. En realidad, Admeto pretendía que uno de sus padres, al ser muy mayores, se ofrecerían a morir por él y así salvarse de una muerte predestinada. Finalmente, será su esposa la que se ofrece a morir por él. El maltrato verbal al que Admeto somete a su padre Feres y el desprecio hacia los mayores, es en realidad el triunfo de estos, pues su padre reivindica que pese a su edad tiene derecho a vivir. No lo ve así el joven que replica: “¿Es lo mismo que muera un hombre joven que un anciano?”, a lo que el padre responde: “Debemos vivir una sola vida, no dos”³⁷⁷.

Este pasaje nos recuerda un debate que, aunque parece actual (especialmente en tiempos post-COVID), es tan antiguo como la vida misma: ¿vale más la vida de un joven que la de una persona mayor? O mejor aún: ¿acaso el valor de la vida está ligado a la edad?

Eurípides no es de los autores que más desprecia la vejez. Aunque en sus obras aparecen varios “ancianos decrepitos” que no tienen fuerza física para defenderse, se defenderán bien con su oratoria y a veces terminan triunfantes. En *Las bancantes*, por ejemplo, Cadmo y el adivino Tiresias, ambos mayores, se disponen a participar en los ritos en honor a Dioniso. Al principio de la obra son ridiculizados, incluso se reconocen a sí mismos como inútiles³⁷⁸. Sin embargo, como señalan algunos autores, su debilidad y decrepitud contrasta fuertemente con la razón que les asiste y el triunfo final de Dioniso³⁷⁹, que es el triunfo de ellos.

³⁷³ López Férez, 1991, p. 637.

³⁷⁴ Beauvoir, 1983, p. 126.

³⁷⁵ Eurípides, Hécuba, 155.

³⁷⁶ Eurípides, Alcestis, 679-672.

³⁷⁷ Eurípides, Alcestis, 711-712.

³⁷⁸ Eurípides, Las Bancantes, 1365

³⁷⁹ López Férez, 1991, p. 645.



Diseño para el techo del Teatro Nacional de París, 1810-1838, A. Chenavard. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

El dibujo muestra el proyecto de pinturas para el techo del Teatro Nacional de París, en el que se representa a Esquilo, Sófocles, Eurípides, y representaciones teatrales de Aristófanes y del romano Terencio.

4.4.2.3.- *La comedia. Una realidad brutal*

Es en la comedia donde más se ridiculiza la vejez. Según Minois por ser “caricaturas humanas, cuya decadencia física y a veces mental les hace objeto de burla fácil y, al mismo tiempo, inofensivos [...] el único viejo no ridículo es aquel que no hace nada, que ya ni come ni bebe, ni se acuesta con mujeres”³⁸⁰.

Comportamientos que se aceptan en el resto de la población, o que son vistas con indulgencia cuando las realizan los jóvenes, como el abusar del vino o disfrutar de la sexualidad, son ridiculizadas, estigmatizadas y sirven de mofa cuando las realizan personas mayores. Así aparecen estereotipos teatrales que ya no abandonarán la escena y llegarán a nuestros días: el viejo que se enamora, el viejo borracho, el viejo sátiro, la vieja alcahueta, etc. Personajes que hoy podemos calificar claramente de edadistas que ya estaban presentes en la comedia griega.

Algunos autores señalan que en la tragedia las personas mayores son sujetos: se le muestra tal como existen para sí, mientras que cuando florece la comedia de Aristófanes, cincuenta años después de Eurípides, aparecen como objeto, y aunque el público continúa conmoviéndose con Edipo y Hécuba, se ríe de buena gana ante el espectáculo de los viejos ridículos³⁸¹.

Entre los numerosos escritores griegos de comedia, dos destacan especialmente: Aristófanes y Menandro. El primero representante de la llamada comedia antigua (siglo V a.C.) también conocida como comedia ática, e incluso denominada aristofánica, se caracteriza por su crítica política y social, así como por el uso de un lenguaje crudo y, en ocasiones, obsceno. El segundo, es la figura principal de la denominada comedia nueva (siglos IV y III a.C.), que se centra más en la vida cotidiana y las relaciones personales.

La mayoría de las obras griegas no han llegado hasta nosotros. Sin embargo, muchas comedias romanas posteriores son adaptaciones de textos griegos, como reconocen sus propios autores, y si exploramos la literatura universal, veremos que hasta los más grandes han versionado o tomado elementos, de obras griegas clásicas: Shakespeare, Cervantes, Lope de Vega, Lorca, Bertolt Brecht, etc.

4.4.2.3.1.- *Aristófanes: las personas mayores como objeto de burla permanente*

Las obras de Aristófanes, comediógrafo griego del siglo V a.C., como las de la mayoría de los autores, buscan entretener al público. En ellas los personajes que representan a personas mayores son frecuentemente vejadas por sus conciudadanos o sus propios familiares, insultadas, amenazadas e incluso agredidas. Aparentemente todo ello era del gusto de la sociedad que acudía al teatro a divertirse. En algunos casos, el propio personaje mayor expresa desprecio por sí mismo o se minusvalora, un ejemplo de lo que actualmente se denomina edadismo autoinfligido (o autoinfligido), buscando la risa o la aprobación del público.

Las obras de Aristófanes suelen tener bastante carga sexual, a menudo grosera, regocijándose en estereotipos sexuales contra las personas mayores, pues tanto para Aristófanes como para la mayor parte de sus contemporáneos, los mayores ya han pasado la edad del amor físico, porque

³⁸⁰ Minois, pag.77

³⁸¹ Beauvoir, 1983, p. 127.

la vejez es lo contrario al erotismo, y el simple pensamiento de que un viejo pueda aún sentir deseo, basta para hacerlo repugnante a los ojos de un griego, para quienes belleza, juventud y amor son indisolubles³⁸².

Dos de los mitos más habituales, incluso hoy en día, es que las personas mayores son asexuales, no tiene relaciones sexuales, o todo lo contrario, el mito de la sexualidad enervada³⁸³. Esto último es lo que la RAE en 1739 reflejaba en su diccionario como “viejo verde”, y lo definía como “el viejo, que tiene las acciones, y modales de mozo: especialmente en materias alegres”. Pero este estereotipo, que parece tan actual, no nació en el siglo XVIII, sino que ya estaba presente en el teatro de hace más de 2.500 años.

Numerosos ejemplos muestran cómo en Grecia se ridiculizaba cualquier expresión de deseo sexual por parte de personas mayores, por considerarse “no propio” de esas edades. Este es un tema que será explotado infatigablemente a lo largo de los siglos y que pervive especialmente en el teatro cómico. Beauvoir lo explica, en parte, en el sentido de que el hombre mayor griego es un rival temible para el joven si todavía tiene capacidad sexual, por su fortuna y su prestigio, y si no la tiene, el joven tiene un sentimiento de temor y repugnancia a un futuro al que se teme abocado, odia en el viejo su futura condición³⁸⁴. Garland define la impotencia, desde el punto de vista de los griegos, como “cómica y patética”³⁸⁵, es ciertamente un recurso cómico que encontramos con frecuencia asociado a los hombres mayores.

En *Lisistrata*, un grupo de mujeres se hace fuerte en la Acrópolis, los hombres mayores son incapaces de desalojarlas de allí y terminan vejados por ellas. Son hombres mayores incapaces de hacer que las mujeres les obedezcan, a pesar de sus amenazas (“te voy a arrancar la piel y la vejez a golpes”³⁸⁶). Para los hombres de la época, en una sociedad patriarcal como la griega, debía ser una situación muy humillante, lo que sin duda debía arrancar la risa de los espectadores.

El protagonista de *Las nubes*, el protagonista Estrepsiades, agobiado por las deudas de su hijo, se considera torpe e incapaz de aprender por su edad y hace constante alarde de autoedadismo, se minusvalora y se siente inferior a los demás: “¿Cómo podré aprender yo, un viejo torpe y desmemoriado, las sutilezas de los razonamientos exactos?”³⁸⁷. Durante toda la obra es objeto de burlas, humillaciones e insultos, incluso Sócrates le expulsa de su escuela: “¿Por qué no te vas a los cuervos y te mueres, viejo estúpido y desmemoriado?”³⁸⁸. Sin embargo, su joven hijo aprende a argumentar, y con ello no solo se libra de sus acreedores, sino que termina convenciendo a su padre de que “es justo y apropiado que los hijos peguen a los padres”³⁸⁹. Por si fuera poco, también se recurre al proverbio “los viejos son dos veces niños”³⁹⁰.

³⁸² Minois, 1989, p. 79.

³⁸³ Limón, 1992, p.173-174.

³⁸⁴ Beauvoir, 1983, p.130

³⁸⁵ Garland, 1990, p. 263.

³⁸⁶ Aristófanes, *Lisistrata*, 365.

³⁸⁷ Aristófanes, *Las nubes*, 129-130.

³⁸⁸ Aristófanes, *Las nubes*, 789-790.

³⁸⁹ Aristófanes, *Las nubes*, 1339-1340.

³⁹⁰ Aristófanes, *Las nubes*, 1415.

El dinero, las deudas y la tacañería, como cualidad de las personas mayores, también es recurrente en las obras de Aristófanes. Por ejemplo, en *La paz*, el protagonista (también mayor) dirá de otro personaje: “porque estando como está, viejo y chocho, por dinero navegaría hasta sobre una zarza”³⁹¹.

En *Las avispas*, un hombre mayor de nombre Filocleón, es encerrado en casa por su propio hijo y es sometido constantemente a burlas. Para el coro de la obra, el ser maltratado es un simple mal que aflige a la vejez, como si fuera algo normal y generalizado. Filocleón se emborracha en una cena y se comporta de manera grosera con todos; se lleva a una esclava a la que promete comprar su libertad, pero le confiesa que “por ahora no dispongo yo de mis propios bienes, pues soy menor y están muy encima de mi: mi hijito me vigila y tiene muy malas pulgas”³⁹². Su hijo, al encontrarlos, le quita a la muchacha riéndose de él, haciendo alusión a que está muy mayor para tener relaciones sexuales: “creo que estás muy pocho y no puedes hacer nada”³⁹³.

En *Las Avispas* también se advierte un enfrentamiento entre generaciones. Parte del coro, compuesto por hombres mayores, se considera mejor que los jóvenes de ese momento. Añoran los tiempos jóvenes, en los que eran valientes y bravos en los combates, y creen que aún que solo sea “restos” de lo que fueron, tienen capacidad para “recuperar el vigor juvenil, pues yo estimo que mi vejez es mejor que los rizos de muchos jovenzuelos, que su figura y su mariconería”³⁹⁴.

Especialmente interesante resulta *La asamblea de las mujeres*, donde se planea una nueva organización social en la que habrá una especie de “amor libre”. La propuesta busca satisfacer sexualmente a todo el mundo, y por ello, establece que, para poder mantener relaciones con personas jóvenes y atractivas, primero hay que hacerlo con aquellas que no son deseables, es decir: con la “gente fea” y “la gente mayor”. Por ello, en un terrible y despiadado pasaje de la obra, tres mujeres mayores se disputan con una joven a un bello muchacho. Durante la representación son objeto de todo tipo de burlas e insultos por parte de los dos jóvenes, entre ellos: vieja podrida, vejstorio depilado, viejecita que divaga, fantasma con el cuerpo plagado de úlceras hediondas, mona rebozada en albayalde, espectro de una bruja que vuelve de los infiernos, viejas malditas, rana cuyas mejillas parecen dos alcuzas, etc.

También aparecen hombres mayores casados con mujeres jóvenes, preocupados por si estas les obligan a mantener relaciones sexuales por la fuerza y no son capaces de satisfacerlas. En determinado momento, revelan incluso que temen ser estrangulados si compiten con los jóvenes:

“Blépiro: O sea, que ahogarán bien y como es debido a todos los viejos uno tras otro al no conocerlos, pues incluso ahora que todo el mundo conoce a su padre lo hace. ¿Qué va a pasar, pues, cuando no se sepa? ¿Cómo impedir entonces que hasta te caguen encima?”

³⁹¹ Aristófanes, *La paz*, 698.

³⁹² Aristófanes, *Las avispas*, 1354-1356.

³⁹³ Aristófanes, *Las avispas*, 1379-1380.

³⁹⁴ Aristófanes, *Las avispas*, 1060-1070.

Praxágora: Seguro que los presentes no lo consentirán. Antes a nadie le importaba nada de padres ajenos: daba igual quién los golpeará; pero ahora, cuando uno oiga que atizan a alguien, por miedo de que sea su padre el zurrado pelearán con los que lo hagan”³⁹⁵.

En otras palabras, Blépiro pone de manifiesto que los griegos maltratan a las personas mayores a pesar de saber que son sus padres. Praxágora reconoce que, antes de la reforma social que propone la obra (es decir en la Grecia de los asistentes a la representación), ese tipo de violencia era indiferente siempre que no afectara a los propios padres. No sabemos cuánto tiene de real o de ficticio este testimonio, que es coherente con las leyes que trataban de proteger a los padres de la violencia o de ser abandonados por sus hijos. En todo caso parece terrible encontrar esta trivialización del maltrato, que como mínimo nos revela una normalización inquietante del desprecio hacia las personas mayores.

En *Pluto*, es una mujer mayor la que se lleva la peor parte, enamorada de un joven, es humillada y burlada en público, buscando la risa del auditorio. En esa misma obra, Aristófanes se recrea describiendo la fealdad de la vejez: “anciano andrajoso, encorvado, miserable, arrugado, calvo, mellado y, por el cielo, creo que hasta descapullado”³⁹⁶. A propósito de esta obra, hay dice que Aristófanes es “el más explícito con los problemas de la edad”³⁹⁷.

Fernandez Prieto³⁹⁸ destaca precisamente *Pluto* como una obra donde hay una presencia significativa de personajes “pobres y viejos”, empezando por el mismo Pluto, así como Carión y Crémilo, y recuerda que este último hace responsable a Penía (a la que la autora califica de “personificación de la pobreza”) de procurar “arrapiezos famélicos y una turbamulta de viejezuelas”.

Como hemos dicho, en las obras de Aristófanes no es raro que personajes, tanto masculinos como femeninos, sean representados con un deseo sexual exacerbado (aunque a las mujeres se



Máscara de terracota, 100 a. C.–50 d. C., se desconoce si griega o romana. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

³⁹⁵ Aristófanes, La asamblea de las mujeres, 638 y ss.

³⁹⁶ Aristófanes, Pluto, 265

³⁹⁷ Souto Delibes, 2002, p. 177.

³⁹⁸ Fernández Prieto, 2023, p. 202-203.

reprocha mucho más ese comportamiento), ni que hombres mayores sirvan de hazmerreir por acusarles de todo lo contrario. Para Minois, los vicios o las simples pasiones, en el teatro griego, se transforman automáticamente en algo cómico si son disfrutadas por una persona mayor³⁹⁹.

Quién ha investigado este tema en profundidad, sin circunscribirse necesariamente a una época concreta, lo tiene claro: el amor es propio exclusivamente de la juventud. La figura del viejo enamorado es vista como despreciable y ridícula, es uno de los tipos más frecuentes en el teatro cómico ya desde la Antigüedad, y con igual frecuencia aparece en otros géneros literarios como la poesía satírica o en las diversas formas de narración corta, ya sea de carácter popular o culto, de la Edad Media, del Renacimiento o de épocas posteriores⁴⁰⁰.

Sorprende profundamente, y resulta desgraciadamente ilustrativo del escaso interés que ha despertado el trato abusivo hacia las personas mayores, que a pesar de existir cientos de estudios y comentarios analizando las obras de Aristófanes desde todo punto de vista (político, histórico, de género, etc.), sea muy difícil, e incluso y excepcional, encontrar investigadores o autores que hagan referencia alguna al significativo desprecio que muestran sus comedias hacia las personas mayores. Aunque algunos pasajes golpean brutalmente a cualquier lector mínimamente sensibilizado con esta cuestión.

4.4.2.3.2.- Menandro: “viejos gruñones”, con matices

El principal representante de la comedia nueva fue muy prolífico y escribió más de un centenar de obras. Sin embargo, hasta 1905 apenas contábamos con fragmentos de estas. Posteriormente, el hallazgo de varios papiros permitió tener un conocimiento mejor de su producción. Si bien solo conocemos íntegra una: *Dyskolos*, conocida como *El Misántropo*, aunque también hay notables fragmentos de otras. Hasta ese momento, muchas de sus piezas eran conocidas únicamente por las versiones que hicieron autores romanos como Plauto y Terencio.

Los personajes de Menandro son mucho más realistas y complejos que los de Aristófanes, y mucho menos estáticos. Se centran más en problemas personales y domésticos (la familia, el amor, etc.) y menos en la sátira social y política. Así, mientras que en Aristófanes los personajes mayores son vapuleados a base de sátira exagerada y objeto de burla constante, en Menandro son más realistas, con mayor profundidad psicológica, y tratados con algo más de respeto. Lo cual no impide que también caigan en estereotipos o puedan ser retratados negativamente.

La edad sigue utilizándose como rasgo de comicidad. El hombre mayor continúa representando diferentes vicios: la avaricia, la tozudez o la misantropía. La diferencia es que en la comedia antigua recibían un castigo por ello, mientras que en la nueva, aunque también les cause problemas, la situación se resuelve con un cambio moral en el personaje: el misántropo reconoce sus defectos y accede a las pretensiones de los demás⁴⁰¹.

En *Dyskolos* o *El Misántropo*, el protagonista es Cnemón, al que adjetivan constantemente como “viejo gruñón”, “hombre de carácter insociable” o “agrio de carácter”. En el prólogo, el dios Pan lo describe de forma contundente:

³⁹⁹ Minois, 1989. p.77

⁴⁰⁰ Hempel, 1986, p. 693

⁴⁰¹ Sardón Navarro, 1996, p. 203.

“El campo este que hay a mi derecha es donde vive Cnemón, un ser humano bastante inhumano e insociable con todos y que aborrece a la gente. ¿A la gente, digo? En todo el tiempo que lleva ése de vida, que no es poco, jamás ha dirigido una palabra amable a nadie, ni hablado él el primero a ninguno, salvo a mí, Pan, y esto a la fuerza, porque es mi vecino y pasa por mi lado”⁴⁰².

Cnemón es un misántropo, es decir, aborrece al género humano y le desagrada el trato con los demás, es desagradable y grosero. Vive con su hija en una finca rural del Ática. Su mujer, un hijo de esta y un esclavo, viven en una casa cercana, pues se separaron por “la manera de ser” de Cnemón. El joven Sóstrato se enamora de la hija de Cnemón, pero este no va a permitir la boda. La caída del misántropo al interior de un pozo, y su rescate, hace que cambie de actitud y permita la boda.

Aun así, el camino hacia el final feliz de la obra no será fácil. “El gruñón” como le llama su hijastro, dice que solo casará a su hija cuando encuentre “un novio con el mismo carácter que él”⁴⁰³. Lo cual parece imposible: es tacaño, grosero, desconfiado, mezquino, etc. Se hace tan odioso al resto de los personajes que lo llaman “víbora con canas”⁴⁰⁴ y llegan a desear que, al caer al pozo, haya muerto o “se quede, en hora mala, tullido y cojo”⁴⁰⁵.

Tras ser rescatado, Cnemón parece volverse amable, y quienes lo rodean lo tratan con un paternalismo marcadamente edadista: “una persona de tu edad tiene que vivir ya bajo el cuidado de alguien”⁴⁰⁶. Como si la edad, por sí sola, lo incapacitará para cuidarse. Finalmente, tras una serie de burlas



Busto de Menandro, se conservan unos sesenta retratos del dramaturgo griego, todos ello copias de un original que estuvo en el Teatro de Dionisio en Atenas. © Archivo Fotográfico Museo Nacional del Prado

⁴⁰² Menandro, El Misántropo, 5-11.

⁴⁰³ Menandro, El Misántropo, 337.

⁴⁰⁴ Menandro, El Misántropo, 481.

⁴⁰⁵ Menandro, El Misántropo, 660-661.

⁴⁰⁶ Menandro, El Misántropo, 696-697.

y aprovechando que ha cambiado y no parece tener fuerzas para pegar a nadie (aunque su carácter, en el fondo es el mismo), es llevado a la fiesta previa a la boda.

En *Aspis* o *El Escudo*, el personaje mayor es Esmícrides, cabeza de un clan familiar que quiere casarse con su sobrina tras enterarse de que es la rica heredera de su hermano muerto en la guerra. Es descrito como un “viejo avaro”. La sobrina ya tenía planes de boda, pero la ley asiste a Esmícrides, quien pretende aprovechar la situación. La diosa Fortuna lo describe como un “viejo” que “en maldad supera absolutamente a todos los hombres” y que “no conoce ni a parientes ni a amigos, ni tiene vergüenza por ninguna cosa del mundo y, por tanto, ansia poseerlo todo”⁴⁰⁷.

Por supuesto, la edad avanzada del personaje no pasa desapercibida para los que le rodean y le recriminan que se quiera casar “a su edad”:

“Querétrato: Esmícrides, ¿no te importa ser más prudente?”

Esmícrides: ¿Por qué, muchacho?

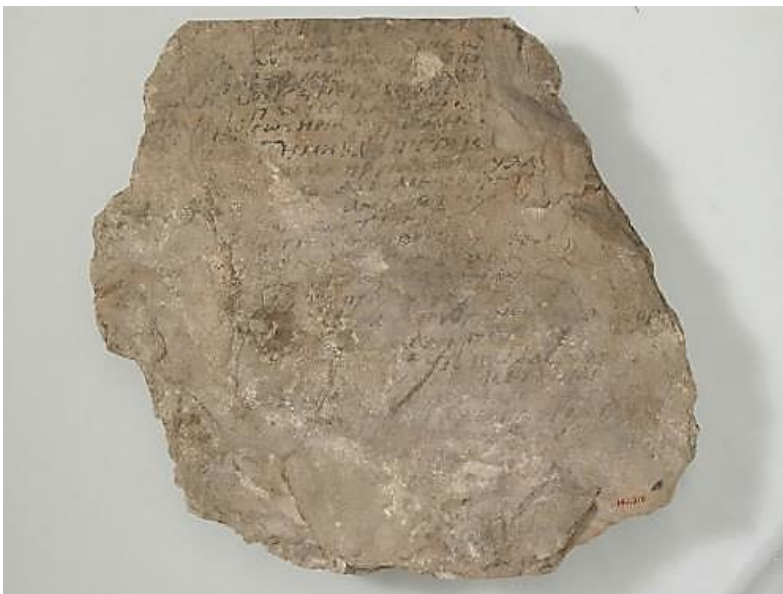
Querétrato: ¿Piensas casarte a tu edad?

Esmícrides: ¿Qué edad?

Querétrato: Yo creo que eres un vejstorio.

Esmícrides: ¿Soy el único que se ha casado de mayor?”⁴⁰⁸

Aunque no se conserva el final, se sabe que el fallecido en la guerra vuelve y Esmícrides decepcionado, no heredará nada⁴⁰⁹.



Ostracón con sentencias de Menandro, hacia 580-640. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

⁴⁰⁷ Menandro, *El Escudo*, 115-120.

⁴⁰⁸ Menandro, *El Escudo*, 256-260.

⁴⁰⁹ Howatson, 1991, p. 83.

En *La Samia* (o sea, la mujer de Samos), también hay dos personajes que son hombres mayores: Demeas y Nicerato, ambos tienen momentos de ira en los que amenazan e insultan a otros, incluso entre ellos. En la obra les dedican, o se dedican, adjetivos como “viejo furioso”⁴¹⁰, “chochea”⁴¹¹, “está chalado”⁴¹², “bilioso”⁴¹³, aunque también hay momentos en los que resultan calmados y padres comprensivos.

En otras obras de Menandro hay personajes mayores, pero los fragmentos conservados son demasiado breves o dispersos como para realizar un análisis profundo. Aun así, pueden leerse frases como: “desde luego parece un viejo decrepito, un tipo de sesenta años. A pesar de eso va a tener que llorar”⁴¹⁴, “la vieja no ha dejado pasar una sola copa, al contrario, bebe la que va en ronda”⁴¹⁵, “cuando veas a un viejo, pobre y solo, a la fuerza tiene que pasarlo rematadamente mal”⁴¹⁶.

Beauvoir cree que Menandro ha llevado mucho más lejos que Aristófanes el personaje del viejo ridículo e insoportable, que tendría después tanta popularidad, pero también cree que sus opiniones eran más matizadas, pues pensaba que la mucha edad puede ir acompañada también de sabiduría y bondad⁴¹⁷.

No vamos a decir que la imagen que transmite Menandro (y la comedia nueva) de las personas mayores sea positiva, ni que evite los estereotipos. Pero es cierto que hay más personajes mayores retratados con positividad, y menos caricaturizados que con Aristófanes. Los personajes de Menandro tienden más a la ira y a la terquedad, mientras que los de Aristófanes tienden más a la estupidez y la lujuria. Además, esos personajes de Menandro pueden cambiar y terminar entendiendo o aceptando los argumentos de otros, lo que rompería con el estereotipo de que las personas mayores son inflexibles y nunca cambian.

Gil Fernández lo retrata perfectamente al destacar que, en Menandro, la figura del “viejo iracundo” se contrapone a la del que es apacible y comprensivo, que puede ser un hermano suyo, un vecino compasivo, un hombre de diferente clase social que viene a presentar bajo una luz más noble y humana las características de la senectud⁴¹⁸. Es más, nosotros diríamos que esa figura apacible y comprensiva puede darse en el mismo personaje, que a ratos es iracundo, a ratos comprensivo, como los dos personajes mayores de *La Samia*.

⁴¹⁰ Menandro, *La Samia*, 360.

⁴¹¹ Menandro, *La Samia*, 548.

⁴¹² Menandro, *La Samia*, 418.

⁴¹³ Menandro, *La Samia*, 564.

⁴¹⁴ Menandro, *El Detestado*, 219-220.

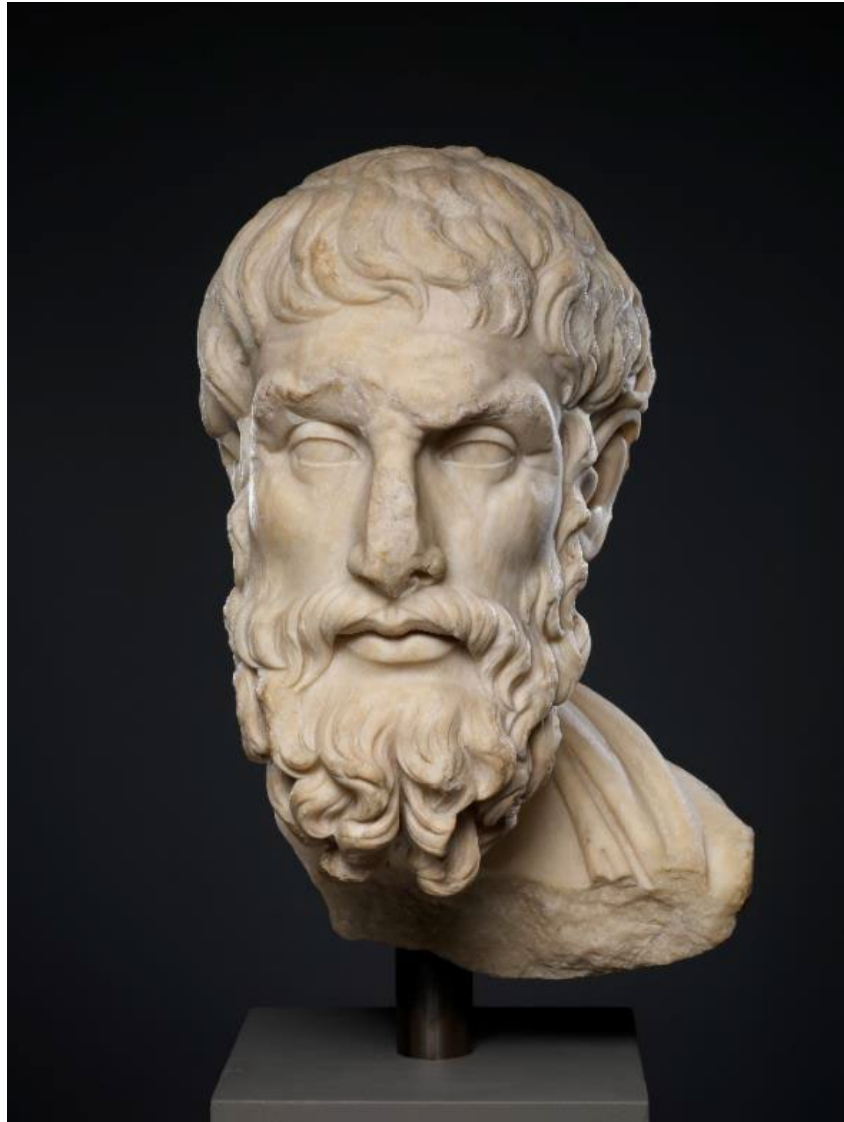
⁴¹⁵ Menandro, *Ateneo*, 504a.

⁴¹⁶ Menandro, *El Siconio*, 375-376.

⁴¹⁷ Beauvoir, 1983, pp. 131-132.

⁴¹⁸ Gil Fernández, 2010, p. 206.

Retrato del filósofo Epicuro. Copia romana del siglo II d.C., de una estatua griega de la primera mitad del siglo III a. C. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.



4.4.3.- La vejez en las artes plásticas griegas

Como ocurría en el caso del arte egipcio, las representaciones de personas mayores en el arte griego son escasas, y resulta difícil encontrar estudios específicos que aborden cómo se ha retratado la vejez. Esta ausencia parece producto de una doble discriminación, un doble rechazo: por un lado, los griegos no tienen interés en representar lo que no les gusta; por otro, a los investigadores, durante mucho tiempo, no les pareció un tema digno de gran atención.

Sin embargo, las personas mayores están ahí representadas, aunque no se hable de ellos o los rasgos con los que se les representa haga difícil su identificación. Matheson⁴¹⁹ sostiene que hay dos tipos de representación de la vejez, tanto en Grecia como en Roma: por un lado, las obras que son encargadas para recordar o celebrar a las personas retratadas, por ser familiares o

⁴¹⁹ Matheson, 2022a, p.29.

personas conocidas, y por tanto se les representa desde la simpatía, el respeto o el afecto. Y por otro, el resto de las imágenes, las menos, que ilustran las opiniones negativas que algunos tienen sobre las personas mayores y asocian la vejez con la catástrofe⁴²⁰.

Sin duda, las obras por encargo, en las que el artista busca complacer al cliente, suelen mostrar “la mejor imagen posible” del homenajeado, y sabemos que esa imagen no sería precisamente la asociada a la vejez. Por eso, este tipo de piezas se alejan del verdadero retrato envejecido. Solo en obras temáticas o genéricas, donde el artista tiene mayor libertad de expresión, se puede encontrar una mirada directa sobre la vejez. Aunque, evidentemente, era poco común recibir encargos con ese objetivo.

En Grecia, como en Egipto, aunque de manera menos extrema, encontramos el problema de la idealización del rostro y el cuerpo. Muchas veces la imagen del retratado se representa con una apariencia más joven de la que realmente tenía, o simplemente se usaba un mismo modelo, de apariencia joven, independientemente de la edad del cliente (como parece que ocurría a veces con los monumentos funerarios). Hay quien señala, no solo la dificultad de identificar a las personas mayores en imágenes convencionales en las que no se tenía en cuenta la edad del difunto, sino que además en el caso de las mujeres había una tendencia favorecedora mayor, en el sentido de representarlas más jóvenes de lo que eran⁴²¹.

Los signos de vejez que pueden encontrarse en las representaciones artísticas, de manera aislada o combinada, incluyen: cabello blanco, calvicie, barba blanca o larga, arrugas, piel flácida, pecho caído, espalda encorvada, uso de bastón, menor tamaño que el resto de los personajes, etc.

4.4.3.1.- La representación de la vejez en la escultura griega

Al pensar en la escultura griega, lo primero que suele venirnos a la mente no son precisamente personas mayores, sino representaciones de jóvenes deportistas, dioses y diosas: el *Discóbolo de Mirón*, la *Venus de Milo* (en realidad *Afrodita* en el mundo griego), el *Auriga de Delfos*, la *Victoria de Samotracia*, etc. Todos ellos parecen jóvenes y de “cuerpos perfectos”.

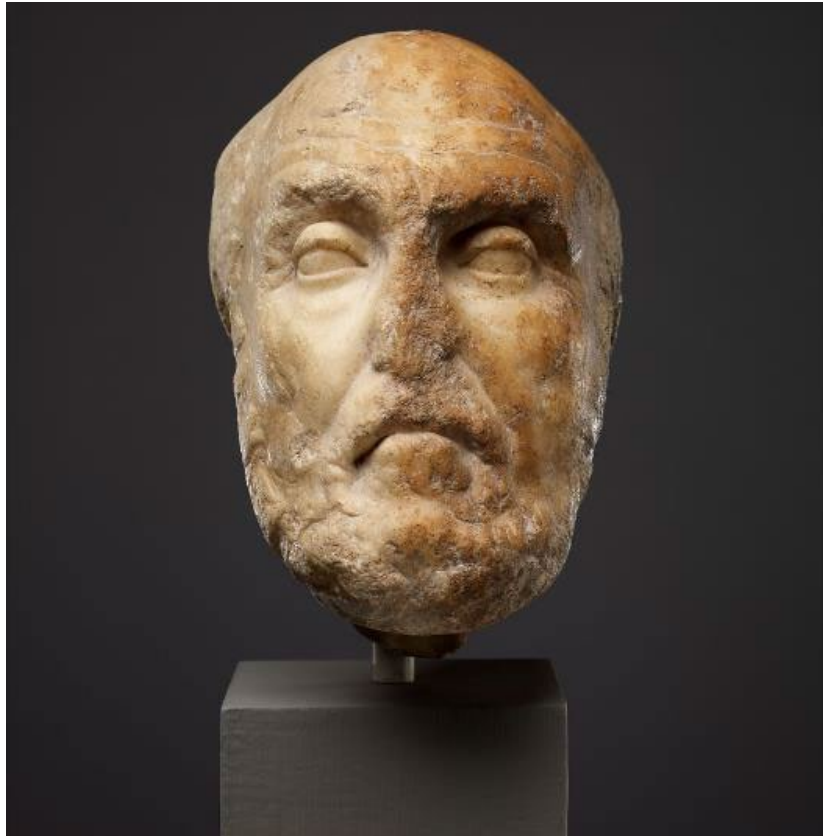
Probablemente, en sus orígenes, la escultura griega se limitaba al culto religioso, estatuas de dioses y la decoración de los templos. Más tarde los griegos empezaron a esculpir al ser humano: primero solo a los muertos y con el tiempo también a los personajes vivos, en especial a los vencedores de la lucha libre y los juegos olímpicos. En sus comienzos no se representaba a personas concretas y se guiaban más por la imaginación geométrica que por las formas reales de los cuerpos, por lo que las formas humanas se transformaban, deformaban y geometrizaron⁴²². Muchas de aquellas esculturas recuerdan las egipcias y probablemente estaban inspirados por sus modelos y técnicas.

⁴²⁰ Matheson, 2022a, p.29.

⁴²¹ López Melero, 2014, p. 175.

⁴²² Tatarkiewicz, 2000, p.29.

*Retrato del filósofo
Crisipo. Copia romana
del siglo I d.C., de una
estatua griega de finales
del siglo III a. C. Museo
Metropolitano de Arte
de Nueva York.*



Según diversos autores, en las primeras épocas predominaban las representaciones de jóvenes recién iniciados en la edad adulta⁴²³. Sin embargo, con el paso de los siglos, comienza a verse otro tipo de figuras y personajes, el abandono de la estilización arcaica y la llegada de un estilo más naturalista. A partir de ese momento, el cuerpo no solo servirá como expresión de la potencialidad humana en general, sino también como vehículo para articular una mayor presencia psicológica⁴²⁴.

Pollitt destaca que, en el arte griego de los periodos arcaico (hasta el siglo V a.C.) y clásico (del siglo V al siglo IV a.C.), la representación de la realidad había estado siempre temperada por el deseo de expresar una esencia, una forma perfecta o idea en el sentido platónico, subyacente a los objetos reales y de la cual estos eran materializaciones distorsionadas o incompletas⁴²⁵. Ni que decir tiene que la vejez, o las manifestaciones exteriores de la vejez, no son entendidas como “una forma perfecta”, por ello es casi imposible encontrar personas mayores (o más bien, personas mayores representadas como personas mayores) en estos periodos.

4.4.3.1.1- El realismo helenista y la vejez

A finales del siglo IV a.C., con la llegada del periodo helenístico, frente al idealismo clásico, se aprecia la llegada del realismo. Como señalan diversos autores⁴²⁶, significará el interés por los rasgos que hacen a los individuos distintos, el interés por representar las emociones, las

⁴²³ Davison, 2002, p.161.

⁴²⁴ Flynn, 2002, p.34.

⁴²⁵ Pollitt, 1989, p.230.

⁴²⁶ Pollitt, 1989, p.230-231.

actitudes humanas corrientes, la angustia, el humor o la ternura empezaron a ser representadas con frecuencia. También se intensificará la representación del dolor, el sufrimiento o el ardor erótico, siendo novedades en la tradición escultórica griega la aparición de personajes como: niños, figuras dormidas, hermafroditas, sátiros, borrachos, etc. Hay quien directamente afirmará, a propósito de la representación de algunos de estos personajes, que el helenismo cae en el terreno de lo feo y de lo impúdico⁴²⁷.

En esta época aparecen los llamados “retratos de filósofos”, esculpidos en homenaje a personajes ilustres, poetas, historiadores, pensadores, cuya imagen individualizada se destina a espacios públicos. Muchas de estas personas habían llegado a la vejez y así son representadas, con frentes amplias y arrugadas, patas de gallo, mejillas flácidas, pliegues nasolabiales, barba poblada y pelo largo, a veces despeinado. La mayoría de las esculturas que han llegado a nosotros son copias romanas de originales griegos.



Cabeza de hombre mayor, copia romana probablemente de un poeta griego (Hesíodo?). En el siglo XVI, se creía que era el romano Séneca, al demostrarse que su identificación era incorrecta pasó a denominarse como “pseudo-Séneca”, se conocen más de 40 ejemplares similares. Museo J. Paul Getty



Cabeza de filósofo o poeta griego, copia romana del siglo II d.C. En un principio se había identificado erróneamente con el médico Hipócrates. Museo J. Paul Getty

⁴²⁷ Blanco Freijeiro, 2011, pp. 379-381

Algunos estudios⁴²⁸ enumeran cierto número de curiosas estatuas de personas mayores realizados en época helenística, que retratan a vendedoras, mujeres ebrias, campesinos o pescadores ya mayores. Con la piel marchita, ojos muy hundidos, mejillas flácidas y músculos caídos. No se sabe exactamente la finalidad de estas obras, que retratan a estos personajes con un cierto tipo de realismo social, y que reflejan la edad avanzada exagerando enormemente ciertos rasgos físicos.

Matheson señala, por ejemplo, que la carne flácida es especialmente evidente en este tipo de esculturas, donde no queda tapada por las típicas prendas griegas, y se aprecia particularmente en los pectorales masculinos y en los pechos flácidos femeninos. Incluso cita la existencia de imágenes diseñadas para ridiculizar a hombres mayores, mostrándolos con grandes genitales atrofiados⁴²⁹.

Otros autores describen estas esculturas como “siluetas pintorescas (un viejo pescador, una mujer que, bebiendo más de lo



“La anciana del mercado”, posiblemente copia romana de un original griego. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

⁴²⁸ Por ejemplo, Meintani, 2022, p.283. o Pollitt, 1989, p.230-239.

⁴²⁹ Matheson, 2022a, pp. 36-37.

“Vieja ebria” copia romana de un original griego. Gliptoteca de Múnich



razonable, se consuela de haber llegado a ser repulsiva en su vejez, un niño que juega con un ganso...) sacadas del espectáculo de la calle o del puerto, pero cuyo patetismo no es borrado del todo por la intención festiva”⁴³⁰. De hecho, algunos historiadores del arte de principios del siglo XX llegaron a calificarlas como “asuntos repugnantes”⁴³¹.

Pollitt⁴³² interpreta este realismo como un intento de reflejar la propia experiencia de la realidad natural y humana, sin la intercesión de una noción de forma perfecta o forma ideal. Y expone las distintas explicaciones a la existencia de estas estatuas: la primera es que fueran obras encargadas por particulares en los últimos tiempos del helenismo, por influencia de los coleccionistas romanos, siendo puramente ornamentales o la expresión de las predilecciones filosóficas de sus propietarios⁴³³. La segunda teoría es que fueran estatuas votivas creadas en

⁴³⁰ Grimal, 1990, p. 179.

⁴³¹ Pijoan, 1972, p. 183.

⁴³² Pollitt, 1989, p.230.

⁴³³ Pollitt, 1989, p.235-236.

relación con fiestas urbanas populares, erigidas en lugares públicos, trataban a estas figuras con una mezcla de realismo, simpatía sentimental y distanciamiento aristocráticos⁴³⁴.

Para otros estudiosos, semejante pintoresquismo se encuentra a medio camino entre el expresionismo y la caricatura: la vejez y la miseria no son aquí más que un espectáculo para uso de un esteticismo indiferente que se detiene en la superficie de los seres y se queda recluido en su desdén radical, la deformidad de los cuerpos se convierte en motivo de risa, como lo eran “los enanos” y los “monstruos de feria”; este verismo es un humor condescendiente que no encierra dentro ningún escrúpulo⁴³⁵.

Entre las esculturas más célebres de este tipo destaca la llamada “Anciana del mercado”, copia romana de un original griego, que se conserva en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. Las interpretaciones más modernas creen que probablemente representa a una cortesana de avanzada edad en camino a un festival de Dionisos, el dios del vino (por la corona de hiedra sobre su cabeza). Muestra una señora mayor encorvada, con aspecto de cansada, con arrugas muy pronunciadas y visibles, lleva un vestido que parece viejo y desgastado, con un gran escote que deja ver su pecho caído. Algunos investigadores destacan el contraste sorprendente entre el clasicismo en el tratamiento de los ropajes y el “realismo terrenal del rostro”⁴³⁶. Realmente es desconcertante ver esta imagen junto a lo que el espectador suele considerar la “típica” escultura griega clásica.

Aunque no se conozca totalmente la razón por la que se realizaban estas estatuas, hay teorías que niegan que se trate de una asistente a una fiesta dionisiaca. Creen que representa a una mujer mayor en el momento de llamar a los potenciales clientes en la plaza del mercado, con la esperanza de vender los pollos y el cesto de fruta que lleva en la mano izquierda, posiblemente con motivo de esa festividad, pero no como asistente a la misma⁴³⁷. Incluso hay quien mantiene que, dado su lugar de hallazgo y la excelente calidad de la escultura, se trataría de un original helenístico tardío y no una copia romana⁴³⁸.

Una obra similar es la llamada “vieja ebria”, de la cual se conservan varias copias romanas, una en los Museos Capitolinos de Roma y otra en la Gliptoteca de Múnich, y al menos otra copia en terracota. Se cree que el original debió de ser del siglo III a.C. Junto con la anterior, son las obras griegas sobre la vejez más peculiares, controvertidas y discutidas, pero también las más conocidas hoy en día.

Igual que en el caso anterior, no hay consenso sobre si se trata de una prostituta retirada, la dueña de un burdel, una sacerdotisa de Dionisio o simplemente una representación del tópico literario de la mujer mayor borracha que tan buen resultado debió de dar a los escritores de

⁴³⁴ Pollitt, 1989, p.235-236.

⁴³⁵ Veyne, 2010, pp. 74-75.

⁴³⁶ Pollit, 2022, p. 142

⁴³⁷ Pollitt, 1989, p.232.

⁴³⁸ Pollitt, 2022, p. 142



**Cabeza y cuerpo de “viejo pescador”, ambas copias romanas de un original griego.
Museo Metropolitano de Arte de Nueva York**

comedias⁴³⁹. De hecho, parece que a Pollitt su rostro le recuerda a las máscaras teatrales de mujeres mayores borrachas que tenían “rasgos grotescos, como de bruja”⁴⁴⁰.

Al igual que en el caso anterior, los rasgos de su vejez están exagerados. Conociendo los cánones de belleza griegos, esta figura no deja de ser una exaltación de la fealdad y una imagen que seguramente provocaba repulsión en quien la contemplaba. Además, la representación de una mujer borracha no era común ni bien vista socialmente. No en vano, en 1830 se rechazó su exhibición en el Museo de Escultura de Múnich por entender que desvirtuaba “el ideal griego”; y por ello no se expuso hasta 1895, y separada de las obras griegas⁴⁴¹.

Similar resulta el caso de los “viejos pescadores” presentes en varias colecciones de distintos museos. Igual que en el caso de las mujeres mencionadas anteriormente, sus rostros muestran grandes arrugas y sus cuerpos están escuálidos, su vejez quizá representa la penosidad de sus trabajos. Para López Melero, la anatomía de estas figuras no corresponde a hombres de edad avanzada, sino que representan a hombres prematuramente envejecidos por la vida que llevan⁴⁴². Veyne destaca que son personajes representados con un verismo brutal y exagerado: las venas y los músculos del viejo pescador poseen tal relieve que su cuerpo desecado hace

⁴³⁹ Casamayor Mancisidor enumera un buen número de ellas en un magnífico artículo sobre este estereotipo en obras literarias romanas.

⁴⁴⁰ Pollitt, 2022b, p. 144

⁴⁴¹ Beard y Henderson, 2022, p.192

⁴⁴² López Melero, 2014, p. 187.

pensar en un desollado anatómico, y su fisonomía se halla tan distorsionada que algunas de estas estatuas durante mucho tiempo se han considerado que representaba a Séneca moribundo⁴⁴³.

Ante la incertidumbre sobre el propósito original de este tipo de esculturas, resulta interesante detenernos en un texto de Plinio el Joven, aunque en época romana, en una carta a su amigo Anio Severo habla de una estatua que se cree podría ser similar a las anteriores:

“Con el dinero que he recibido de una herencia, me acabo de comprar una estatua de bronce corintio, pequeña, pero encantadora y bien terminada, [...] Se trata de una figura desnuda, que no puede ocultar sus defectos, si es que hay algunos, ni disimular sus virtudes. Representa un anciano de pie, sus huesos, tendones, nervios, venas, arrugas se ven como si se tratase de un ser vivo; los cabellos escasos y en retirada, la frente ancha, el rostro anguloso, el cuello delgado; los músculos flácidos, el pecho caído, el vientre hundido; por la espalda, según se puede deducir, aparenta la misma edad”⁴⁴⁴.

Plinio especifica que la estatua no está comprada para tenerla en casa sino para colocarla en un lugar concurrido de la ciudad, como el templo de Júpiter y pide que se ponga sobre un pedestal que incluya sus nombres y títulos. Aventurar que en Grecia se utilizaban de la misma forma igual es suponer demasiado, de hecho, no nos queda claro si Plinio quiere que esté en un templo como ofrenda, como declaración de status, o ambas cosas, de lo que no cabe duda, es que estas estatuas llamaban poderosamente la atención y contrastaban con el ideal de belleza griego.

4.4.3.2.- La cerámica

La cerámica griega, además de tener una altísima calidad, ha llegado a nosotros en número suficiente como para brindarnos una gran cantidad de información sobre la vida cultural y social de los antiguos griegos.

Las representaciones de los vasos griegos obedecen a un lenguaje codificado, y una de sus funciones es la de transmitir enseñanzas y valores aristocráticos o ciudadanos. Normalmente la clave para identificar a las personas mayores (especialmente hombres, que son los habitualmente representados) es el pelo: a los personajes decrepitos o desvalidos se les dibuja calvos, mientras que las blancas y “leoninas” cabelleras son sinónimo de vejez plena y venturosa. Si bien la calvicie también se emplea para representar a los no ciudadanos o para los que sirven de burla⁴⁴⁵. Hay quien considera que la calvicie pone de relieve la pérdida de poder de las personas mayores en la sociedad urbana, y que, por lo tanto, no debería sorprendernos que la calvicie sea el primer rasgo utilizado para caracterizar a los personajes mayores⁴⁴⁶.

En la cerámica son habituales los personajes mitológicos o literarios, especialmente aquellos que provienen de las obras de Homero. Así pueden verse muchos de los personajes mayores mencionados en apartados anteriores, como Príamo o Néstor.

La representación de la vejez asociada a la decrepitud aparece ya desde finales del siglo VI a.C. Tal como ocurre en el teatro, también en la cerámica se caricaturiza a las personas mayores, a veces con rasgos casi simiescos. Se reproducen arquetipos como “la vieja verde”, el borracho o

⁴⁴³ Veyne, 2010, p. 74

⁴⁴⁴ Plinio el Joven, cartas, 3.6.

⁴⁴⁵ Moreno Conde, 2018, p. 250

⁴⁴⁶ Birchler Emery, 2018, pp. 37-64.



Escena teatral con hombres mayores pintada en una cratera. Atribuido al pintor Rainone (activo alrededor del 375 - 350 a. C.). Museo J. Paul Getty

la borracha⁴⁴⁷. El comportamiento sexual considerado inapropiado para la época, particularmente en el caso de las mujeres, también era un tema recurrente, en ocasiones inspirado por obras teatrales de autores como Aristófanes⁴⁴⁸. A veces, los artistas reducían la escala con la que representaban a las personas mayores, que quedaban más pequeños que otros personajes, y también se representaban encorvadas, para diferenciarlos de los jóvenes en la misma escena⁴⁴⁹.

Un ejemplo significativo puede observarse en la magnífica colección de vasos griegos del Museo Arqueológico Nacional (MAN) de Madrid, donde se representa a Príamo, rey de Troya, medio calvo y con pelo y barba blanca, preparándose para pedir a Aquiles el cuerpo de su hijo Héctor para celebrar su funeral. Es un personaje bastante frecuente: en otras vasijas se le representa desaliñado, con barba de varios días⁴⁵⁰, o con vivaces cabellos, barba blanca y una poco común expresión triste, como señala respecto a una cerámica conservada en los Museos Vaticanos⁴⁵¹. En otra vasija del Museo de Bellas Artes de Boston, se representa al rey y la reina de Troya dentro de la ciudad. Es uno de los pocos casos en que también la reina es representada con los mismos signos de envejecimiento de su marido, fundamentalmente el pelo blanco⁴⁵².

⁴⁴⁷ Moreno Conde, 2018, p. 264

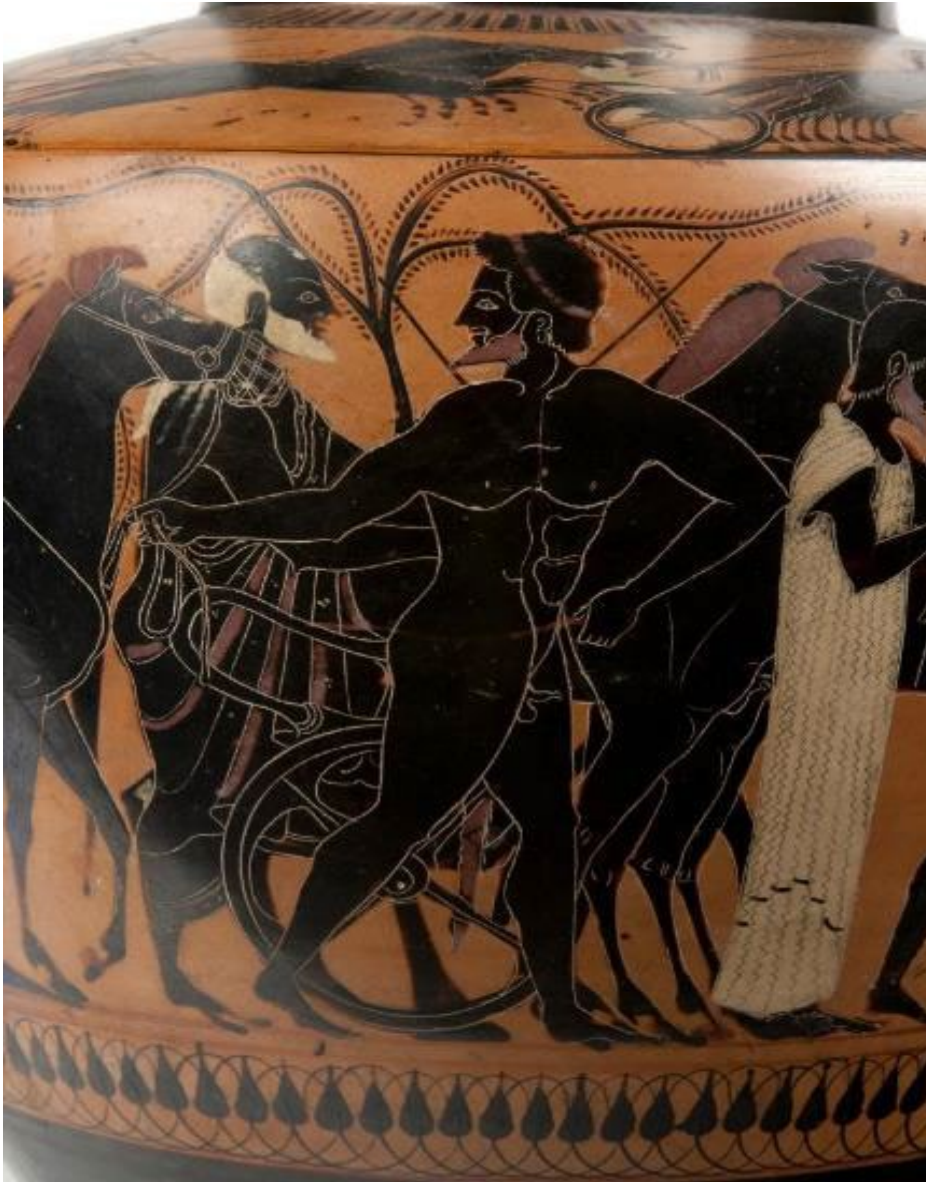
⁴⁴⁸ Matheson, 2022c, p. 149.

⁴⁴⁹ Matheson, 2022a, p. 38.

⁴⁵⁰ Robertson, 1997, p. 130.

⁴⁵¹ Matheson, 2022d, p. 158.

⁴⁵² Matheson, 2022d, p. 159.



Partida de Príamo.
Vaso griego del Museo
Arqueológico Nacional.
Fotografía: Alberto
Rivas Rodríguez

Son abundantes las representaciones presentaciones de la muerte de Héctor y los ruegos de su padre para recuperar el cadáver. Como ya señalamos la escena literaria era patética y humillante para Príamo, por lo que no sorprende que sus representaciones también lo sean. Mientras tanto, el cadáver de Héctor, como indica la *Iliada* y así suele reproducirse, se mantiene joven y sin daño alguno.

Otra representación de la vejez en el MAN se encuentra en la llamada Crátera de Perseo y Medusa, donde aparece un hombre de pelo y barba blanca, apoyado en un cetro o bastón. Probablemente se trata de un monarca, ya que se le refleja con cierta majestuosidad. Si no fuera por sus canas, quizás se dudaría de su edad.



Cratera de Perseo y Medusa. Vaso griego del Museo Arqueológico Nacional. Fotografía: Alberto Rivas Rodríguez.



Fragmento de un jarrón ceremonial donde se representan varias generaciones. El hombre mayor se identifica por el poco pelo, la barba y por ser el único que en vez de llevar lanza o espada, como el resto de los personajes, lleva un bastón. 460 a. C. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.



Copa de figuras rojas, alrededor del 460 a. C. Atribuida al llamado pintor Sabouroff. Representa a tres hombres mayores bailando, probablemente sea una komos (procesión ritual festiva). Museo J. Paul Getty

Tampoco juega a favor de las personas mayores que la cerámica incluya muchas escenas teatrales. Taplin realiza un estudio⁴⁵³ de más de un centenar de vasijas con este tipo de representaciones, encontrando personajes mayores con los habituales rasgos: pelo blanco, barba y bastones. Pero se topa con alguna novedad: actores disfrazados de personas mayores haciendo una interpretación teatral. No es un caso único, pues hasta nuestros días han llegado varias vasijas similares donde los actores recrean la vejez de forma grotesca para la diversión del público.

Como cabría esperar, la presencia de mujeres mayores en la cerámica es menor que la de los hombres, especialmente en las primeras épocas. Se las representa ancladas en la eterna juventud, reflejando fundamentalmente su capacidad de engendrar, y solo merecen reconocimiento las mujeres de más edad cuando ejercen actividades muy concretas, como ser comadrona, sacerdotisa y en algún caso nodriza⁴⁵⁴. Curiosamente, las mujeres mayores son las únicas que aparecen con arrugas, papada o flacidez en las mejillas.

Una consulta realizada por Moreno Conde⁴⁵⁵ en la base de datos en línea más importante de cerámica ática, desarrollada por la Universidad de Oxford, arroja 921 resultados para *old man* y solo 20 para *old woman*, estamos de acuerdo con la investigadora en que esta disparidad es algo más que un mero dato estadístico.

Un ejemplo claro de representación de mujer mayor que no tienen rasgos de vejez lo encontramos en el MAN, en la denominada Copa de Aison (llamada así por el autor que realizó

⁴⁵³ Taplin, 2007.

⁴⁵⁴ Moreno Conde, 2018, pp. 261-263.

⁴⁵⁵ Moreno Conde, 2018, p. 262.



Copa de Aison. Vaso griego del Museo Arqueológico Nacional. Fotografía: Alberto Rivas Rodríguez.

el dibujo). En ella, se representa a Teseo enfrentándose a la cerda o jabalina de Cromión, animal monstruoso que se representa acompañada por una “anciana malvada” que lo crió. La mujer mayor no lo parece, quizá por ser una nodriza, oficio que le parecía muy respetable a la sociedad griega, y solo su pelo blanco denota su avanzada edad. Tampoco parece apoyarse en el bastón que tiene en una mano, que recuerda más a un arma o a una vara de pastor.

Uno de los temas recurrentes en la cerámica es la burla del comportamiento sexual de las mujeres mayores. Matheson señala varios ejemplos donde se representa a prostitutas o cortesanas de avanzada edad con clientes jóvenes, apareciendo desnudas, con abundante papada, cintura visiblemente gruesa y pechos colgantes; sugieren una burla tanto a las mujeres,



Kylix de figuras rojas representando a un joven con una prostituta de avanzada edad. Alrededor del año 510 a. C. Museo J. Paul Getty

que no están representadas para evocar simpatía, como hacia los jóvenes que no pueden permitirse otra compañía más joven y cara⁴⁵⁶.

Moreno Conde, comentando una de estas cerámicas que reproducimos a continuación, afirma que representa “lo que no ha de ser” y nos permite constatar la representación de la mujer mayor desprovista de mesura (que en este caso parece tener también un apetito desmedido por el vino), este tipo de obras conocerá en la época helenística su mayor nivel de expresión⁴⁵⁷.

4.4.3.2.1.- *Geras, la personificación de la vejez*

Uno de los ejemplos más claros de representación de la vejez en el arte griego es Geras, el personaje mitológico que encarna la vejez es un sumatorio de todos los signos reconocibles en la cerámica: calvo o con pelo y barba blanca, múltiples arrugas, extremadamente delgado, bastón, espalda encorvada, estatura reducida, etc. Fernández Prieto señala que con frecuencia el mundo griego conecta pobreza y vejez, y cree que esta imagen de Geras se asemeja al retrato que la literatura griega ofrece del mendigo⁴⁵⁸.

Aunque no se conoce en detalle el conjunto de mitos sobre Geras, existen varias representaciones que lo muestran en lucha con Heracles (o Hércules en la tradición romana). Desde luego, Geras no parece estar a la altura de otros enemigos del heroico Heracles: no parece feroz, ni difícil de vencer, es más, a veces casi da lástima.

Beauvoir señala que en algunos vasos del siglo V a.C., y posteriores, se ve a Hércules combatiendo contra la vejez, “representada por un enano demacrado, o por un personaje chupado, arrugado, casi calvo, a veces también es una figura muy alta, con largos cabellos y barba, que implora a Hércules de rodillas”⁴⁵⁹.

El contexto de la escena es algo importante, precisamente la reducción en la escala de una figura combinada con una postura encorvada podía evocar tristeza o simpatía en un contexto familiar o en una escena mitológica. Sin embargo, cuando esta reducción se combina con rasgos exagerados propios de la edad, como se hace en las representaciones de Geras, para Matheson expresaría burla y refleja una visión negativa⁴⁶⁰.

Este mismo autor considera que la visualización de la vejez en el arte griego alcanza su máxima expresión en dos imágenes de Geras del siglo V a.C., y que traemos a estas páginas. La primera es un jarrón del Museo del Louvre en el que Geras mide apenas la mitad del tamaño del héroe, su cuerpo es flaco y arrugado, con articulaciones nudosas, pecho hundido, costillas prominentes y una postura encorvada que le hace necesitar el apoyo de un palo, su pene es largo y caído, su cabello y barba desgreñados son casi inexistentes, su rostro enjuto, con una nariz puntiaguda,

⁴⁵⁶ Matheson, 2022c, p.150.

⁴⁵⁷ Moreno Conde, 2018, p. 265.

⁴⁵⁸ Fernández Prieto, 2023, pp. 200-202.

⁴⁵⁹ Beauvoir, 1983, p. 137.

⁴⁶⁰ Matheson, 2022a, p. 39.



Vasija griega (pelike), representando a Heracles y Geras primer cuarto del siglo V a. © 1999 GrandPalaisRmn (musée du Louvre) / Hervé Lewandowski

boca abierta desdentada, está contraído por las arrugas⁴⁶¹. Lopez Melero lo describe como un “homúnculo decrepito, un repulsivo anciano desnudo que se empeña en seguir caminando con la ayuda de su bastón”⁴⁶².

⁴⁶¹ Matheson, 2022c, p.152.

Mientras Geras se muestra decrepito y acabado, Heracles es todo lo contrario: joven, atlético, fuerte, claramente muy superior a su enemigo. En el vaso del Louvre, el héroe está a punto de golpearle con el garrote que sostiene en una mano, mientras le sujeta la cabeza con la otra. Geras no parece ni enemigo, ni rival, sino un despojo al que aplastar con un movimiento que no merezca un gran esfuerzo. Para Moreno Conde, la figura de Geras exagera las características más extremas de la vejez insistiendo en su fealdad al construir personajes de una gran decrepitud⁴⁶³.

Aunque Geras es representado siempre como una figura envejecida, no todas sus apariciones son tan patéticas como la del Louvre. En el Museo Británico se conserva un ánfora griega en la que Geras huye de Heracles, que aparece en escena con el garrote, aunque sin el aspecto amenazador de otras escenas. Geras simplemente huye a toda velocidad, se da la vuelta y extiende ambos brazos hacia su perseguidor con un gesto como de incompreensión. Tiene el pelo blanco, barba corta y el cuerpo bastante delgado.

Se conocen otras cuantas vasijas que representan la misma escena: una en Oxford, otra en Berlín y otra en el Museo Nacional Etrusco de Villa Giulia. Esta última muestra a Heracles apoyado en su garrote, aparentemente conversando con Geras, quien también se apoya en su bastón. En todas ellas queda clara la existencia de una narrativa visual común de inferioridad, que se articula en torno a la vejez.

Ánfora griega, 480 a. C.-460 a. C. © The Trustees of the British Museum



⁴⁶² López Melero, 2014, p. 171.

⁴⁶³ Moreno Conde, 2015b, p.193.

4.4.3.3.- Las figurillas de terracota

Los museos conservan otro tipo de manifestación artística donde abunda la representación de personas mayores: las figurillas de terracota. Eran muy comunes, ya que su producción resultaba fácil y barata, suponen un testimonio más sobre vida cotidiana en Grecia.

Llaman especialmente la atención algunas figuras elaboradas a partir del siglo IV a.C., época en la que comienzan a adquirir funciones más decorativas, incluso de coleccionismo o de recuerdo de algún personaje teatral favorito, aunque también podrían ser juguetes u ofrendas, ya que en muchos casos han sido halladas en tumbas⁴⁶⁴.

Entre los temas representados destacan los personajes procedentes del teatro, y ya sabemos que en el escenario las personas mayores no solían salir bien paradas. De hecho, estas figurillas teatrales parecen confirmar que la vejez era tratada de manera sistemática como motivo de burla.

Se reproducen tanto figuras masculinas como femeninas con desproporciones evidentes: cuerpos encorvados, posturas jorobadas, calvicie, pechos caídos... Se cree que muchas estaban originalmente pintadas con colores, mostrando también cabello blanco. El diseño grotesco de

Estatuilla de mujer mayor sentada (V–III a. C.). Museo J. Paul Getty

Estatuilla de un profesor con su alumno. (IV-III a. C.). Museo Metropolitano de Arte de Nueva York



estas figuras refleja y refuerza los estereotipos visuales con los que se caricaturizaba la edad avanzada, trasladando al objeto artístico el mismo código satírico presente en la cerámica y en el teatro.

⁴⁶⁴ Matheson, 2022, pp. 73-84



Colección de estatuillas griegas de terracota representando actores, casi todos muestran rasgos de una vejez exagerada y caricaturesca. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

4.5.- Los filósofos: Platón vs Aristóteles

La Grecia antigua suele vincularse con el origen de la filosofía occidental, y en ese contexto, son Platón y Aristóteles, defendiendo posturas opuestas, quienes marcarán el pensamiento sobre la vejez en occidente durante siglos. Como afirma Minois: “Platón es el principal abogado de la defensa, en tanto que Aristóteles se encargaba de la acusación”⁴⁶⁵.

En realidad, ninguno de los filósofos afirma que la vejez sea por sí misma algo bueno, solo aceptan su edad a condición de que la salud dure tanto como ella; aceptan mal su vejez y cuando la consideran objeto de estudio, aunque su opinión resulte más matizada, nunca es muy favorable⁴⁶⁶. No obstante, como veremos a continuación, no creemos que Platón deba incluirse en el mismo grupo que otros pensadores de su tiempo, ya que sus planteamientos generales muestran un enfoque bastante distinto.

Minois señala que, mientras la vejez de las tragedias es una vejez maldita y patética, la de las comedias es ridícula y repulsiva, y la de los filósofos es contradictoria y ambigua⁴⁶⁷. Y advierte que la mayor parte de los filósofos griegos que alcanzaron una edad avanzada hablaron de la vejez no como algo exterior a ellos, sino tomándose a sí mismo como sujetos y su opinión se ve influida por la forma en que viven su vejez⁴⁶⁸.



Curioso busto doble de Platón (derecha) y Aristóteles (izquierda), unidos por la espalda. Finales del siglo II d.C. Museo J. Paul Getty.

⁴⁶⁵ Minois, 1987, p. 85

⁴⁶⁶ Minois, 1987, p. 84

⁴⁶⁷ Minois, 1987, p. 80

⁴⁶⁸ Minois, 1987, p. 80

Es cierto que la mayoría de los que podemos considerar filósofos griegos alcanzaron una edad muy notable para la época: Platón habría llegado a los 81, Aristóteles a los 63, Tales a los 78, Pitágoras a los 80, Sócrates a los 60, Anáxagoras a los 72 y Diógenes a los 90, entre otros. Sin embargo, esa longevidad no tuvo que ser necesariamente algo decisivo para opinar lo que opinaban, la experiencia vital pudo influir, pero no por ello se produjo necesariamente un cambio sustancial en sus valoraciones filosóficas.

Platón y Aristóteles no requieren presentación alguna, pero probablemente no todo el mundo conozca cuál era su postura frente al envejecimiento y como sus puntos de vista, que tanta influencia tienen y han tenido durante siglos, ha ayudado a la fijación y expansión de estereotipos y visiones negativas. Aunque como señala Medina, sus concepciones opuestas sobre la vejez se prolongará y tendrá un papel primordial en la configuración de los estereotipos, pero no solo en los negativos, sino también en los positivos, que prevalecen en la sociedad occidental actual⁴⁶⁹.

4.5.1.- Platón: la visión “menos mala” del envejecimiento

La obra más conocida de Platón, *República*, empieza precisamente hablando de la vejez, a la que él mismo define como “consunción del ser producida por el tiempo”⁴⁷⁰. Para algunos es un “sabroso diálogo imitado más tarde por Cicerón”⁴⁷¹. A menudo, se cita a ambos como grades defensores de las personas mayores en la Antigüedad, aunque como se verá más adelante, tenemos serias dudas de que se pueda incluir al segundo en esta categoría.

Platón, por voz de Sócrates, expresa claramente el interés que tiene el estudiar la vejez:

“me es grato dialogar con los más ancianos, pues me parece necesario enterarme por ellos, como gente que ya ha avanzado por un camino que también nosotros tal vez debamos recorrer, si es el camino escabroso y difícil, o bien fácil y transitable. Y en particular me agradaría conocer qué te parece a ti -dado que te hayas en tal edad- lo que los poetas llaman ‘umbral de la vejez’: si lo declaras como la parte penosa de la vida, o de qué otro modo”⁴⁷²

Le responde Céfalo, un hombre rico de edad avanzada, describiendo inicialmente la pesadumbre de los que como él son hombres mayores que añoran los placeres de la juventud y se irritan “como si se vieran privados de grandes bienes, con los cuales habían vivido bien, mientras ahora ni siquiera les parece que viven”⁴⁷³. Aunque parece que esta no es la opinión personal del propio Céfalo, que profundizará en explicaciones a lo largo del texto.

4.5.1.1.- Platón y el maltrato hacia las personas mayores

Platón es, sin duda, uno de los pocos pensadores antiguos que aborda explícitamente el tema del maltrato hacia las personas mayores. En la *República* nos revela claros indicios de la existencia de desprecio y maltrato hacia las personas mayores en la realidad cotidiana griega, pues Céfalo cuenta que sus amigos se quejan “del trato irrespetuoso que, debido a su vejez,

⁴⁶⁹ Medina, 2018, p. 32.

⁴⁷⁰ Platón, *Definiciones*, 411c.

⁴⁷¹ Eggers Lan, 1988, p. 19.

⁴⁷² Platón, *República*, I 328d-e.

⁴⁷³ Platón, *República*, I 329a.

reciben de sus familiares”⁴⁷⁴, acusando a la vejez como la causa de sus males. Sin embargo, Céfalo cree que la causa no es la vejez, pues él también es mayor y no tiene esos problemas, sino que sería el carácter de los hombres, pues si son moderados y tolerantes la vejez es una “molestia mesurada”, en caso contrario tanto la vejez como la juventud resultan difíciles⁴⁷⁵. Lo que constituye una defensa de la vejez poco vista hasta la fecha, aunque no disipa totalmente nuestros temores, ni justifica el trato hacia las personas mayores del que el propio Céfalo da cuenta.

No es la única ocasión en que Platón aborda el tema del maltrato, en las *Leyes* afirma que “es vergonzoso y odioso a dios ver que en una ciudad uno más joven maltrata a otro mayor”⁴⁷⁶. Sin embargo, si es el joven quien recibe el golpe, recomienda “soportar con buen ánimo la ira de un anciano que lo golpea, depositando esa honra para su propia vejez”⁴⁷⁷, y añade que “todo habitante [...] debería mantener siempre sus manos apartadas de toda la generación que podría haberlo engendrado o parido”⁴⁷⁸.

Estas reflexiones promueven la empatía hacia los mayores: no solo se exhorta a no maltratarlos, sino también a comprender sus posibles estallidos de ira, recordando que algún día los jóvenes también serán mayores. Del mismo modo, Platón pide que no se golpee a los extranjeros, con el argumento de que ellos podrían devolver ese maltrato a quienes sean extranjeros en su tierra (y quizá estos sean griegos).

Seguramente el pasaje más explícito contra el maltrato a las personas mayores se encuentra en el libro IX de las *Leyes*: “el que ose, como queda dicho, golpear a un anciano debe ser encausado por malos tratos y si resultare culpable, quede encarcelado por un período no inferior a un año”⁴⁷⁹, a no ser que los jueces estimen que debe ser más tiempo. También pide un castigo “al que estuvo junto a cualquiera de ellos y no le prestó auxilio”⁴⁸⁰, que consiste en una multa que variará según la capacidad económica del condenado. Con ello, Platón vuelve a evidenciar la existencia de maltrato a las personas mayores en la Grecia clásica.

A continuación, propone severos castigos sociales para el que maltrate a los padres o los abuelos (delito por el que entiende también se recibirá castigo en el más allá, tras la muerte), salvo caso de locura: azotes en público, destierro del país, prohibición de entrar en los templos, además sufrirá “la maldición de Zeus protector de la estirpe y de los padres según la ley.”⁴⁸¹. La “muerte social” que propone para estos delincuentes es tal, que incluso se estipula que, si un ciudadano libre “comiere, bebiere o emprendiere con esta alguna otra acción común semejante o incluso si, al toparse con él en algún lugar, lo tocara por propia voluntad”⁴⁸², no debe volver a pisar un templo, el mercado, o la ciudad sin purificarse primero.

⁴⁷⁴ Platón, República, I 329b.

⁴⁷⁵ Platón, República, I 329b-d.

⁴⁷⁶ Platón, Leyes, IX 879c.

⁴⁷⁷ Platón, Leyes, IX 879c.

⁴⁷⁸ Platón, Leyes, IX 879c.

⁴⁷⁹ Platón, Leyes, IX 880b-c.

⁴⁸⁰ Platón, Leyes, IX 880d.

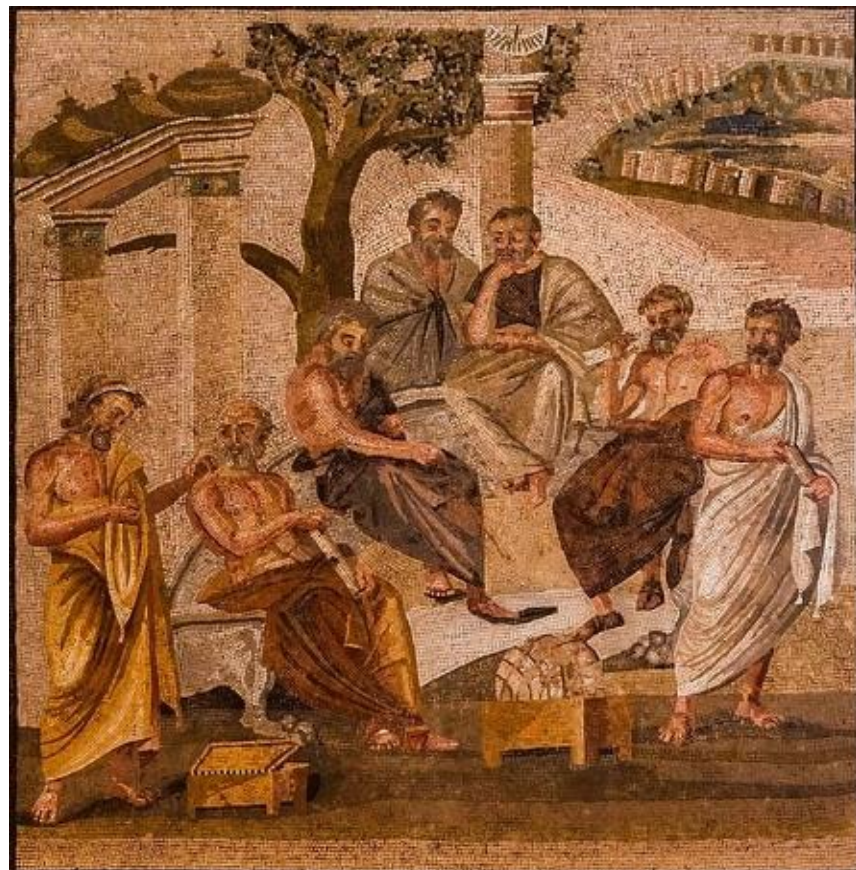
⁴⁸¹ Platón, Leyes, IX 881d.

⁴⁸² Platón, Leyes, IX 881e.

En definitiva, para Platón, maltratar a una persona mayor o a un ascendiente es un delito de la máxima gravedad. Así como propone severos castigos para el delincuente, también propone honores para quien dé ejemplo ayudando a evitar el delito y atrapar al culpable, como “ser invitado a los asientos de honor en los certámenes”⁴⁸³ o ser liberado si se es esclavo⁴⁸⁴, pero también castigos si pudo hacerlo y no lo hace. Desgraciadamente, más allá de los castigos, este nivel de conciencia y propuesta, que hace el filósofo, de compromiso y asunción de deberes públicos por parte de todos los ciudadanos, ni se generalizó, ni se mantuvo a lo largo de los siglos.

4.5.1.2.- La vejez también puede ser agradable

Platón también aborda la posibilidad de que la vejez sea una etapa agradable. En la conversación entre Sócrates y Céfalo en la *República*, además de reconocer que la vejez, como casi todo, con riquezas se sobrelleva mejor, hablan de la tranquilidad que da en la vejez el tener la conciencia tranquila, es decir, “el que sabe que no ha hecho nada injusto le acompaña siempre una agradable esperanza, una buena -nodriza de la vejez-”⁴⁸⁵ (frase que atribuye al poeta Píndaro), pues al estar más cercana la muerte uno se “llena de temores y desconfianzas, y se aboca a reflexionar y examinar si ha cometido alguna injusticia contra alguien”⁴⁸⁶.



La academia de Platón,
mosaico romano del
siglo I a.C., procedente
de Pompeya,
actualmente en el
Museo Arqueológico
Nacional de Nápoles.

⁴⁸³ Platón, Leyes, IX 881b.

⁴⁸⁴ Platón, Leyes, IX 881c.

⁴⁸⁵ Platón, República, I 331a.

⁴⁸⁶ Platón, República, I 330e.

No obstante, vuelven a enfatizar el papel de la riqueza al concluir que “ni el hombre razonable soportaría con mucha facilidad una vejez en la pobreza, ni el insensato se volvería a esa edad tolerante por ser rico”⁴⁸⁷. Desde luego Platón ni es tan pesimista ni tan beligerante contra la vejez como lo han sido sus contemporáneos, reconociendo que incluso puede ser agradable “si otras circunstancias acompañan”, como la riqueza, la salud, el entorno, etc. Lo cierto es que en aquella época, sin esas circunstancias (al menos en una cantidad razonable), era difícil sobrellevar la vida, independientemente de la edad.

Para el filósofo también encuentra un aspecto positivo en la vejez que es discutible, y merecería un estudio más en profundidad del que aquí hacemos: la cuestión de la edad y la sexualidad. En coherencia su visión de que “las pasiones sexuales” es algo negativo, pues pueden gobernarnos y podemos perder el control, incluso al afirmar que debe ponerse en clave de procreación de individuos para el Estado (con lo que la edad jugaría un papel importante), tiene lógica que considere que la edad tiene la ventaja de poder liberarse de ese “amo loco y salvaje”⁴⁸⁸, lo que produce “paz y libertad”⁴⁸⁹. Para Platón, “el verdadero amor consiste por naturaleza en amar de forma moderada y armoniosa lo ordenado y bello”⁴⁹⁰.

Algunos autores⁴⁹¹ sostienen que el comportamiento y las opiniones de Platón son parte de su esfuerzo por superar las tesis naturalistas de Trasímaco, que defiende la superioridad de la fuerza física sobre la fuerza moral y la sabiduría. Y es que Platón no niega que en la vejez se pierda vigor físico y se puedan padecer enfermedades (aunque sin identificar plenamente vejez y enfermedad, como hacen otros), pero cree que no todo es malo, pues para él la vejez es sinónimo de sabiduría, y no repara en hablar de personas de edad avanzada con excelentes razonamientos⁴⁹².

Para Platón, la edad avanzada trae mesura y él mismo no teme a la edad. Pone como ejemplo a personas más mayores que él dignas de mérito⁴⁹³, y se defiende cada vez que alguien cuestiona la capacidad de otro simplemente por su edad. Afirma que los mayores deben regir y los jóvenes ser regidos⁴⁹⁴, y no olvida el capítulo de las obligaciones, pues cree que los mayores tienen la responsabilidad de transmitir valores a los más jóvenes, pues “allí donde los viejos se comportan de manera desvergonzada, es de necesidad que también los jóvenes sean muy impúdicos”⁴⁹⁵.

Aunque ciertos pasajes pueden sugerir un discurso edadista contra los jóvenes o plantear tensiones intergeneracionales, hay que reconocer que, a diferencia de lo que suele ser habitual en este tipo de discursos, el filósofo cree que la responsabilidad es compartida entre las generaciones.

⁴⁸⁷ Platón, República, I 330a.

⁴⁸⁸ Platón, República, I 329c.

⁴⁸⁹ Platón, República, I 329c.

⁴⁹⁰ Platón, República, III, 403a.

⁴⁹¹ Alsina Clota, 1954, p.62.

⁴⁹² Platón, Sofista, 217c.

⁴⁹³ Platón, Eutidemo, 272b

⁴⁹⁴ Platón, Leyes, III 690a.

⁴⁹⁵ Platón, Leyes, V 729c.

4.5.1.3.- *Desenmascarando estereotipos: son como niños, no aprenden...*

Platón no solo defiende el valor del envejecimiento y de las personas mayores en términos generales, sino que también desmonta estereotipos concretos que circulaban en su época y que, sorprendentemente, siguen vigentes hoy.

En al menos dos ocasiones el filósofo desmiente que por ser hombres de edad avanzada sus razonamientos se han vuelto como los de los niños, en *Critón* lo pone en boca de Sócrates⁴⁹⁶. En *Menéxeno* el mismo personaje muestra preocupación por que alguien piense que, por su edad, “juguetea como un niño”⁴⁹⁷; su interlocutor lo refuta y, acto seguido, Sócrates recita un largo discurso de memoria, seguramente como demostración de que sus cualidades intelectuales no son las de un infante.

También desmiente el tópico de que una persona mayor ya no puede aprender. En *Eutidemo*, Sócrates expresa su deseo de estudiar erística (un tipo de procedimiento dialéctico), por lo que le preguntan: “¿No temes ser a tu edad ya bastante mayor?”⁴⁹⁸. El filósofo responde defendiendo la capacidad de las personas mayores para seguir aprendiendo, y lo ejemplifica en los que serían sus maestros, pues son dos hombres ya mayores que son muy diestros en la materia, a pesar de acabar de aprenderla.

En *Laques* se recuerda que Solón afirmaba: “dispuesto estoy a envejecer aprendiendo muchas cosas”⁴⁹⁹. También en *Los Rivales* (texto sobre el que hay algunas dudas si pertenece realmente a Platón) se hace alusión al dicho de Solón y por boca de Sócrates se dice:

“también yo creo que el que vaya a ser filósofo debe aprender siempre nuevos conocimientos, tanto mientras es joven como cuando se hace viejo, para aprender lo más posible durante su vida”⁵⁰⁰

Estas ideas, además de señalarnos un estereotipo que pervive, conectaría plenamente con lo que hoy llamamos formación a lo largo de todo el ciclo vital. Si el edadismo ya era un problema entonces, parece que Platón también vislumbró algunas soluciones, aunque su implementación haya sido insuficiente, tanto en su tiempo como en el nuestro. Y es que el filósofo parece dejar claro que esto no es lo aceptado socialmente en Grecia, y que dar clases a una persona mayor puede llegar a ser objeto de mofa, pues a Sócrates le inquieta que sus discípulos, más jóvenes que él, se rían cuando le ven aprender a tocar la cítara, se burlan de él y de su maestro, al que le llaman “maestro de viejos”⁵⁰¹. Incluso teme que otros no quieran darle clase para no ser objeto de las bromas de los más jóvenes.

Platón plantea otro debate de hace más de 2.000 años que no ha perdido un ápice de actualidad, y es algo que probablemente nos hemos preguntado todos alguna vez: las normas sociales consideradas de “buena educación”, como ceder el asiento a una persona mayor, o a una persona con discapacidad, ¿debe incluirse en las normas jurídicas o deben quedar en ese plano social de la “buena educación”? El filósofo cree que es ingenuo legislar algunas “pequeñeces”

⁴⁹⁶ Platón, *Critón*, 49a-b.

⁴⁹⁷ Platón, *Menéxeno*, 236c

⁴⁹⁸ Platón, *Eutidemo*, 272b.

⁴⁹⁹ Platón, *Laques*, 189a.

⁵⁰⁰ Platón, *Los Rivales*, 133c.

⁵⁰¹ Platón, *Eutidemo*, 272c.

como “que los más jóvenes callen frente a los más ancianos cuando corresponde, les cedan el asiento y permanezcan ellos de pie; el cuidado de sus padres [...]”⁵⁰², creyendo que deberían cumplirse por sentido común y respeto, sin necesidad de leyes, que deben reservarse para cosas más importantes. Sin embargo, también se queja amargamente de que estas cosas parece que se han olvidado y ni legislando se consigue que perduren⁵⁰³. Abrir ese debate nos llevaría lejos de nuestro objetivo principal, pero resulta llamativo lo mucho que se parecen nuestros problemas actuales a los de aquella época, más de lo que a veces podríamos creer.

En cuanto a la mujer mayor, conviene recordar el contexto patriarcal de la época. Platón no es excesivamente misógino para su tiempo, e incluso afirma que las mujeres pueden educarse y alcanzar la virtud como los hombres, pero cree que su virtud es administrar la casa, y sus tareas son las de “las viejas”: entretener con historias, cuidar de los niños, contar chismes, etc.” pero también comparten con los hombres mayores la tarea de la educación de los menores y especialmente la transmisión de la religión y los mitos”⁵⁰⁴.

4.5.1.4.-¿Cómo es de relevante la edad de Platón para sus escritos?

Beauvoir relaciona⁵⁰⁵ algunos de los planteamientos de Platón con sus opciones políticas, pues cuando escribió la *República* su experiencia lo había asqueado de la oligarquía y la tiranía, criticaba severamente a los hombres, las costumbres políticas y el espíritu público de la democracia ateniense. Para él, la ciudad ideal era la de los sabios, y consideraba que la educación, que se iniciaba de joven, daba plenamente sus frutos a partir de los 50 años. En ese momento poseía la verdad y se podía convertir en el guardián de la ciudad. Además, para Platón la verdad reside en el alma del hombre, que está vinculada con las ideas, mientras que el cuerpo no es más que una apariencia (lo que sin duda juega a favor de los mayores sabios, más que de los jóvenes).

A los 80 años, Platón volverá sobre la cuestión de la vejez⁵⁰⁶, e insistirá en las obligaciones de los hijos hacia los padres y el culto a los antepasados ya muertos. Coincidimos con los autores⁵⁰⁷ que afirman que no podemos decir que Platón diera importancia a la vejez cuando él era mayor, pues ya en sus escritos anteriores había afirmado que la vejez es una fase vital de gran importancia.

Un ejemplo claro de que esta preocupación no surgió en la vejez lo encontramos en sus diálogos de juventud, como *Critón* o *Laques*, escritos cuando tenía entre 28 y 38 años. En los que ya se hablaba de la vejez y como hemos visto, se defendía a las personas mayores frente a lo que hoy llamamos estereotipos. Aunque es cierto que volverá y profundizará en el tema al madurar tanto su edad, como su pensamiento.

Si tuvo más influencia lo uno o lo otro, deben determinarlo los especialistas en Platón- Nosotros nos limitamos constatar que no es una preocupación exclusiva de su vejez, y a extraer las

⁵⁰² Platón, *República*, IV 425b.

⁵⁰³ Platón, *República*, IV 425a-c.

⁵⁰⁴ Platón, *República*, II 137c

⁵⁰⁵ Beauvoir, 1983, p. 132-133.

⁵⁰⁶ Beauvoir, 1983, p. 133-134.

⁵⁰⁷ Alsina Clota, 1954, p.63.

evidencias tanto del edadismo que directa o indirectamente señala, como de evidenciar una postura positiva de las que no abundan en su época.

4.5.2.- Aristóteles: el discípulo contradice al maestro

A pesar de ser el discípulo predilecto de Platón, cuando desarrolló sus planteamientos no estaba precisamente de acuerdo en todo con su maestro. En lo relativo a la vejez, sus posiciones no podían estar más enfrentadas.

Para Aristóteles, la vejez ni siquiera es una garantía de sabiduría ni de capacidad política. Tampoco su experiencia constituye un elemento positivo, a menudo no es más que una acumulación de errores de un espíritu endurecido por la edad⁵⁰⁸.

4.5.2.1.- Ignorantes, resabiados, pesimistas, desconfiados, cobardes, miedosos, egoístas ...

Una de las obras más importantes de Aristóteles que han llegado a hasta nosotros, *Ética a Nicómano*, contiene pasajes especialmente despreciativos hacia las personas mayores, como que “a causa de su debilidad, necesitan asistencia y ayuda adicional para sus acciones”⁵⁰⁹. O que son dados a las amistades interesadas con las que se obtiene algún tipo de beneficio⁵¹⁰.

Aristóteles llega a decir:

“ni los viejos ni las personas de carácter agrio parecen dispuestas a ser amigos porque poco placer puede encontrarse en ellos, y nadie puede pasar mucho tiempo con una persona molesta o no agradable”⁵¹¹.

Sostiene además que entre las personas mayores la amistad es menor en cuanto que “son más difíciles de avenirse”⁵¹² y disfrutan menos de estar en compañía de otros. Sin embargo, para mayor contraste, dice que:

“los jóvenes se hacen pronto amigos, y los viejos no, pues éstos no se hacen amigos de aquellos en cuya compañía no disfrutan, e igualmente ocurre con los de carácter agrio”⁵¹³.

Es decir, para Aristóteles, tener carácter agrio y ser persona mayor es prácticamente lo mismo, al menos en lo que respecta a la capacidad de hacer amistades. Y eso se opone directamente a la juventud, que representa lo contrario.

En el Libro II de la *Política*, se aprecia claramente que, a diferencia de Platón, no cree que las personas mayores deban ocupar puestos de gran responsabilidad. Advierte que los peligros del envejecimiento del cuerpo conlleva el de la mente y considera que los mayores no son adecuados para ser magistrados⁵¹⁴. Critica el carácter vitalicio de sus cargos, que según él

⁵⁰⁸ Minois, 1987, P. 89.

⁵⁰⁹ Aristóteles, *Ética a Nicómano*, VIII 1155a 14 y ss.

⁵¹⁰ Aristóteles, *Ética a Nicómano*, VIII 1156a 25 y ss.

⁵¹¹ Aristóteles, *Ética a Nicómano*, VIII 1157b 14 y ss.

⁵¹² Aristóteles, *Ética a Nicómano*, VIII 1158a y ss.

⁵¹³ Aristóteles, *Ética a Nicómano*, VIII 1158a y ss.

⁵¹⁴ Aristóteles, *Política*, II 1270b 25 y ss.

representa una recompensa desproporcionada a sus méritos, y considera arriesgado que manden de acuerdo con su propio juicio⁵¹⁵.

Aristóteles llega a afirmar⁵¹⁶ que las personas mayores solo deben ser ciudadanos (condición por la que se gozan todos los derechos) en “cierto modo”, pero no en un sentido “demasiado absoluto”, sino añadiendo alguna determinación, como “excedentes por la edad” o cualquier otra semejante, equiparándolos a los menores de edad. Es difícil imaginar discriminación más

Aristóteles con un busto de Homero, 1653, Rembrandt, Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.



⁵¹⁵ Aristóteles, Política, II 1272a 11 y ss

⁵¹⁶ Aristóteles, Política, III 1275a e y ss.

profunda que querer considerarlos legalmente ciudadanos de segunda o menores de edad permanentes.

También relaciona el concepto de belleza directamente con la edad. Para los jóvenes consiste en tener “un cuerpo útil para los ejercicios fatigosos, así los de carrera como los de fuerza”⁵¹⁷. En cambio, para las personas mayores consiste en “la suficiencia para resistir las fatigas necesarias y en estar libre de dolores por no sufrir ninguno de los inconvenientes que afligen a la vejez”⁵¹⁸. Es decir, no padecer lo que él entiende habitual en la vejez. Para él la “buena vejez es la vejez lenta y sin dolor”⁵¹⁹, pues la vejez no deja de ser un mal doloroso y destructivo, y es nada menos que algo objeto de compasión, comparable a la muerte, los malos tratos, las enfermedades o la falta de alimento⁵²⁰.

Aristóteles dedica un apartado específico en la *Retórica* a la vejez⁵²¹ y no puede ser más ilustrativo de lo que piensa sobre las personas mayores. Para él, son lo contrario a los jóvenes. El pasaje es extenso, pero merece ser citado:

“por haber vivido muchos años ya, por haber sido engañados en la mayor parte de las ocasiones y haber cometido errores, y también porque la mayoría de sus cosas carecen de valor, en nada ponen seguridad y a todo prestan menos empeño de lo que deben. Creen, mas nada saben de cierto; cuando discuten, añaden siempre: “posiblemente” y “tal vez”, y todo lo afirman así y nada en firme. Son también de mal carácter, ya que el mal carácter consiste en suponer en todo lo peor. Pero además son recelosos a causa de su desconfianza, y desconfiados a causa de su experiencia. Y por esta razón ni aman ni odian forzosamente, sino que, de acuerdo con el precepto de Bías, aman como quienes pueden llegar a odiar y odian como quienes pueden llegar a amar.

Asimismo son de espíritu pequeño por haber sido ya maltratados por la vida y, por ello, no desean cosas grandes ni extraordinarias, sino lo (imprescindible) para vivir. Son también mezquinos porque la hacienda es una de las cosas necesarias y por experiencia saben que es difícil adquirirla y fácil perderla. Son cobardes y propensos a sentir miedo de todo, por cuanto se hallan en el estado contrario al de los jóvenes: ellos son, en efecto, fríos en vez de calientes, de manera que la vejez prepara el camino a la cobardía, dado que el miedo es una suerte de enfriamiento. Son además amantes de la vida, y sobre todo en sus últimos días, porque el deseo se dirige a lo que falta y aquello de que se carece es lo que principalmente se desea. Y son más egoístas de lo que es debido, lo cual es también, desde luego, una suerte de pequeñez de espíritu. Viven, asimismo, más de lo que se debe, mirando la conveniencia en vez de lo bello a causa de que son egoístas, pues la conveniencia es un bien para uno mismo, mientras que lo bello lo es en absoluto. Y son desvergonzados más que pudorosos, porque, como no tienen lo bello en la misma consideración que lo conveniente, desprecian la opinión pública. Son pesimistas por causa de su experiencia (ya que la mayoría de las cosas que suceden carecen de valor, puesto que las más de las veces van a peor), así como también por

⁵¹⁷ Aristóteles, *Retórica*, I 1361b 5

⁵¹⁸ Aristóteles, *Retórica*, I 1361b 10 y ss.

⁵¹⁹ Aristóteles, *Retórica*, I 1361b 25 y ss.

⁵²⁰ Aristóteles, *Retórica*, II 1386a 5.

⁵²¹ Aristóteles, *Retórica*, II 1389b y ss.

causa de su cobardía. Y viven más para el recuerdo que para la esperanza, pues es poco lo que les queda de vida y, en cambio, mucho lo vivido y, por su parte, la esperanza reside en el futuro, mientras que el recuerdo se asienta en el pasado. Lo cual es también la causa de su charlatanería, por lo que se pasan la vida hablando de sucesos pasados, porque gozan recordando.

Sus cóleras son agudas, pero débiles y, en cuanto a sus deseos pasionales, unos les han abandonado ya y otros se han debilitado, de modo que ni son propensos a sentir deseos pasionales ni a actuar conforme a ellos, sino más bien conforme al interés. Y esta es la razón de que los que tienen tal edad parezcan moderados, porque sus deseos pasionales han remitido y son esclavos del interés. Viven asimismo más de acuerdo con el cálculo racional que con el talante, puesto que el cálculo racional es propio de la conveniencia mientras que el talante lo es de la virtud. Y cometen las injusticias que se refieren a la maldad, no las que corresponden a la desmesura. Por lo demás, los ancianos son también compasivos, pero no por las mismas razones que los jóvenes: éstos lo son, en efecto, por filantropía; aquéllos, en cambio, por debilidad, porque en todo ven la proximidad de un daño propio, que era (como vimos,) lo que inclinaba a la compasión. Por lo cual son quejumbrosos y no tienen buen humor ni gozan con la risa, pues la inclinación a la queja es lo contrario del gusto por la risa”⁵²².

Es difícil encontrar un texto filosófico con tal cantidad de estereotipos, prejuicios e incluso insultos hacia las personas mayores: ignorantes, resabiados, de mal carácter, pesimistas, desconfiados, mezquinos, cobardes, miedosos, egoístas, desvergonzados, coléricos, interesados, injustos, malvados, quejumbrosos y malhumorados. Incluso cuando supuestamente da una característica positiva, como es el ser compasivo, dice que no es por filantropía (como lo es en el caso de los jóvenes) sino por debilidad, por sentirse reflejados, pues hasta en su única característica positiva son mezquinos.

Después de esto, poco importa que Aristóteles, en otras obras, recomiende ceder el sitio a las personas mayores y levantarse para saludarlos⁵²³, o que les atribuya cierta prudencia⁵²⁴. Estas cuestiones resultan insignificantes y ridículas frente al retrato negativo que acabamos de citar.

Desde luego, no podemos entender que alguien que haya leído a Aristóteles afirme que los mayores eran respetados y valorados en esa época. Y mucho nos tememos que el pensamiento de este filósofo, que ha tenido una influencia inmensa en la cultura y el pensamiento occidental, fuera una excepción personal, sino un reflejo de prejuicios ampliamente compartidos en su entorno.

4.5.3.- Platón vs Aristóteles: ¿situación ideal vs real?

Aristóteles muestra una opinión claramente negativa, cargada de estereotipos y prejuicios sobre las personas mayores, en contraste con su maestro Platón. Sin embargo, ambos son de la misma

⁵²² Aristóteles, Retórica, II 1389b-1390b.

⁵²³ Aristóteles, Ética a Nicómano, IX 1165a 28.

⁵²⁴ Aristóteles, Política, VII 1329a 6.

época. Entonces, ¿quién describe mejor la situación de las personas mayores y el edadismo que sufrían en la Grecia clásica?

Creemos que la respuesta no es demasiado complicada, muchas de las cuestiones que plantea Platón no pretenden describir realidad alguna sino planear o proponer una ciudad ideal: cómo debería organizarse y que normas debería tener. De hecho, a la vez que plantea estas ideas, deja entrever que la sociedad griega en la que vive no se ajusta a ese modelo. Reconoce el maltrato, el desprecio hacia las personas mayores y la pérdida de las normas de cortesía.

Aristóteles, en cambio, describe como entiende él que son las personas mayores. Y aunque su visión pudiera ser más crítica y edadista que la del resto de la sociedad, no deja entrever ni un mínimo de benevolencia o visión positiva. Es más, algunos autores hablan abiertamente de que el estudio de la “gerontología” de Aristóteles es coherente en sí misma, y conlleva un componente de discriminación por edad en la esfera social⁵²⁵.

Minois⁵²⁶ considera que el encarnizamiento de Aristóteles es excesivo y sospechoso, y que está mucho más cerca que Platón de la idea que la gran mayoría de los griegos tenían de la vejez. Y cree que Platón hablaba desde el punto de vista ideal, y por tanto invirtiendo en muchos casos la situación real, en tanto que Aristóteles escribe lo que ve y oye, reflejando la situación objetiva y los prejuicios de su época y de su civilización, que son claramente desfavorables a las personas mayores⁵²⁷.

Para Beauvoir⁵²⁸, la clave está en que Aristóteles, al contrario que su maestro, cree que el alma está en relación necesaria con el cuerpo, y que el hombre solo progresa hasta los 50, luego la declinación del cuerpo acarrea la de la persona entera. Como a nosotros, también le llama su atención lo tremendamente negativa que es la descripción de la vejez que da en la *Retórica*. Su concepción lo lleva a descartar a los mayores del poder (a quien considera individuos “disminuidos”), y a pensar que el gobierno debe recaer más que en los intelectuales, en los militares, evidentemente reclutados entre los jóvenes. Siendo la virtud militar la condición para el ejercicio del poder.

Todo indica que la postura de Aristóteles no se aleja demasiado de lo que pensaba la mayoría de la sociedad griega, y coincide plenamente con la visión de la literatura y otras artes: la juventud es bella, la vejez es torpe, fea y desagradable. Platón, sin embargo, no es que viva en una situación irreal o ideal. Es plenamente consciente de lo que piensa la sociedad griega y así lo refleja. Pero no se resigna, sino que, a través de sus personajes, se queja de la situación, y propone medidas para corregir algunas de las consecuencias más graves, como el maltrato.

Platón además hace algo muy importante, tiene la virtud de demostrarnos que todo ese edadismo no es inevitable, que no es necesariamente “lo normal en la época”, pues él también es de esa época y no se resigna a ello. Lo denunció, lo discutió y lo combatió. Y gracias a ello, nos llegan hasta hoy los ecos de su mensaje

⁵²⁵ Woodcox, 2018, p.65-78.

⁵²⁶ Minois, 1987, p. 91.

⁵²⁷ Minois, 1987, p. 91.

⁵²⁸ Beauvoir, 1983, p. 134.

*“¿Que por qué te pego, desgraciada?
Pues para que lo seas de verdad
y para que lleves una vejez tal como
te la mereces, de mala que eres”
(Plauto, La comedia de la Olla, 40)*

5

Roma

Tras rastrear las huellas que el edadismo dejó en la Antigua Grecia, llega el turno de la civilización romana, cuyo origen, más allá del relato mítico de la loba y los hermanos Rómulo y Remo, se remonta al siglo VIII a.C., con la alianza de los pueblos que habitaban la península itálica. En muchos aspectos continuadores de los griegos, su historia abarca unos 800 años, su expansión geográfica y cultural es la mayor conocida hasta ese momento en el mundo occidental y generará una civilización grecolatina de la que hoy somos herederos.

La Civilización romana, especialmente en algunos periodos, sería lo que hoy llamamos una sociedad multicultural. Minois señala que el mundo romano fue el primer crisol de la historia: emperadores “españoles” (como Trajano, Adriano y Teodosio), africanos o panonianos (procedentes de una provincia romana situada en lo que hoy es el este de Europa), rodeados de senadores galos, esclavos y libertos griegos al mando de ejércitos germano-galo-bretones, que coincidían en el culto a divinidades egipcias y asiáticas⁵²⁹. Curiosamente, ya en aquella época

⁵²⁹ Minois, 1987, p. 111.

hubo quienes culpaba de todos los males, especialmente del incremento de la violencia urbana en Roma, al crisol resultante de lo que consideraban una inmigración masiva⁵³⁰.

Sin duda los romanos prestaron mayor atención a las personas mayores que sus predecesores, o al menos eso es lo que parece, ya que contamos con información mucho más abundante y detallada sobre la vejez que en épocas anteriores. Eso sí, algunos estudios señalan que esa atención ha sido muy pocas veces para alabarlos, y si se han ocupado mucho de ellos, fue porque se plantearon el problema de la vejez en todos sus aspectos: demográfico, político, social, psicológico y médico⁵³¹.

En los estudios actuales, vemos cómo en algunas ocasiones se recurre a la denominación latina para referirse a las personas mayores: el hombre mayor como *senex* (de donde se derivan términos como senior, senectud, senil, senilidad, señor, senado) y la mujer mayor como *vetula*. Esto no suele ocurrir en los estudios sobre la época griega, probablemente por ser el griego una lengua mucho más alejada de la nuestra, con la que ni siquiera compartimos alfabeto.

Como ya hemos advertido en varias ocasiones, debemos tener en cuenta que la mayoría de la información disponible proviene de y está dirigida a romanos de la élite, es decir, varones con un estatus elevado, lo que introduce un sesgo en los datos que manejamos. Se estima que esa élite romana se estima podía ser el 1% de la población, de los 50 o 60 millones de personas que constituían el Imperio, la élite estaba conformada por senadores, équites y clases dirigentes locales, acaso no más de 200.000 personas, a los que se le puede sumar 500.000 miembros del ejército⁵³².

5.1.- ¿Qué horizonte vital tenía un ciudadano romano?

Parece que en Roma se plantearon cuestiones relacionadas directamente con lo que hoy llamamos demografía, aunque no contaban con una administración capaz de recopilar los datos que utiliza la ciencia moderna, ni disponían de las técnicas actuales. Como señala Frier, todos tenemos claro que existieron censos, pues el Evangelio de Lucas asocia el nacimiento de Jesús con el censo de Palestina⁵³³. Aunque evidentemente no podemos pensar que fueran comparables a los actuales.

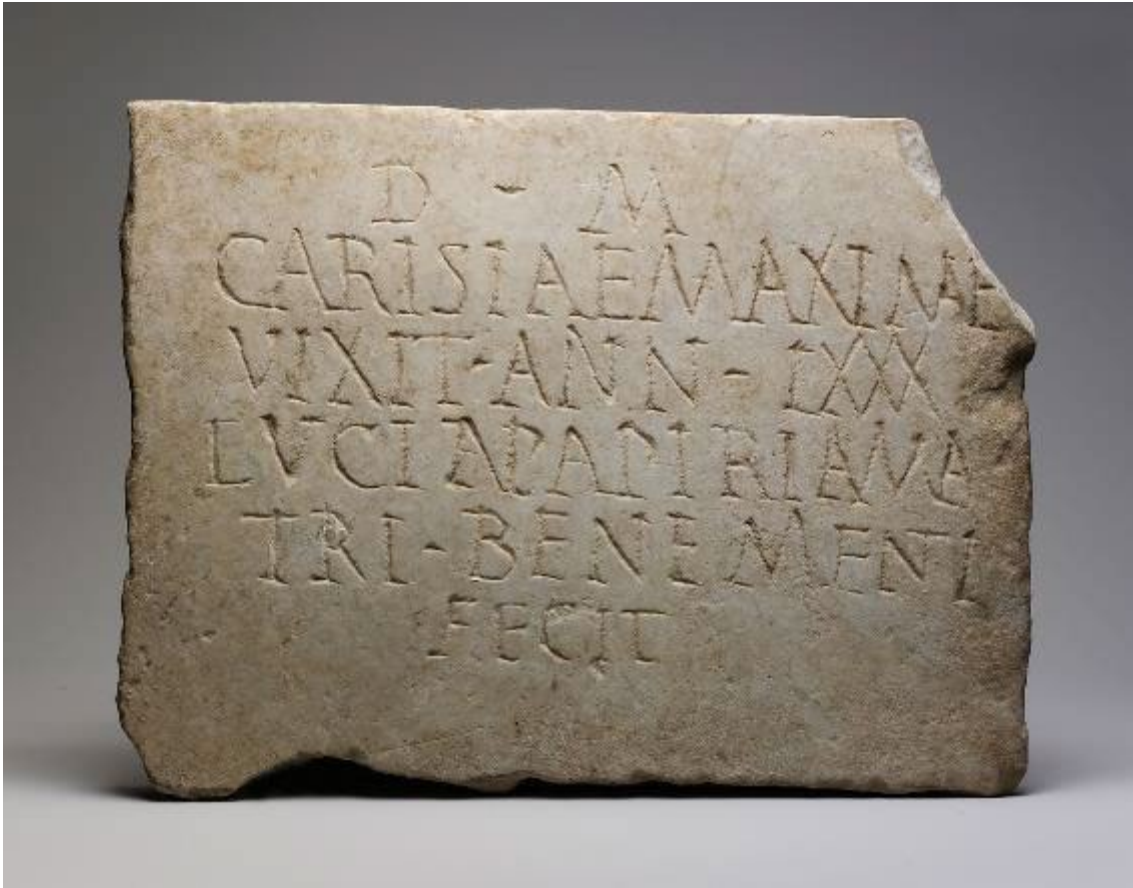
En cuanto al número de personas mayores, las opiniones varían: veremos como algunos creen que la esperanza de vida era similar a la del mundo griego, mientras que otros la consideran notablemente superior.

⁵³⁰ Se atribuye dicho comentario xenófobo a Herodiano, un historiador romano nacido hacia el 170 d.C. que se cree que podía haber sido esclavo o liberto, y casualmente también provenía de alguna de las provincias romanas más alejadas de la capital.

⁵³¹ Minois, 1987, p. 112.

⁵³² Toner, 2012, p.11.

⁵³³ Frier, 2010, p.85



Inscripción funeraria colocada por Lucía Papiria en honor a su madre Carisia Máxima, quien falleció a los ochenta años, siglo II-III d. C., Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

Hasta nuestros días ha llegado la “Tabla de Ulpiano”, llamada así por un famoso jurista romano del siglo III d.C., incluida en el *Digesto*, compilación y codificación de obras jurídicas romanas ordenada por el emperador bizantino Justiniano I. Esta tabla, que probablemente se basa en una ley del siglo I d.C., ofrecía una forma aproximada de calcular la esperanza de vida de los romanos, aunque su intención era poder evaluar mejor las rentas vitalicias⁵³⁴. Parece que se continuó utilizando siglos después de caído el Imperio Romano, y algunas fuentes señalan que estuvo en uso en ciertas regiones de Italia hasta el siglo XVIII⁵³⁵.

⁵³⁴ En realidad, parece ser que algunos romanos trataban de que los herederos legales no recibieran la herencia o la recibieran muy disminuida, imponiéndoles rentas vitalicias a favor de otras personas. A través de la tabla se podía estimar los años, y por lo tanto el valor, que suponía esa renta vitalicia.

⁵³⁵ González Galé, 1934, 704.

TABLA DE ULPIANO

EDAD DEL LEGATARIO					ESPERANZA DE VIDA		
De	0	a	20	años	30	años
“	20	“	25	“	28	“
“	25	“	30	“	25	“
“	30	“	35	“	22	“
“	35	“	40	“	20	“
“	40	“	41	“	19	“
“	41	“	42	“	18	“
“	42	“	43	“	17	“
“	43	“	44	“	16	“
“	44	“	45	“	15	“
“	45	“	46	“	14	“
“	46	“	47	“	13	“
“	47	“	48	“	12	“
“	48	“	49	“	11	“
“	49	“	50	“	10	“
“	50	“	55	“	9	“
“	60	en adelante			5	“

Fuente: González Galé, J. Las leyes de la mortalidad. Revista de Ciencias Económicas, 1934, año XXII, serie II, N°157 pp. 701-716

El análisis de Minois⁵³⁶ sobre la Tabla (suponiendo que fueran correctas las estimaciones) concluye que no muchos romanos del siglo III d.C. superarían los 70 años, pero esto entra en contradicción con las inscripciones funerarias que han llegado a nuestros días, que parecen indicar que el peso de las personas mayores en épocas del Imperio romano fue, sin duda alguna, mayor que en el mundo griego. Naturalmente esta tabla no fue concebida para hacer cálculos demográficos de la población romana, pero ante la ausencia de fuentes y datos, algunos investigadores⁵³⁷ la valoran y la califican de la mejor fuente “oficial” disponible. Según esta interpretación, reflejaría una esperanza de vida extremadamente baja: apenas unos 21 años, aunque también se estima una esperanza de vida adicional de unos 35 años para quienes alcanzaban los 10 años de edad.

⁵³⁶ Minois, 1987, p. 113-114.

⁵³⁷ Frier, 2010, p. 88.

Por otro lado, el hecho de que la tabla expresamente recogiera los 60 años como posible edad del legatario, y que se contemplara que aún tendría años por delante, puede interpretarse como un reconocimiento de que alcanzar esa edad no era algo excepcional.

Minois⁵³⁸ reproduce el trabajo de Russell⁵³⁹, realizado en los años 80, que estudió los datos de inscripciones epigráficas publicadas en compilaciones de la Academia de Berlín. A partir de ellas, elaboró unas tablas de supervivencia correspondientes al Bajo Imperio (284–476 d.C.), siendo especialmente significativo que España⁵⁴⁰ sea el territorio del que se dispone de más datos. A continuación, presentamos dichas tablas

SIGUEN VIVOS A LOS	DE 4.575 HOMBRES	%	DE 3.490 MUJERES	%
60 AÑOS	344	7,5	138	3,5
70 “	200	4,3	75	2,1
80 “	111	2,4	34	0,9
90 “	42	0,9	10	0,2
100 “	4	0,08	1	0,02

SIGUEN VIVOS A LOS	CALABRIA, APULIA, SAMNIO, SABINA, PICENO (892 CASOS)	BRUCIO, LUCANIA, CAMPANIA, SICILIA, CERDEÑA (1913 CASOS)	EMILIA, UMBRÍA, ETRURIA (613 CASOS)	GALIA CISALPINA (927 CASOS)	LACIO (747 CASOS)	TOTAL (5.110 CASOS)	%
60 AÑOS	110	199	82	85	44	520	10,1
70 “	63	105	45	53	34	300	5,8
80 “	30	42	14	29	19	134	2,6
90 “	7	13	6	10	11	48	0,9

⁵³⁸ Minois, 1987, p. 114-116.

⁵³⁹ Russell, 1985.

⁵⁴⁰ Indicamos “España” y no “Hispania”, pues así es como se indica en el texto de Minois.

SIGUEN VIVOS A LOS	AFRICA (6.238 CASOS)	%	ASIA, GRECIA, ILIRIA (2.345 CASOS)	%	GALIA, NARBONENSE (422 CASOS)	%
60 AÑOS	2.389	38,2	353	15	41	9,7
70 “	1.756	28,1	191	8,1	24	5,6
80 “	1.030	16,5	83	3,5	14	3,3
90 “	441	7	19	0,8	5	1,1
100 “	177	2,8				
105 “	98	1,5				

SIGUEN VIVOS A LOS	DE 813 INDIVIDUOS	%
60 AÑOS	107	13,1
70 “	58	7,1
80 “	30	3,7
90 “	10	1,2

SIGUEN VIVOS A LOS	HOMBRES (1.111 CASOS)	%	ESPERANZA DE VIDA (en años)	MUJERES (885 CASOS)	%	ESPERANZA DE VIDA (en años)
60 AÑOS	269	24,2	13,7	120	13,5	12,3
65 “	195	17,5	13	82	9,2	11,9
70 “	163	14,6	10,1	66	7,4	9,2
75 “	100	9	9,9	38	4,3	9,1
80 “	70	6,3	8,1	23	2,6	8,4
85 “	39	3,5	7,5	13	1,5	8
90 “	23	2	6	7	0,8	7,6
95 “	12	1	4,2	5	0,6	4,6
100 “	10	0,9	2,5	2	0,2	2,5

Estela doble (se cree que el marido aquí representado falleció a los con 75 años). Encontrada cerca de Mérida, se conserva en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida. Foto: Lorenzo Plana Torres



Esta información, incluso teniendo en cuenta todos los problemas que presentan los datos y la cautela con la que deben interpretarse, nos sirve de nuevo para desmentir el tópico de que no había personas mayores en la Antigüedad, que es nuestro principal interés, e incluso podemos ratificar que algunas personas llegaban a edades muy avanzadas.

Como en Grecia, observamos una marcada diferencia entre hombres y mujeres, como ya dijimos y evidencian la gran mayoría de los autores, la razón principal parece ser la gran mortalidad femenina en los partos. No obstante, no compartimos la opinión de quienes afirman⁵⁴¹ que estas diferencias justifican por sí solas la escasez de personajes femeninos en el teatro, o que exista el tipo literario del hombre mayor libidinoso enamorado de la misma mujer que su hijo.

En las tablas que hemos reproducido, también sorprende la gran diferencia en la esperanza de vida entre Roma y el resto de los lugares. Tal vez reflejen una mayor mortalidad en las zonas muy urbanizadas, debido a problemas de salubridad, o quizá simplemente se deba a que es de donde tenemos mejores datos. Es difícil saberlo con certeza, aunque algunos autores⁵⁴² sostienen que Roma, superpoblada y devastada por la malaria, era probablemente el lugar más insalubre de todo el imperio, y requería de la constante llegada de inmigrantes para mantener su población.

Otro sesgo posible en el análisis epigráfico es que la mayoría de las inscripciones funerarias conservadas pertenecen a las clases altas. Las clases más bajas, o carecían de ellas, o las tenían en materiales perecederos como la madera, que difícilmente ha llegado a nuestros días. Evidentemente, los más pudientes tenían mayores posibilidades de llegar a edades más avanzadas. Además, se ha constatado que las cifras de edad en las inscripciones se redondeaban o incluso se exageraban. Por ejemplo, Parkin afirma que es obvio que en el África romana las cifras de centenarios se exageraban, y explica que en algunos censos romanos figuran personas

⁵⁴¹ Minois, 1987, p. 116.

⁵⁴² Ryan. 2022, p. 63.

hasta de 150 años, lo que atribuye a que son censos fiscales, no con finalidad demográfica, y que a partir de cierta edad no se pagaban algunos impuestos⁵⁴³.

A pesar de ello, hay quienes se aventuran a dar porcentajes de personas mayores en la sociedad romana. Alba cita un estudio, de hace casi un siglo que, basado en estelas funerarias, afirma que por cada 1000 muertos romanos mayores de 15 años, dos tenían más de 90 años⁵⁴⁴. En fechas más recientes, Casamayor menciona estudios que estiman que la proporción de población mayor oscilaba entre el 5 % y el 10 %, o incluso entre el 10 % y el 20 % de la población romana⁵⁴⁵. También podemos destacar el artículo de Corvisier⁵⁴⁶, que analiza diversos estudios demográficos del mundo antiguo y concluye que la vejez no era excepcional: aproximadamente uno de cada diez recién nacidos podía llegar a los 60 años. Las personas de 60 años o más no constituían una cuarta parte de la población como hoy, pero sí entre el 6% y el 8%, y había incluso muy mayores entre los mayores, la hipervejez no era desconocida⁵⁴⁷. Cifra similar a la que estima Parkin: cuando la población del Imperio alcanzó los 60 millones, unos 4 millones de personas tenían más de 60 años⁵⁴⁸.

Un estudio de la demografía romana en Hispania a través de la epigrafía funeraria⁵⁴⁹, concluye que el 34,17 % de la población alcanzaba los 50 años o más, e incluso un porcentaje significativo los 100 años. Esto se interpreta como una clara exageración en la declaración de edades, pero también como reflejo de aquella parte de la población que podía permitirse pagar inscripciones en materiales nobles



*Ara de mármol blanco con la inscripción:
"Consagrado a los dioses Manes Lucio Licinio
Fundanio de Salacia de 70 años, su mujer
Mumia Modestina a su marido piadoso y
Pompeyo Albiciani de Salacia hicieron este
monumento. Aquí yace, que la tierra te sea
leve." Siglo II. Encontrada en Mérida. Museo
Arqueológico Nacional (Madrid).
Fotografía: Ángel Martínez Levas*

⁵⁴³ Parkin, 2004, pp. 37-38

⁵⁴⁴ Willcox, 1938, pag. 11-15; citado en: Alba, 1992, p. 43.

⁵⁴⁵ Casamayor Mancisidor, 2018b, pp. 76-87.

⁵⁴⁶ Corvisier, 2018, pp.17-36.

⁵⁴⁷ Corvisier, 2018, pp.17-36.

⁵⁴⁸ Parkin, 2003, p. 50.

⁵⁴⁹ Alonso, 2018, pp. 43-45.

como el mármol. Aun así, el mismo estudio cita autores que no consideran excepcional este fenómeno.⁵⁵⁰

En definitiva, los porcentajes varían significativamente según el estudio de referencia. Algunos parecen exagerados, especialmente si los comparamos con datos más recientes: en la España de 1900 se estima que había un 5,2% de personas de 65 y más años⁵⁵¹. Aunque la España de 1900 no era precisamente la Europa más desarrollada, no parece razonable pensar que el porcentaje de personas mayores fuera mucho menor que en la Roma antigua (menos de un tercio si tomamos como referencia las proyecciones más extremas). Esto vuelve a poner de relieve la dificultad de realizar proyecciones demográficas fiables para la época, especialmente cuando hablamos de territorios, siglos y circunstancias muy distintas entre sí. Pero insistimos: en lo que a nosotros respecta, todos los datos parecen confirmar que afirmar que apenas había personas mayores en la Antigüedad es un estereotipo edadista difícilmente justificable.

Mención aparte merecen las reflexiones de algunos autores que consideran que el Imperio romano, a pesar de sus logros culturales y políticos, no solo no proporcionó a sus súbditos una mejora real en su bienestar social general, sino que pudo haber contribuido a los altos índices de mortalidad, debido a la extremadamente mala distribución de la riqueza y a la creación de una red que facilitó la propagación de enfermedades sin poder controlarlas eficazmente⁵⁵². Esto evidentemente excede del objeto de nuestro estudio, pero lo mencionamos por considerarlo una sugerente vía de investigación.

5.1.1.- ¿Cuándo se consideraba mayor a un romano?

Al igual que en las civilizaciones anteriores, conocemos a varias figuras relevantes que alcanzaron edades avanzadas o muy avanzadas: Cicerón murió asesinado a los 63 años; su amigo Ático superó los 76; Plauto vivió más de 70 años; el gramático Varrón superó los 90; Augusto falleció a los 76 y su esposa Livia a los 86; Tiberio murió a los 79; Claudio fue asesinado a los 64; Galba con más de 70; Vespasiano llegó a los 69; Cayo Mario, político y general, a los 70 o 71; Antonio Pío a los 74; Tácito fue proclamado emperador con 75 o 76 años; Diocleciano murió a los 66; Helena, madre de Constantino I, entre los 79 y 80; y Catón el Viejo a los 85. Aunque en algunos casos las cifras varían ligeramente según la fuente.

Si tomamos la lista de los 21 primeros emperadores, desde Augusto (nacido el 27 a. C) hasta Séptimo Severo (muerto el 212 d. C.), y excluimos los 9 que murieron de forma violenta⁵⁵³, quedan doce que fallecieron de forma natural. La edad media de la muerte de estos supera los 62 años, a pesar de que Lucio Vero murió a los 38 años por la peste y Tito a los 41 años; otros como Augusto, Tiberio o Antonio Pío, superaron los 70 años.

Sin embargo, más allá de esta lista anecdótica, que no refleja la realidad del romano común, es complejo definir cuando se consideraba a una persona que era mayor. A diferencia de los

⁵⁵⁰ Alonso, 2018, pp. 44.

⁵⁵¹ Sancho Castiello, 2000, p. 56.

⁵⁵² Frier, 2010, p. 90.

⁵⁵³ A partir de Séptimo Severo y hasta la división del imperio, casi todos los emperadores mueren de forma violenta, especialmente a manos de su propio círculo militar.

jóvenes, que pasaban a la madurez mediante rituales específicos, no existía un rito de paso claro hacia la vejez. Además, lo que hoy consideramos una edad temprana, en la Antigüedad podía coincidir con el inicio de la vida laboral, el matrimonio o la paternidad. Para ilustrar esta diferencia, basta citar una lápida sepulcral romana que dice: “Vicenta, una niña muy bonita, orfebre. Vivió por nueve años”.⁵⁵⁴.

A pesar de no existir definición social precisa sobre cuándo comenzaba la vejez, puede ser indicativo que a partir de los 46 años y hasta los 60, ya no se formaba parte del ejército en campaña, sino de una reserva de tropas movilizable en caso de necesidad⁵⁵⁵. Finley considera el hecho de no tener que servir en el ejército a partir de los 60 años es lo más parecido a una jubilación, y sitúa esta práctica en Roma hasta casi el final de la República⁵⁵⁶.

Torrego⁵⁵⁷ estima que la edad que los romanos consideraban como el principio de esta etapa, se encuentra en una franja que iría de los 45-50, a los 60 años, y recuerda que el propio Cicerón a los 62 años se considera en la vejez al escribir una carta a su amigo Ático. Ovidio, murió a los 60, se considera a sí mismo como persona mayor en una de sus obras⁵⁵⁸ cuando tenía entre 52 y 55 años, aunque estaba en el exilio buscaba conmovir al emperador.

La edad de los 60 años aparece con frecuencia en diversas fuentes. Por ejemplo, era el límite superior en la Tabla de Ulpiano, y algunos autores deducen que fija tal cifra como momento remarcable dentro del ciclo vital, ya sea porque a partir de dicha edad disminuyen las



Tapa de mármol de un cofre cinerario, decorada con máscaras teatrales en las esquinas, con la inscripción: “A los espíritus de los muertos, [de] Sexto Flavio Pancarpo, que vivió 67 años”, finales del siglo I d.C., Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

⁵⁵⁴ Toner, 2012, p. 31.

⁵⁵⁵ Blanch Nougés, 2011, p. 38.

⁵⁵⁶ Finley, 1981, p. 156.

⁵⁵⁷ Torrego Salcedo, 2014, p. 211

⁵⁵⁸ Ovidio, Tristes, Libro IV, 1, 70.

obligaciones estatales o por considerarse una cifra elevada y difícil de alcanzar⁵⁵⁹. Balsdon señala que entre los 46 y los 60 se iniciaba el ocaso hacia la vejez, y a los 60 se entraba en franca senectud y desde entonces los ciudadanos quedaban exentos de formar en el jurado y los senadores de atender a las sesiones del Senado⁵⁶⁰. Se decía incluso que la vejez llegaba antes a las mujeres: Julia, hija de Augusto, fue considerada próxima a la vejez con solo 38 años⁵⁶¹.

También es revelador que la *Lex Papia Poppaea*, promulgada en el año 9 d.C., estableciera que los hombres entre 25 y 60 años, y las mujeres entre 20 y 50, debían casarse. Esto parece responder a un intento de fomentar la natalidad, y sugiere que esas edades se consideraban el límite de la fertilidad, cuestión de máxima importancia social en la Antigüedad. Quizá esto es lo más parecido a un determinante legal que vamos a encontrar, que reconozca el paso de un momento vital a otro.

El *Edicto de Precios* de Diocleciano (301 d.C.), que regulaba el comercio en todo el Imperio, fijaba los precios más bajos para esclavos de 60 años y para menores de 8, siendo más bajos aún en el caso de las mujeres⁵⁶². Esto parece indicar que, a partir de los 60 años, se consideraba que el rendimiento de una persona esclava (y posiblemente el de cualquier persona) disminuía significativamente. Lo que no deja de ser una frontera convencional, como ha sido modernamente la edad de jubilación, pues evidentemente cada persona es distinta y cada una estaría en unas condiciones distintas al cumplir los 60.

En conclusión, aunque no existían determinantes legales o sociales estrictos que definieran la vejez, todo indica que un hombre libre romano de 60 años era considerado una persona mayor. No obstante, el aspecto y la “utilidad social”, podía hacer que calificaran a una persona, e incluso a sí mismo, como persona mayor a una edad menor, aunque probablemente no con menos de 50 años. En el caso de las mujeres, es todavía más complejo determinarlo, debido a la constante subordinación social. Pero si atendemos al papel reproductivo que se les asignaba, los 50 años parecen ser la edad convencional más significativa para considerar a una mujer romana como mayor, especialmente por lo que establece la *Lex Papia Poppaea*.

5.2.- Las personas mayores en la sociedad romana: desmontando algunos mitos

Al hablar de personas mayores en la antigua Roma, además de lo que encontramos en la literatura y el arte, nos topamos con ciertos tópicos que se repiten con frecuencia. Muchos de ellos ya estaban presentes en la sociedad griega, pues los romanos, en general, compartían la visión negativa y pesimista del envejecimiento que caracterizaba a los griegos.

Nos parece interesante analizar varias cuestiones específicas que han contribuido durante siglos a fomentado esa imagen de “época de oro” de las personas mayores en Roma. Por ejemplo la

⁵⁵⁹ Casamayor Mancisidor, 2018b, pp. 81-82.

⁵⁶⁰ Balsdon, 1987, p. 352.

⁵⁶¹ Balsdon, 1987, p. 352.

⁵⁶² Rubiera Cancelas, 2023, p 252.

imagen que tradicionalmente se ha tenido del Senado Romano, o el papel del *paterfamilias*. También nos parece interesante detenernos en algunas cuestiones infraestudiadas, de las que a veces se duda hasta la existencia, como es el maltrato o la demencia en la vejez.

No podemos negar que algunas personas mayores llegaron a la cima de la cúspide social, pero de nuevo hay que preguntarse si los que tenían el poder, eran hombres mayores por el respeto que la sociedad tenía por las personas mayores o por la creencia de que la edad confería ciertas cualidades, o simplemente porque el acceso al poder requería tiempo, riqueza y experiencia, lo que hacía inevitable que quienes llegaban a esas posiciones fueran ya de edad avanzada.

Sin duda, la vida de las personas mayores fuera de la élite era muy distinta. Toner⁵⁶³ recuerda un cuento de Luciano sobre una viuda de un herrero que, tras la muerte de su marido, cae en la pobreza. Primero vende las herramientas del difunto, luego lana para criar a su hija, y finalmente planea prostituirla cuando sea mayor para poder mantenerse ambas. Este relato ilustra crudamente lo difícil que podía ser la vida para las personas mayores pertenecientes a las clases



Ara funeraria de mármol blanco dedicada a la memoria de Quintio Licinio Paterno, de 75 años, por su hija Licinia Paterna y su esposa Licinia Flavina. Primera mitad del siglo II. Encontrada en Mérida. Museo Arqueológico Nacional. Fotografía: Ángel Martínez Levas

⁵⁶³ Toner, 2012, p.11.

más humildes, especialmente de las mujeres, donde la precariedad económica podía llevar a decisiones extremas para sobrevivir.

5.2.1.- El Senado: ¿una prueba del poder de los mayores?

Uno de los ejemplos tradicionales y más populares que se han utilizado para demostrar que la Antigüedad era es “época dorada” es la supuesta presencia mayoritaria de hombres mayores en el Senado romano. Esta imagen se ha reforzado durante siglos a través de representaciones artísticas y cinematográficas, donde se muestra a hombres de edad avanzada, con arrugas venerables y barbas blancas, envueltos en togas, discutiendo asuntos de alta política.

En sus orígenes, el Senado estaba compuesto por los *patres familiae* (de ahí el título de *patres* que conservaron los senadores), y la edad era uno de los primeros criterios de selección. No es casualidad que la palabra *senatus* comparta raíz etimológica con *senex*. Sin embargo, con la aparición de una sociedad económicamente diferenciada, los sectores más poderosos comenzaron a vincular el poder político con la riqueza, restringiendo el acceso al Senado a un círculo cerrado de familias influyentes, muchas de ellas unidas por lazos matrimoniales. Los hijos de los senadores, esto es, de los *patres*, fueron llamados *patricios* y ocupaban las vacantes del Senado, así surge el patriciado romano, grupo dominante contra cuyos privilegios se dirigirán en un futuro los esfuerzos de la plebe en orden a conseguir la paridad política⁵⁶⁴.

Es innegable que muchos de los senadores eran mayores, sin embargo, lo relevante no es que fueran personas mayores, sino que perteneciera a una de las familias poderosas. En determinados momentos, el sistema de acceso a los cargos públicos imponía que para poder ocuparlos había que tener una determinada edad mínima: no se podía ser cuestor antes de los 28 años, edil antes de los 31, pretor antes de los 34 y cónsul antes de los 37. Posteriormente la *lex Cornelia* de Sila incrementó las edades a 30, 37, 40, 43 años respectivamente⁵⁶⁵. Esto hacía prácticamente imposible llegar al Senado sin haber alcanzado cierta edad. Además, como el cargo de senador era vitalicio, era habitual que muchos senadores fueran personas mayores, aunque no necesariamente por atribuirles cualidades especiales por su edad.

Algunos autores señalan que, a los 60 años, los senadores quedaban exentos de atender a las sesiones del Senado si así lo deseaban⁵⁶⁶. Lo que entraría en contradicción con la idea de que estaban allí por su avanzada edad. Timmer, al estudiar la edad en la Antigüedad, indica que los límites de edad para el ejercicio de cargos, en realidad solo estuvieron vigentes durante ciertos periodos, y que los senadores podían retirarse por edad, aunque no está claro si a los 60 o a los 65⁵⁶⁷. Curiosamente cifras bastante similares a la habituales de la jubilación en época moderna. No parece muy compatible la idea de que el senado romano era un “consejo de ancianos” con la posibilidad de retirarse, o de no asistir a sus sesiones, a los 60 o 65 años.

Finley advierte que tampoco podemos decir que todos los miembros de esta cámara de representantes fueran mayores, pues contaba con una pequeña pero continua incorporación de

⁵⁶⁴ Ledo Caballero, 2005, p. 342.

⁵⁶⁵ Requena Jiménez, 2005, p. 434.

⁵⁶⁶ Balsdon, 1987, p. 352.

⁵⁶⁷ Timmer, 2013, p.176.

nuevos miembros, normalmente de unos 30 años⁵⁶⁸. Aunque entendemos que dicha afirmación se refiere a una época o épocas determinadas.

Para Parkin, a pesar de la imagen tradicional del Senado, no existieron mínimos de edad antes del año II a.C., y esta constatado (incluso por boca de Cicerón) que antes de ese tiempo los jóvenes podían acceder; cree que se aumentó esa edad para limitar el número de candidatos y evitar que fueran personas muy jóvenes los que ocuparan un puesto en el senado⁵⁶⁹. Parece que ese había sido el caso de Escipión el Africano que debió ser miembro del senado sin haber cumplido siquiera los 30 años, y en algunos casos parece que se pudo acceder con 20 e incluso menos años. Parkin cree que los romanos políticamente más poderosos no eran los que tenían 60 o más años, sino que el poder se concentraba en los que tenían entre 40 y 50 años⁵⁷⁰.

El estudio en profundidad de Parkin sobre el senado le lleva a afirmar que los propios romanos de épocas más tardías creyeron erróneamente que durante muchos años el senado estuvo compuesto por “ancianos venerables”⁵⁷¹. En realidad, muchos senadores eran relativamente jóvenes y probablemente muchos morían antes de llegar a *senex*, incluso estima que solo el 17% de los senadores en un momento dado habrían tenido 60 o más años, mientras que el 65% habrían tenido menos de 50 años⁵⁷². Esto contradice totalmente la imagen que popularmente tenemos del senado romano, e incluso la imagen estereotipada que creyeron y divulgaron los primeros historiadores.

La representación artística también contribuyó a esta visión. En los llamados “Relieves de la Cancillería”, decoración de un monumento público del reinado de Domiciano (81–96 d.C.), el pueblo de Roma aparece simbolizado por un joven, mientras que el Senado se representa como un hombre de edad avanzada.



El senador Apio Claudio acude a una sesión del Senado en Roma (detalle). Fresco por Cesare Macari, entre 1882-1888. Palacio Madama (Roma). Imagen de dominio público.

⁵⁶⁸ Finley, 1981, p.162.

⁵⁶⁹ Parkin, 2004, p. 97.

⁵⁷⁰ Parkin, 2004, p. 100.

⁵⁷¹ Parkin, 2004, p. 104-105.

⁵⁷² Parkin, 2004, p. 104-105.

Pero Parkin no se limita al Senado, también estudia otras relaciones de poder y su relación con la edad. Observa que los emperadores nombrados a edades avanzadas apenas se mantuvieron en el cargo, seguramente por no ser tan dóciles como pensaron los poderes que les habían nombrado fueron rápidamente asesinados⁵⁷³. Esto sugiere que pudo haber la creencia de que era más fácil manipular a quien era más mayor, lo que no encaja precisamente con la idea de respeto por la edad.

Curiosamente, en la Italia actual existe una edad mínima para ser senador (40 años) y cierto número de senadores vitalicios (en España los hubo hasta la constitución republicana de 1931). El jurista Norberto Bobbio, senador vitalicio italiano, relata que tras las elecciones de 1994, los votos de estos senadores fueron decisivos, y pasaron de ser llamados “ancianos venerables” a ser calificados despectivamente como “esos vejestorios”, pues el sentido de su voto no había sido del agrado de los jóvenes⁵⁷⁴. La anécdota, aunque moderna, nos muestra que la edad de los senadores no es necesariamente una evidencia del valor que se da a las personas mayores, sino que es habitualmente valorada positiva o negativamente según se plieguen o no a ciertos intereses políticos.

5.2.2.- El *paterfamilias*: ¿el origen del desprecio hacia los mayores?

La familia romana no se corresponde con lo que hoy podemos entender por familia, ni siquiera con el concepto de “familia tradicional”. En aquella época, lo que definía a una familia era el sometimiento de sus miembros a una autoridad común: el *paterfamilias*. Esta figura no debe traducirse ni entenderse como meramente un “padre de familia”, sino que esta figura jurídica es la de un hombre con poder absoluto sobre todos los individuos de su entorno, todos los que vivían en sus posesiones, tuvieran o no lazos de sangre con él, fueran personas libres o esclavos.

En teoría, su poder, la *patria potestas*, llegaba a tal punto que tenía derecho de vida o muerte sobre los miembros de su familia. Podía ordenar su ejecución, abandonarlos al nacer, comprarlos o venderlos, incluso si se trataba de sus propios hijos biológicos. También podía adoptar a personas de cualquier edad y otorgarles preferencia sobre sus hijos legítimos, incluso en cuestiones hereditarias. Ese era el poder que ejercía sobre sus hijos, no hace falta imaginar el que podía tener sobre sus hijas o sobre las personas esclavizadas bajo su autoridad.

El *paterfamilias* fue un rasgo distintivo de la organización social romana, sin paralelo en otros lugares, y representa un paradigma de patriarcado general⁵⁷⁵. Ya en el siglo II, el jurista Gayo afirmaba que la *patria potestas* era particular de los ciudadanos romanos, y que no existe ningún otro pueblo que tenga sobre sus hijos una potestad semejante⁵⁷⁶. Su existencia entroncaba directamente con el mito fundacional de Roma, pues hay quien remontaba su origen a Rómulo, e incluso a los dioses griegos⁵⁷⁷.

⁵⁷³ Parkin, 2004, p. 107.

⁵⁷⁴ Bobbio, 1997, p. 25.

⁵⁷⁵ Hanson, 2010, p. 26.

⁵⁷⁶ García Garrido, 1993, p. 271.

⁵⁷⁷ Saller, 1994, p. 102.

*Genio (espíritu protector) de bronce
representado como un pater familias.
Siglo I d.C. hallado en El Pino (La Coruña).
Museo Arqueológico Nacional.
Fotografía: Gonzalo Cases Ortega*



Con el paso de los siglos, especialmente a partir del siglo I d.C., distintas leyes fueron matizando y mermando el poder del *paterfamilias*. Trajano puso cierto freno al maltrato de los hijos; Adriano y Constantino restringieron su capacidad para ordenar su muerte; Justiniano, en el siglo VI, solo permitió la venta del hijo en caso de extrema necesidad, con posibilidad de recuperar la libertad mediante pago. Hay quien cree que los cambios, y en especial el quitar a los padres el poder de vida o muerte sobre los hijos, se produce porque los magistrados buscan aumentar su jurisdicción poco a poco, atrayendo hacia ellos la decisión de todos los asuntos, extinguiendo todos los poderes domésticos⁵⁷⁸.

Algunos autores señalan este poder del *paterfamilias*, ejercido habitualmente por hombres de edad avanzada, como el origen del desprecio y el odio que en ciertos momentos se percibe en Roma hacia los mayores. Argumentan que el tema de la pugna entre padre e hijo no ocupa un lugar semejante en ninguna otra literatura, pues esa figura del anciano odioso y engañado por sus hijos debía a traer a los espectadores, especialmente a esos hombres de 20 a 40 o 50 años desesperados por tener que someterse diariamente a su viejo padre y que encuentran en el engaño su único alivio⁵⁷⁹. Según esta tesis, tras el dismantelamiento de la patria potestas, desaparece la crítica social hacia el hombre mayor, y el conflicto intergeneracional se convierte en un tema excepcional⁵⁸⁰.

⁵⁷⁸ Saller, 1994, p. 104.

⁵⁷⁹ Minois, 1987, p. 119.

⁵⁸⁰ Minois, 1987, p. 120.

No estamos totalmente de acuerdo con estas afirmaciones. Las burlas hacia las personas mayores no desaparecen de la literatura romana, y también existían en otras sociedades con modelos familiares distintos (en Grecia sin ir más lejos). Además, el odio hacia los *paterfamilias* tiránicos no explica las burlas hacia las mujeres mayores, que no ejercían ese poder.

De hecho, algunos autores⁵⁸¹ sostienen que la generalización de la visión de esos superpoderosos *paterfamilias* son un mito. El uso de otras disciplinas como la demografía desmiente que pudiera haber un gran número, pues aparte de ser algo más bien típico de las primeras leyendas romanas, las variables demográficas harían muy improbable que un gran número de *paterfamilias* vivieran lo suficiente como para ejercer los poderes que la ley les permitía. Y creen que los potenciales abuelos ya estaban muertos o cercanos a la muerte cuando sus hijos contraían su primer matrimonio, pues estiman que los hombres contraían su primer matrimonio entre 25 y 30 años, con mujeres mucho más jóvenes⁵⁸².

En todo caso, estos últimos estudios mencionados son una línea de investigación muy interesante, pues seguramente los trabajos sobre esta figura se han basado mayoritariamente en el estudio de los textos jurídicos, sin atender suficientemente a la realidad social que puede reconstruirse desde otras disciplinas.

Pensar que existe un “desajuste” entre la figura del *paterfamilias* en la legislación romana y la realidad social romana, no es nada nuevo. Seguramente la novedad hay que buscarla en cómo llegar a esa realidad social, pues señala Saller⁵⁸³ que ya en 1907 algunos autores pensaban que los romanos, en el derecho, llevaron las cosas a los límites de la lógica y que el *paterfamilias* es una figura demasiado cruda en la legislación romana como para responder a los matices de la realidad. En este sentido, hoy son numerosos los que entienden que la realidad de ese poder se exageró absolutamente por motivos interesados. Incluso Polibio en el siglo II, consideraba que las historias romanas de hombres en el poder que han matado a sus propios hijos, no serían ejemplos reales de ejercicio de la *potestas*, sino excepciones extremas protagonizadas por senadores o generales que, ante la traición de un hijo al Estado, ordenaban su ejecución⁵⁸⁴.

En definitiva, aunque el *paterfamilias* pueda ser sospechoso de ser el causante de burlas y edadismo en época romana, pero creemos que claramente es una exageración pensar en esta figura como el culpable de algo que existe antes que ella, y que también afecta a quien no lo es. Pudiera ser un factor más, pues burlarse de los poderosos (o de los que pudieran parecerlo), puede asegurar cierto nivel de éxito, siempre que el poder lo permita y no acarree consecuencias indeseadas.

⁵⁸¹ Hanson, 2010, p. 26.

⁵⁸² Hanson, 2010, p. 26.

⁵⁸³ Saller, 1994, p. 105.

⁵⁸⁴ Johnson, 2007, p. 112.

5.2.3.- Violencias cotidianas en la Roma antigua

La historiografía moderna, motivada por la creciente conciencia sobre el maltrato, ha reconocido evidencias de abusos no solo en la literatura, por otro lado evidentes —accesibles para cualquier lector atento— sino también en restos arqueológicos que han llegado hasta nuestros días.

Los esclavos constituían un sector importante de la población, y desde una perspectiva actual, fueron víctimas continuas de maltrato durante toda su vida. Este abuso se intensificaba especialmente en la vejez, cuando su productividad disminuía. La existencia de leyes que prohibían el abandono o incluso la ejecución de esclavos de edad avanzada indica que tales prácticas llegaron a producirse, aunque también que fueron rechazadas por la mayoría.

Casamayor Mancisidor, en un estudio sobre vejez y dependencia en Roma, identifica evidencias de abusos hacia personas mayores, que podían provenir tanto de la pareja como del entorno familiar, incluyendo al personal esclavo encargado de su cuidado, siendo las personas mayores esclavas especialmente susceptibles de sufrir abusos, los cuales se sumarían a aquellos recibidos a la largo de su vida y cuyas secuelas empeorarían en la vejez⁵⁸⁵. Incluso refiere marcas de abuso en algunos esqueletos encontrados en excavaciones: fracturas de cráneo, marcas en huesos faciales, dentadura, cuello, torso y extremidades superiores⁵⁸⁶.

Toner⁵⁸⁷ considera probable que la violencia de género fuera común, incluso cita a San Agustín, quién en época tardía describe como muchas llevaban en el rostro las cicatrices de las palizas infligidas por sus maridos. Algunos estudios señalan que existe sobrado testimonio en textos antiguos tanto del maltrato a las personas mayores, como de la laxitud de las normas que les protegían⁵⁸⁸. Hay incluso quien afirma que, aunque la ley fuera favorable a las personas mayores, parece que la juventud todo lo olvidaba en busca de sus intereses⁵⁸⁹.

Ya en Grecia, Platón reconocía la existencia del maltrato hacia las personas mayores y planteaba la necesidad de combatirlo. El teatro griego también abordaba abiertamente esta realidad. Roma no fue diferente, y el maltrato se manifestaba en múltiples formas: insultos, desprecios públicos, humillaciones e incluso violencia física.

Por ejemplo, un personaje de una obra de Terencio, una suegra, se lamenta:

“¡qué injusticia sin igual el que todas igualmente padezcamos la antipatía de nuestros maridos por culpa de unas pocas, que consiguen hacernos parecer a todas dignas de sus malos tratos! [...] no es fácil disculparse ante la creencia tan arraigada de que todas las suegras son malas”⁵⁹⁰.

Pero en Roma también encontramos evidencias de otro tipo de maltrato, más allá del físico, que muchos creen erróneamente exclusivo de la sociedad moderna: el abuso o la explotación económica. Este tipo de violencia representa una forma más sutil y sofisticada de dominación,

⁵⁸⁵ Casamayor Mancisidor, 2018, pp. 281-282.

⁵⁸⁶ Casamayor Mancisidor, 2018, pp. 282.

⁵⁸⁷ Toner, 2012, p.103

⁵⁸⁸ Lopez Pulido, 2015.

⁵⁸⁹ Celdrán, 2002, p.265

⁵⁹⁰ Terencio, Hecyra, 270.

una vuelta de tuerca que no se basa en la fuerza directa, sino en el control de los recursos, la dependencia material y la manipulación de vínculos personales. Y lo más revelador es que esta forma de maltrato se apoya en un prejuicio aún vigente: la idea de que engañar a las personas mayores es fácil, que son crédulas, manipulables o incapaces de gestionar por sí solas sus asuntos económicos. Analicémoslo con más detalle.

5.2.3.1.- *El expolio económico de las personas mayores en la Antigüedad*

Otro de esos fenómenos lamentables, que podemos documentar, es el abuso económico de las personas mayores, siendo el ejemplo más habitual son los llamados “captadores” o “cazadores de herencias”.

Está constatada la existencia de individuos que trataban de ganarse la confianza de personas mayores con la intención interesada de aprovecharse económicamente de ellos, y especialmente de ser beneficiarios en una futura herencia⁵⁹¹.

Ovidio da cuenta de su existencia en su *Arte de amar*, haciendo un paralelismo con los regalos que se hacen a las amadas: hay quien “compra indignamente la esperanza de la muerte y la vejez huérfana de parientes”⁵⁹².

Juvenal, en sus *Sátiras*, menciona en varias ocasiones a los cazadores de testamentos “que ganan el testamento de noche”⁵⁹³, e incluso cita una variante: “un falsificador de testamentos, que se ha hecho refinadísimo y rico con la ayuda de una hoja de papel y un sello humedecido”⁵⁹⁴. El poeta llega a decir en otra de sus sátiras que “alabo el plan del habilidoso individuo si por medio de tan gran regalo hubiese birlado la página principal del testamento de un viejo sin hijos”⁵⁹⁵.

Pero sin duda la alusión más terrible la hace Horacio, en un supuesto encuentro entre Ulises con el adivino Tiresias, en este, el héroe pregunta cómo puede recuperar sus riquezas y la recomendación del adivino es francamente perturbadora:

“con astucia y donde sea, procura cazar testamentos de viejos; y si uno o dos son lo bastante listos como para eludir la emboscada después de roer el anzuelo, no pierdas tus esperanzas ni abandones decepcionado el oficio”⁵⁹⁶.

En la criminal recomendación se describe a las personas mayores como estúpidos a los que es fácil engañar, incapaces de darse cuenta de la argucia, aunque, por otro lado, debió ocurrir con cierta frecuencia y por ello reconoce que es posible que algunos “puedan eludir la emboscada”.

Ni siquiera parece importarle a Tiresias si la persona mayor tiene algún hijo, siempre que tenga mala salud, y le detalla la cínica estrategia a seguir:

⁵⁹¹ Casamayor Mancisidor, 2018, pp. 292.

⁵⁹² Ovidio, *Arte de amar*, libro II, 270.

⁵⁹³ Juvenal, *Sátiras*, I, 37.

⁵⁹⁴ Juvenal, *Sátiras*, I, 67.

⁵⁹⁵ Juvenal, *Sátiras*, IV, 18.

⁵⁹⁶ Horacio, *Sátiras*, II, 5, 20-25.

“si alguno cría en medio de grandes riquezas a un hijo reconocido de mala salud, procura que no te deje al desnudo la adulación manifiesta al padre soltero: ábrete camino con suavidad hacia tus esperanzas, mostrándote amable, a fin de que te inscriba como segundo heredero; y si una desgracia manda al Orco⁵⁹⁷ al muchacho, ocupes tú el lugar que queda vacío. Esta jugada falla muy raramente”⁵⁹⁸.

No terminan ahí los consejos para engañar a los hombres mayores y beneficiarse de su muerte, asociándose con otros, incluso entregándole su propia esposa (Penélope) si fuera necesario:

“si a un viejo chocho lo manejan una astuta mujer o un liberto, asóciate a ellos; alábalos para que ellos te alaben a ti en tu ausencia. También esto ayuda, pero lo mejor es, y con mucho, dar el asalto a la propia cabeza. Que el muy loco escribe versos infames: alábaselos; que es mujeriego: evita que te ruegue y adelántate de buen grado a entregarle a Penélope a él, que es el más importante”⁵⁹⁹.

El héroe griego parece estar desconcertado ante los “particulares” consejos del adivino Tiresias, y no parece precisamente que este sea el comportamiento que se espera de un héroe como él, aunque no rechaza oír completa la propuesta. Horacio volverá sobre el tema en otra de sus obras y describe como “hay quienes dan caza a las viudas avaras con pastas y frutas, y tienden el lazo a los viejos, a fin de meterlos en sus viveros”⁶⁰⁰.

Según Veyne, la opinión común romana no condenaba este tipo de conducta interesada y sólo se contentaba con matizar sus apreciaciones; para demostrarlo añade la cita de un senador:

"después de haberse visto rodeado de cazadores de herencias, Fulano murió dejándose todo a su hija y a sus nietos; las opiniones se dividen: unos lo llaman hipócrita, ingrato, olvidadizo de sus amigos; otros por el contrario se muestran encantados de que este anciano haya burlado las esperanzas de gentes interesadas”⁶⁰¹.

Los jóvenes que se aprovechan económicamente de sus padres hasta tal punto que gastarles su dinero hasta arruinarlos es también un tema recurrente en la literatura griega y romana. Ya lo habíamos visto en las obras de Aristófanes y Menandro, en Roma lo volveremos a ver en obras de Plauto, Horacio o Juvenal. Y no solo los hijos, en una obra de Plauto (*Epídico*) es un esclavo el que se plantea como objetivo “sacarle las entrañas a la bolsa del viejo [...] hacer como si fuera una sanguijuela, chuparles la sangre”⁶⁰².

Pero este no era un tema nuevo, recordemos que Cicerón, en *De Senectute*⁶⁰³, menciona el caso del escritor griego Sófocles, cuyos hijos intentaron incapacitarlo fraudulentamente para apropiarse de su patrimonio. Quizá la diferencia entre Grecia y Roma no radique en que el maltrato fuera más frecuente en Roma que en Grecia, sino en que la sociedad romana ha dejado

⁵⁹⁷ Se refiere a la muerte, en las tumbas etruscas se representaba como un gigante barbudo.

Posiblemente de ahí provenga el término “ogro”.

⁵⁹⁸ Horacio, *Sátiras*, II, 5, 45-50.

⁵⁹⁹ Horacio, *Sátiras*, II, 5, 70-75.

⁶⁰⁰ Horacio, *Epístolas*, I, 1, 75.

⁶⁰¹ Veyne, 1991, p. 82.

⁶⁰² Plauto, *Epídico*, 185.

⁶⁰³ Cicerón, *De Senectute*, VII, 22.

tras de sí una huella documental más clara, más extensa y mejor conservada. Que además nos confirma que se trataba de una práctica ampliamente conocida y seguramente también practicada.

5.2.4.- La terrible realidad de la demencia en Roma

Existe el mito de que las demencias son una enfermedad moderna que no se daba en la Antigüedad. Sin embargo, ya hemos señalado que la primera referencia aparece en el egipcio Papiro Ebers (hacia el 1.500 a.C.), y durante la época romana ya había conocimiento de que existían “trastornos mentales” asociadas a la vejez. Aunque no se comprendía bien su naturaleza, y se agrupaban bajo la etiqueta genérica de “locura”, pero deducían que solían afectar a las personas con más edad. Era visto como el peor de los males que podía tener un varón romano de la élite, pues su actividad pública dependía en gran medida de su capacidad oratoria⁶⁰⁴.

La vida de quienes padecían enfermedades mentales, fueran del tipo que fueran, era sin duda terrible. En el teatro, un personaje de Plauto lo expresa con crudeza:

“¡Santo cielo, qué enfermedad más dura y terrible! [...] oh dioses, misericordia! ¡Qué horror de locura, con lo bien que estaba hace nada! ¡Mira que haberle entrado tan de repente una enfermedad tan espantosa!”⁶⁰⁵.

Estas personas sufrían todo tipo de actos basados en prejuicios y temores absurdos. Toner señala que era habitual escupir a los “locos”, pues se creía que esto ayudaba a repeler cualquier “contagio mental”, o era común que les arrojaran piedras para evitar el contacto con cualquier enfermo mental⁶⁰⁶.

La medicina no les daba un trato mucho mejor, Juvenal hace en *Sátiras* varias referencias a sangrar a personas y así curar su locura: “hace tiempo que esa cabeza tuya, vacía de seso, está pidiendo a gritos una ventosa que la sangre”⁶⁰⁷, “Oh médicos, abridle la vena que lleva demasiada sangre”⁶⁰⁸.

En la literatura volvemos a encontrar el estereotipo de la “segunda infancia” asociada a la demencia en personas mayores. Un ejemplo lo encontramos en este fragmento de un texto que se atribuye a Catulo:

“Obséquieme, Colonia, con este regalo de grandísima diversión. A cierto paisano mío quiero que desde tu puente vaya precipitado al lodo de cabeza y de pies, pero precisamente por donde el abismo es más negro y, sobre todo, profundo de todo el río y de todo el estanque pestilente. Se trata de un hombre muy sin gracia y sin más discreción que la de un niño de dos años que duerme en la cuna que forman los brazos temblorosos de su padre. Éste, aunque está casado con una joven en la flor más tierna de la vida, esto es, una niña más delicada que un tierno cabritillo, a la que hay que vigilar con más tiento que a las uvas más maduras, le permite divertirse como le place; para él no vale un comino,

⁶⁰⁴ Casamayor Mancisidor, 2018, pp. 283

⁶⁰⁵ Plauto, Los dos Menecmos, 870 y ss.

⁶⁰⁶ Toner, 2012, p.113.

⁶⁰⁷ Juvenal, *Sátiras*, XIV, 57.

⁶⁰⁸ Juvenal, *Sátiras*, VI, 46.

ni se levanta de su rincón, sino que se queda echado como el olmo en el foso abatido por el hacha lígur, sintiéndolo todo tal como si no existiera nadie en ninguna parte. Así es ese estúpido paisano mío que ni ve nada, ni oye nada, ni sabe tampoco quién es él mismo, ni si existe o no existe. Ahora quiero lanzarlo de cabeza desde tu puente por si es posible despertar de repente su estúpida modorra y dejar su vida vuelta del revés en el espeso cieno, como la mula deja sus herraduras en el légamo pegajoso”⁶⁰⁹.

Parece que insulta, humilla y desea que la persona de la que habla sea arrojada por un puente. No queda claro si es para matarlo, o se trata de un acto de “compasión”, pues el suicidio para evitar un largo sufrimiento no era algo extraño, ni mal visto en el mundo romano. Incluso puede ser para “curarlo”, pues por disparatado que parezca hay quien decía que esas enfermedades se curaban con “un buen susto”, y Catulo habla de lanzarlo “para si es posible despertar de repente su estúpida modorra”. Lo que parece evidente es que padecía algún tipo de demencia, por lo que le equipara a un “niño de dos años” que “ni ve nada, ni oye nada, ni sabe tampoco quién es él mismo, ni si existe o no existe”. Todo ello se entrelaza con una preocupación patriarcal muy propia de la época: la idea de que un hombre mayor debía vigilar a su joven esposa.

El poeta romano Juvenal también hace referencia clara y directa a la demencia en otro pasaje:

“peor que cualquier deficiencia física es la demencia, que le hace ignorar el nombre de los esclavos y no reconoce la cara de un amigo con quien cenó la noche pasada, ni tampoco a los que engendró, a los que ha educado”⁶¹⁰.

López Pulido recoge diversas alusiones que hacen los clásicos a conductas producidas por el envejecimiento de la mente, entre ellas: pedir a los dioses cosas nocivas para sí mismos, no saber decir más que estupideces y tonterías, no retener lo que se le enseña u olvidar lo que sabían⁶¹¹. Algunas de estas conductas pueden ser desprecios edadistas de sus contemporáneos, pero otras parecen describir síntomas compatibles con demencias.

Otra prueba de que la demencia no debía ser ajena a la época son los casos en que los hijos la usaban como excusa para incapacitar a los padres, no necesariamente con fines económicos, como hemos visto anteriormente. Algunos autores⁶¹² recuerdan que Séneca relata el caso de un hombre que, tras haber violado a una mujer, fue perdonado por el padre de ella, pero no por su propio padre, por lo que el hijo decidió acusar a su padre de demencia para evitar ser condenado por el delito; o el caso de otro hombre mayor que al morir su hijo reconoció al bastardo que este había tenido con una prostituta, lo que quería evitar otro de sus hijos (al ver perjudicada su herencia) declarándolo demente. Ciertamente declarar demente al *paterfamilias* debía ser algo tentador para hijos o familiares sin escrúpulos.

En conjunto, hay testimonios que permiten constatar que la demencia no es una enfermedad exclusiva de la era moderna. Los romanos no contaban con una definición clínica precisa, pero sí reconocían síntomas vinculados al deterioro cognitivo, lo asociaban a la edad avanzada y lo reflejaban en sus escritos. A veces incluso alimentó actitudes de maltrato y prejuicio, que

⁶⁰⁹ Catulo, 17, 5 y ss.

⁶¹⁰ Juvenal, Sátiras, X, 230.

⁶¹¹ López Pulido, 2015, p. 90.

⁶¹² Casamayor Mancisidor, 2018, p. 292.

convertían la enfermedad en motivo de burla, exclusión o explotación de las personas que la padecían.

5.3.- El reflejo del edadismo en la literatura de la antigua Roma

Es imposible abordar la mayoría de las disciplinas romanas sin hacer referencia a sus antecedentes griegos, y la literatura no es una excepción. La literatura latina, considerada la primera literatura derivada, se enfrentó conscientemente con la tradición de otro pueblo, en el momento en que se separa de la que precede, encuentra en sí misma, y desarrolla, una conciencia de sí diferenciada y de este modo prepara las literaturas europeas más tardías y puede devenir su maestra⁶¹³. Pero los mismos que reconocen su naturaleza de literatura “derivada”, consideran que se olvida con demasiada facilidad que los romanos son uno de los poquísimos pueblos que lograron contraponer absolutamente a la griega una literatura en su lengua materna⁶¹⁴.

Es ya antigua la discusión de la originalidad de la literatura latina clásica, pues los principales géneros también son importaciones de la literatura griega, y si lo que hizo el poder de Roma fue tomar la cultura griega e imponerla en todo su amplio territorio; más que “imitar” la literatura



Preparación de los actores para un drama satírico. Pompeya, hacia 69-79 d.C. Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

⁶¹³ Albrecht, 1997, p. 34.

⁶¹⁴ Albrecht, 1997, p. 47.

griega, lo que pudo hacer es ser su continuadora, darle nuevo vigor, e introducir algunos elementos nuevos como un vehículo lingüístico nuevo⁶¹⁵.

Las adaptaciones de obras griegas al contexto romano eran habituales, se solía hacer la ficción de que la obra transcurría en Grecia y los personajes eran griegos, para no atentar contra la dignidad de la aristocracia romana. Aunque la acción tenga lugar en Grecia, no es raro que los personajes hicieran alusiones al Capitolio, jurasen por divinidades latinas, hablasen de auspicios y de legiones y practicasen los mismos usos y costumbres que los espectadores romanos⁶¹⁶.

El propio Terencio en el prólogo de una de sus obras, lo admite abiertamente:

“Con referencia a los rumores que han hecho circular gentes malintencionadas, achacando (al autor) el compilar muchas comedias griegas para componer pocas latinas, él no desmiente que ello sea así, y, además, declara que no está de ello arrepentido y que hará lo propio en adelante. Tiene el ejemplo de buenos escritores y entiende que este ejemplo le autoriza a proceder como ellos procedieron”⁶¹⁷.

Más allá del debate sobre originalidad, lo que aquí nos interesa es cómo la literatura romana refleja planteamientos y situaciones que entroncan directamente con las raíces del edadismo.

Sabemos que antes de la influencia griega existió en la península itálica un teatro popular (llamadas *atelanas*), cuyos personajes perduraron durante siglos, mezclándose con la tradición helénica, así encontramos personajes grotescos como *pappus*⁶¹⁸, también llamado *casnar*, descrito como “el típico viejo de la comedia gruñón, tacaño, malhumorado”⁶¹⁹, o “viejo estúpido, maniático y libertino”⁶²⁰. Este arquetipo grotesco será retomado y amplificado por los principales escritores latinos, consolidando un estereotipo que asocia la vejez con el ridículo, la debilidad y la falta de juicio.

5.3.1.- Plauto: el edadismo como recurso cómico.

Como ocurre con otros escritores de la época, no se conocen con certeza muchos datos biográficos de Plauto. Se cree que nació hacia el 250 a.C., y algunos autores afirman que tuvo una vida marcada por múltiples experiencias vitales: ganó dinero con el teatro, lo perdió en negocios comerciales, y terminó trabajando para un molinero. Se le atribuye la nada despreciable cifra de 130 comedias, aunque se considera que solo 21 son indiscutiblemente suyas⁶²¹.

Minois lo describe como un plebeyo que supo responder al interés que el público romano mostraba por las comedias de estilo griego. Tomando prestados personajes de la comedia helénica, pero añadiendo elementos típicamente romanos “como el anciano detestable, tiránico

⁶¹⁵ de Riquer y Valverde, 2007, Pp. 97-98.

⁶¹⁶ Segura Munguía y Cuenca Cabeza, 2008, p. 250-271.

⁶¹⁷ Terencio, *Heautontimorumenos*, 15-25.

⁶¹⁸ de Riquer y Valverde, 2007, Pp. 101.

⁶¹⁹ Carro Pérez, 2014, p. 286.

⁶²⁰ Segura Munguía y Cuenca Cabeza, 2008, p. 249.

⁶²¹ Albrecht, 1997, p. 173.

y lascivo, ridiculizado y engañado por los que le rodean”⁶²². Sin duda, se refiere al mencionado *pappus*. Beauvoir cree que Plauto atribuye un papel esencial a este personaje, y entiende que lo concibe siempre como un padre que con su avaricia estorba los placeres de sus hijos y que lúbrico, rivaliza con él; utiliza sus riquezas y artimañas sórdidas para robarle la mujer que ama, aunque gracias a algún esclavo sus artimañas fracasan y termina sufriendo los reproches de su esposa, siempre fea y agriada, convirtiéndose en el hazmerreír de la casa y de toda la vecindad⁶²³.

Aunque esta descripción no se ajusta a todas las comedias de Plauto, sí aparece con frecuencia en las obras que han llegado hasta nosotros. Otros lo definen como “un anciano que, siempre hastiado de su esposa, la mayoría de las veces trata de poner freno al libertinaje de su hijo, pero acaba en algunas ocasiones haciéndose copartícipe del mismo”⁶²⁴.

Se ha destacado que el lenguaje de los personajes de este autor habla conforme a su papel: mediano en los mayores decentes, elevado o vehemente en los jóvenes enamorados de alta condición social, que, igual que los “viejos verdes”, hacen reír cuando se dirigen a la cortesana lista que los engaña y roba, con la respetuosa consideración con que hablarían a una dama⁶²⁵.



*Placa de arcilla decorada con una representación teatral. Entre 50 a.C. y 50 d.C.
Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.*

⁶²² Minois, 1989, pp. 130-131.

⁶²³ Beauvoir, 1983, p. 140

⁶²⁴ Pociña Pérez, 1997, p. 35.

⁶²⁵ Fontán Perez, 2001, p. 23.

Entre los padres e hijos que representa Plauto suelen existir las tensiones propias del conflicto intergeneracional, más las que se derivan de la olvidadiza actitud de aquellos, tan severos como hipócritas, que se obstinan en no recordar que cuando fueron jóvenes hacían las mismas cosas que sus hijos⁶²⁶.

En todo caso, se reconoce en sus personajes un carácter romano inconfundible, pues, aunque la acción se desarrolle en Grecia, su teatro está lleno de referencias locales romanas, sus personajes hablan como el pueblo romano de su tiempo, y siguen los usos y costumbres que corresponden a los del público romano que escucha estas comedias⁶²⁷. Lo que hay que poner en relación con que Plauto vivía de sus representaciones, y debía dar gusto a un público multitudinario⁶²⁸. Por ello, sus obras son para nosotros un reflejo valioso de la sociedad romana del momento.

Muchos autores coinciden en que Plauto tiene un especial interés en reflejar el pensamiento popular y no necesariamente el ilustrado, como será el caso de Terencio más adelante, pues Plauto escribe pensando en el aplauso de la Mayoría, en el sentir generalizado de la comunidad romana⁶²⁹. Sin embargo, también encontramos algunos fragmentos que nos hacen pensar que el autor no estaba totalmente conforme con algunas conductas edadistas y machistas de su época.

Entre las comedias de Plauto que tienen personajes mayores, encontramos *La comedia de los asnos* o *Asinaria*, basada en una obra griega más antigua (*El arriero* de Demófilo). En ella, Demetrio, un hombre mayor, que encarna al típico *senex* del teatro latino, se enamora de la misma mujer que su hijo y trata de arrebatarla. Sin embargo, en vez de conseguir a la joven mujer, termina sufriendo las iras de su esposa. Aparece aquí con fuerza el estereotipo del “viejo verde”, que además es remarcado por otros personajes que se sorprenden al conocer el comportamiento de Demetrio, al que le “había tenido siempre por una persona como Dios manda”⁶³⁰, y cambian su impresión de él, exclamando: “¡Mira que ponerse de coqueo con el hijo y repartirse con él la amiga, el viejo ese decrépito!”⁶³¹.

No es infrecuente que Plauto haga uso de este estereotipo, también aparece en *Mercator* o *El mercader*, basada en una obra del griego Filemón. El argumento se fundamenta en que un joven ha comprado en un viaje a una esclava de la que se ha enamorado, pero Demifón, el padre del joven, también se enamora de ella y la quiere para sí. El final de la obra es un alegato contra el amor de los hombres mayores que no tiene desperdicio:

“Yo creo que es mejor que antes de irnos dictemos una ley para los viejos, por la que quedarán obligados y sujetos; caso de que llegue a nuestro conocimiento que un individuo que haya cumplido los sesenta, ya sea casado o, qué diablos, también sin casar, es un mujeriego, será el susodicho perseguido en virtud de esta ley: decidiremos que ha perdido la cabeza y, por nosotros, en la indignancia se verá el que disipe su haber”⁶³².

⁶²⁶ Fontán Perez, 2001, p. 24.

⁶²⁷ de Riquer y Valverde, 2007, p. 102.

⁶²⁸ Segura Munguía y Cuenca Cabeza, 2008, p.258.

⁶²⁹ Amunategui Perelló, 2009, p. 102.

⁶³⁰ Plauto, *La comedia de los asnos*, 860.

⁶³¹ Plauto, *La comedia de los asnos*, 860.

⁶³² Plauto, *El mercader*, 1015-1020.

Resulta llamativo que esas conductas sean tan detestables que hay que evitarlas “por ley”, pero solo se le exijan a los hombres mayores de 60 años, y conductas similares sean vistas como normales en los más jóvenes. Es más, otro personaje dice a Demifón: “a cada edad su cosa, lo mismo que a cada estación del año; ¿adónde iría a parar la república si se permite a los viejos echarse amigas a su edad?”⁶³³, como si el comportamiento sexual de los mayores amenazara la supervivencia del mismo Estado.

En definitiva, lo que en los jóvenes se interpreta como virilidad y vigor, en los mayores se convierte en vicio, desorden, ridiculez o incluso locura.

La situación no es muy distinta para las mujeres de edad avanzada, ni en general de todas las mujeres romanas. En una obra de Plauto, una mujer se lamenta:

“¡Ay, qué condición más dura la de ser mujeres, pobres de nosotras, y cuánto más injusta que la de los hombres! Si el marido se echa una amiga a espaldas de su mujer, si es que ella se entera, el marido no tiene responsabilidad ninguna; pero si es que la mujer sale a la calle a espaldas de su marido, sólo por eso tiene ya un motivo para repudiarla. Ojalá que fueran las leyes las mismas para la una que para el otro...”⁶³⁴

Esta declaración sorprende por su lucidez y crítica social, y nos recuerda que no todos aceptaban estas actitudes como normales o deseables. Quizá después de leer este fragmento deberíamos reflexionar si el alegato final sobre “dictar una ley para los mayores”, no es una caricatura social, una forma de exageración para poner encima de la mesa lo absurdo de la situación, pero que quizá el autor no se atreve a decir de forma tan clara como con el caso de las mujeres.

Los dos Menecmos o *Los gemelos* es una de las obras de enredo más reconocidas de la historia, seguramente basada en alguna obra griega similar. Shakespeare llegó a escribir su propia versión (*The comedy of errors*), y decenas de adaptaciones han llegado al teatro y al cine. Básicamente, la historia gira en torno a dos gemelos que fueron separados en su infancia y que, para complicarlo todo más, comparten el mismo nombre. En su madurez, uno de ellos emprende un viaje para buscar al otro, lo que desencadena enredos y equívocos continuos, ya que todos confunden sus identidades, hasta que finalmente se reconocen y regresan juntos al lugar donde nacieron.

A priori, este argumento no parece hacer suponer que nos encontraremos discursos contra las personas mayores, pero como en otras ocasiones, Plauto carga las tintas contra ellos. Así, el suegro de uno de los gemelos, sin ser especialmente necesario para el desarrollo de la trama, se describe a así mismo como:

“Cargado de años, el cuerpo me pesa, las fuerzas me han abandonado: ¡qué cosa tan mala es la vejez! Es igual que una mala mercancía; es una secuela interminable de calamidades las que trae consigo al venir, no acabaría nunca si las quisiera numerar todas”⁶³⁵.

Su yerno, lejos de mostrar respeto, lo califica de “viejo asqueroso” y “león viejo, apestoso y desdentado”, lo identifica por sus barbas y pelo blanco (“más canoso que un cisne”), lo compara

⁶³³ Plauto, *El mercader*, 983^a.

⁶³⁴ Plauto, *El mercader*, 815.

⁶³⁵ Plauto, *Los dos Menecmos*, 755 y ss

con Títono, y para intimidarlo, simula un arrebató de locura con amenazas explícitas de golpearlo y descuartizarlo⁶³⁶.

Miles gloriosus o *El soldado fanfarrón* es otra muy conocida de Plauto. En ella aparece Periplectómeno, un hombre de edad avanzada vecino del militar protagonista. Sus casas están conectadas por un pasadizo, lo que facilita los enredos. En principio, la edad no parece tener un papel destacado en la trama, y de hecho, Periplectómeno se presenta como un hombre alegre y comprensivo, hasta que, sin que venga al caso, otro personaje le dice que está haciendo “niñerías impropias”, cosas que no son propias de su edad⁶³⁷. Responde entonces:

“¿Qué dices?, ¿es que te parezco estar tan a punto para el otro mundo que soy ya un hombre con un pie en la sepultura? ¿Tan viejo te parezco? Después de todo, no tengo más de 54 años y veo como un lince, estoy ágil de pies y de manos”⁶³⁸.

Y si es significativa la reacción de este personaje, que desmiente estar ya “con un pie en la sepultura”, aún más lo es la respuesta de sus interlocutores. Pues aunque traten de alabarlo, lo hacen desde una visión estereotipada y edadista:

“Palestrión.— En serio, a pesar de sus canas, por su manera de ser no parece un viejo; no ha perdido ni un punto de su peculiar noble condición, que es pero que de primera.

Pleusicles.— Por experiencia sé la razón que tienes, Palestrión: este hombre tiene, desde luego, tanta comprensión como una persona joven”⁶³⁹.

Resulta revelador que cuando Plauto presenta a un personaje como Periplectómeno, descrito muy favorablemente como una persona noble, simpática, salerosa, servicial, talentosa, jovial, etc. sea para señalarlo como excepción frente al resto de los mayores romanos. O como señala otro personaje: “te será imposible encontrar otro hombre de la misma edad con más simpatía”⁶⁴⁰, mientras un tercero le elogia diciendo que solo es “viejo a medias”⁶⁴¹.

Epídico es una obra cuyo propósito esencial parece ser hacer reír al público a costa de dos personajes mayores que son engañados por el esclavo que da título a la comedia. Su objetivo es “sacarle las entrañas a la bolsa del viejo [...] hacer como si fuera una sanguijuela, chuparles la sangre”⁶⁴². González-Haba⁶⁴³ interpreta que, al igual que en otras comedias plautinas, se trata del elemento dramático del “par de viejos”, que suele dar lugar a escenas de comicidad incomparable, y el par esclavo-amó, donde el esclavo tiene la función de engañar y el viejo amó la de ser engañado. Y cree que no solo por eso sube de grado la comicidad, sino que además los personajes mayores respiran sentimientos de confianza y satisfacción, y entiende que ello es un

⁶³⁶ Todo ello es de la escena segunda de Plauto, *Los dos Menecmos*, 850 y ss

⁶³⁷ Plauto, *El soldado fanfarrón*, 615 y ss.

⁶³⁸ Plauto, *El soldado fanfarrón*, 625 y ss.

⁶³⁹ Plauto, *El soldado fanfarrón*, 630.

⁶⁴⁰ Plauto, *El soldado fanfarrón*, 655.

⁶⁴¹ Plauto, *El soldado fanfarrón*, 645.

⁶⁴² Plauto, *Epídico*, 185.

⁶⁴³ González-Haba, 1996, p. 78.

medio seguro para conseguir la hilaridad del público. En otras palabras, convertir a dos personas mayores en peleles garantizaba el aplauso del público.

Aulularia o *La comedia de la olla* es otra de las obras clásicas más conocidas. En ella, Euclión, un hombre de edad avanzada, descubre una olla llena de oro y vive obsesionado con que se la roben. De hecho, acaba siendo robada por el esclavo de Licónides, un joven enamorado de la hija del avaro, a quien ha dejado embarazada. La hija, sin embargo, está prometida a otro hombre, también mayor y rico. Cuando Euclión recupera la olla, accede finalmente a la boda entre Licónides y su hija.

La primera escena del acto inicial es especialmente violenta: Euclión agrede a su esclava de edad avanzada, Estáfila, a quien acusa de cotilla, aunque en realidad el ataque se debe a su paranoia por la olla escondida. La insulta y la golpea, diciendo:

“¿Que por qué te pego, desgraciada? Pues para que lo seas de verdad y para que lleves una vejez tal como te la mereces, de mala que eres”⁶⁴⁴.

Euclión es descrito como un avaro hasta unos extremos increíbles, pasa el tiempo obsesionado con fingir ser pobre y desgraciado para que los demás no sospechen que en realidad tiene un tesoro, su comportamiento es lamentable con prácticamente todos. El final de la comedia se ha perdido, pero por otras fuentes se sabe que, la historia tiene un final feliz: entrega el tesoro a la joven pareja, y de paso se “cura” de su avaricia.

El adjetivo que se utiliza constantemente para referirse a Euclión es “viejo”, la asociación entre vejez y avaricia es un prejuicio ancestral. Si bien los personajes no justifican el comportamiento del avaro por su edad, de hecho, termina dejando de serlo, y por tanto no es un problema de edad. Por tanto, podemos afirmar que, aunque se recurre al estereotipo del “viejo avaro”, parece que al final no sale tan mal parado como en otras comedias. *Aulularia*, también tendrá gran influencia en otras obras de teatro europeas, e inspirará *El avaro* de Molière.

Molina Sánchez, aunque reconoce que Euclión es visto como el prototipo del avaro, tampoco cree que esa fuera la intención de Plauto. Lo define como “un anciano pobre y algo tacaño, que ha encontrado una olla llena de oro y no sabe qué hacer para guardarla”⁶⁴⁵, y por eso su situación cambia cuando se deshace de ella. En ese caso, más que estereotipo del avaro (aunque se ha entendido durante siglos), estaríamos ante otro estereotipo recurrente: que las personas mayores no son capaces de gestionar sus problemas, su patrimonio, o han perdido habilidades para hacerlo.

En *Mostellaria*, también llamada *La comedia del fantasma*, Teoprópides es un hombre mayor rico que marchó de viaje hace años. Mientras, ante su ausencia, su hijo Filólaques despilfarra la fortuna del padre, e incluso ha pedido un préstamo a un usurero. La llegada repentina del padre iniciará el enredo, primero al encerrar a los amigos de Filólaques que estaban celebrando una fiesta en la casa. ¿Cómo evitar que el padre descubra la fiesta?: diciéndole que en su casa ya no vive nadie porque hay fantasmas. Para mayor complicación, aparece el usurero reclamando el

⁶⁴⁴ Plauto, *La comedia de la olla*, 40.

⁶⁴⁵ Molina Sánchez, 1991, p. 31.

dinero prestado, y al padre le dirán que su hijo pidió el préstamo para comprar la casa del vecino, que ahora es de ellos. Finalmente, todo se descubre y un amigo del hijo pagará las deudas.

En cuanto aparece en escena Teoprópides, hay una clara intención de que el público se divierta y se ría a costa de la credulidad de los personajes que son personas mayores, continuamente calificados de “viejo” o “vieja”. Los personajes mayores o bien son engañados, o son insultados y humillados, como es el caso de las mujeres mayores, despreciadas incluso por sus maridos, como la mujer de Simón, o la esclava Escafa.

Cuando Teoprópides descubre el engaño, dice que lo han tomado por “un mocoso” (de nuevo el estereotipo de que “son como los niños”). El esclavo continúa burlándose de él y lo llama “viejo imbécil”⁶⁴⁶, y parece culpar al engañado, diciéndole: “gentes de tu edad con la cabeza llena de canas deben de tener un poco más de vista”⁶⁴⁷.

Nos llama particularmente la atención que Escafa, una esclava a la que se desprecia, a su vez tiene una opinión repulsiva hacia las propias mujeres mayores:

“esas viejas que se untan de perfumes, todas recompuestas, esos vejestorios sin dientes que pretenden tapar sus defectos a fuerza de afeites, cuando el sudor se combina con los perfumes, huelen exactamente igual que un batiburrillo de salsas de un cocinero; no puedes saber a lo que huelen, lo único de que te das cuenta es que huelen mal”⁶⁴⁸.

Por si fuera poco, tras oír esto, la mujer a la que sirve se dirige directamente al público y reafirma el mensaje:

“y además es que tiene razón; seguro que la mayoría de vosotros está de acuerdo con ella, sobre todo los que tenéis en casa una mujer vieja que os cazó por medio de su dote”⁶⁴⁹.



*Mascara teatral, siglo Id. C.
Museo de Arte de Cleveland*

⁶⁴⁶ Plauto, *Mostellaria*, 1135

⁶⁴⁷ Plauto, *Mostellaria*, 1145

⁶⁴⁸ Plauto, *Mostellaria*, 270-275.

⁶⁴⁹ Plauto, *Mostellaria*, 280.

Y no se queda ahí. En otro momento Escafa remata: “la finalidad de los vestidos de púrpura es disimular la edad”⁶⁵⁰. Demostraciones palpables de edadismo, miedo a envejecer y machismo, asumida por las propias víctimas como algo normal (autoedadismo), combinando los prejuicios hacia las mujeres con los prejuicios por ser mayor (discriminación múltiple, acumulativa o interseccional). Muy significativo si pensamos que está escrito para provocar la risa del público romano, y seguramente tenía gran éxito.

En *Curculio* o *El Gorgojo*, aparece otro personaje mayor, Leona, la portera, definida como “una vieja, la portera, se llama Leona, que le gusta mucho el trinque, y de vino puro”⁶⁵¹. Se trata de una mujer mayor alcohólica, insultada por otros personajes que además le ofrecen vino para conseguir lo que quieren de ella. Su participación en la obra no aporta nada al desarrollo de la trama, más allá de servir como objeto de burla. El tono es cruel, caricaturesco, y recuerda a las esculturas griegas de “viejas borrachas”.

El contraste llega con *Pseudolus* o *El enredón*, a la que Cicerón calificaba de ligera e ingeniosa y decía que el mismo Plauto disfrutaba con ella⁶⁵², donde aparecen dos personajes mayores (Simón y Caifón) que no siguen el patrón habitual. No son precisamente tontos, ni son humillados a lo largo de la obra. Incluso se les muestra cierto respeto, pues el hijo de Simón, aunque está desesperado por comprar la esclava de la que está enamorado, no ve bien engañar a su padre para conseguir el dinero. Que el hijo anteponga la piedad filial a sus amores sorprende al rufián dueño de la muchacha, quien le sugiere que engañe o pida un préstamo a otro que no sea su padre⁶⁵³.

En *Trinummus* o *Tres monedas*, supuestamente basada en la obra *El tesoro* del griego Filemón, hay varios personajes mayores que, a diferencia de otros casos, destacan por su generosidad, inteligencia y sensatez. Sin embargo, eso no impide que se les dirija con desprecio. Nada más entrar en escena, uno dice del otro: “éste es el que a su edad se porta como un chiquillo”⁶⁵⁴.

En *Cásina*, Plauto retoma con fuerza el estereotipo del “viejo verde” a través de Lisídamo, enamorado de la misma joven que su hijo. El personaje acumula insultos: su esposa le dice “¡Eh, tu, pelanas, moscón canoso, apenas me puedo contener de decirte todo lo que te mereces, ir por las calles a tu edad apestando a perfume, viejo calavera!”⁶⁵⁵, y también “vejstorio imbécil”⁶⁵⁶, Su amigo lo llama “chivo ese desdentado”⁶⁵⁷ y conjuntamente ambos amigos son llamados: “chivos decrepitos”⁶⁵⁸, “pobres viejos”⁶⁵⁹. Si bien Lisídamo no escatima insultos a su esposa, estos parecen más misóginos que edadistas.

⁶⁵⁰ Plauto, *Mostellaria*, 285.

⁶⁵¹ Plauto, *El gorgojo*, 75

⁶⁵² Cicerón, *De Senectute*, 50.

⁶⁵³ Plauto, *Pseudolus*, 290-295.

⁶⁵⁴ Plauto, *Tres monedas*, 40.

⁶⁵⁵ Plauto, *Cásina*, 235.

⁶⁵⁶ Plauto, *Cásina*, 560.

⁶⁵⁷ Plauto, *Cásina*, 550.

⁶⁵⁸ Plauto, *Cásina*, 535.

⁶⁵⁹ Plauto, *Cásina*, 555.

Lo más llamativo es que el propio Lisídamo es consciente del juicio social sobre su conducta amorosa por su edad, y lo verbaliza:

“Ahórrate tus reproches por verme enamorado, ahórrate todo eso de que si «con esas canas», «a tu edad», «estando casado», etc”⁶⁶⁰. Es decir, Lisídamo es consciente del edadismo romano, que no le va a reprochar que tenga ese comportamiento, sino que lo tenga “a su edad”.

Estos momentos de conciencia por parte de los personajes nos hacen reflexionar sobre si el edadismo en las comedias plautinas es realmente convicción del autor o simplemente un recurso cómico para asegurar las carcajadas del público. Pues no olvidemos que Terencio vivía de agradar al público y parece que burlarse “de los viejos” debía asegurar las risas, aunque en ocasiones podemos pensar que él mismo percibe lo injusto de estas actitudes.

Cerraremos recordando que Plauto también ejerció una gran influencia en la literatura española. Por ejemplo, en la Universidad de Salamanca sus comedias se representaban en latín, y a partir de 1574 se limitaron las representaciones de comedias latinas a las obras de Plauto y Terencio, y también influyó en mayor o menor medida en las obras de autores como Calderón de la Barca⁶⁶¹.

5.3.2.- Terencio: el edadismo “discreto” pero omnipresente

Terencio era cartaginés, es decir, africano, y probablemente bereber. Nació en el 194-5 o en el 184-5 a.C., cuando Plauto aún vivía. A diferencia de este, que escribió más de un centenar de obras, Terencio solo escribió seis comedias, y por fortuna se conservan todas. En Roma fue esclavo de un senador, recibió la educación propia de un aristócrata y fue posteriormente libertado, mantuvo vínculos de amistad con romanos importantes⁶⁶².

Sus seis comedias se sitúan en un periodo muy concreto: entre 166 y 160 a.C. Se afirma que, por una de ellas, *El Eunuco*, que logró un gran triunfo y se representó dos veces en el mismo día, el autor recibió 8.000 sestercios, la suma más elevada pagada jamás por una comedia⁶⁶³.

Hay quien destaca de Terencio, que pone en escena problemas morales, como las diversas actitudes de padres e hijos, o el conflicto entre la austeridad tradicional de la generación de los más mayores, frente a la nueva libertad de los jóvenes⁶⁶⁴. Lo que evidentemente es de gran interés en nuestra investigación. A diferencia de Plauto, este autor escribe especialmente a un público ilustrado⁶⁶⁵, pues contaba con el apoyo económico de ricos protectores y era a su gusto al que debía acomodar las comedias⁶⁶⁶. Quizá por eso en sus obras hay menos movimiento en escena y más reflexión que en las de Plauto, que necesitaba que sus obras fueran del agrado de la mayoría.

⁶⁶⁰ Plauto, *Cásina*, 515.

⁶⁶¹ Segura Munguía y Cuenca Cabeza, 2008, p. 273.

⁶⁶² Albrecht, 1997, pp. 219-220.

⁶⁶³ Segura Munguía y Cuenca Cabeza, 2008, p. 275.

⁶⁶⁴ de Riquer y Valverde, 2007, Pp. 104.

⁶⁶⁵ Amunategui Perelló, 2009, p. 102.

⁶⁶⁶ Segura Munguía y Cuenca Cabeza, 2008, p.258.

En Terencio, el edadismo no se manifiesta mediante enfrentamientos o exabruptos entre personajes, sino que está plenamente asumido en el discurso. Se da por hecho, se normaliza, y se acepta como parte del ambiente. No solo se dirige hacia las personas mayores, sino también hacia los jóvenes. El mundo que narra Terencio está marcado por diferencias generacionales muy pronunciadas. Sus personajes son serenos, pausados, reflexivos, a veces con gran sentido de la responsabilidad, pero han asimilado y asumido el edadismo. Incluso algunos muestran autoedadismo, como el personaje que dice de sí mismo: “A mí me cuadra todo aquello que se dice del imbécil: alcornoque, tronco, asno, plomo”⁶⁶⁷.

Mientras Plauto explota el personaje del padre “viejo verde” que trata de arrebatarse a sus hijos las mujeres que estos desean, en Terencio es frecuente que los padres ayuden a sus hijos a conseguirla. Incluso las madres se muestran comprensivas, considerando normal y propio de los jóvenes frecuentar prostitutas y tener amantes⁶⁶⁸. También es habitual que los jóvenes muestren respeto hacia sus padres, lo que marca una diferencia notable con el tono irreverente de Plauto.

Con Plauto nos cabía la duda razonable de si el edadismo era un mero recurso cómico, y nos preguntábamos si el autor era edadista o simplemente dibujaba personajes edadistas para congraciarse con una sociedad que lo era. En el caso de Terencio, aunque el tratamiento es más



Entrada de finales del siglo XVII, o principios del XVIII, para una obra de teatro en la Westminster School. Por lo que parece podría ser para una representación de Los Adelfos de Terencio. La entrada reproduce la efigie de Terencio y de Plauto. © The Trustees of the British Museum.

⁶⁶⁷ Terencio, Heautontimorumenos, 875.

⁶⁶⁸ Terencio, Hecyra, 540.

sutil, parece claro que el edadismo es una realidad omnipresente y transversal en la sociedad romana, reflejada en sus obras independientemente del carácter de los personajes. No olvidemos que Terencio escribía para una élite culta, donde abundaban hombres y mujeres mayores con poder. Podía permitirse que sus obras fueran del gusto de esta minoría, aunque fracasaran ante el público general.

Sería muy interesante, pero de nuevo excede de lo que es este estudio, profundizar en cómo influyó la necesidad de agradar al público o a los mecenas en la presencia o ausencia del edadismo en las obras de Plauto y Terencio.

En *Heautontimorumenos*, o *El atormentador de sí mismo*, inspirada en una obra de Menandro, el prólogo ya pone de relieve el edadismo de la sociedad romana:

“para que no resulte extraño a ninguno de vosotros el ver al poeta confiar a un anciano el papel propio de gente joven, empezaré por daros una explicación”⁶⁶⁹.

El primer personaje que sale a escena, también un hombre mayor, le dice a su vecino Menedemo que su proceder no está de acuerdo con su edad, pues ya tiene 70 años o más, y a pesar de ser rico y tener esclavos, se pasa el día haciendo trabajos físicos en su finca⁶⁷⁰.

Los jóvenes de la obra no son menos edadistas. Uno de los protagonistas considera abiertamente que los padres son siempre jueces injustos con los jóvenes; que les parece razonable (a los padres) que los jóvenes “sean viejos” desde que nacen y no tengan los gustos de la juventud; gobernando a su capricho, pero con un “capricho actual”, no el de antaño. Y manifiesta que cuando él sea padre, no será como su padre con él, sino que será comprensivo: “podrá confesarme sus locuras y contar con mi indulgencia”⁶⁷¹.

En los textos de Terencio, como en los de Plauto, hay un claro enfrentamiento entre generaciones, y curiosamente los personajes tienen conciencia de ello, lo asumen y los expresan incluso “teorizando”, y no precisamente para evitarlo:

“de la misma manera que veo a mi hijo servir a un amigo de su edad y secundarlo en sus asuntos, también nosotros, los viejos, debemos favorecer a los viejos”⁶⁷².

Las mujeres también tienen interiorizados los estereotipos machistas, que no necesitan llegar como insultos o acciones de otros personajes, sino que se los aplican a sí mismas abiertamente: “todas las mujeres somos locas y lamentablemente supersticiosas”, llega a decir una de ellas.⁶⁷³

En *Formión*, de nuevo se manifiestan en el texto prejuicios edadistas en una conversación entre dos personajes principales. Uno le dice al otro: “tú ya no tenías edad para casarte”⁶⁷⁴. No se trata

⁶⁶⁹ Terencio, *Heautontimorumenos*, 1.

⁶⁷⁰ Terencio, *Heautontimorumenos*, 55 y ss.

⁶⁷¹ Terencio, *Heautontimorumenos*, 210 y ss

⁶⁷² Terencio, *Heautontimorumenos*, 415.

⁶⁷³ Terencio, *Heautontimorumenos*, 650.

⁶⁷⁴ Terencio, *Formión*, 420.



Comedias de Terencio,
editadas hacia 1499. Museo
Walters de Arte (Baltimore).

de un reproche legal, ya que ninguna norma le impedía casarse a esa edad, sino de un reproche social, claramente edadista, que refleja el rechazo de la sociedad romana hacia matrimonios en edades consideradas “tardías” (aunque muchos romanos se casaran en etapas más avanzadas de la vida). Otro hombre mayor, al preguntarle de qué dice estar enfermo, da una respuesta rotunda: “¡Vaya pregunta! Mis muchos años son ya una enfermedad”⁶⁷⁵. Dos estereotipos clásicos y contundentes: hay una edad para cada cosa (y casarse es, desde luego, un asunto de jóvenes) y la vejez es una enfermedad.

En *La Andriana* o *La muchacha de Andros* dice un esclavo sobre su amo: “Mientras le fue lícito y propio de su edad tuvo amores”⁶⁷⁶, volviendo sobre el estereotipo de que a partir de una edad ya no es propio “tener amores”.

⁶⁷⁵ Terencio, Formión, 570.

⁶⁷⁶ Terencio, *La Andriana*, 440.

En *Hecyra* o *La suegra*, el enfrentamiento principal se da entre suegra y nuera: “todas las suegras detestan a sus nueras con la misma uniformidad”⁶⁷⁷, afirma uno de los personajes. Y también:

“¿No es vergonzoso que una vieja como tú se haya peleado con una niña?”⁶⁷⁸. Aunque en realidad no es más que recrearse en otro estereotipo, pues nada ofensivo hizo la suegra. Curiosamente, la propia suegra parece tener conciencia de que se trata de un prejuicio, y lo verbaliza:

“¡qué injusticia sin igual el que todas igualmente padezcamos la antipatía de nuestros maridos por culpa de unas pocas, que consiguen hacernos parecer a todas dignas de sus malos tratos! [...] no es fácil disculparse ante la creencia tan arraigada de que todas las suegras son malas”⁶⁷⁹.

Y no solo no es culpable, sino que incluso está dispuesta a sacrificarse y marcharse con tal de eludir “esa mala fama que recae sobre las mujeres en general”⁶⁸⁰. ¿Significa esto que Terencio es consciente de los prejuicios existentes en su tiempo y que trata de reflejar que no siempre son justos ni reales? Parece que, al menos en lo que a las suegras se refiere, sí es así.

Otro personaje mayor en *Hecyra*, el marido de la suegra, plantea con naturalidad la idea de sacrificarse por su hijo. Asume como evidente que las personas mayores son una carga para los más jóvenes:

“nuestra edad resulta pesada a la juventud; es conveniente quitarse de en medio; a última hora, nosotros, Pánfilo, no somos ya más que ‘el viejo y la vieja’ del cuento”⁶⁸¹.

De nuevo aparece el prejuicio hacia la sexualidad de las personas mayores, en el sentido de que a una edad avanzada no es perdonable “un desliz”⁶⁸², lo que contrasta con lo socialmente aceptable que parece ser, en esa misma obra, que siendo joven se frecuenten prostitutas o tener amantes⁶⁸³.

Por su parte, en *Adelphoe* o *Los Adelfos*, de nuevo los personajes dejan claro que la sociedad impone que hay una edad para cada cosa. A un joven le es propio que “ande entre mujeres o beba”⁶⁸⁴; pero cuando ya tiene cierta edad, pasa a ser una conducta “menos apropiada”⁶⁸⁵. Incluso se muestra cierta comprensión hacia un violador porque “se dejó llevar: la noche, el amor, el vino y la juventud”⁶⁸⁶. Y, por ejemplo, a Mición, uno de los hombres de avanzada edad de la obra, no le parece que sea de “estar en su sano juicio” casarse a los sesenta y cinco años⁶⁸⁷.

⁶⁷⁷ Terencio, *Hecyra*, 200.

⁶⁷⁸ Terencio, *Hecyra*, 230.

⁶⁷⁹ Terencio, *Hecyra*, 270.

⁶⁸⁰ Terencio, *Hecyra*, 600.

⁶⁸¹ Terencio, *Hecyra*, 615.

⁶⁸² Terencio, *Hecyra*, 735.

⁶⁸³ Terencio, *Hecyra*, 540.

⁶⁸⁴ Terencio, *Los Adelfos*, 100.

⁶⁸⁵ Terencio, *Los Adelfos*, 110.

⁶⁸⁶ Terencio, *Los Adelfos*, 465.

⁶⁸⁷ Terencio, *Los Adelfos*, 935.

En *Los Adelfos* aparece otro prejuicio ya visto: “las personas mayores son tacañas”. Esta vez, expresado como autoedadismo, pues es el propio Mición quien lo afirma: “la vejez sólo trae un vicio, uno solo, a los hombres: todos nos pegamos al dinero más de la cuenta”⁶⁸⁸.

Su hermano, también mayor (aunque de carácter y costumbres totalmente opuestas), a pesar de ser la antítesis del Mición, recalca lo asumido que debía estar esa creencia y califica la frase de su hermano de justa y sabia, y la parafrasea en otro momento: “Hay un vicio común a todos los hombres, a saber, que con los años cobramos demasiado apego a nuestros bienes”⁶⁸⁹.

Terencio tendrá tanta o más repercusión que Plauto en la literatura posterior a su época, su influencia será tal que hasta Lope de Vega en un ensayo reconoce que:

“[...] y cuando he de escribir una comedia,
encierro los preceptos con seis llaves;
saco a Terencio y Plauto de mi estudio,
para que no me den voces porque suele
dar gritos la verdad en libros mudos”⁶⁹⁰

Es decir, siente que tienen tal capacidad de influir en sus obras, que se ve obligado a sacar metafóricamente sus libros del estudio donde escribe, para no verse influenciado por ellos.

5.3.3.- Ovidio: del erotismo al exilio, cuando la belleza envejece

La fuente principal para conocer la vida de Ovidio son sus propios escritos. Nació en el año 43 a.C. en el centro de Italia y falleció el 17 d.C., en el exilio al que le condenó el Emperador Augusto en Tomis (actual Constanza, Rumanía), en la costa del Mar Negro. Un exilio que, sin duda, dejó huella en su obra.

Basta con observar la enorme influencia que ha ejercido en distintas artes (literatura, escultura, pintura, música, danza...) para reconocerlo como uno de los grandes de la literatura universal. Ya en vida era el poeta más leído, influyendo en autores inmediatamente posteriores. Sin embargo, también tuvo que oír numerosas críticas en su tiempo, e incluso se le dijo que hubiera podido conseguir más si hubiese dominado su *ingenium* en lugar de secundarlo⁶⁹¹.

Aunque todos reconocen su arte refinado, su sentido de la belleza y su enorme influjo a través de los siglos, o dicen de él que es el “primer poeta moderno, prototipo de las literaturas románicas”⁶⁹². También se le ha calificado de joven libertino que “escandalizó a la gente sensata

⁶⁸⁸ Terencio, *Los Adelfos*, 830.

⁶⁸⁹ Terencio, *Los Adelfos*, 950.

⁶⁹⁰ Lope de Vega, *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*, 40-44.

⁶⁹¹ Albrecht, 1997, p. 753.

⁶⁹² Bieler, 1992, 244

con sus peregrinas y curiosas obras teóricas sobre el amor”⁶⁹³. No en vano, él mismo reconoce que, al menos en parte, su exilio fue consecuencia de sus obras.

En lo que a nosotros respecta, esto es, al reflejo de actitudes y acciones edadistas, encontramos en sus escritos abundantes alusiones a la edad. En ocasiones, mostrando desprecio por las personas mayores (especialmente por las mujeres mayores), pero también algunos pasajes que rompen los tópicos vistos hasta ahora. Debemos tener en cuenta que parte de su obra tiene un marcado contenido erótico, una temática que no siempre recoge los estereotipos y prejuicios más habituales del día a día, aunque eso no significa que no estuvieran presentes en la sociedad del momento.

A lo largo de sus obras, Ovidio habla de ejemplos de vejez refiriéndose a hombres mayores concretos, como el mencionado Titono, pero también al “anciano de Pilos”, es decir Néstor, el personaje de Homero del que ya hemos hablado; Saturno, el sátiro Sileno, compañero del dios Baco; y a escritores como Hesíodo y Homero.

Titono aparece en la primera obra de Ovidio, *Amores*. El poeta defiende al personaje mitológico y le dice a Aurora que le “gustaría que Titono pudiera hablar de ti: ninguna mujer habría en el cielo más avergonzada que tú. Huyendo de él porque es ya viejo y de edad avanzada”⁶⁹⁴. Seguramente, en consonancia con el pensamiento romano, si Titono fuera mujer y Aurora un hombre, el juicio de Ovidio no sería tan severo, y probablemente no le reprocharía abandonar a una mujer mayor en la situación de Titono.

Creemos muy significativa, en la octava elegía del libro I de la misma obra, la descripción de Dipsa, bruja y alcahueta: vieja de canosa y rala cabellera, borracha con los ojos llorosos de tanto vino, mejillas llenas de arrugas, concedora del poder de las hierbas, capaz de convertirse en pájaro, lanzar rayos por los ojos, resucitar a sus antepasados, y de engatusar a las jóvenes para que se hagan amantes de quien ella desea. Ovidio le termina deseando que los dioses la priven de todo hogar y le den una vejez sin recursos, largos inviernos y eterna sed⁶⁹⁵.

No es la primera vez que aparece en la literatura el personaje de la vieja bruja alcahueta (en cuyos remedios Ovidio aconseja no creer⁶⁹⁶). Es sin duda un estereotipo que puede rastrearse hasta el teatro griego más antiguo, y que ha perdurado hasta nuestros días. Precisamente, hay quien afirma que es esta elegía de Ovidio la que sirvió de fuente para la comedia anónima *Pamphilus*, para la *Trotaconventos* del Libro del Buen Amor del Arcipreste de Hita y para la *Celestina* de Fernando de Rojas⁶⁹⁷ (aunque tradicionalmente también se ha atribuido dicha influencia a Plauto o Terencio). Así quedó perpetuado en nuestra literatura un estereotipo que, probablemente, tiene su origen en mujeres mayores cuya única salida para sobrevivir era dedicarse a lo que se interpretaba como brujería o alcahuetería, estigmatizadas y maltratadas por la misma sociedad que las arrastraba precisamente a ser lo que eran.

⁶⁹³ de Riquer y Valverde, 2007, Pp. 120-121.

⁶⁹⁴ Ovidio, *Amores*, Libro I, 13, 35.

⁶⁹⁵ Ovidio, *Amores*, Libro I, 8.

⁶⁹⁶ Ovidio, *Remedios contra el amor*, 250 y ss, y también en: Ovidio, *Cosméticos para el rostro femenino*, 35

⁶⁹⁷ Baeza Angulo, 1996, p.146.

La siguiente elegía retoma el estereotipo de que hay una edad adecuada para cada cosa, especialmente para amar: “la edad idónea para la guerra, conviene también al amor”, y “cosa inútil es un soldado viejo, cosa inútil es el amor de un viejo”⁶⁹⁸. En el libro II de *Amores*, Ovidio vuelve a atribuir características distintas a las personas y sus relaciones amorosas según la edad: “la edad juvenil me atrae y me seduce la edad más madura: una destaca por su hermosura exterior, la otra por su modo de ser”⁶⁹⁹.

Ovidio no rechaza radicalmente las relaciones con las mujeres mayores como sí hacen otros autores romanos. Incluso da consejos para encontrar mujeres de todas las edades, para aquellos que las buscan de “edad temprana”, en “la flor de la edad”, pero no solo, pues:

“... si por casualidad sientes predilección por la edad madura y más experimentada, créeme, el de éstas será igualmente un bien nutrido batallón”⁷⁰⁰.

*Edición ilustrada de las
Metamorfosis de Ovidio
publicada en 1501. Museo
Metropolitano de Arte de
Nueva York.*



⁶⁹⁸ Ovidio, *Amores*, I, 8, 1.

⁶⁹⁹ Ovidio, *Amores*, II, 4, 45.

⁷⁰⁰ Ovidio, *Arte de amar*, I, 65.

Y recomienda salir a “cazar en los curvos teatros”⁷⁰¹, el foro, el circo, los desfiles, los banquetes... con consejos sobre cómo iniciar la conversación, como continuar la conquista, etc. Lo que hoy denominaríamos un “manual para ligar”, pero desde la perspectiva y la mentalidad de un hombre romano de hace 2000 años.

El *Arte de amar* ha sido calificada de muchas formas. Algunos lo consideran obsceno, y califican al autor de juerguista romano, y a la vez ven esta obra como rico documento de una época y de una mentalidad⁷⁰². Se divide en tres libros: en los dos primeros se dan consejos a los hombres de como conquistar a las mujeres y en el tercero, consejos a las mujeres para mantener el amor de los hombres.

A los hombres jóvenes, Ovidio les recomienda que se entreguen a las artes amatorias mientras aún jóvenes, pues pronto vendrá la vejez⁷⁰³. Pero les aconseja tener relaciones sexuales con mujeres mayores (pero no preguntarles nunca su edad) pues tienen mayor experiencia que las jóvenes⁷⁰⁴. Se refiere a mujeres que “ya no están en la flor de la vida”, “que han pasado su mejor edad”, “se arrancan ya las canas”, e incluso de edad “un poco más avanzada”. Considera que ciertos conocimientos sexuales “no los concedió natura a la primera juventud”⁷⁰⁵. Aunque en el Libro I, Ovidio había advertido que para conquistar a las mujeres hay que tener en cuenta su edad, y que las de mayor edad pueden ser más difíciles de seducir, pues “una cierva vieja se dará cuenta de las asechanzas a mayor distancia”⁷⁰⁶.

Y aunque no sea el autor más cruel con la vejez, en el libro III también recomienda, en este caso a las jóvenes, acordarse en todo momento que llegará la vejez, para así disfrutar antes de que esta llegue: “hay que aprovecharse de la edad: con rápido pie se desliza la edad y no es tan buena la que viene luego como la que hubo antes”⁷⁰⁷. Ovidio se recrea de forma especialmente negativa con la vejez femenina, y describe cuerpos flácidos, arrugas, rostros descoloridos y canas. Augura a la mujer que ahora rechaza a sus amantes que yacerá “anciana y muerta de frío en la soledad de la noche, y las nocturnas peleas no romperán tu puerta, ni encontrarás por la mañana tus umbrales sembrados de pétalos de rosa”⁷⁰⁸.

No son los únicos consejos que escribe para mujeres. Entre las obras de Ovidio encontramos una breve y muy peculiar: un poema didáctico que contiene recetas para evitar las arrugas del rostro (que es un tema casi universal en la literatura latina⁷⁰⁹). Aunque la base de las fórmulas que contiene parece que es real y efectiva, no creemos que sea el libro favorito de la industria *anti-ageing*, pues recomienda en primer lugar a las mujeres: “velar por vuestras cualidades espirituales: un rostro resulta atractivo si va acompañado de inteligencia”⁷¹⁰. Y contrapone la

⁷⁰¹ Ovidio, *Arte de amar*, I, 90.

⁷⁰² de Riquer y Valverde, 2007, pp. 121-122

⁷⁰³ Ovidio, *Arte de amar*, II, 655 y ss.

⁷⁰⁴ Ovidio, *Arte de amar*, II, 655 y ss.

⁷⁰⁵ Ovidio, *Arte de amar*, II, 655 y ss.

⁷⁰⁶ Ovidio, *Arte de amar*, I, 765.

⁷⁰⁷ Ovidio, *Arte de amar*, III, 65.

⁷⁰⁸ Ovidio, *Arte de amar*, III, 65 y ss.

⁷⁰⁹ Rivero García, 1996, p.139.

⁷¹⁰ Ovidio, *Cosméticos para el rostro femenino*, 40.

inevitabilidad de las arrugas con la honestidad, que “se mantiene por mucho tiempo, y durante los años que ella dura, el amor le está totalmente sujeto”⁷¹¹.

En *Las Metamorfosis*, obra dedicada a narrar la historia del mundo mezclando historia y mitología, Ovidio cuenta la historia de Esón, “ya muy cerca de la muerte y agotado por su avanzada edad”⁷¹² y de cómo Medea, probablemente la más famosa de las magas griegas y romanas⁷¹³, crea un brebaje mágico que le introduce por un corte en la garganta y ocurre su transformación:

“su barba y sus cabellos, despojados de canicie, adoptaron un color negro, huye expulsada la escualidez, se alejan la palidez y la decrepitud y las profundas arrugas se llenan con carne añadida y sus miembros rebosan de vigor; Esón se maravilla y recuerda que él era así en otro tiempo cuarenta años antes”⁷¹⁴.

Posteriormente, Medea engaña a las hijas de Pelias⁷¹⁵, que ansían también la juventud de su padre (“reverdecer a su padre”⁷¹⁶, dice el texto), para que crean que le aplicará el mismo ritual. Pero en realidad las engaña para que lo maten, sin entregarles el brebaje⁷¹⁷. Y es que el viejo sueño del rejuvenecimiento, ni siquiera en las historias mitológicas, está fácilmente al alcance de todos.

En toda la obra, pese a hablar de dioses y figuras legendarias, la vejez se asocia casi siempre a adjetivos o circunstancias negativas: agobiada por una duradera vejez, débil vejez, vejez cargada de años, lentos por su vejez, amargo peso de la vejez, pesada vejez, añosa vejez, enfermiza vejez, consumidos por la vejez, la vejez con su decrepitud, caduca vejez, celosa vejez... Nada halagüeño para la imagen de la vejez si tenemos en cuenta que se trata de una de las obras clásicas más leídas durante la Edad Media y el Renacimiento.

Las obras que Ovidio escribió en el exilio no tienen gran valoración literaria y se consideran llenos de adulaciones a los poderosos para que le sea perdonado su destierro, y por ello su obra se llena de lamentos⁷¹⁸. Ciertamente, son distintas a las primeras. El poeta dedica muchos de sus esfuerzos literarios a inspirar lástima, como si fuera Príamo tratando de recuperar el cadáver de su hijo, y su vejez es uno de sus principales argumentos. Hay quien ha llegado a considerar que los poemas del exilio de Ovidio no solo reflejan la experiencia de envejecer del autor, sino que toman la vejez como tema y considera las consecuencias físicas, psicológicas y sociales del envejecimiento⁷¹⁹, y sugieren que el autor veía su exilio como una metáfora de la vejez⁷²⁰. Si

⁷¹¹ Ovidio, *Cosméticos para el rostro femenino*, 45.

⁷¹² Ovidio, *La Metamorfosis*, VII, 160.

⁷¹³ Baeza Angulo, 1996, p.144.

⁷¹⁴ Ovidio, *La Metamorfosis*, VII, 285-290.

⁷¹⁵ En realidad, estamos ante otra versión de la historia ya contada de Medea, Pelias y sus hijas, con Esón en lugar de un carnero.

⁷¹⁶ Ovidio, *La Metamorfosis*, VII, 305.

⁷¹⁷ Se trata de otra versión de la historia mitológica de la que hablamos en el capítulo sobre Grecia y que estaba representado en un vaso griego.

⁷¹⁸ de Riquer y Valverde, 2007, pp. 122-123.

⁷¹⁹ De luce, 1993, p. 233.

⁷²⁰ De luce, 1993, p. 230.

esto fuera así, y visto el sufrimiento que para Ovidio supuso el destierro, entenderíamos que tenía una visión muy negativa de la vejez, al menos en esta etapa de su vida.

Así, por ejemplo, en *Tristes*, además de calificarse a sí mismo como persona mayor (cuando tendría entre 52 y 55 años), y describirse teniendo que luchar contra las invasiones con un yelmo sobre sus blancos cabellos⁷²¹, el poeta escribe a la hija de su tercera esposa para advertirla de la llegada de la vejez, recomendándole que continúe con su carrera de poetisa. Pues sus obras (su ingenio) son lo único que no quedará afectado por la vejez:

“Desecha, pues, doctísima, todo pretexto de desidia y vuelve a las buenas artes y a tu sagrado cometido. Ese bello rostro tuyo se verá deteriorado con el transcurso de los años y una arruga senil aparecerá en tu vieja frente, y la dañina vejez, que llega con paso silencioso, pondrá la mano encima de tu belleza; sentirás dolor cuando alguien diga: «ésta fue hermosa», y te quejarás de que tu espejo sea engañoso. [...] Por decirlo brevemente: nada tenemos de inmortal, salvo los bienes del alma y los del ingenio”⁷²².



Página de título de la traducción francesa de la Metamorfosis de Ovidio realizada por N. Renouard, publicada en París por Mathieu Guillemot, 1606. © The Trustees of the British Museum.

⁷²¹ Ovidio, *Tristes*, Libro IV, 1, 70.

⁷²² Ovidio, *Tristes*, libro III, 7, 30.

Todo el tono de la obra, especialmente en sus últimas partes, es nostálgico y pesimista, con presencia de temas relacionados con la edad avanzada y la muerte. Así encontramos en el Libro IV la elegía 8, directamente dedicada a su “triste vejez”, que comienza:

“ya mis sienes se parecen a las plumas del cisne y la blanca vejez tiñe mis negros cabellos. Ya se acercan los años frágiles y la edad más inerte, y ya, débil como estoy, me resulta penoso el moverme”⁷²³.

Sin embargo, es muy probable que Ovidio exagere de forma interesada su situación, incluso física. Pues como hemos mencionado, un poco antes se describe con “la espada en el costado, el escudo en la mano izquierda y el yelmo sobre mis blancos cabellos”⁷²⁴, participando activamente en la defensa de la ciudad de Dacia donde está desterrado. Lo cual, además de poco creíble, resulta contradictorio con su supuesto estado. Durante toda la elegía, se dedica a relatar su situación, comparándola con cómo habría sido su vejez en Roma. Evidentemente, se imagina a sí mismo como un prestigioso intelectual, viviendo cómodamente una “plácida vejez” y no exiliado “en la peor edad”, lejos de su patria, en un lugar que describe como si fuera el fin del mundo (aunque en realidad era parte del territorio romano). Y lo acompaña de lamentos y adulaciones patéticas que llegan a justificar a quien lo mandó al exilio: “obligué a ensañarse conmigo al hombre más dulce que hay en el inmenso mundo y hasta su propia clemencia fue vencida por mis faltas”⁷²⁵, pues su intención era que el emperador o sus sucesores, se apiadaran de él y le perdonaran.

En otro momento, su discurso, en lo que se refiere a la vejez, es totalmente contradictorio. Ovidio confiesa, seguramente en un momento de mejor ánimo, que está bien y su cuerpo “antes incapaz de soportar las fatigas y enfermo, resiste y se ha endurecido” y que “la añosa vejez es eficaz contra los pequeños males, mientras que a los grandes el tiempo les añade inconvenientes”⁷²⁶. Entendemos que se refiere a que, mientras que está bien en lo físico, el exilio ha hecho mella en su espíritu. Y da fe de ello con una serie de ruegos y lamentos, incluso echando en cara a su mujer que no hace los suficiente por defender su causa en Roma. El sentimiento de soledad es innegable, y hay quien afirma que esto es una novedad en la poesía latina, y se mezcla con el tema de la enfermedad, la vejez y la muerte⁷²⁷.

En las *Ponticas* o *Cartas desde el Mar Negro*, el poeta vuelve a envolver sus versos en tristeza y patetismo, y retoma el tema de la vejez. Intenta que sus amigos intercedan ante el emperador. Por tanto, de nuevo, sus impresiones sobre la vejez han de tomarse con cautela, pues pueden estar llenas de exageraciones para presionar a aquellos a los que van dirigidos sus escritos. Así, Ovidio se describe a su esposa como “víctima” de los efectos de su vejez, especialmente los provocados por “la ansiedad del alma”:

“Ya mi edad, que va en declive, se ve rociada de canas y ya las arrugas de la vejez surcan mi rostro; ya el vigor y las fuerzas languidecen en mi deteriorado cuerpo y los juegos que me gustaban de joven ya no me agradan, y, si me vieras de pronto, no podrías

⁷²³ Ovidio, *Tristes*, Libro IV, 8, 1-5.

⁷²⁴ Ovidio, *Tristes*, Libro IV, 1, 70.

⁷²⁵ Ovidio, *Tristes*, Libro IV, 8, 35.

⁷²⁶ Ovidio, *Tristes*, Libro V, 2, 1-15.

⁷²⁷ González Vázquez, 1998, pp.43-44.

reconocerme, pues tan gran ruina se ha producido en mi vida. Reconozco que esto es efecto de los años, pero hay también otra causa: la ansiedad del alma y el incesante sufrimiento; pues, si alguien repartiera mis desgracias en un gran número de años, créeme, sería más viejo que Néstor de Pilos⁷²⁸.

El resto del escrito lo dedica a recordar sus penalidades, que, según él, fueron mucho más terribles que las de Jasón y los Argonautas (¡casi nada!), y a desear ser finalmente perdonado y regresar a Roma... algo que jamás ocurrió.

5.3.4.- Horacio: la repulsión más absoluta de la vejez

De Horacio (65-8 a.C.) conservamos todos los poemas que publicó. Se dice que fue la pobreza la que lo llevó a escribir poesía, pues su participación en la guerra civil, en el bando perdedor, le supuso la pérdida de sus bienes, aunque luego llegaría a ser uno de los principales poetas del régimen.

Entre las obras de Horacio, hay una dedicada a aconsejar a otros autores en el arte de escribir poesía y teatro: *Arte Poética*. En ella refleja su idea de cómo deben ser la representación de los



Entrada para la representación
de una obra de Horacio,
1799. © The Trustees of the
British Museum.

⁷²⁸ Ovidio, Pónticas, Libro I, 4, 1-10.

personajes. No puede ser más reveladora, según él hay que observar los comportamientos propios de cada edad, y en el caso de las personas mayores dice:

“Muchos son los inconvenientes que acosan al viejo, ya porque busca ganancias y, tras encontrarlas, el pobre no las toca y teme servirse de ellas; ya porque todo lo hace lleno de miedo y sin entusiasmo; a todo da largas y pospone las esperanzas; carece de iniciativa y se angustia por el futuro; intratable y gruñón, es dado a alabar el tiempo pasado, cuando él era niño, y a corregir y censurar a los jóvenes”⁷²⁹

Descripción llena de estereotipos y prejuicios (tacaño, temeroso, gruñón, conservador, enfrentado a los jóvenes, etc.) que el autor todavía remarca más al recomendar que “no ha de encomendarse a un joven un papel de viejo, ni a un muchacho el de hombre maduro; siempre habrá que atenerse a los caracteres propios de cada edad”⁷³⁰. Desgraciadamente, esta imagen y consejos se mantendrán vigentes durante muchos siglos en la literatura europea.

Ya tratamos en el apartado del maltrato económico los infames consejos que en las *Sátiras* de Horacio da el adivino Tiresias a Ulises para vivir de “cazar testamentos de viejos”⁷³¹, asociándose con otros si hace falta para engañar al “viejo chocho”⁷³², incluso entregándole su propia esposa.

En *Odas*, Horacio reflexiona, entre otros temas, sobre la fugacidad de la vida:

“¡Ay, qué deprisa, Postumo, Postumo, se van los años!; y la piedad no hará que se retrasen las arrugas, ni la vejez que acosa, ni la indomable muerte”⁷³³

Su oda 14 (libro II) es una pequeña lamentación por la muerte, de la que nadie puede librarse, y sobre lo que dejamos en la tierra para que lo disfruten otros.

En el libro IV de la misma obra, confiesa tener 50 años, lo que lo ha vuelto duro para Venus, la madre de los Cupidos, pues ya no le place: “mujer ni mozo alguno, ni la crédula esperanza de un amor correspondido; ni competir con las copas, ni ceñir de flores nuevas mi cabeza”⁷³⁴. Es decir, el poeta deja de lado todas sus pasiones excepto la poesía, y reflexiona sobre su papel como poeta y la inmortalidad de la poesía⁷³⁵.

También ahondará Horacio en el estereotipo de la bruja. Tanto en *Epodos* (3, 5 y 17) como en *Sátiras* (I.8; II,1; y II.8), hará alusión, siempre despectiva, a una bruja llamada Canidia. A ella y a otras brujas las representa mayores, feas, desdentadas, arrugadas, pálidas, canosas, con uñas largas, despreciables, capaces de asesinar niños en sus rituales. Igual que se ríe de ellas y las desprecia, difunde relatos para sembrar el miedo hacia ellas.

De hecho, Horacio es especialmente cruel con las mujeres mayores, como en la oda 25 (Libro I), en la que relata como a una prostituta de edad avanzada ya no tiene tantos pretendientes como

⁷²⁹ Horacio, *Arte Poética*, 165

⁷³⁰ Horacio, *Arte Poética*, 175

⁷³¹ Horacio, *Sátiras*, II, 5, 24

⁷³² Horacio, *Sátiras*, II, 5, 70.

⁷³³ Horacio, *Odas*, II, 14, 1.

⁷³⁴ Horacio, *Odas*, IV, 1, 30.

⁷³⁵ De luce, 1993, p. 236.

antes: “vieja y despreciada llorarás por los mujeriegos arrogantes”⁷³⁶. El autor parece regocijarse en su probable ruina y desgracia, y utiliza de forma despiadada el miedo a envejecer como arma arrojada. Algunos estudiosos entienden que es una oda muy característica, que hace sentirse incómodo al lector y destacan la inhumanidad del texto⁷³⁷.

En la oda 15 del Libro III Horacio se queja de las mujeres mayores que se comportan “como si fueran jóvenes” y aporta un detalle interesante: “pon coto de una vez a tus desmadres y a esos afanes tan mal vistos”⁷³⁸. Es decir, se trata de un comportamiento mal visto por la sociedad del momento, pero parece que únicamente por tratarse de una persona cuya edad está próxima a “un funeral, y no precisamente prematuro”⁷³⁹. Le recrimina que se comporte como su hija, que sí puede tener edad para “retozar como una corza en celo”⁷⁴⁰, en vez de dedicarse a tejer, que debe ser lo apropiado para las mujeres de su edad.

Donde más se percibirá la repulsión hacia las mujeres mayores será en la oda 13 del libro IV, donde Horacio dice a su supuesto antiguo amor (probablemente se trata de una ficción literaria): “te haces vieja y quieres, sin embargo, parecer hermosa; y andas de fiesta y bebes sin recato”⁷⁴¹. Sin embargo, Cupido está más pendiente de una joven, y no quiere saber nada de su ex amante porque: “afean tus dientes amarillos, tus arrugas y las nieves que cubren tu cabeza”⁷⁴². Le remarca que ni las ropas lujosas ni las joyas le devolverán a su juventud, que la vejez se llevó su encanto, su gracia y su belleza, hasta llegar “en edad a una decrepita corneja”, de la que se reirán los “mozos ardientes”.

No se quedan atrás algunos poemas publicados bajo el título de *Epodos*, donde también hay presencia de mujeres mayores. En uno de ellos describe con total desprecio a una mujer:

“¡Que me preguntes tú, que estás podrida por un siglo largo, qué es lo que enerva mis fuerzas, cuando tienes negros los dientes y con sus arrugas ara tu frente una vejez ya antigua, y entre tus áridas nalgas se abre algo así como el culo de una vaca descompuesta! Verdad es que me excitan tu pecho, tus tetas fofas como las ubres de una yegua, tu vientre blando, y tus muslos flacos, empalmados a unas piernas tumefactas”⁷⁴³.

No contento con expresar el más absoluto desprecio físico, le añade el desprecio intelectual: el poeta se burla de que la mujer tenga afición a las lecturas filosóficas, dando a entender que eso no le ayudan a obtener satisfacción sexual, que es lo único que a él le interesa de ella.

Hay algún otro epodo como el 12, que no se queda atrás en misoginia y grosería. Los estudiosos de Horacio creen que se habla de la misma mujer que en la anterior, aunque no nos resulte evidente. El protagonista reprocha de una manera absolutamente despiadada y grosera, su olor y su maquillaje:

⁷³⁶ Horacio, Odas, I, 25, 5-10.

⁷³⁷ Anderson, 1999, p.v86.

⁷³⁸ Horacio, Odas, III, 15, 1.

⁷³⁹ Horacio, Odas, III, 15, 1.

⁷⁴⁰ Horacio, Odas, III, 15, 10.

⁷⁴¹ Horacio, Odas, IV, 13, 1.

⁷⁴² Horacio, Odas, IV, 13, 10.

⁷⁴³ Horacio, Epodos, 8, 1-10.

“pues yo huelo, fino como nadie, si acaso un pulpo o un cabrón hediondo se cobijan en un sobaco hirsuto; y mejor de lo que un perro sagaz ventea el escondite de un cochino. ¡Que sudor y que peste brota de todas las partes de su cuerpo, cuando con mi miembro claudicante se afana en sosegar su furia desbocada; y al empaparse de sudor ya no le duran la tiza de la cara ni el colorete de cagajón de cocodrilo...”⁷⁴⁴.

En esta ocasión, la mujer se defiende y de manera bastante explícita le dice “que cuando yo buscaba a un toro me puso delante a un impotente”⁷⁴⁵. Se lamenta de haberle hecho regalos y haber dejado, por su culpa, a otro amante mucho mejor dotado.

Según los especialistas⁷⁴⁶, ambos poemas han causado especial sensación y estupor entre lectores, traductores y estudiosos, calificándolos incluso de repulsivos. Por tanto, no es raro que hayan sido censurados por algunos, como es el caso de Menéndez Pelayo, suprimiéndolos de forma deliberada de sus recopilaciones.

No le sorprende a Minois la repulsión que Horacio parece tener hacia la vejez, pues cree que el poeta es un hombre delicado y refinado, amante de la belleza, y por tanto aparta públicamente la vista hacia de decrepitud, y convierte a las mujeres mayores en el emblema de la fealdad absoluta, un insulto para los sentidos, sobre todo cuando la mujer se obstina en querer inspirar amor⁷⁴⁷.

Tampoco ha pasado desapercibido para los estudiosos de la literatura latina, que Horacio nunca retrata a un hombre joven de forma tan negativa como lo hace con los que son mayores⁷⁴⁸. Aunque Minois cree que para encontrar un encarnizamiento parecido hay que trasladarse al Renacimiento, quince siglos más tarde, cuando los temas de la Antigüedad clásica vuelvan a ponerse de moda y el culto a la belleza terrenal lleve a destruir toda representación de la fealdad⁷⁴⁹.

Por todo lo que hemos reflejado, nos resulta chocante encontrar a Horacio descrito por grandes especialistas como “uno de los hombres más agradables, urbanos, graciosos, tolerantes observadores, amantes de las cosas buenas de la vida y se su país que podemos imaginar”⁷⁵⁰, lo que contrasta con su crueldad con las personas mayores, el uso y abuso de estereotipos y prejuicios hacia ellos y su misoginia. Seguramente eso era algo considerado sin importancia en el mundo romano, y quizá también en parte del mundo académico, al menos hasta el siglo XX. Desgraciadamente, ni lo uno ni lo otro nos sorprende.

Además, estamos de acuerdo con quienes señalan que Horacio es especialmente brutal con aquellas mujeres que escapan al control masculino, a las que somete a furibundas represalias. Para él no existe una mujer que sea digna de alabanza por sus acciones o por su sabiduría. Ni

⁷⁴⁴ Horacio, Epodos, 12, 5-10.

⁷⁴⁵ Horacio, Epodos, 12, 15.

⁷⁴⁶ Suarez Martínez, 1994, p. 49.

⁷⁴⁷ Minois, 1989, pp.138.

⁷⁴⁸ De luce, 1993, p. 231.

⁷⁴⁹ Minois, 1989, pp.139-140.

⁷⁵⁰ Howatson, 1991, Horacio.

que decir tiene que, con las mujeres mayores, es doblemente cruel, haciendo uso de todos los estereotipos edadistas romanos.

No obstante, conviene advertir que algunas de las sátiras de Juvenal tampoco se quedan atrás en lo negativo, incorporando además un marcado componente nacionalista y xenófobo, plenamente característico del género satírico en su época.

5.3.5.- Virgilio y los “frágiles ancianos” de la Eneida

Del poeta Publio Virgilio Marón (70 a. C.-19 a. C.), nos interesa especialmente su principal obra: el poema épico *Eneida*. Para los expertos, está en deuda con Homero, pues parece que la primera parte de la *Eneida* está basada en la *Odisea* y la segunda en la *Ilíada*, además infinidad de paisajes, descripciones, situaciones, trances, enumeraciones y recursos estilísticos del poeta latino están inspirados en las epopeyas homéricas⁷⁵¹.

En la *Eneida*, en varias ocasiones, se pone de relieve las limitaciones físicas de la vejez y su cercanía a la muerte. De nuevo, la vejez va siempre acompañada de adjetivos negativos: tartamuda, envidiosa, triste, decrepita, indolente. Algunos de los personajes principales los conocemos de las obras de Homero; por ejemplo, Virgilio narra de forma lastimosa la muerte del rey Príamo y lo dibuja⁷⁵² como un hombre mayor incapaz, que intenta usar su armadura “en torno de sus hombros temblorosos por la edad” y su “espada ineficaz”, “vestido con sus armas

La muerte de Príamo representada en una ánfora griega del siglo VI a.C.
© 2021
GrandPalaisRmn (museo del Louvre) / Tony Querrec



⁷⁵¹ de Riquer y Valverde, 2007, pp. 116.

⁷⁵² Virgilio, *Eneida*, Libro II, 505 y ss.



Gema tallada con escena de Eneas y su familia huyendo de Troya, puede verse a Anquises sobre los hombros de Eneas. Hacia el año 20 a. C. Museo J. Paul Getty

Denario de plata de Julio Cesa (representando a Eneas llevando a Anquises en su hombro) 47-46 a.C. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York

de mozo” que solo puede disparar “sin brío su lanza inofensiva”. Debido a su edad avanzada, no es capaz de salvar a su familia ni de salvarse a sí mismo, y muere de forma brutal y humillante. Cada una de las dos principales estirpes de la *Eneida* (troyanos y latinos) tienen a un hombre mayor a su cabeza. El primero, Anquises, padre de Eneas⁷⁵³, juega un papel fundamental a lo largo de la obra. Es muy significativo que Anquises tampoco sea capaz de escapar de Troya por sí mismo, por su propio pie, sino que, a pesar de ser un héroe militar, tiene que ser su hijo quien lo salva de morir, transportándolo sobre su hombro como si fuera un saco. La imagen lastimosa de indefensión, fragilidad e incapacidad de Anquises permanecerá durante siglos y la encontraremos en diversas representaciones a lo largo de la historia occidental: literatura, pintura, escultura (incluso Bernini hará un grupo escultórico con este tema), numismática, etc.

Lo curioso es que incluso después de muerto, su figura sigue presente, guiando a Eneas (es decir teniendo un papel relevante). Sin embargo, a este se le adjetiva⁷⁵⁴ como “caduco”, “sin fuerzas”, “anciano”, a pesar de que es juntamente con su hijo el líder de la expedición. En el Libro VI, Anquises, ya fallecido, se aparece a Eneas en el inframundo, donde le muestra el futuro de Roma y su destino.

⁷⁵³ El protagonista de la *Eneida*, príncipe troyano, hijo también de la diosa Venus (Afrodita para los griegos). Rómulo y Remo serán sus descendientes, por tanto, según Virgilio, es el fundador del linaje que dará origen a Roma.

⁷⁵⁴ Virgilio, *Eneida*, Libro VI, 110.

Se discute, ya desde la Antigüedad, el motivo por el cual Virgilio “mata” a Anquises antes que en otras versiones de la misma historia, y se cree que puede ser para dar una mayor relevancia a Eneas, para que sea el líder único de los suyos⁷⁵⁵. Por tanto, en este sentido puede ser una suerte de reconocimiento de la figura del padre, que incluso después de muerto, en forma de espíritu, continúa compartiendo su sabiduría con su hijo (de hecho, es mencionado muchas más veces en el texto una vez muerto que cuando estaba vivo), pero siempre en un segundo plano, ya sea porque es frágil, o porque está muerto, sin hacer nunca sombra al hijo.

También resulta paradójico que en la *Eneida* se destaque la dependencia de Anquises supuestamente motivada por la edad, pues, aunque tradicionalmente se ha dicho⁷⁵⁶ que Anquises había sido castigado por Júpiter con la ceguera, o con parálisis, por revelar que Eneas era hijo de Venus, en la *Eneida* no es ciego, ni tiene problemas físicos derivados de un castigo, sino que su situación parece recalcarse que proviene de la vejez.

En definitiva, aunque Virgilio concede a la vejez, o al menos a Anquises, el reconocimiento como fuente de sabiduría, lo acompaña de dependencia física y fragilidad. Llevada al extremo cuando Eneas tiene que cargar físicamente con su padre para poder escapar de Troya, acto que tiene una gran carga simbólica. Lo uno y lo otro son estereotipos: ni la vejez asegura la sabiduría, ni muchísimo menos es sinónimo necesario de dependencia.



Eneas y Anquises. Grabado de A. Tempesta, 1606. El tema de Anquises salvando a su padre de la destrucción de Troya, será muy recurrente, tanto en época griega, como romana y posterior.

⁷⁵⁵ Cristobal, 1997, p. 41.

⁷⁵⁶ Cristobal, 1997, p. 42.

El hombre que encabeza la otra estirpe, el rey Latino, es otro personaje mayor, “el de edad más venerable y el primero en el mando”⁷⁵⁷. Es el rey del otro gran pueblo de la Eneida: los latinos. Descendiente de Saturno, su hija Lavinia está predestinada a casarse con Eneas y unir así a ambos pueblos. Sus símbolos⁷⁵⁸ coinciden con los que tendría un rey romano. Sin embargo, es dibujado también como un anciano impotente, un monarca que no puede convencer ni siquiera a los que le rodean de que le ha sido revelado lo que ocurrirá, y que serán castigados incluso con la muerte.

Latino, es un personaje clave de la obra, ignorado por todos, se encierra en su palacio, y su papel será de negociador, intentando desde el primer momento acordar la paz entre los troyanos y los itálicos. Su poder es tan frágil que sus propios guerreros no respetan los pactos a los que él ha llegado con Eneas y tiene que huir⁷⁵⁹. Solo será posible la paz tras la muerte de Turno, rey de los rútilos y pretendiente de Lavinia, en combate individual con Eneas (algo que Latino tampoco consigue evitar).

Comparados con los personajes creados por Homero, los de Virgilio son extremadamente frágiles, parece pesarles mucho más la vejez: el Príamo que refleja la *Eneida* apenas se sostiene y muere de forma patética, Anquises tiene que ser llevado a hombros para salvarse y Latino es un rey al que nadie hace caso.

Ya en época romana se utilizó políticamente la imagen de Eneas y Anquises huyendo de Troya, para justificar que los romanos invadiesen el territorio griego, pues los romanos eran descendientes, según Virgilio, de los troyanos, y era justo vengar la supuesta afrenta recibida siglos atrás. Incluso en el Museo Nacional Romano de Mérida pueden verse los restos de un grupo escultórico que se cree representaba la escena de la huida de Troya. Aunque se encontró en Mérida, se cree que podría ser una copia del que Augusto ordenó erigir en el Foro Romano.

5.3.6.-Juvenal: ¿el último romano edadista?

Juvenal fue un poeta romano que vivió del año 60 al 128 de nuestra era, autor de dieciséis sátiras. Se sabe poco sobre su vida, y la escasa información disponible sigue siendo objeto de discusión.

Bieler⁷⁶⁰ cree que para Juvenal la misión del arte es la exposición de lo actual, de la realidad desnuda, que él, por supuesto, caricaturiza grotescamente desde la moral convencional y conservadora del provinciano, pues nació en el campo y era plebeyo de condición, por lo que lo que ve en la ciudad, especialmente en Roma, le repugna. Precisamente eso, y que trate el tema de la vejez, es lo que lo hace atractivo para nosotros.

⁷⁵⁷ Virgilio, Eneida, Libro XI, 235.

⁷⁵⁸ Virgilio, Eneida, Libro VII, 170.

⁷⁵⁹ Virgilio, Eneida, Libro XII, 215 y ss.

⁷⁶⁰ Bieler, 1992, p. 276.

Sorprende la intensidad de la misoginia⁷⁶¹, el edadismo, la xenofobia e incluso la homofobia que recorre toda su obra. Supera a prácticamente cualquier otro autor de su tiempo, aunque como vimos, podría rivalizar con Horacio, y hay quien sostiene que también con Marcial⁷⁶².

Sus sátiras pueden ofrecer indicios sobre la sociedad romana, aunque conviene recordar que no deben tomarse literalmente. Nos centraremos especialmente en la sátira X, que merece ser reproducida al menos parcialmente:

“Pero, ¡de cuán grandes e ininterrumpidos males está
llena una vejez larga! Observa ante todo el rostro deforme, estropeado
y sin sombra de parecido, el pellejo reseco en vez de piel,
las mejillas abotargadas y esas arrugas iguales que las que,
cuando Tábraca abre sus sotos envueltos en las sombras,
esculpe una mona ya madre en su boca de vieja.
Las diferencias entre los jóvenes son muchas, aquél es más guapo
que éste y ése que el otro, éste es mucho más fuerte que aquél.
La pinta de los viejos es una misma: miembros y voz temblorosos,
la cabeza sin un pelo ya y la nariz humedecida como los niños”⁷⁶³.

Obsérvese la carga de tópicos y prejuicios. No solo el desprecio con el que se habla de la vejez, sino que reconoce que los jóvenes no son todos iguales, pero sorprendentemente no se reconoce lo mismo a las personas mayores, sobre las que se recalca que son todos iguales, y por si fuera poco, se hace alusión a que comparten características con los niños.

La sátira continúa recreándose en un compendio de “males de la vejez”, describiendo de forma descarnada todo lo malo que le tribuye a la edad avanzada, desde “partir el pan con la encía sin dientes”⁷⁶⁴ hasta tener que “pagar el castigo de vivir mucho” teniendo que asistir a los entierros de hijos, esposa y hermanos. El catálogo incluye problemas físicos, sordera, ceguera, enfermedades de toda especie, impotencia sexual (de la que además se burla groseramente el poeta). Curiosamente, como ya hemos señalado anteriormente, encontramos una alusión a los “cazadores de herencias” (y no es la única en esta obra), y también un amargo lamento por los que sufren demencia.

Juvenal se hace eco de hombres mayores que tuvieron una larga vejez como Peleo, Laertes, Príamo. Y también refuerza su visión negativa con ejemplos de aquellos que padecieron al final

⁷⁶¹ Sobre este aspecto resulta muy ilustrativo (Méndez Santiago, 2024).

⁷⁶² Blázquez, 2006, pp. 55-72.

⁷⁶³ Juvenal, Sátiras, X, 190-200.

⁷⁶⁴ Juvenal, Sátiras, X, 200.

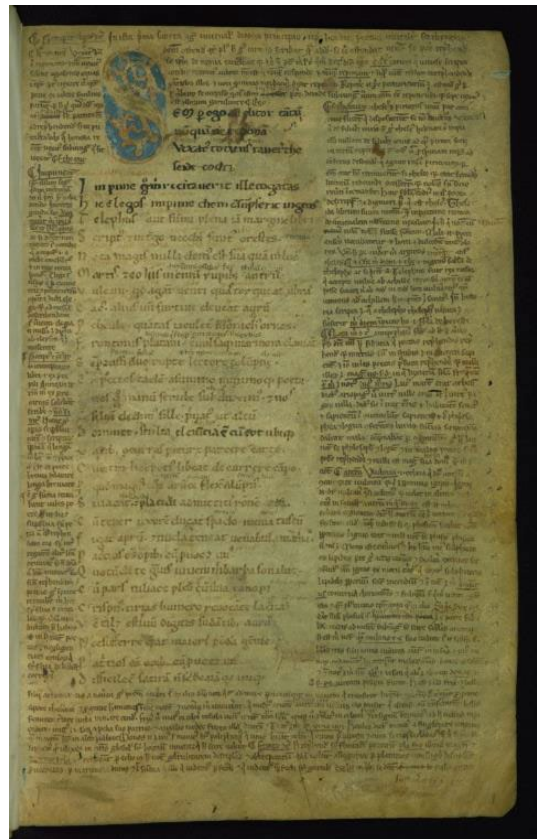
de sus vidas los peores años: Mitrídates, Crespo, Mario, Pompeyo. Era lógico que Juvenal, en su argumentación, nombrara personajes del pasado, pues el emperador Domiciano había prohibido cualquier escrito que se pudiera interpretar como un ataque a una persona distinguida que estuviera viva, pero los lectores de Juvenal lo tenían claro y entendían que se hablaba de actualidad⁷⁶⁵.

También en la sátira VI, considerada como el prototipo de literatura misógina⁷⁶⁶, Juvenal vuelve a generalizar con desprecio hacia todas las mujeres: presumidas, altaneras, derrochonas, borrachas, libertinas, viciosas, adúlteras, embusteras, entrometidas, interesadas, tiranas... son todas iguales, son las fuentes de todos los males y ninguna es buena. Por supuesto, las peores son las mujeres mayores, que, según él, pretenden seguir comportándose como jóvenes y transmiten sus defectos a las nuevas generaciones: “para una vieja desvergonzada es útil echar al mundo a una hijita desvergonzada”⁷⁶⁷.

Nada semejante se dice de los hombres, si acaso los toma por víctimas de sus mujeres y les recomienda cambiar a su esposa por una mujer más joven: “Ya nos resultas gravosa, y te sueñas mucho los mocos. Lárgate cuanto antes, date prisa, ha llegado otra con la nariz seca”⁷⁶⁸ (la “nariz húmeda” es sinónimo de vejez, mientras que la “nariz seca” lo es de juventud).

Un pasaje curioso aparece en la Sátira XIII: “La maldad era sorprendente en aquella época en la que consideraban enorme sacrilegio, digno de expiarse con la muerte, si un joven no se levantaba en presencia de un anciano”. Evidentemente es una exageración, no hay constancia alguna de la existencia de dicho precepto, más bien todo lo contrario. Evidentemente no creemos que nadie fuera ejecutado por tal conducta, y nos resulta muy significativo que traiga como “ejemplo de maldad” sobrepasarse en el castigo por faltarle el respeto a una persona mayor. Es un ejemplo bastante retorcido que pone de nuevo en la picota a las personas mayores.

Para Minois⁷⁶⁹, Juvenal es el último del mundo romano en maltratar sistemáticamente a las personas mayores, y en caricaturizar sus debilidades y su fealdad. Nosotros, más que “el último”, entendemos que es el último de la época de los que tenemos constancia que escribió de forma



Edición de las Sátiras de Juvenal, último cuarto del siglo XII. Museo Walters de Arte (Baltimore).

⁷⁶⁵ von Albrecht, 1999, p.944.

⁷⁶⁶ de Riquer y Valverde, 2007, p. 128.

⁷⁶⁷ Juvenal, Sátiras, VI, 240.

⁷⁶⁸ Juvenal, Sátiras, VI, 145.

⁷⁶⁹ Minois, 1989, p.144.

significativamente negativa sobre las personas mayores y la vejez, y que a la vez gozó de gran predicamento e influencia en la literatura romana y posterior. Aunque evidentemente (o afortunadamente) no por haber escrito de este tema. Pues, aunque quizá con menor intensidad, pero también hubo algún otro autor romano posterior que manifestó en sus obras algunos estereotipos y prejuicios edadistas, como Apuleyo en *El asno de oro*.

5.4.- La vejez en el arte plástico romano

A veces se trata al arte romano como si solo fuera la continuación del arte griego y no hubiera existido aportación alguna por parte de Roma. Evidentemente esto es absurdo: no hay civilización que no haya dejado su impronta en el arte y que no nos diga cosas de sus particularidades sociales y sus formas de ver y vivir ciertas circunstancias, la vejez es una de ellas.

Es cierto que fundaron su propio imperio sobre las ruinas de los reinos helenísticos, que la mayoría de los artistas que trabajaron en Roma fueron griegos, y la mayoría de los coleccionistas romanos adquirirían obras de grandes maestros de Grecia, o copias de ellas; sin embargo, el arte cambió, en cierta medida, cuando Roma se convirtió en dueña del mundo⁷⁷⁰.

Se dice que los romanos, en general, eran más prácticos que los griegos, y conciben el arte como propaganda. Además, como señala de la Peña Gómez, sus dioses (aunque de origen griego) ya no son transposiciones de la naturaleza como en Egipto, ni de lo humano como en Grecia, ni



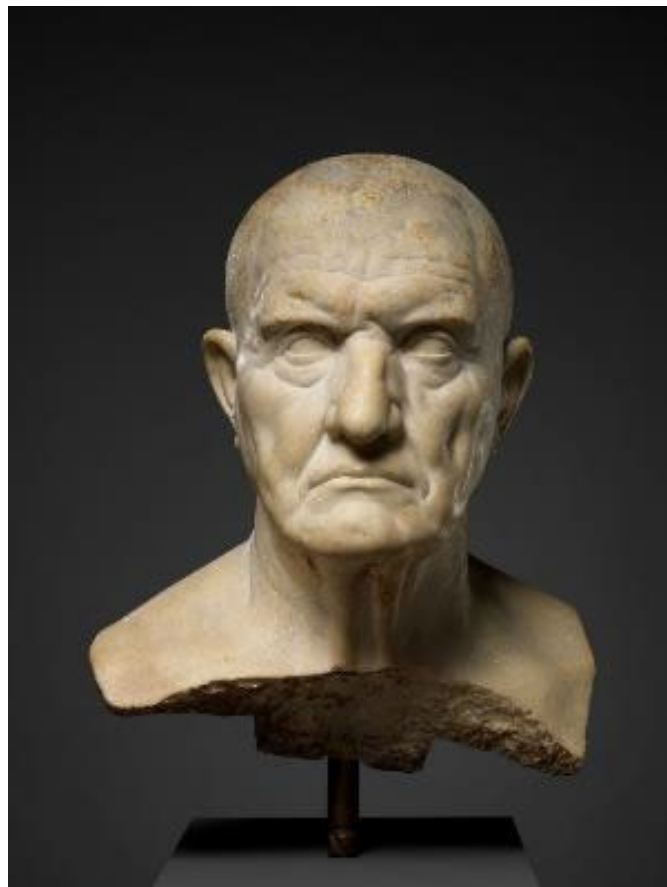
*Busto de mármol de un hombre mayor
(siglo II d.C.).
Museo Metropolitano de Arte de Nueva
York.*

⁷⁷⁰ Gombrich, 2008, p. 116.

tampoco se circunscriben a determinados lugares. Son auténticos motores de la historia, pues sus acciones cambian el curso de los acontecimientos, en esto radica el verdadero sentido de lo religioso para ellos: al cumplir la voluntad de los dioses el hombre impone un orden rector en la naturaleza y, así, interviene activamente en la historia⁷⁷¹. E indica que así se explica la tendencia del arte romano hacia el realismo y, dentro de éste, la importancia del retrato, en el que el rostro deja constancia del momento presente y de lo individual.

Como en el resto de las civilizaciones antiguas, las personas mayores están infrarrepresentadas en el arte romano, aunque el realismo que imperó en algunos momentos no tuvo pudor en mostrar algunos rasgos de la vejez, desde luego mucho más que en épocas anteriores, y no necesariamente desde una visión negativa. Y aunque también existe edadismo en el arte romano, este no parece tan pronunciado como en otros ámbitos, lo que ha llevado a algunos a afirmar que “el único terreno en el cual los romanos han tratado siempre bien a la vejez es en el arte”⁷⁷².

Este interés romano por el realismo y lo individual se expresa, en parte, en el arte escultórico, uno de los medios artísticos más destacados de Roma. En concreto, la escultura romana tiene su base en la griega, con un importante aporte etrusco, se caracteriza por una notable capacidad expresiva. Dentro de ella se destaca el retrato y el relieve histórico como los dos modos de



*Busto de mármol de un hombre mayor
(mediados del siglo I d.C.).
Museo Metropolitano de Arte
de Nueva York.*

⁷⁷¹ de la Peña Gómez, 2008, p. 32.

⁷⁷² Minois, 1987, p. 155.



Retrato de mármol de un hombre procedente de un relieve funerario, finales del siglo I a.C. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

expresión más originales del artista romano; pues el interés por el realismo y la veracidad de los hechos históricos supone una superación de la forma de narrar de los griegos, siempre involucrados en temas mitológicos⁷⁷³.

En época romana encontramos también las estatuas de hombres y mujeres mayores representando a vendedoras, mujeres ebrias, campesinos y pescadores. Es más, como ya hemos señalado, conocemos esas estatuas griegas gracias a sus copias romanas (recordemos la carta de Plinio el Joven a su amigo contándole la compra de una de estas estatuas).

5.4.1.- El retrato romano: del “verismo” al edadismo de Augusto

Se considera que el retrato romano era tan popular por la influencia de la costumbre de llevar imágenes de los antepasados moldeadas en cera en las procesiones funerarias romanas, quizás en relación con aquella creencia del Egipto antiguo de que la imagen de las personas conserva su alma. En definitiva, por el deseo de recordar a los antepasados, quienes desempeñaban un papel importante en las costumbres e incluso en el derecho romano.

A diferencia de lo que ocurría en Grecia, en Roma encontramos con mucha más frecuencia retratos escultóricos en los que se muestran con claridad rasgos como arrugas, calvicie, barba, patas de gallo, surcos naso labiales, carnes flácidas, costillas visibles, cuerpos muy delgados, etc.

Algunas de estas características, como las arrugas (incluidas las patas de gallo, las arrugas de la frente, las naso labiales, etc.) eran mucho menos frecuentes en la escultura griega.

⁷⁷³ Nieto Alcaide *et al*, 2000, p. 40.

Especialmente se dieron en la escultura de retratos a partir del periodo republicano, cuando el número, la ubicación y la profundidad de las arrugas indicaban el paso de la mediana edad a la vejez⁷⁷⁴. Otras, no son sistemáticamente un signo de vejez; por ejemplo, se representa casi siempre a los hombres mayores con barba, pero no todos los hombres con barba eran necesariamente mayores.

Las carnes flácidas, presentes ya en el periodo helenístico, se volvieron más frecuentes en época romana. A partir del periodo republicano es frecuente ver papadas caídas y mejillas hundidas. Matheson señala que, a partir del siglo II d.C., los pechos colgantes en mujeres, así como músculos abdominales y pectorales flácidos en hombres, se convirtieron en una característica habitual de los retratos corporales conservados⁷⁷⁵.

Hay quien llama a estas obras “veristas” o “realistas”, pues creen que se ajustan más a la realidad, y califican a esos personajes como viejos, arrugados y sucios, e imágenes más cercanas a la realidad que se puede pensar⁷⁷⁶.

Es muy interesante la reflexión de Beard y Henderson⁷⁷⁷ sobre qué condiciones debieron precipitar este verismo. Una hipótesis es que fueron los artistas griegos, al menos inicialmente, quienes proporcionaron las técnicas que dieron lugar a esas imágenes distintivas de los romanos, y de las caras espectacularmente convincentes. Otra hipótesis sugiere que las representaciones realistas eran realmente producto de una tendencia, dentro de la misma estética griega, pues ya el arte helenístico, como habíamos visto, había superado el marco de la idealización clásica y comenzaba a explorar los extremos de la edad (recordemos a los pescadores o a las “viejas borrachas”).

Pero quizá lo más interesante de su planteamiento es que, evidentemente, no tenemos ni idea si esa obra “verista” está respondiendo o no a la realidad, porque cuando alguien solicita un retrato, está haciendo una declaración sobre sí mismo, y cuando catalogamos cualquier imagen como “realista”, en realidad no estamos hablando de una cualidad inherente al retrato, sino sobre cómo se ha elegido verlo, el “realismo” igual que el “idealismo”, es en sí mismo una estrategia de representación y respuesta⁷⁷⁸.

Hay quien dice que la etiqueta de “verismo”, creada en el siglo XIX, es un tanto engañosa, pues seguramente han sido imágenes tan idealizadas como las griegas, pero “idealizadas de una manera diferente”, haciendo de la edad una virtud deliberada y teniendo la apariencia “fea” de los republicanos romanos significado ideológico y político⁷⁷⁹. Algunas opiniones recalcan que lo habitual de estas representaciones es que fueran encargadas en la vejez o después de la muerte y reflejaban una diferencia fundamental entre las tradiciones romana y griega, pues en este caso

⁷⁷⁴ Matheson, 2022a, p. 35.

⁷⁷⁵ Matheson, 2022a, p. 37.

⁷⁷⁶ Beard y Henderson, 2002, p. 305.

⁷⁷⁷ Beard y Henderson, 2002, p. 306.

⁷⁷⁸ Beard y Henderson, 2002, p. 306-307.

⁷⁷⁹ Squire, 2011, 128-129.

**Busto conocido como “El Panadero”,
siglo I d.C. Museo Nacional de Arte
Romano de Mérida. Foto: José Luis
Sánchez Rodríguez**



eran “un fragmento de vida, una biografía esculpida, un *cursus honorum* del hombre muerto, un registro de su vida”⁷⁸⁰.

Ciertamente entendemos que ese “verismo” de los retratos son una expresión de valores romanos concretos, muchos de ellos se hacían representar como personas mayores, serias, experimentadas, con un rostro que reflejase la “vida dura” que habían tenido. Aunque alguien que podía costearse un retrato tenía, lógicamente, una definición de “vida dura” muy distinta a la de un romano cualquiera: su “vida dura” podía referirse, por ejemplo, a largos años comandando un ejército alejado de su hogar, dirigiendo un gran negocio, o una vida entera dedicada a la política. Y es de suponer que si se deseaba representar a un antepasado, se querían reflejar esos mismos valores y dejar claro que se descendía de alguien “respetable”.

Sin duda estas representaciones debían dar prestigio y presencia política, pues dado el coste que tendrían, es muy poco probable que alguien encargara o aceptara una escultura para “salir mal” en ella, reflejar algo negativo de un familiar. Seguramente existían modelos más o menos convencionales de lo que debía ser el “ciudadano modélico”, y la austeridad, la seriedad, la rectitud, etc., formaban parte de este modelo. Incluso hay quien afirma que, especialmente en el occidente romano, el elogio de la vejez en los retratos era un sinónimo de funcionario eficaz⁷⁸¹. Es decir, respondía a decisiones concretas y a una estrategia iconográfica.

⁷⁸⁰ Strong, 1988, p. 44.

⁷⁸¹ Fejner, 2008, p. 263.

A lo largo del periodo romano se van a suceder momentos en los que primará el verismo, a la vez que en otros lugares o grupos sociales los retratos adoptarán más un estilo idealizado. Al igual que convivirá el verismo en ciertos grupos, clases sociales o lugares, mientras que el emperador y su círculo se mostrarán frecuentemente de forma absolutamente idealizada. Es decir, la escultura romana experimenta a lo largo de su historia un movimiento pendular entre el verismo y el idealismo clasicista al estilo griego, dependiendo de la época, el contexto social e incluso la geografía.

Podemos encontrar ejemplares “veristas” en casi cualquier museo con piezas romanas. Encontramos bustos de filósofos, escritores, militares, políticos, etc. Muchos de los bustos conservados son en realidad copias realizadas por los propios romanos a lo largo de los siglos, respondiendo a un modelo inicial y, por tanto, sin tener necesariamente en cuenta la moda del momento en que fueron copiados.

Precisamente la existencia de estos retratos veristas, que no temen representar la vejez, contrasta fuertemente con el edadismo romano que, por ejemplo, veremos con la llegada de Augusto (63 a. C.–14 d. C.), pues se va a imponer una imagen del emperador siempre joven, esculpido en todo su esplendor, independientemente de la edad real que tuviera. Aunque algunos historiadores no hablan de un emperador joven, sino de una imagen “atemporal” o “sin una edad concreta”, como si los seres humanos pudieran dejar de tener edad en algún momento. Algunos autores sostienen que esto se debe a que los méritos de Augusto habían sido logrados de joven, y por tanto eran su “yo más joven” el que se recordaría y aparecería en monedas, estatuas y monumentos, de hecho tuvo numerosas enfermedades en sus últimos años y ni siquiera podía acudir al Senado, trasladándose el centro del poder al palacio imperial, por lo que se hizo cada vez menos visible⁷⁸².

Seguramente el romano medio deseaba que su emperador fuera joven y poderoso físicamente, o al menos Augusto y su entorno entendían que había que representarse así para dar una mejor imagen. Algunos cálculos sugieren que se llegaron a realizar entre 25.000 y 50.000 retratos de Augusto, en su mayoría durante su vida, aunque solo han llegado a nosotros unos 200⁷⁸³.

Como señala Squire, Augusto sabía que para alcanzar sus objetivos era necesario proyectar una imagen exitosa, haciendo alarde de su juventud, volviéndose más joven e idealizado, aunque en la realidad tuviera 70 años y signos de decrepitud; pero en un mundo sin medios de comunicación modernos ni redes sociales, la edad y el aspecto reales no importaba y el retrato del emperador era lo más cercano que podía estar la mayoría de la gente de él⁷⁸⁴. Reflejos indiscutibles del edadismo romano, que nos recuerdan las estatuas de los faraones siempre jóvenes, o a Néstor, haciéndose valer por sus éxitos de juventud, cuando, como Augusto, ya era un hombre mayor (recordemos que Augusto murió el 14 d.C. con 75 años).

⁷⁸² Harlow y Laurence, 2017, pp. 129-131

⁷⁸³ Fejner, 2008, p. 420.

⁷⁸⁴ Squire, 2011, 134.



Recopilación de bustos, monedas, cabezas y estatuas de Augusto, podríamos recopilar centenares y no encontraremos en ellas signos de edad avanzada, aunque vivió 75 años.

1.-Cabeza de Augusto. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

2.- Aureo de Augusto, 20–19 a. C. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

3.- Cabeza del emperador Augusto, 14-37 d.C. © Archivo Fotográfico Museo Nacional del Prado.

4.- Estatua de Augusto de Prima Porta. Museos Vaticanos.

5.- Retrato de la cabeza de Augusto, 25–1 a. C. Museo J. Paul Getty.

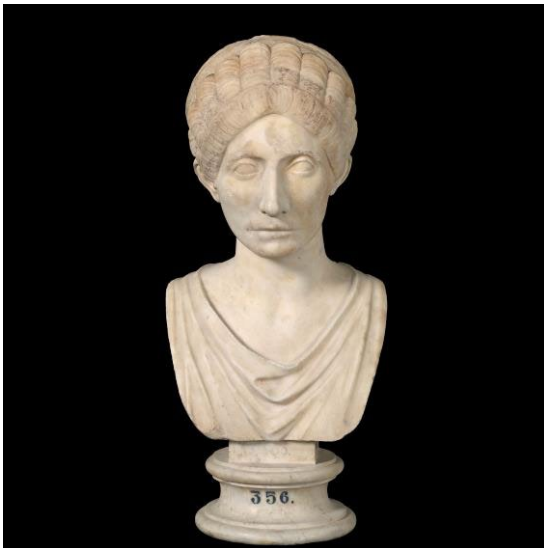
6.- Cabeza de Augusto velado, siglo I d.C. Museo Nacional de Arte Romano de Mérida. Foto: Lorenzo Plana Torres

Y aunque existieron otros retratos, el llamado *Augusto de Pima Porta* se convirtió en el modelo de estatua imperial de mayor éxito, se cree que es el más repetido y copiado tanto en lo que se refiere al número de copias supervivientes, su amplia distribución geográfica y cronológica, y el impacto que tendría en el estilo de los retratos imperiales posteriores⁷⁸⁵. Es evidente la influencia de una presencia tan abrumadora de una imagen políticamente premeditada y dirigida, entre otras cosas para identificar juventud con el poder absoluto.

Era frecuente que los cuerpos se hicieran por separado, idealizados o con ciertos signos convencionales característicos de la posición social que ocupaban. Por tanto, no era raro que el cuerpo no correspondiera al físico real de la persona representada, sino que fuera algo simbólico. Incluso podemos encontrar cuerpos atléticos, sin ningún signo de vejez, con cabezas de personas muy mayores. Y aunque a nosotros puede chocarnos, algunos autores sostienen que probablemente para un espectador romano no ocurría así, pues para ellos el cuerpo era principalmente un medio para exhibir el rango y el papel público del honorable, y por esta razón no esperaban que el cuerpo de la estatua tuviera una similitud física con el cuerpo de la persona representada⁷⁸⁶.



Busto de una mujer mayor, 25–1 a. C. Museo J. Paul Getty



*Matrona romana. 85-120 d.C.
© Archivo Fotográfico Museo Nacional del Prado*

En lo que respecta a las mujeres romanas, existen varias representaciones de matronas (mujer ciudadana romana casada con otro ciudadano) mayores. Sin duda, la parte más llamativas de los retratos femeninos eran los peinados. Incluso hay quien cree que este podía ser la única parte de su imagen estatuaria que correspondía a su apariencia en la vida real, pues el peinado constituía un elemento importante en el estatus y estilo de vida de una mujer romana y los peinados de las mujeres se volvieron cada vez más lujosos y elaborados en el primer siglo⁷⁸⁷. En el Museo del Prado hay un excelente ejemplar de una matrona romana, descrito por Shröder como el de una mujer

⁷⁸⁵ Fejner, 2008, p. 417-418.

⁷⁸⁶ Fejner, 2008, p. 205.

⁷⁸⁷ Fejner, 2008, p. 352.

entrada en años que delata seguridad en sí misma, que impresiona por su realismo dosificado, reseñando su complejo peinado, que delata su sofisticado estilo de vida, propio de la burguesía acomodada y datándolo hacia el 69-79 d.C. en un momento de vuelta al realismo⁷⁸⁸.

Las estelas funerarias es otra vía útil para aproximarse al retrato romano. Sin embargo, en la mayoría de los casos se desconoce la edad del difunto y hemos de guiarnos por el aspecto. Habitualmente los hombres se muestran más envejecidos que las mujeres, pero no sabemos si esto responde a la realidad. Hay autores⁷⁸⁹ que defienden que era habitual los matrimonios con diferencias de edad significativa, o que se trataba de una intención concreta, por ejemplo, representando a los hombres con rasgos de personas más mayores de lo que realmente eran, o al contrario, a las mujeres más jóvenes de lo que eran. Hay quien justifica la diferente representación, en las tumbas romanas, en que a la mujer se la representa con rasgos suaves y regulares, carentes de expresión, para encarnar el ideal republicano de la mujer obediente⁷⁹⁰.

Traemos aquí varios ejemplos. El primero contiene dos bustos-retrato (aunque solo uno se conserva) y la inscripción dedicatoria. Se encontró en Mérida, el difunto, de nombre Antonio Saturnino, de 71 años, originario de Madaura (actual Argelia). Viste túnica y toga, y se aprecian claramente las arrugas de su frente y rostro. Está fechado en la primera mitad del siglo III.



Relieve funerario de Ulpia Iuniana y Antonio Saturnino (de 71 años). Siglo III d.C. Museo Arqueológico Nacional. Fotografía: Raúl Fernández Ruiz



Altar funerario de Caltilius Stephanus and Caltilia Moschis. 100-125 d. C. Museo J. Paul Getty

⁷⁸⁸ Shröder, 1993, p. 173.

⁷⁸⁹ Minois, 1987, p. 116.

⁷⁹⁰ Strong, 1988, p. 46.



Relieve de la tumba del liberto Publius Aedius Amphio y Fausta Melior, tercer cuarto del siglo I a.C. Museos Estatales de Berlín, Antikensammlung/ Ingrid Geske

Otro ejemplo es el de dos esposos conservado en el Museo Getty. Aunque el busto de él está bastante dañado, se perciben sus arrugas faciales y la flacidez de la piel. Ella, con un rostro aparentemente más joven (o más idealizado), muestra un peinado complejo y refinado que parece encajar con la época de Trajano.

El tercer ejemplo, actualmente en Berlín, es un relieve con dos antiguos esclavos que han accedido a la ciudadanía romana. Su lápida expresa con claridad el orgullo de quien ha prosperado, como lo indican sus ropas. Quizá también su expresión de madurez: las arrugas se hacen evidentes en todo su rostro, mientras que su esposa aparece representada mucho más joven.

Finalmente, reproducimos el relieve funerario de gran calidad conservado en el Museo Británico. Tallado en mármol, representa a Lucius Antistius Sarculo y su esposa Antistia Plutia. El hombre,



Relieve funerario de mármol de Lucius Antistius Sarculo, y su esposa Antistia Plutia, 30 a. C.-10 a. C. © The Trustees of the British Museum.

claramente de edad avanzada, presenta escaso cabello y arrugas en la frente, mejillas, ojos, labios y cuello. A su derecha, su esposa parece más joven, aunque también muestra algunos rasgos propios de la vejez.

5.4.2.- Otras manifestaciones artísticas romanas

Es “verismo” del que hemos hablado, no parece tener su reflejo en todas manifestaciones artísticas, seguramente por no ofrecer las posibilidades técnicas para representar a un sujeto de forma fidedigna o idealizada, como sí permite un busto, o bien por no poseer el objeto ese valor social representativo que puede tener una tumba, una estatua o un monumento expuesto al público. Aun así, aunque no con el detalle, ni mucho menos con la frecuencia de la escultura, sí se realizaron algunos retratos realistas en mosaicos y pinturas.

La cerámica romana suele presentar muchos menos dibujos detallados (y menos color) en comparación con la griega, por varias razones que reflejan claramente las diferencias entre ambas civilizaciones. Los romanos, como hemos dicho, eran más prácticos y produjeron cerámica principalmente para usos útiles y cotidianos: almacenaje, transporte, lámparas de aceite para alumbrarse, etc. Preferían la funcionalidad frente a la ornamentación. Asimismo, desarrollaron



Lampara de aceite romana con cabeza de Sileno (I a. C.- I d. C.).

Museo Metropolitano de Arte de Nueva York

Lampara de aceite romana con un hombre mayor, encorvado, sosteniendo un bastón (I-IV d.C.).

Museo J. Paul Getty

técnicas para producir cerámica en masa, utilizando moldes y reduciendo costes y tiempo, por lo que no se solían incluir detalles personalizados en cada pieza, sino decoraciones sencillas y en muchos casos geométricas.

Lo habitual es que la mayoría de la cerámica no tenga dibujos pintados, a veces presenta relieves con escenas de la vida cotidiana o figuras mitológicas. No son comparables técnica o artísticamente a las obras maestras de la cerámica griega, aunque si nos fijamos más en el fondo que en la forma, la representación de las personas mayores no es muy distinta en ambas tradiciones.

En algunas de esas representaciones se muestra de nuevo a personas mayores encorvadas, apoyadas en un bastón, con largas barbas, con el pelo cano, etc., o en escenas habituales de la mitología, como Eneas huyendo de Troya con su padre Anquises sobre sus hombros. También Baco, Sileno o Dionisos son representados como hombres mayores, con abundante cabello y barba. Incluso han llegado hasta nosotros figuras teatrales que, en consonancia con lo que vimos al analizar la literatura, se burlan de las personas mayores mediante rasgos exagerados y patéticos: figuras cómicas ridiculizadas, marcadas por un fuerte edadismo y estereotipos. Es decir, las mismas representaciones estereotipadas que en Grecia, aunque con una calidad artística muy inferior a aquella.

Por su parte, tanto la pintura como el mosaico decoraban igual espacios públicos que privados, y constituían otra forma de manifestar las ideas y necesidades de la sociedad romana. Destacan más por su función decorativa y narrativa que por su intención de ser retratos completamente fieles a la realidad. La mayoría de las pinturas que han llegado a nosotros es a través de Pompeya y Herculano. En el caso de los mosaicos, existe una gran variedad, encontrados en numerosos lugares a lo largo y ancho del territorio romano. Como en los casos anteriores, no hay muchas personas mayores representadas.

Han llegado a nosotros obras relacionadas con el teatro (y su visión caricaturesca de la vejez), la mitología o personajes conocidos que habitualmente se representaban como personas mayores, como los filósofos. Aunque también han aparecido algunas representaciones de vida cotidiana, escenas familiares, espectáculos, etc., donde alguno de los representados es una persona mayor.

De nuevo observamos arrugas, cuerpos encorvados y con bastón, calvas, frentes muy despejadas, pelo descuidado y despeinado, pelo cano, barbas blancas largas y desaliñadas, cuerpos flácidos, etc. aunque en algunos casos, como por ejemplo en el mosaico, es más complicado representar detalles muy precisos, como requerirían las arrugas.



Detalle de un fresco de la villa de Publius Fannius Synistor en la actual Boscoreale, cerca de Nápoles. 50-40 a. C Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

Detalle de un fresco de la villa de Publius Fannius Synistor en la actual Boscoreale, cerca de Nápoles. Probablemente reproduce una máscara teatral que representa un hombre mayor. 50–40 a. C

Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.



Traemos aquí algunos ejemplos tanto de pinturas como detalles de los frescos de la villa de Publius Fannius Synistor. Aunque estuvieron en la misma casa, que fue sepultada por la erupción del Vesubio en el 79 d. C., actualmente se encuentran repartidos por varios museos del mundo. Tanto en la imagen del que se cree es un filósofo, como en la máscara, se aprecian todos los tópicos estéticos que se atribuyen al envejecimiento.



Admeto y Alcestis, detalle con los padres de Admeto. Pompeya, Casa del Poeta Trágico. Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

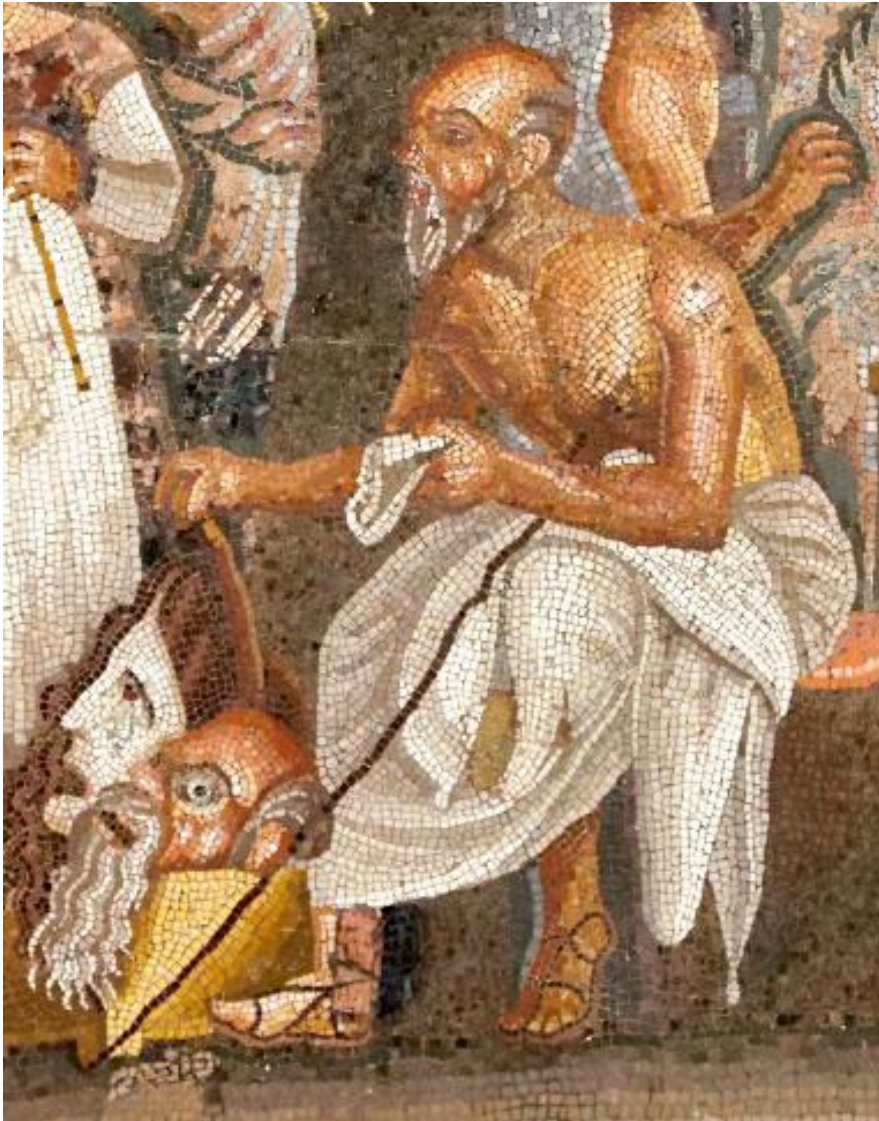
Lo mismo podemos observar en el detalle de la pintura pompeyana que refleja la historia de Admeto y Alcestitis, en la que se ven a los padres de Admeto ya de avanzada edad.

Por lo que respecta a los mosaicos, en *Una visita a la hechicera*, atribuida a Dioscórides de Samos, se representa una escena de comedia en la que tres mujeres jóvenes se vuelven hacia una mujer que parece representar “una vieja bruja” (de nuevo un estereotipo asociado a mujeres mayores), que sostiene una copa en la mano. A pesar de ser un mosaico, el pelo blanco y las arrugas faciales de la hechicera (ya sean suyas o de una máscara) se distinguen perfectamente.

En el mosaico encontrado en Pompeya, en la Casa del Poeta Trágico, que representa los momentos previos al comienzo de una obra de teatro, también se observan claramente los rasgos representativos de la vejez en el que se cree es el director del coro, que da las últimas instrucciones a los actores. Se le identifica sentado, calvo, con pelo blanco y barba, y con un bastón. Junto a él, una máscara teatral que también representa a un hombre o a un sátiro mayor, con el que comparte rasgos similares. Tanto la máscara como el director parecen tener arrugas faciales. En el caso de la representación de Platón hablando con sus discípulos, que ya reproducimos en el capítulo correspondiente al filósofo griego, el mosaico lo refleja de forma muy similar al anterior.

Una visita a la hechicera, escena de comedia. Hacia 110-100 a.C. Proveniente de Pompeya, atribuido a Dioscórides de Samos. Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.





Preparación de los actores para un drama satírico (detalle). Hacia 69-79 d.C.

Platón conversando con sus discípulos (detalle). Siglo I. Ambos encontrados en Pompeya y conservados actualmente en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.



Nos resulta especialmente curioso observar cómo, en muchas representaciones romanas, los hombres mayores parecen mimetizarse con sus propias máscaras teatrales. Esta supuesta convergencia entre el rostro humano y la máscara teatral nos habla de una cultura que no solo representaba la vejez, sino que la codificaba visualmente, la teatralizaba, y la convertía en símbolo estereotipado reconocible. Una estética del envejecimiento que parece profundamente arraigada en la mirada romana sobre el paso del tiempo.

Mención específica merecen los denominados “retratos de momia”, encontrados especialmente en *El Fayum*, una zona egipcia ampliamente romanizada. Eran pintados en tablas o en tela, con las que se cubría la cabeza de las momias durante parte del periodo romano. Como puede imaginarse, es una fusión fascinante entre ambas culturas, y en algunos casos los difuntos retratados eran personas mayores. Sin embargo, aunque nos encontremos con representaciones de personas mayores, algunos autores creen que sería habitual la idealización y rejuvenecimiento de la imagen de los difuntos por parte del pintor⁷⁹¹. Lo que por otro lado, también coincidiría con las tradiciones egipcias que hemos visto.



Hombre mayor, hacia el año 250 d.C. Mujer mayor, hacia el 100-125 d.C. Ambos eran retratos que se ataban (seguramente el primero) o encajaban en los envoltorios de la momia. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

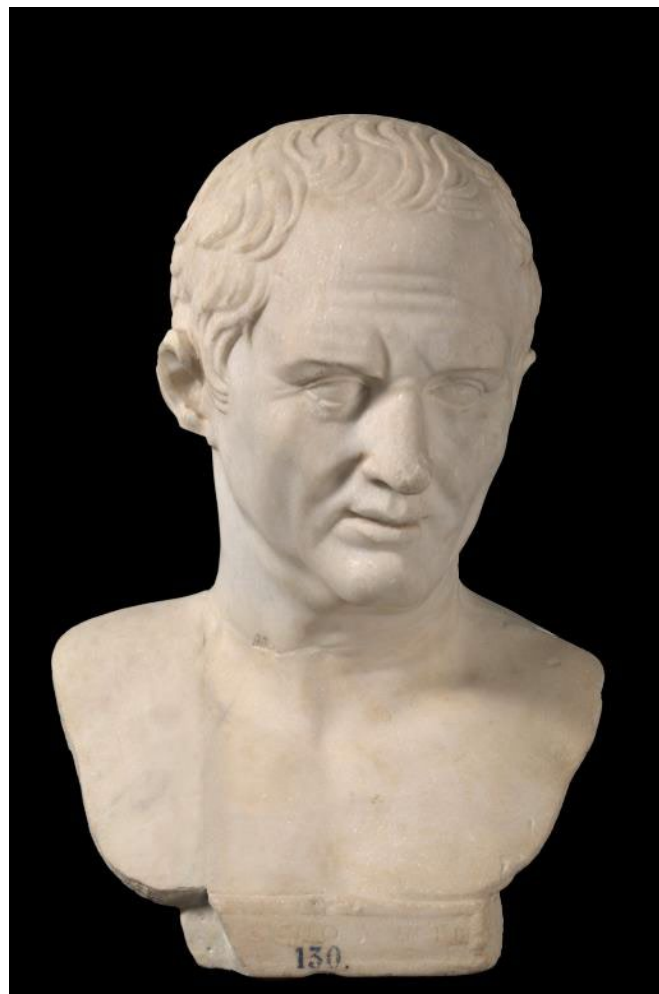
⁷⁹¹ De Olaguer-Feliú, 1989, p.35.

5.5.- Cicerón y su *Cato Maior de Senectute*

No podíamos concluir un estudio sobre la vejez en la Antigüedad sin detenernos en la obra que probablemente es la obra más conocida de cuantas hablan sobre el envejecimiento: *Cato Maior de Senectute*, escrita por Marco Tulio Cicerón (106–43 a.C.). Prácticamente no hay estudio que hable sobre la vejez, sea de la disciplina que sea, antiguo o moderno, que no haga alguna alusión a esta obra.

Cicerón, célebre como orador, político, jurista, filósofo, autor de innumerables discursos y cartas, para Marías es el más destacado de los filósofos eclécticos romanos, y aunque sus escritos filosóficos no son originales, tienen el valor de ser un repertorio copioso de referencias de la filosofía griega⁷⁹².

Hijo de un rico caballero, recibió una educación esmerada en Roma, donde conoció a Tito Pomponio, que más tarde se llamaría Ático y para quien se supone que escribe esta obra. Ostentó casi todos los cargos políticos posibles, ascendiendo por la escalera de los cargos públicos a la mayor velocidad posible⁷⁹³. De hecho, el año 63 a.C. llegó a ocupar la máxima magistratura del



Busto de Cicerón. Siglo I.
© Archivo Fotográfico Museo Nacional del Prado

⁷⁹² Marías, 1980, p. 93

⁷⁹³ Hazel, 2002, p. 96.

Estado, Su vida estuvo marcada por intensas luchas políticas, exilios, retornos triunfales y conspiraciones. Finalmente, fue proscrito por Marco Antonio, quien ordenó su ejecución y la exposición pública de su cabeza y manos en el foro, como símbolo de su derrota.

A la vez que suele citarse el reconocimiento que hizo Augusto de Cicerón como “un buen hombre que amó su patria”⁷⁹⁴, es frecuente encontrar adjetivos como vanidoso, autocomplaciente, confiado, inconstante, temeroso, vacilante, pero también inteligente, hábil político, gran orador, hombre moral y de principios, patriota, etc. En definitiva, todo el mundo, antes y ahora, reconoce el carácter multifacético de Cicerón con grandes virtudes y defectos.

5.5.1.- La obra sobre la vejez más famosa de la Antigüedad

Conocida a veces solo como *Cato Maior* (Cato el mayor), por el personaje que protagoniza la obra, y otras veces solo por su subtítulo *De Senectute* (Sobre la vejez), especialmente en el ámbito gerontológico. Fue escrita en el año 44 a. C., cuando su autor tenía 62 años y apenas le quedaba uno para morir asesinado.

Nadie duda del valor de esta obra. Por ejemplo, el catedrático de geriatría Ribera Casado valora muy positivamente que Cicerón, sin haber sido médico, constituye un referente histórico de primer orden para buena parte de los autores posteriores que se han ocupado de este tema⁷⁹⁵. Minois, en su *Historia de la vejez*, la califica de una extraordinaria apología de la vejez, única por muchos conceptos, y cree que, por el lugar que ocupa en la literatura, la calidad de su estilo y su argumentación representa un hito esencial en la historia de las personas mayores⁷⁹⁶.

La obra adopta forma de diálogo entre Catón el Censor, de 84 años, a quien Cicerón edulcora e idealiza⁷⁹⁷, con Escipión Emiliano y Lelio en el año 150 a.C. Como el propio Cicerón escribe, en realidad “la exposición de Catón mismo desarrollara todo mi pensamiento acerca de la vejez”⁷⁹⁸. El autor justifica el uso de Catón como su *alter ego* para dotar al discurso de mayor autoridad. Pues si hubiera utilizado a Titono, como parece que hizo Aristón de Ceos, filósofo griego anterior, habría tenido menos peso, al poder ser considerado “una fábula”⁷⁹⁹.

Quienes estudian la obra en profundidad consideran que no es casual la elección de Catón como protagonista a través del cual hablar, ya que sus biografías son muy similares y tienen muchos puntos en común: los dos eran “hombres nuevos”⁸⁰⁰, destacados oradores y líderes del Senado, viudos y vueltos a casar con jóvenes protegidas suyas, y afligidos por tener que sobrevivir a sus seres más queridos⁸⁰¹. Sin embargo, algunos recuerdan que Catón fue realmente un “gran

⁷⁹⁴ Hazel, 2002, p. 99.

⁷⁹⁵ Ribera Casado, 2001, p. 14.

⁷⁹⁶ Minois, 1989, p. 147.

⁷⁹⁷ De Gruyter, 2022, p.64.e

⁷⁹⁸ Cicerón, *De Senectute*, I, 3.

⁷⁹⁹ Cicerón, *De Senectute*, I, 3.

⁸⁰⁰ Se refiere a que era la primera persona de su familia en alcanzar una alta posición política en la República Romana, específicamente en el Senado y como cónsul.

⁸⁰¹ Monge Marigorta, 2001, p.127.

adversario del helenismo⁸⁰², en ciertos pasajes, según convenga a Cicerón, parece todo lo contrario.

Entenderemos mejor la obra con un esquema general con los estereotipos que Cicerón trata de refutar:

- Introducción (1-15): presentación del tema, los personajes e inicio de la conversación con cuestiones generales sobre la vejez.
- Acusaciones contra la vejez y refutación por parte de Catón (15-84)
- La vejez aparta de administrar los negocios (15-26)
- La vejez debilita el cuerpo (27-38)
- La vejez priva de los placeres (39-66)
- La vejez está cerca de la muerte (66-85)

Algunos intérpretes consideran que la última parte constituye un epílogo⁸⁰³. Nosotros no lo vemos así, pues sigue refiriéndose exclusivamente a la cercanía de la muerte y a la eternidad, o no, del alma. De haber un epílogo o conclusión, creemos que se circunscribiría exclusivamente a la última frase:

“Esto es lo que tuve que decir acerca de la vejez; ojalá lleguéis a ella para que podáis comprobar, experimentándolo en la realidad, eso que oísteis de mis labios”⁸⁰⁴.

Se puede considerar, al menos estilísticamente, que esta obra es una *consolatio*⁸⁰⁵ de la vejez. Es decir, una obra perteneciente al género literario de la Antigüedad dedicado a consolar a quien atraviesa una situación de sufrimiento o dolor. Aunque quizá no tanto por su intención consoladora, sino por su vertiente reflexiva, al ofrecer profundas ideas filosóficas sobre la condición humana.

Normalmente, el análisis de *De Senectute* se hace exclusivamente desde la perspectiva de las ideas que defiende Cicerón sobre la vejez. Sin embargo, sin prescindir de este enfoque, para nosotros lo más interesante es la identificación del edadismo romano en el texto: tanto el que Cicerón denuncia y contra el que el argumenta, como el que se percibe entre líneas en la sociedad romana, e incluso el del propio autor, quien manifiesta claramente estereotipos edadistas a lo largo de la obra.

Pero antes de entrar en esta materia, queremos plantearnos una cuestión: ¿cuál es el objetivo real de esta obra? Y la respuesta podría ser muy distinta de la que el propio Cicerón expone.

⁸⁰² Minois, 1989, p. 148.

⁸⁰³ Pimentel Álvarez, 2017, LIII

⁸⁰⁴ Cicerón, *De Senectute*, XXIII, 85

⁸⁰⁵ Lillo Redonet, 2001, p. 86.

5.5.2.- Un miembro de la élite defendiendo sus intereses personales

Los ejemplos de “buena vejez” que presenta Catón son siempre casos excepcionales: hombres ricos, poderosos, políticos, filósofos. No se refiere al ciudadano medio romano, sino a quienes gozan de una cultura excepcional y se dedican a actividades intelectuales como la política o la filosofía. Por ejemplo, los tres protagonistas de la obra fueron cónsules de la República en algún momento (como el propio Cicerón) y acumularon un inmenso poder. En definitiva, está hablando de personas como él y sus amistades cercanas.

Al comenzar a tratar sobre Roma, reproducíamos una estimación que fijaba la élite romana el 1% de la población. Y dentro de estos, ¿cuántas personas serían mayores, ricas, cultas y con posibilidad de acceder a las obras de Cicerón?

Esta obra es un escrito elitista que solo tenía sentido para un minúsculo grupo de la sociedad romana. Él mismo reconoce que “para quien no tienen en sí mismos recurso alguno para vivir bien y dichosamente, toda edad es pesada”⁸⁰⁶, pero no es el caso de él ni de su entorno. Sí lo era para la mayoría de los romanos, que no tenían precisamente tiempo ni posibilidad de dedicarse al ocio, a filosofar o a la política.

Algunos afirman que la descripción que Cicerón hace de Catón podría haber sido un autorretrato, o al menos una imagen idealizada de cómo le gustaría pasar su vejez: recopilando sus discursos para publicarlos, estudiando literatura y filosofía griega, disfrutando del ejercicio intelectual, asistiendo al Senado e influyendo en la vida política como un cónsul respetado y sabio⁸⁰⁷.

Pero también pueden verse motivos personales y políticos en la elección de Catón, pues existía un contexto político e histórico de competencia por la memoria de Catón⁸⁰⁸, incluso el hecho de que Catón el Menor se hubiera suicidado por culpa de Cesar, contra el que también estaba Cicerón, pudo influir en ello. Por tanto, creemos que la defensa de la vejez no era sino una excusa o un mero instrumento para defender los intereses económicos y políticos suyos personales y de sus allegados. Como señalan algunos autores⁸⁰⁹, es revelador que los personajes históricos que se citan sean todos ellos famosos por sus servicios al Estado y su pertenecía a la *nobilitas*, que encarnaba la ideología dominante en Roma.

Se percibe que Cicerón se defiende a sí mismo en muchos de los ejemplos que pone Catón. Por ejemplo, al hablar de capacidad física, en realidad se refiere a la capacidad del orador⁸¹⁰, y las propuestas de adaptación que hace no sirven precisamente para la gran mayoría de personas, que desarrollan trabajos físicos y en las cuales evidentemente no está pensando. Tal es así que afirma Catón que no se le exigen fuerzas a la vejez y alude a que ya no hay obligaciones militares, olvidando que la inmensa mayoría de romanos debía seguir realizando trabajos físicos para subsistir. Y es que posiblemente, el único momento en que Cicerón tuvo que hacer grandes esfuerzos físicos fue durante su vida militar.

⁸⁰⁶ Cicerón, De Senectute, II, 4.

⁸⁰⁷ van der Blom, 2010, p. 245.

⁸⁰⁸ van der Blom, 2010, p. 247.

⁸⁰⁹ Monge Marigorta, 2001, p.122.

⁸¹⁰ Cicerón, De Senectute, IX, 28.

De forma reiterada, en *De Senectute* se presentan ejemplos que en absoluto son aplicables al romano común de edad avanzada, y dan fe de que Cicerón vive en una realidad muy distinta a la del romano común. Otro ejemplo es la afirmación de que de la búsqueda del placer y las pasiones nacen las “traiciones a la patria” o “los trastornos de la república”⁸¹¹, difícilmente el romano medio podría causar tales males. De igual forma, dice que le gusta presidir festines o expone las bondades de la agricultura, pero para dedicarse a ella de forma contemplativa en la vejez. La realidad es que una buena parte de los ciudadanos romanos debían dedicarse a trabajar el campo durante toda su vida, no como actividad lúdica y placentera, sino como medio de subsistencia que exigía muchos sacrificios. Dice gustarle “las cosas rústicas”, pero en realidad es como el urbanita moderno que va de turismo al campo. Citar como ejemplos a quienes tienen “repleta la bodega de vino, de aceite y también la despensa”⁸¹², y su disfrute del campo es más contemplativo y lúdico que otra cosa: calentarse con el sol o el fuego, y refrescarse con las sombras o las aguas.

Catón, es decir Cicerón, parece que tampoco es inmune a pensamientos edadistas, en algunos casos hacia los jóvenes:

“encontraréis que las más grandes repúblicas fueron arruinadas por los jóvenes, sostenidas y restablecidas por los viejos [...] la temeridad es propia de la edad floreciente, la prudencia, de la edad que envejece”⁸¹³

Como si todos los jóvenes, solo por serlo, fueran temerarios e incompetentes, y todos los mayores, virtuosos y prudentes. O como si los dirigentes que han “arruinado naciones” lo hubieran hecho a consecuencia de la edad que tenían y no por otras circunstancias.

Casi al final de la obra repite el mismo sinsentido edadista: “el juicio y la razón y la sabiduría están en los viejos; si estos no hubieran existido, ninguno Estados habrían existido en absoluto”⁸¹⁴.

En realidad, no creemos que Cicerón esté pensando en los jóvenes en general, sino en unos muy concretos: unos políticos muy determinados, que son de una generación más joven que él, que están dispuestos a relevarle a él y sus amigos. Tras la muerte de Cesar, estos jóvenes tomarán el poder, y no solo no cuentan con él, sino que acabarán eliminándolo. Y cuando habla de los mayores como sujetos con razón y sabiduría, es evidente que tampoco se refiere a todos en general, sino a sí mismo.

Para Monge Marigorta, Cicerón creía que había vuelto su hora, cuando en realidad fue una marioneta manipulada por la astucia de Octavio y barrida por la brutalidad de Marco Antonio, había llegado una nueva camada de jóvenes sin la grandeza de César y Catón, Cicerón creyó que eran molinos y resultaron gigantes⁸¹⁵, y se lo llevaron por delante.

⁸¹¹ Cicerón, *De Senectute*, XII, 40.

⁸¹² Cicerón, *De Senectute*, XVI, 56.

⁸¹³ Cicerón, *De Senectute*, VI, 20.

⁸¹⁴ Cicerón, *De Senectute*, XIX, 67.

⁸¹⁵ Monge Marigorta, 2001, p.123.

Beauvoir⁸¹⁶ ve en el texto una defensa del Senado y un intento de probar que la autoridad de esta institución, a la que pertenecía Cicerón, debe ser reforzada. Y entiende que en *De Senectute* se defienden las ideas que son cómodas para él: un estoicismo que se traducía en una ideología conservadora, en el sentido de que cada uno debe estar satisfecho con el lugar que le es asignado en el seno de todo; que es preciso respetar el *statu quo* y dejar sus privilegios a los privilegiados⁸¹⁷. Algo fácil de defender cuando uno es el privilegiado y se está por encima de casi todos los demás.

En definitiva, hay en Cicerón una clara intención no de reivindicar la vejez, sino de reivindicar su vejez. De reivindicarse a sí mismo, de mostrarse como un intelectual y político hábil y con experiencia, que puede aportar mucho y que debería ser tenido en cuenta para gobernar su patria. Desgraciadamente para él y su objetivo, le habría sido mejor haber escapado de la península itálica (como de hecho intentó en el último momento) cuando todavía estaba a tiempo.

5.5.3.- Lo que nos dice *De Senectute* del edadismo romano

La obra de Cicerón, tuviese la intención que tuviese, constituye por sí misma una contestación al edadismo imperante en Roma. Describe y expone parte de los prejuicios que existían en la sociedad romana de su tiempo, y trata de rebatirlos, aunque en sus respuestas Cicerón parezca estar pensando más en sí mismo que en la colectividad.

En la introducción, justificando el motivo de la obra, Cicerón señala que Lelio y Escipión se admiran de que Catón “sobrelleve tan fácilmente la vejez”⁸¹⁸, lo que da a entender que se esperaba que la vejez no fuese fácilmente asumida. En Roma, la opinión general era que “es tan odiosa para la mayoría de los viejos, que dicen que sostienen una carga más pesada que el Etna”⁸¹⁹. Catón reconoce abiertamente que la mayoría de las personas mayores se quejaba de la vejez porque carecía de placeres o porque “eran desdeñados por aquellos que había solido respetarlos”⁸²⁰, aunque defiende que no ocurre en todos los casos, o que a veces el motivo es el carácter.

Cuando Catón expone las cuatro causas por las que parece miserable la vejez a los romanos, está hablando de prejuicios y estereotipos arraigados. La primera de ellas es la idea de que las personas mayores no son capaces de administrar un negocio⁸²¹. Este pensamiento, que asocia la vejez con la incapacidad, es un estereotipo que ha sobrevivido hasta nuestros días.

Sin embargo, el argumento de Catón no resulta totalmente convincente, o más bien revela las intenciones de Cicerón, pues no argumenta ejemplificando en cualquier romano que administra un negocio, sino que se fija en los trabajos intelectuales, de la política, de los que hacen filosofía, de los que lideran ejércitos, de los literatos, de los jurisconsultos... es decir, Cicerón y sus iguales. También cae en un error, muy común hoy, el pensar que con ejercitar la memoria

⁸¹⁶ Beauvoir, 1983, pp. 143-144.

⁸¹⁷ Beauvoir, 1983, pp. 143-144.

⁸¹⁸ Cicerón, *De Senectute*, I, 3.

⁸¹⁹ Cicerón, *De Senectute*, II, 4.

⁸²⁰ Cicerón, *De Senectute*, III, 7.

⁸²¹ Cicerón, *De Senectute*, VI, 17.

automáticamente ya evitamos la demencia. Llegando a insinuar que quienes sufren problemas cognitivos son responsables de su condición, lo que resulta cruel y estigmatizante.

La segunda causa es la debilidad física. Catón critica la idea de que los mayores ya no tienen utilidad por carecer de fuerza física. Su propuesta parece que es la adaptación a los cambios, y culpar del agotamiento que se puede tener en la vejez a los vicios de la juventud, cuyas repercusiones se arrastran a lo largo de la vida. Su discurso hace continuas alusiones a que para vivir la vejez es posible utilizar más la cabeza y menos los músculos. Aunque sus argumentos pueden parecer modernos, en su época eran profundamente elitistas, referidos a los pocos que podían permitirse vivir sin realizar trabajo físico alguno.

La tercera causa es la desaparición de los placeres. Catón los acusa de ser fuente de grandes males: “el placer, en efecto, impide la reflexión, es enemigo de la razón, ofusca, por así decir, los ojos de la mente y no tiene relación alguna con la virtud”⁸²². Esta visión encaja perfectamente con el pensamiento antiepicúreo de Cicerón, y por tanto, no es que rebata el argumento, sino que lo confirma y agradece que sea así, incluido el placer relacionado con el sexo. Y entiende que además de desaparecer los placeres más peligrosos, aparecen otros como la conversación. Cicerón a través de Catón se preocupa de exponer toda una serie de alternativas que para él son placenteras, como los placeres intelectuales o la agricultura, pero como hemos dicho, desde la perspectiva contemplativa del romano rico.

Minois⁸²³ cree que en lo que se refiere al sexo, la respuesta de Catón no es clara, pues parece que considera al sexo placeres de categoría muy inferior, y no dice que las personas mayores estén totalmente privadas del sexo, pues “la juventud tal vez se alegra más mirando de cerca los placeres, pero también la vejez se deleita tanto cuanto es suficiente, viéndolos de lejos”⁸²⁴, y recuerda que difícilmente puede Cicerón decir lo contrario pues a los 60 años acababa de divorciarse de su esposa para casarse con una joven pupila.

La cuarta causa, en realidad, no es una cuestión sobre el envejecimiento ni, en teoría, tiene que ver con el edadismo de forma directa. Se trata más bien de reflexiones filosóficas sobre la existencia o no del alma, y de cómo no debe de asustar la muerte: si no existe el alma o no es inmortal, no hay nada de qué preocuparse; y si existe un alma inmortal, es incluso positivo el morir. Catón se muestra claramente partidario de creer en esta inmortalidad, e incluso pide que, si está en un error, prefiera seguir así y mientras viva desea permanecer engañado y que nadie le saque de su error. En realidad, el miedo a la muerte, y el miedo a no tener una “buena muerte”, está íntimamente relacionado con el edadismo. Quizá así lo entiende también Cicerón, e incluso la sociedad romana, y por ello lo trae aquí como una “acusación” más.

⁸²² Cicerón, De Senectute, XII, 42.

⁸²³ Minois, 1989, pp. 152-153.

⁸²⁴ Cicerón, De Senectute, XIV, 48

5.5.4.- El edadismo del propio Cicerón

Aparte de los comentarios que hemos visto de Catón, menospreciando el papel de los jóvenes y alabando sistemáticamente el de los dirigentes mayores: “las más grandes repúblicas fueron arruinadas por los jóvenes, sostenidas y restablecidas por los viejos”⁸²⁵, donde no queda claro si su edadismo responde a un deseo de revancha contra toda una generación, a un grupo de jóvenes concreto, o a una mezcla de ambas cosas, hay momentos del texto en los que Cicerón cae claramente en el edadismo romano.

También incurre en edadismo cuando, al argumentar sobre la demencia, utiliza y dar por válido el prejuicio de que las personas mayores son avaras y tacañas, al estilo de algunos personajes teatrales que hemos visto:

“Y por cierto no he oído que algún viejo haya olvidado en qué lugar escondió su tesoro. Recuerdan todo aquello de que se preocupan: el compromiso de comparecer adquirido por una fianza, quién les debe, a quién ellos mismos”⁸²⁶.

Por otro lado, Catón, como respuesta a la queja de que las personas mayores “eran desdeñados por aquellos que habían solido respetarlos”⁸²⁷, sostiene que la causa del rechazo no es la edad en sí misma, sino el carácter, pues “los viejos moderados y no intratables ni impertinentes pasan una vejez tolerable, en cambio, la importunidad e impertinencia es molesta a toda edad”⁸²⁸. Sin embargo, esta respuesta resulta en cierto modo contradictoria: frente a la acusación de que el trato social cambia con la edad, puede interpretarse de dos maneras. O bien se está admitiendo que la impertinencia surge con la vejez, lo que implicaría un sesgo edadista en el propio Cicerón, o bien se está sugiriendo que quienes ya eran impertinentes en su juventud eran igualmente tolerados, pero dejan de serlo al llegar a la vejez, lo que revela un comportamiento social claramente edadista.

También es curioso y contradictorio que Catón diga que no estar de acuerdo con el viejo proverbio “que aconseja hacerse pronto viejo si se quiere ser viejo largo tiempo”⁸²⁹, prefiriendo no ser mayor mucho tiempo, ni antes de tiempo. Coincidimos, como señala Minois⁸³⁰, que son extrañas palabras para estar en boca de quien pretende ponderar los méritos de la vejez. Asimismo, en el texto aparecen pequeños edadismos, microedadismos que pasan desapercibidos, pero que denotan ciertos prejuicios. Por ejemplo, en un momento de la conversación, Catón describe al político y militar Quinto Fabio Máximo diciendo que “hacía la guerra como un joven”⁸³¹, como si existieran formas de hacer la guerra dependiendo de la edad.

⁸²⁵ Cicerón, De Senectute, VI, 20.

⁸²⁶ Cicerón, De Senectute, VI 21.

⁸²⁷ Cicerón, De Senectute, III, 7.

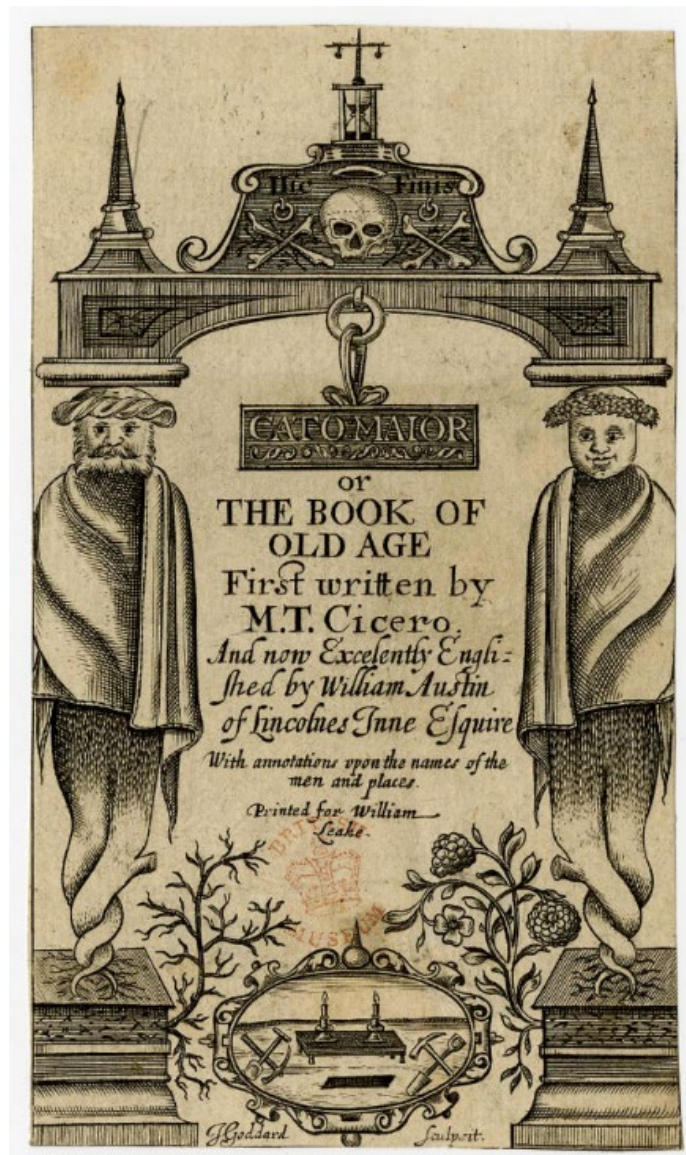
⁸²⁸ Cicerón, De Senectute, III, 7.

⁸²⁹ Cicerón, De Senectute, X, 32.

⁸³⁰ Minois, 1989, p. 151.

⁸³¹ Cicerón, De Senectute, IV, 10.

Página de título de la edición de 'Cato Maior, De Senectute, edición ingresa William Leake, 1648. © The Trustees of the British Museum. Llama la atención que del pedestal del hombre mayor que flanquea la página sale un árbol seco, mientras que del joven de enfrente sale uno con hojas y frutos.



Esto resulta aún más curioso si se considera que el tópico suele atribuir a los jóvenes fogosidad en la lucha, mientras que las tácticas de este militar consistían precisamente en evitar el contacto directo con el enemigo. También afirma que hay “aficiones propias de la vejez”⁸³², en el sentido de que cada edad ha de tener sus aficiones, como si existieran intereses distintos y predeterminados para cada etapa de la vida.

Otro ejemplo de edadismo se manifiesta al decir Catón “para nada me es necesario hablar de mí mismo, aunque en verdad esto es propio de la vejez y se le perdona a nuestra edad”⁸³³, deslizando la idea de que las personas mayores son vanidosas o egocéntricas, cuestión poco o nada relacionada con la edad. O al califica de “locuaz” a la vejez, “para que no parezca que la

⁸³² Cicerón, De Senectute, XX, 76.

⁸³³ Cicerón, De Senectute, IX, 30.

libero de todos los defectos”⁸³⁴, confesando tanto que cree que los mayores hablan mucho como de nuevo que existen características comunes a todas las personas mayores solo por serlo.

Una de las demostraciones más claras de edadismo, o cuanto menos contradictoria con el supuesto discurso de defensa de la vejez que Cicerón pone en boca de Catón, es el planteamiento de que alaba “aquella vejez que está construida sobre los fundamentos de la juventud”, pues la “etapa anterior de la existencia” (o sea la juventud o la madurez) “empleada honorablemente recoge sus frutos de la autoridad al final”⁸³⁵. Es decir, que solo se puede hacer cosas nobles en la juventud o madurez para conseguir autoridad, y que no se tiene el respeto por ser mayor, sino que hay que ganárselo antes. Postura que seguramente es una reivindicación del propio Cicerón, que ya lo ha sido todo anteriormente, pero que nos evoca el lastimoso discurso de Néstor en la *Ilíada*, que solo recordando lo que fue de joven se hace valer de mayor. Como si una persona mayor solo pudiera ser lo que ha sido y vivido antes.

Minois⁸³⁶ tiene claro que la obra, en su época, solo pudo convencer a los “ya convertidos, a ancianos ya felices de serlo”, y que tal vez haya podido serenar “a viejos prudentes y viejos rentistas”, pues la vejez que nos muestra es una vejez ideal, expuesta por un Catón de leyenda: la vejez de un rico y culto propietario, de buena salud, conocido y honrado, imbuido de la más alta filosofía para todos sus actos.

5.5.5.- *De Senectute*, una obra que ha “envejecido muy bien”

Hay autores⁸³⁷ que se preguntan que si Cicerón, famoso orador, escritor, filósofo, estudioso y político de la Roma antigua, es decir del remoto pasado, ¿no es una figura demasiado distante, no es una “antigualla”? Ellos mismos se responden que de ningún modo, a pesar de que fue considerado por algunos contemporáneos como un político sin escrúpulos, un hipócrita político, un adepto al “partido de los intereses materiales”, un cobarde, etc., ha sobrevivido a un periodo de dos mil años.

El mismo autor señala⁸³⁸ que cada época aporta a la comprensión de la figura histórica de Cicerón algo propio; cada época descubre en un personaje, en un fenómeno histórico facetas, aspectos y significados particulares que otras no lograron ver, probablemente a ello se deba la evolución constante del pensamiento histórico, por eso cada época tiene su propio Cicerón. Y, sin duda, algunos de sus partidarios han crecido con el tiempo.

Entendemos que lo mismo ocurre con su obra, y en concreto con *De Senectute*, que es sorprendentemente actual, pues tiene más sentido, o al menos es más aplicable de forma generalizada, hoy que cuando se escribió. Pero ¿a qué se debe esto? ¿Por qué decimos que es una obra que ha “envejecido muy bien”?

Como ya hemos mencionado, en el siglo I a.C. dedicarse al ocio, a la filosofía y a la participación política eran algo reservado a un pequeñísimo grupo. Carecía de sentido hacer estas recomendaciones a la población en general, y de hecho no creemos que esa fuera la intención

⁸³⁴ Cicerón, *De Senectute*, XVI 55.

⁸³⁵ Cicerón, *De Senectute*, XVIII, 62.

⁸³⁶ Minois, 1989, pp. 154-155.

⁸³⁷ Utchenko, 1978, pp. 5-6.

⁸³⁸ Utchenko, 1978, p. 306.

de Cicerón. Sin embargo, dos mil años después, en los países más desarrollados, afortunadamente disfrutamos de lo que llamamos “estados de bienestar”, que se materializa en la generalización de las pensiones públicas, el acceso de toda la población a la sanidad, la educación, los servicios sociales, y el fomento público del ocio y la cultura. Podíamos decir que hoy en día la mayoría de la población tiene acceso a lo que solo un hombre romano rico podía permitirse: vivir con cierta comodidad siendo dueño de su propio tiempo. Hoy en día, en estos países, la mayoría de las personas mayores tiene sus necesidades básicas cubiertas, y los consejos de Cicerón han adquirido un carácter menos elitista y más universal.

Cualquier persona mayor puede sentirse identificada en el discurso de Cicerón. Ya no es necesario tener esclavos que trabajen por uno: basta con disponer de una pensión. Ya no es imprescindible realizar esfuerzos físicos diarios para subsistir. La agricultura ahora puede convertirse en un simple hobby, como lo demuestran los huertos urbanos que proliferan en las ciudades. Miles de centros públicos facilitan gratuitamente, o a precios muy reducidos, opciones de ocio y cultura para personas mayores. Asociaciones y partidos políticos dan la posibilidad de que cualquier ciudadano participe en la vida política sin necesidad de ser senador. Por tanto, las reflexiones que escribió Cicerón en *De Senectute* son hoy aplicables a más gente que nunca. Y desde luego, a nuestros ojos de actuales, tienen una lectura muy positiva, y algunas de sus reflexiones gozan del aprecio generalizado de los gerontólogos.

Así, el catedrático de geriatría Ribera Casado indica que, independientemente de que se pueda tratar o no de un texto más o menos ajustado a los intereses coyunturales de su autor (de lo que es plenamente consciente), hoy en día se valora positivamente la obra, pues contiene numerosos consejos que se podrían definir como “geriatría preventiva”: recomendaciones de carácter pedagógico, igualmente sensatas y perfectamente aceptables en la ortodoxia gerontológica actual⁸³⁹.

Pero, desgraciadamente, no solo los consejos de Cicerón hacen actual a su obra, sino también los problemas edadistas que se plantean. Si algo hemos observado a estas alturas del estudio es que la mayoría de los prejuicios por edad existentes en el pasado perviven hasta hoy, y continúan estando plenamente vigentes.

⁸³⁹ Ribera Casado, 2001, pp. 24-28.

“¡Vaya pregunta! Mis muchos años son ya una enfermedad”.

(Terencio, *Formión*)

“Los viejos son dos veces niños”

(Proverbio griego)

6

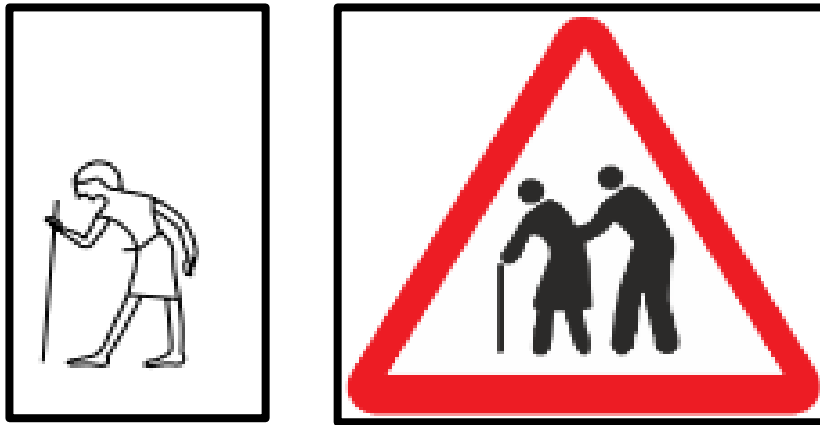
Prejuicios y estereotipos de ayer de hoy y de siempre

A lo largo de este estudio hemos constatado la existencia de numerosos prejuicios, estereotipos e incluso conductas discriminadoras en épocas pasadas. Como antesala a las conclusiones generales, aunque anticipándolas en parte, proponemos aquí una recopilación de evidencias históricas que guardan relación con conductas y pensamientos edadistas que, lamentablemente, siguen vigentes hoy en día, pese a que hayan transcurrido unos cuantos siglos y las sociedades y circunstancias hayan cambiado.

6.1.- La imagen estereotipada: encorvados y con bastón

Vivimos en una “sociedad de la imagen”, y es evidente que las representaciones visuales que recibimos tienen una gran influencia en cómo percibimos la realidad. Una representación estereotipada y negativa de las personas mayores, que no responde a la realidad, tiene gran impacto a la hora de fijar ideas erróneas sobre este colectivo.

Hoy en día no es extraño encontrar representaciones de las personas mayores como sujetos con problemas de movilidad, encorvados y apoyados sobre un bastón. Evidentemente existen personas mayores, y de todas las edades, con problemas de movilidad, que necesitan apoyos para su movilidad, o tienen dolencias físicas, sin embargo, son una minoría en cualquier grupo de edad. Representar a todo un colectivo de esta manera es una muestra de edadismo, presente



Aunque parezca increíble ambas imágenes están separadas por 5.000 años.

a diario en señales de tráfico o paneles informativos. Es una imagen estereotipada que nace del prejuicio de asumir que toda persona mayor presenta grandes problemas de movilidad.

Lo que resulta llamativo es que hace cinco mil años ya se reflejaba este estereotipo en la escritura jeroglífica egipcia. El jeroglífico que representaba el concepto de vejez, así como las palabras relacionadas, incluían el logograma de un hombre encorvado con bastón.

En algunas representaciones funerarias egipcias, también se observa a hombres y mujeres mayores encorvados y apoyados en bastones, aunque siempre como personajes secundarios. Una muestra más de edadismo, pues tuviera la edad que tuviera el difunto, e independientemente de su situación física, seguramente no admitiría ser representado así, sino más bien joven.

El hecho de que el sustituto de una persona mayor en ciertos cargos se denominara “bastón de vejez” refuerza la carga simbólica de la necesidad de bastón para poder sobrellevar la vejez desde tiempos remotos. Y aunque los egipcios se podían hacer representar con diversos tipos de bastones, especialmente los que daban fe del ejercicio de un cargo importante, parece claro que el bastón “de una persona mayor” era algo estereotipado perfectamente identificable y diferenciable de otro tipo de bastones. Incluso existían distintos grados de curvatura de espalda para representar mayor o menor “senilidad”.

En la Grecia antigua, las representaciones de personas mayores, especialmente en la cerámica, suelen mostrar figuras encorvadas y con bastón. Desde Geras, la personificación mitológica de la vejez, hasta otros personajes donde el bastón adquiere un valor simbólico, su combinación con el cabello blanco (o la calvicie) permite identificar la edad avanzada. En las estelas funerarias, la presencia de un bastón puede indicar vejez, incluso si el físico del personaje no lo sugiere.

Este estereotipo también lo encontramos en la literatura. El coro de *Agamenón*, de Esquilo, se lamenta de haber quedado “apoyando en el báculo nuestra poca fuerza, [...] avanza con sus tres pies por los caminos”⁸⁴⁰. Ese “tercer pie” es una referencia al bastón. En *Las Troyanas* de Eurípides se repetirá esa misma referencia.

⁸⁴⁰ Esquilo, *Agamenón*, 75-80.

En época romana hemos seguido viendo esas representaciones plásticas con bastón, en cerámica, pintura y mosaicos, siempre como sinónimo de edad avanzada, como se muestra en ejemplos incluidos en el capítulo correspondiente.

La literatura romana también perpetuó esta imagen. En la *Metamorfosis* de Ovidio aparecen varias veces los bastones y se identifican tanto con la vejez, que para engañar a los dioses y hacerse pasar por una mujer mayor, bastará con ponerse un bastón y unas falsas canas. Así lo hace el joven dios Vertumno que se disfraza de mujer mayor para cortejar a la diosa Pomona: “ceñidas sus sienes de una cofia bordada, apoyándose en un bastón, puestas canas en las sienes se fingió una vieja”⁸⁴¹ y “se sentó encorvada en el suelo”⁸⁴² y la diosa no sospechará nada. En otro pasaje la diosa Palas (Minerva) se disfraza de mujer mayor: “añade falsas canas a sus sienes e incluso sostiene sus débiles miembros con un bastón”⁸⁴³ logrando engañar a Aracne y a los



Vertumno y Pomona, pintura de Francesco Melzi hacia 1518-1522. Museos Estatales de Berlín, Gemäldegalerie / Dietmar Gunne.

Vertumno se disfraza de mujer mayor con un pañuelo, pintándose canas y por supuesto, un bastón.

⁸⁴¹ Ovidio, *Metamorfosis*, XIV 655.

⁸⁴² Ovidio, *Metamorfosis*, XIV 660.

⁸⁴³ Ovidio, *Metamorfosis*, VI 25.

presentes. En la misma obra, Filemón y Baucis, un matrimonio de edad avanzada, son descritos ambos como lentos y apoyados en sus bastones⁸⁴⁴.

Para Juvenal, no llevar bastón es sinónimo de gozar de buena salud o de no ser muy mayor, y así lo refleja en *Sátiras*: “me llevan mis propios pies sin que mi mano se apoye en ningún bastón”⁸⁴⁵.

6.2.- Vejez, enfermedad y dependencia son sinónimos

Uno de los estereotipos más extendidos es creer que las personas mayores están enfermas y son dependientes, cuando, en la mayoría de los casos, esto no se corresponde con la realidad.

Esta creencia, sin embargo, tampoco es nueva. Hace miles de años, los papiros médicos egipcios ya recogían fórmulas para “curar” la edad avanzada como si se tratara de una enfermedad más. No se trataba solo de “disimular las arrugas o el pelo cano”, sino que estaban convencidos de que había varias formas para poder rejuvenecer, incluso durante la vida terrenal, así lo demuestra su medicina, sus tradiciones y su literatura.

Los griegos también compartían esta visión negativa. En *Edipo en Colono*, Sófocles pone en boca del coro una descripción reveladora: “despreciable, endeble, insociable, desagradable vejez, donde vienen a parar todos los males peores”⁸⁴⁶. Aristóteles, en *Ética a Nicómano*, afirma que las personas mayores “a causa de su debilidad, necesitan asistencia y ayuda adicional para sus acciones”⁸⁴⁷. Y eso que Platón, maestro de Aristóteles, había reconocido que en la vejez se podía perder vigor físico y padecer enfermedades, pero no identificaba sistemáticamente vejez y enfermedad.

Menandro, en *El misántropo*, refuerza esta asociación al decirle al protagonista: “una persona de tu edad tiene que vivir ya bajo el cuidado de alguien”⁸⁴⁸, como si simplemente por su edad perdiera automáticamente la autonomía y no se pudiera cuidar a sí mismo.

En la literatura latina, Terencio en *Formión* presenta a un personaje que, al ser preguntado por su dolencia, responde: “¡Vaya pregunta! Mis muchos años son ya una enfermedad”⁸⁴⁹. Y cuando no se dice directamente, se deja claro que esta va irremediabilmente asociada con la vejez, que es “una secuela interminable de calamidades las que trae consigo al venir, no acabaría nunca si las quisiera numerar todas”⁸⁵⁰.

Juvenal también se recrea en los “males de la vejez”, narrando de forma descarnada todo lo malo que se le tribuye a la edad avanzada: problemas físicos, sordera, ceguera, enfermedades de toda

⁸⁴⁴ Ovidio, *Metamorfosis*, VIII 693.

⁸⁴⁵ Juvenal, *Sátiras*, III 27.

⁸⁴⁶ *Edipo en Colono*, 1236-1238.

⁸⁴⁷ Aristóteles, *Ética a Nicómano*, VIII 1155a 14 y ss.

⁸⁴⁸ Menandro, *El Misántropo*, 696-697.

⁸⁴⁹ Terencio, *Formión*, 570.

⁸⁵⁰ Plauto, *Los dos Menecmos*, 755 y ss

especie, impotencia sexual (de la que además se burla groseramente el poeta), gráficamente habla de “partir el pan con la encía sin dientes”⁸⁵¹.

Varios son los personajes de la literatura griega o latina que muestran una imagen absoluta de debilidad y fragilidad, que nos hace pensar en que las personas mayores no son más que enfermos en la antesala de la muerte. Como Edipo, vagando ciego y enfermo con su hija, en busca de un lugar donde morir, o Anquises, incapaz de escapar por su propio pie de Troya, cuya imagen quedará por siglos ligada a esa impotente huida a hombros de su hijo.



Estatuilla representando a Eneas y Anquises, hacia 1550, norte de Italia. Rijksmuseum

6.3.- Las personas mayores son como niños

El estereotipo que equipara la edad avanzada con la infancia es una forma de edadismo especialmente agresiva y dañina. Supone atribuir a las personas mayores atributos negativos que se suelen predicar, a menudo injustamente, de los menores de edad: falta de capacidad para tomar decisiones, debilidad, irresponsabilidad, ignorancia, etc. o como dirá Aristóteles “tan

⁸⁵¹ Juvenal, Sátiras, X, 200.

insensato y falso como un niño o un loco”⁸⁵². Por tanto, este estereotipo conlleva un doble edadismo, contra los jóvenes y contra las personas mayores, pues ni unos ni otras son necesariamente así. Además, favorece el trato paternalista que suele conllevar el menosprecio a la autonomía.

Ya en Las máximas de Ptahhotep, hace más de 4.000 años, el visir egipcio comparaba la vejez con la infancia. Aunque más explícitos serán los griegos que numerosas veces dirán explícitamente que las personas mayores son como niños. En la Odisea, Menelao reprende a su mayordomo diciendo: “en verdad no eras antes así, como un niño discurre”⁸⁵³. Y en algunas versiones del mito de Títono, se afirma que termina descansando agitado en una cuna como los bebés.

En *Agamenón*, de Esquilo, el coro harán una confesión autoedadista, y dirá que son tan débiles como los niños y que andan “no con mayor facilidad que un niño pequeño”⁸⁵⁴, en la misma obra también se afirma que mayores y niños tienen los mismos entretenimientos⁸⁵⁵. En *Las Euménides*, se dice que “una anciana asustada no tiene valor para nada, es como una niña”⁸⁵⁶.

Aristófanes cita el proverbio griego “los viejos son dos veces niños”⁸⁵⁷. En otra de sus obras, un hombre mayor reconoce que está siendo tratado por su hijo como si fuera menor de edad: “por ahora no dispongo yo de mis propios bienes, pues soy menor y están muy encima de mi: mi hijito me vigila y tiene muy malas pulgas”⁸⁵⁸.

Aristóteles sostenía que existían ciertos elementos comunes entre los menores de edad y las personas mayores, y consideraba que ambos debían ser tratados como ciudadanos de categoría inferior. Postura que puede resultar comprensible en el caso de los menores, ya que hasta alcanzar la mayoría de edad no gozaban plenamente de sus derechos civiles. Sin embargo, resulta incomprensible que, a los ciudadanos mayores, quienes teóricamente gozaban de todos los derechos, se les considerara, al igual que a los niños, como “ciudadanos en cierto modo, pero no en un sentido demasiado absoluto”⁸⁵⁹.

Platón es el primero del que tenemos constancia que intenta rebatir este prejuicio (y, por tanto, también confirma su existencia). En uno de sus diálogos, pone en boca de Sócrates la afirmación de que, evidentemente, el hecho de ser hombres maduros no implica que sus razonamientos se hayan vuelto como los de los niños⁸⁶⁰. Ese mismo personaje, en otra obra, se indignará al ver que alguien tiene la impresión de que, por ser mayor, “juguetea” como un niño⁸⁶¹.

⁸⁵² Aristóteles, *Política*, 7, 4.

⁸⁵³ Homero, *Odisea*, IV 32.

⁸⁵⁴ Esquilo, *Agamenón*, 75

⁸⁵⁵ Esquilo, *Agamenón*, 721-722.

⁸⁵⁶ Esquilo, *Las Euménides*, 38.

⁸⁵⁷ Aristófanes, *Las nubes*, 1410.

⁸⁵⁸ Aristófanes, *Las avispas*, 1354-1356.

⁸⁵⁹ Aristóteles, *Política*, III 5.

⁸⁶⁰ Platón, *Critón*, 49a-b.

⁸⁶¹ Platón, *Menéxeo*, 236c.

En Roma, Catulo compara a un hombre mayor con algún tipo de demencia con un “niño de dos años”⁸⁶². Plauto, en varias obras, refleja este prejuicio: en *El soldado fanfarrón*, se acusa a un personaje de hacer “niñerías impropias”, actos que no son propios de su edad⁸⁶³; en *Mostellaria* el protagonista confiesa que lo han tomado por “un mocoso”, y su esclavo parece reafirmarlo: “gentes de tu edad con la cabeza llena de canas deben de tener un poco más de vista”⁸⁶⁴. En *Trinummus*, uno de los personajes mayores se dirige al público y comenta sobre otro de edad similar: “éste es el que a su edad se porta como un chiquillo”⁸⁶⁵. En *El mercader*, se recuerda un dicho muy revelador: “ahora comprendo lo que quieres decir: cuando se pone uno viejo y se pierde el sentido y la razón, dicen que se vuelve uno como un niño”⁸⁶⁶.

6.4.-Las personas mayores son tacañas

El estereotipo de que las personas mayores son tacañas está muy presente en nuestra cultura. Se representa en personajes como El avaro de Molière, el señor Scrooge de *Cuento de Navidad* de Dickens, el Tío Gilito (McPato) de Disney, o más recientemente el señor Burns de los *Simpsons*, se refuerza en numerosos dichos populares como “a la vejez, tacañería, no hay alegría”.

En España, es habitual poner dicho estereotipo en relación con la posguerra civil y la enorme escasez vivida por muchos de quienes hoy son mayores. Sin embargo, se trata también de una generalización absurda: cada persona tiene sus vivencias y sus razones para gestionar su patrimonio, y la tacañería o la generosidad poco o nada tienen que ver con la edad.

El arquetipo del hombre mayor descrito como un furibundo tacaño aparece ya en representaciones del siglo IV a.C., en obras como *El Misántropo* de Menandro, y especialmente en *Aspis* o *El Escudo* (del mismo autor), donde el protagonista, un hombre mayor, desea casarse con su sobrina para quedarse con las riquezas de su hermano, al que creen muerto. El personaje es descrito constantemente como un “viejo ávaro”, y se dice de él que “en maldad supera absolutamente a todos los hombres” y que “no conoce ni a parientes ni a amigos, ni tiene vergüenza por ninguna cosa del mundo y, por tanto, ansia poseerlo todo”⁸⁶⁷.

El dinero, las deudas y la tacañería son circunstancias recurrentes en las obras de Aristófanes. Por ejemplo, en *La paz*, el protagonista (también mayor) afirma sobre otro personaje: “porque estando como está, viejo y chocho, por dinero navegaría hasta sobre una zarza”⁸⁶⁸.

⁸⁶² Catulo, 17, 10.

⁸⁶³ Plauto, *El soldado fanfarrón*, 615 y ss.

⁸⁶⁴ Plauto, *Mostellaria*, 1145

⁸⁶⁵ Plauto, *Tres monedas*, 40.

⁸⁶⁶ Plauto, *El mercader*, 295.

⁸⁶⁷ Menandro, *El Escudo*, 115-120.

⁸⁶⁸ Aristófanes, *La paz*, 698.



**Los amantes
avariciosos.
Grabado de George
Murgatroyd
Woodward 1797.
Museo
Metropolitano de
Arte de Nueva York**

Este estereotipo también aparece en Roma, no necesariamente por influencia griega, ya que antes existió un teatro popular en la península itálica (llamadas *atelanas*), cuyos personajes perduraron durante siglos mezclados con la tradición griega, y entre ellos ya figuraba Pappus o Casnar, descrito como “el típico viejo de la comedia gruñón, tacaño, malhumorado”⁸⁶⁹.

Una de las obras que más ha influido en la fijación del estereotipo es *Aulularia* o *La comedia de la olla*, de Plauto, en la que Euclión enloquece al encontrar una olla llena de dinero. *El avaro* de Molière se inspira directamente en esta obra romana. Aunque algunos autores sostienen que la intención de Plauto no era mostrar al protagonista como un avaro, aunque reconocen que ha pasado a la historia como el prototipo de personaje tacaño⁸⁷⁰.

⁸⁶⁹ Carro Pérez, 2014, p. 286.

⁸⁷⁰ Molina Sánchez, 1991, p. 31.

Incluso algunos personajes mayores de Terencio, en un acto de autoedadismo, proclaman que “las personas mayores son tacañas”, y que “la vejez sólo trae un vicio, uno solo, a los hombres: todos nos pegamos al dinero más de la cuenta”⁸⁷¹. Otro personaje, a pesar de que encarna todos los valores opuestos al anterior, reafirma: “hay un vicio común a todos los hombres, a saber, que con los años cobramos demasiado apego a nuestros bienes”⁸⁷². Ambos personajes solo parecen estar de acuerdo en una cosa: las personas mayores son tacañas.

Horacio, en una obra dedicada a aconsejar a otros autores como escribir poesía y teatro, expone su visión sobre la representación de los personajes. En el caso de los mayores, destaca su egoísmo respecto al dinero: “muchos son los inconvenientes que acosan al viejo, ya porque busca ganancias y, tras encontrarlas, el pobre no las toca y teme servirse de ellas”⁸⁷³.

Incluso Cicerón, en *De Senectute*, a pesar de ser supuestamente una obra en defensa de la vejez, lejos de negarlo, reafirma el estereotipo edadista:

“Y por cierto no he oído que algún viejo haya olvidado en qué lugar escondió su tesoro. Recuerdan todo aquello de que se preocupan: el compromiso de comparecer adquirido por una fianza, quién les debe, a quién ellos mismos”⁸⁷⁴.

Detalle de la ilustración representando al Sr. Scrooge, de John Leech para la primera edición de "Un cuento de Navidad" de Charles Dickens, 1843.

El Sr. Scrooge, personaje principal de este cuento, es avaro, codicioso y egoísta, representa a la perfección tanto este estereotipo como el de gruñón malhumorado.



⁸⁷¹ Terencio, Los Adelfos, 830.

⁸⁷² Terencio, Los Adelfos, 950.

⁸⁷³ Horacio, Arte Poética, 165

⁸⁷⁴ Cicerón, De Senectute, VII 21.

La idea de que las personas mayores son tacañas suele asociarse con que tienen mal carácter, y se las representa como malhumoradas, defendiendo sus posesiones frente a los demás. Son estereotipos que se refuerzan mutuamente. Ambos siguen vigentes, aunque son muy antiguos. Veremos cómo también nos hemos topado con el segundo.

Por cierto, no hemos hecho alusión a las mujeres mayores como tacañas, pero no es que se hayan librado de este estereotipo, sino que históricamente ni siquiera se les ha concedido el derecho a ejercerlo. La gestión del patrimonio ha sido tradicionalmente considerada una tarea masculina, y por tanto, incluso la tacañería, en su dimensión simbólica, ha sido un privilegio negado.

6.5.- Las personas mayores tienen mal carácter

Ya Aristóteles advertía que, entre las personas mayores, la amistad es menos frecuente, en tanto que “son más difíciles de avenirse”⁸⁷⁵ y disfrutaban menos de la compañía de otros. Para mayor contraste, añade:

“los jóvenes se hacen pronto amigos, y los viejos no, pues éstos no se hacen amigos de aquellos en cuya compañía no disfrutaban, e igualmente ocurre con los de carácter agrio”⁸⁷⁶.

Lo reafirma en su Retórica, donde sostiene que las personas mayores “son también de mal carácter, ya que el mal carácter consiste en suponer en todo lo peor”⁸⁷⁷. El filósofo identifica así el mal carácter con la edad avanzada de una forma casi insoluble e inevitable.

También en Grecia, en la única obra de Menandro que conservamos casi completa, *El misántropo*, el protagonista es Cnemón, constantemente adjetivado como “viejo gruñón” y “hombre de carácter insociable”. Es un misántropo: aborrece a las personas, le desagrada profundamente el trato con los demás y lo manifiesta permanentemente. Tal es su actitud que se ha ganado el odio de la mayoría de los personajes. Cuando Cnemón cae a un pozo, uno de ellos llega a decir: “pedid que se salve el viejo, pero que se quede, en hora mala, tullido y cojo. Así se convertirá en un vecino completamente inofensivo”⁸⁷⁸.

En las obras de Aristófanes, los hombres mayores también son retratados como malhumorados y gruñones. En *Lisistrata*, se les increpa: “¿te queda algo que gruñir?”⁸⁷⁹. En *Las avispas*, el mal humor del juez, de edad avanzada, protagonista de la historia, se convierte en rasgo definitorio: condena siempre con la multa más severa⁸⁸⁰ y hace gala, durante toda la obra, de su carácter irascible.

⁸⁷⁵ Aristóteles, *Ética a Nicómano*, VIII 1158a y ss.

⁸⁷⁶ Aristóteles, *Ética a Nicómano*, VIII 1158a y ss.

⁸⁷⁷ Aristóteles, *Retórica*, II 1389b 20

⁸⁷⁸ Menandro, *El Misántropo*, 660.

⁸⁷⁹ Aristófanes, *Lisistrata*, 655.

⁸⁸⁰ Aristófanes, *Las avispas*, 100.

En Roma, el *pappus* es tanto gruñón, malhumorado como tacaño⁸⁸¹, De hecho, cuando Horacio en su *Arte Poética*, trata de ilustrar cómo es el comportamiento de las personas mayores, para representarlas en el teatro, ser “intratable y gruñón”⁸⁸² es una de sus características principales.

En ocasiones, el mal carácter de los personajes mayores se refleja directamente en comportamientos violentos hacia otros personajes de edad avanzada. Por ejemplo, Euclión, el poseedor de la olla de oro en *Aulularia*, golpea sin piedad a una esclava mayor⁸⁸³.

Sin embargo, Cicerón, sí hace una defensa de las personas mayores en este aspecto. Afirma que no son necesariamente “malhumorados y angustiados e iracundos e intratables”⁸⁸⁴, y atribuye esas actitudes a las costumbres, no a la vejez⁸⁸⁵. Lo ejemplifica diciendo que, del mismo modo que no todo vino se agria con el tiempo, tampoco todo carácter envejece mal⁸⁸⁶.

Platón, por boca de Céfalo, sostiene que el mal carácter no es exclusivo de la edad avanzada, sino que puede dificultar la vida tanto en la juventud como en la vejez. Aunque reconoce que poseer abundante riqueza también contribuye a sobrellevarlo mejor.⁸⁸⁷

6.6.- Las personas mayores son torpes, lentas, no aprenden, ni hacen bien su trabajo

Ya hemos citado cómo existen, en las representaciones de la vida cotidiana de Egipto, algunas personas mayores son reflejadas como torpes, lentas, incapaces de hacer su trabajo e incluso, a veces, hay jóvenes trabajadores que los insultan por ello: “¡Date prisa, no hables tanto, palurdo viejo y calvo!” (tumba de Paheri en el-Kab).

En Grecia, las obras de Esquilo repiten en varias ocasiones que las personas mayores tienen dificultades de aprendizaje o directamente no pueden aprender: “como ya eres viejo, vas a conocer qué duro resulta aprender a tu edad”⁸⁸⁸, tópico que repetirá en *Las Coéforas*: “¿Cómo aprenderlo yo que soy vieja de la que es más joven?”⁸⁸⁹. Y es que no es raro que, en un alarde de autoedadismo, sean los propios personajes mayores los que se llamen “inútiles” a sí mismos, como es el caso de Cadmo en *Las Bacantes*⁸⁹⁰ de Eurípides.

En *Las nubes* de Aristófanes, el protagonista encarna un claro ejemplo de autoedadismo: se considera torpe, desmemoriado e incapaz de aprender. Llega a preguntarse: “¿Cómo podré aprender yo, un viejo torpe y desmemoriado, las sutilezas de los razonamientos exactos?”⁸⁹¹. Sócrates, lejos de ayudarlo, lo expulsa con insultos: “¿Por qué no te vas a los cuervos y te mueres,

⁸⁸¹ Carro Pérez, 2014, p. 286.

⁸⁸² Horacio, *Arte Poética*, 165

⁸⁸³ Plauto, *La comedia de la olla*, 40.

⁸⁸⁴ Cicerón, *De Senectute*, XVIII 65.

⁸⁸⁵ Cicerón, *De Senectute*, XIX 67.

⁸⁸⁶ Cicerón, *De Senectute*, XIX 67.

⁸⁸⁷ Aristóteles, *República*, I 329^a y ss.

⁸⁸⁸ Esquilo, *Agamenón*, 1619-1623.

⁸⁸⁹ Esquilo, *Las Coéforas*, 172,173.

⁸⁹⁰ Eurípides, *Bancantes*, 1365

⁸⁹¹ Aristófanes, *Las nubes*, 130.

viejo estúpido y desmemoriado?”⁸⁹². Como contraste, su hijo si logra aprender en esa misma escuela, y utilizará lo aprendido nada menos que para dar una paliza a su padre, convenciéndole de que “es justo y apropiado que los hijos peguen a los padres”⁸⁹³. Una sátira extrema sobre la supuesta incapacidad intelectual de las personas mayores.

Platón, también es consciente de este prejuicio e intenta desmontarlo. En *Eutidemo*, pone en boca de Sócrates que es posible seguir aprendiendo cosas a pesar de la avanzada edad. Cita a Solón: “voy envejeciendo sin dejar de aprender muchas cosas”⁸⁹⁴, y defiende que el filósofo debe adquirir nuevos conocimientos tanto en la juventud como en la vejez⁸⁹⁵. Sin embargo, reconoce que socialmente no está bien visto: Sócrates relata cómo sus condiscípulos se burlan de él por aprender a tocar la cítara, llamando al que le enseña “maestro de viejos”⁸⁹⁶, y teme que otros no quieran enseñarle por miedo al ridículo. Aristóteles, su discípulo, perpetúa algunos estereotipos negativos al afirmar que los mayores “en nada ponen seguridad y a todo prestan menos empeño de lo que deben”⁸⁹⁷.

Lo mismo ocurre con frecuencia en obras romanas, como *La metamorfosis* de Ovidio, que adjetiva a la vejez de débil y se califica a las personas mayores de “lentos por su vejez”⁸⁹⁸.

Cicerón, en *De Senectute*, al abordar las causas principales por las que la vejez parece miserable, señala en primer lugar que, en la sociedad romana, hay quienes niegan que una persona anciana pueda administrar un negocio⁸⁹⁹. También destaca la creencia de que las personas mayores ya no tienen utilidad por no tener fuerza física⁹⁰⁰.

Virgilio, que ya había retratado de forma patética a Anquises, presenta en *La Eneida* a otros dos supuestos grandes hombres mayores, Príamo y Latino, que, a pesar de su rango real, fracasan estrepitosamente en cumplir con lo que se espera de un monarca. Príamo, incapaz de proteger a los suyos, lanza “sin brío su lanza inofensiva”⁹⁰¹ aunque va “vestido con sus armas de mozo”⁹⁰², y es asesinado de forma brutal. Latino, aunque conoce el destino de su pueblo, no logra convencer a nadie y huye, es retratado como un rey impotente, ineficaz e irrelevante.

En realidad, esta dinámica está presente desde los orígenes mismos de la literatura occidental: la contraposición entre los héroes jóvenes de la *Ilíada* (Aquiles, Héctor, Patroclo, Ulises...) y figuras como Néstor, cuyo prestigio se basa en lo que hicieron en su juventud. Aunque sean reconocidos como “sabios”, ese reconocimiento tiene un carácter más simbólico que efectivo, ya que, en el fondo, no se confía realmente en sus capacidades, sino en las de los jóvenes.

⁸⁹² Aristófanes, *Las nubes*, 790.

⁸⁹³ Aristófanes, *Las nubes*, 1340.

⁸⁹⁴ Por ejemplo, en Platón, *Laques*, 188b o *Los Rivales*, 133c.

⁸⁹⁵ Platón, *Los Rivales*, 133c.

⁸⁹⁶ Platón, *Eutidemo*, 272c.

⁸⁹⁷ Aristóteles, *Retórica*, II 1389b 15.

⁸⁹⁸ Ovidio, *La Metamorfosis*, VIII 693

⁸⁹⁹ Cicerón, *De Senectute*, VI 17.

⁹⁰⁰ Cicerón, *De Senectute*, IX 27.

⁹⁰¹ Virgilio, *Eneida*, Libro II, 505 y ss.

⁹⁰² Virgilio, *Eneida*, Libro II, 505 y ss.

6.7.- El “viejo verde”

La percepción de la sexualidad en la vejez ha estado marcada por mitos contrapuestos: desde la negación absoluta del deseo hasta la caricaturización del “viejo verde”. Este último, recogido por la RAE en 1739, tiene antecedentes mucho más antiguos, ya presentes en el teatro clásico de hace más de dos milenios.

Tanto el teatro griego como el romano están plagados de personajes que responden a este estereotipo. En sus obras abundan figuras masculinas de edad avanzada que buscan amantes o aventuras sexuales, y es frecuente que intenten arrebatarse la pareja a su propio hijo. Ni que decir tiene que suelen ser humillados y sus historias terminan mal. Si en medio de la obra el padre logra conquistar a la joven, el hijo se la arrebatata, aludiendo en no pocas ocasiones a la “impotencia del viejo”, que no necesariamente es real. En cambio, los hombres jóvenes tienen amantes o frecuentan prostitutas con naturalidad.

Por otro lado, los hombres que se casan en edad avanzada con mujeres jóvenes son frecuentemente representados como obsesionados por la posibilidad de ser engañados. Al mismo tiempo, temen que sus esposas les exijan mantener relaciones sexuales y no poder satisfacerlas.



Sátira con una caricatura de un hombre mayor siguiendo a dos jóvenes prostitutas, James Gillray, 1797. © The Trustees of the British Museum.

Hay quien lo explica diciendo que para los griegos, belleza, juventud y amor son indisociables⁹⁰³. Y que los vicios o pasiones, cuando se manifiestan en personas mayores, se transforman automáticamente en algo cómico: el viejo lascivo, el viejo borracho, el viejo avaro, la vieja alcahueta... todos están condenados a provocar risa⁹⁰⁴.

Estos estereotipos edadistas parecen aún más abundantes en el teatro latino, adaptados evidentemente a los gustos del público romano. Como señala Minois, se añaden elementos típicamente romanos, como el personaje del hombre detestable, tiránico y lascivo, ridiculizado y engañado por quienes lo rodean⁹⁰⁵.

Hay “viejos verdes” en obras como *La comedia de los asnos*, o en *Cásina*, donde Lisídamo se enamora de la misma muchacha que su hijo, su mujer le grita: “¡Eh, tú, pelanas, moscón canoso, apenas me puedo contener de decirte todo lo que te mereces, ir por las calles a tu edad apestando a perfume, viejo calavera!”⁹⁰⁶. Creemos muy significativo que el protagonista sea consciente del reproche edadista que va a recibir: no tanto por su comportamiento, sino por tenerlo “a su edad”⁹⁰⁷.

En *El mercader*, también de Plauto, se llega incluso a proponer una “solución legal” para acabar con los “viejos verdes”: dictar una ley que permita perseguir y declarar loco a todo mujeriego mayor de sesenta años⁹⁰⁸.

Sin embargo, mientras Plauto explota el personaje del padre lascivo, en Terencio es más común que los padres ayuden a sus hijos en lugar de intentar arrebatarles a sus parejas. No obstante, se deja entrever que la moral sexual varía según la edad y les parece comprensible que los jóvenes frecuenten prostitutas y tengan amantes, mientras que ese mismo comportamiento en personas mayores se considera inapropiado⁹⁰⁹.

Aunque Terencio no recurre al estereotipo del “viejo verde” con la misma intensidad, sus obras reflejan claramente el pensamiento edadista de la época. En *La Andriana* o *La muchacha de Andros*, un esclavo comenta sobre su amo: “mientras le fue lícito y propio de su edad tuvo amores”⁹¹⁰, reforzando la idea de que, a partir de cierta edad, ya no es adecuado “tener amores”. En *Los adelfos*, se afirma que a un joven le es propio que “ande entre mujeres o beba”⁹¹¹, pero que, al alcanzar cierta edad, esa conducta se vuelve “menos apropiada”⁹¹². Incluso algún personaje llega a justificar a un violador porque “se dejó llevar: la noche, el amor, el vino y la juventud”⁹¹³. Como contraposición, se afirma que no parece que sea de “estar en su sano juicio” casarse a los sesenta y cinco años⁹¹⁴.

⁹⁰³ Minois, 1989, p. 79.

⁹⁰⁴ Minois, 1989. p.77

⁹⁰⁵ Minois, 1989, pp. 130-131.

⁹⁰⁶ Plauto, *Cásina*, 235.

⁹⁰⁷ Plauto, *Cásina*, 515.

⁹⁰⁸ Plauto, *El mercader*, 1015-1020.

⁹⁰⁹ Terencio, *Hecyra*, 540.

⁹¹⁰ Terencio, *La Andriana*, 440.

⁹¹¹ Terencio, *Los Adelfos*, 100.

⁹¹² Terencio, *Los Adelfos*, 110.

⁹¹³ Terencio, *Los Adelfos*, 465.

⁹¹⁴ Terencio, *Los Adelfos*, 935.

También para Ovidio hay una edad para cada cosa, la juventud es para la guerra y el amor, sin embargo “cosa inútil es un soldado viejo, cosa inútil es el amor de un viejo”⁹¹⁵. Incluso cuando no descarta la edad madura para el amor, deja claro que son cosas distintas, que el amor maduro puede destacar “por su modo de ser”⁹¹⁶, pero no por su hermosura exterior como el amor joven.

Como veremos, también aparece la figura de la “vieja verde”, si es que podemos llamarla así, pues su perfil y naturaleza difieren notablemente del estereotipo masculino.

6.8.- La “vieja verde”

Existen marcadas diferencias en el trato que reciben hombres y mujeres en etapas avanzadas de la vida dentro de estas sociedades, y este estereotipo lo refleja con claridad.

Lisístrata, personaje femenino de la obra de Aristófanes, llamaba la atención sobre estas desigualdades: mientras los hombres pueden casarse a cualquier edad con una joven, “el momento de la mujer es muy breve, y si no lo aprovecha, nadie quiere casarse con ella, y ahí se queda alimentando ilusiones”⁹¹⁷.

Paradigmático nos resulta el caso de *La asamblea de las mujeres*, donde las figuras femeninas de edad avanzada son situadas en el extremo opuesto del deseo. La obra presenta un enfrentamiento entre tres mujeres que, amparadas por una nueva ley, reclaman tener relaciones sexuales con un joven antes de que este lo haga con una joven, que también desea al muchacho. Esta última se burla de ellas, llamándolas “vejstorio, así depilada y emperifollada”⁹¹⁸, y le espeta a una de ellas: “no está en edad de acostarse contigo, que mejor podrías ser su madre que su mujer”⁹¹⁹. Las humillaciones e insultos por parte de los dos jóvenes son constantes, y el mensaje que se transmite es inequívoco: los deseos sexuales de las mujeres mayores son considerados grotescos, y se refuerza la idea de que “lo natural” es que sea la joven, y no ellas, quien se relacione con el muchacho.

En *Pluto*, es una mujer mayor enamorada de un joven la que es humillada públicamente, buscando provocar la risa del auditorio. Parece que la sociedad ateniense no perdonaba, que una mujer mayor deseara a un joven. Se le dice cosas como “si se lava toda esa capa de maquillaje, se le verán claramente los jirones de la piel”⁹²⁰ o “vieja calentona”⁹²¹, incluso juegan a ver cuántos dientes le quedan, bromeando sobre si son tres, cuatro o solo una muela⁹²²

Ya hemos mencionado a un personaje femenino en El mercader de Plauto, que reconoce abiertamente la desigualdad entre hombres y mujeres, especialmente en el ámbito sexual.

⁹¹⁵ Ovidio, Amores, I, 8, 1.

⁹¹⁶ Ovidio, Amores, II, 4, 45.

⁹¹⁷ Aristófanes, Lisístrata, 595.

⁹¹⁸ Aristófanes, La asamblea de las mujeres, 900.

⁹¹⁹ Aristófanes, La asamblea de las mujeres, 1040.

⁹²⁰ Aristófanes, Pluto, 1060.

⁹²¹ Aristófanes, Pluto, 1020.

⁹²² Aristófanes, Pluto, 1050.

Mientras los hombres pueden ser abiertamente infieles, las mujeres pueden ser repudiadas por sus maridos simplemente por salir a la calle sin su consentimiento⁹²³.

En el teatro romano, nos llama particularmente la atención lo que dice el personaje de Escafa, una esclava despreciada que, a su vez, expresa desprecio hacia las mujeres mayores “que pretenden tapar sus defectos a fuerza de afeites”⁹²⁴. La mujer a la que sirve no solo da la razón, sino que bromea con el público sobre si tienen “en casa una mujer vieja que os cazó por medio de su dote”⁹²⁵.

Ovidio, en *Amores*, reprocha a Aurora haber abandonado a Titono porque “es ya viejo y de edad avanzada”⁹²⁶; sin embargo, no parece haber reproches equivalentes en la literatura latina cuando es un hombre el que abandona a una mujer mayor, y sin haber llegado a la situación de Titono.

Horacio combina el edadismo con la misoginia especialmente cruda. Se burla abiertamente de las prostitutas mayores⁹²⁷, y se queja de las mujeres que se comportan “como si fueran jóvenes”. Recalca que no es solo su opinión, sino que se trata de una conducta socialmente mal vista: “pon coto de una vez a tus desmadres y a esos afanes tan mal vistos”⁹²⁸. Según él, las mujeres en esa etapa deben dedicarse a tejer en casa y no comportarse como sus hijas, pues ya no tienen edad para “retozar como una corza en celo”⁹²⁹. Así se lo hace saber: “te haces vieja y quieres, sin embargo, parecer hermosa; y andas de fiesta y bebes sin recato”⁹³⁰.

Juvenal no se distancia mucho de esta postura. Le dice a una mujer mayor: “ya nos resultas gravosa, y te sueñas mucho los mocos. Lárgate cuanto antes, date prisa, ha llegado otra con la nariz seca”⁹³¹ (refiriéndose a una joven). Además, extiende su crítica más allá de la conducta individual, culpando a estas mujeres de corromper a las jóvenes: “para una vieja desvergonzada es útil echar al mundo a una hijita desvergonzada”⁹³².

Este tema no se limita a la literatura: también aparece en la cerámica griega. Se han representado prostitutas o cortesanas en etapas avanzadas de la vida con clientes jóvenes, desnudas y con signos evidentes de envejecimiento. Según voces expertas⁹³³, estas imágenes sugieren una burla tanto hacia las mujeres como hacia los jóvenes que no pueden permitirse una compañía más joven. Es probable que muchas de estas mujeres, al alcanzar cierta edad, se vieran obligadas a buscar nuevas formas de subsistencia. En algunos casos, fingir poderes sobrenaturales o conocimientos mágicos podía ser una salida, lo que conecta directamente con el siguiente estereotipo: el de la “vieja bruja”.

⁹²³ Plauto, *El mercader*, 815.

⁹²⁴ Plauto, *Mostellaria*, 270-275.

⁹²⁵ Plauto, *Mostellaria*, 280.

⁹²⁶ Ovidio, *Amores*, Libro I, 13, 35.

⁹²⁷ Horacio, *Odas*, I, 25, 5-10.

⁹²⁸ Horacio, *Odas*, III, 15, 1.

⁹²⁹ Horacio, *Odas*, III, 15, 10.

⁹³⁰ Horacio, *Odas*, IV, 13, 1.

⁹³¹ Juvenal, *Sátiras*, VI, 145.

⁹³² Juvenal, *Sátiras*, VI, 240.

⁹³³ Matheson, 2022c, p.150.

No nos cabe duda de que, en estas sociedades, una mujer solo podía ser esposa y madre reproductora. Tras la menopausia, perdía su “utilidad social” y debía permanecer en el hogar. O también amante, que al perder su juventud pasaba a ser algo “feo e inservible”. De lo contrario, podría convertirse en un elemento social peligroso, fuera del control masculino. En cierto modo, la benevolencia con la que se han tratado la mayoría de estos comentarios sobre las mujeres mayores, hasta casi el siglo XXI, nos hace pensar que estas situaciones han continuado, en mayor o menor grado, a lo largo del tiempo.



*“¡¡La oración de la solterona!!”,
Thomas Rowlandson , 1801. Museo
Metropolitano de Arte de Nueva
York.*

*Texto satírico en forma de oración
en el que una “vieja solterona”
convencida de tener una gran
belleza pide que le sea concedido un
joven bello con el que casarse.
Y por supuesto, para ahondar en el
estereotipo, una “vieja solterona”
siempre debe estar acompañada de
uno o varios gatos.*

6.9.- La “vieja bruja”

La imagen de la bruja ha estado históricamente asociada a las mujeres mayores, concebidas como reencarnación del mal. Aunque muchos creen que se trata de una invención medieval, probablemente por influencia del cine y la literatura, o lo asocian exclusivamente con las persecuciones entre los siglos XV al XVII, lo cierto es que este estereotipo sigue muy presente en

la cultura actual a través de los cuentos tradicionales, el folclore, la literatura moderna, la televisión, el cine, etc.

Teócrito muestra que esta figura ya existía en la antigua Grecia⁹³⁴, donde se entrelazaban la edad, la soledad, las supersticiones y el hecho de ser mujer. Se trata de ejemplos extremos de confluencia de factores discriminatorios, lo que hoy denominamos discriminación múltiple o interseccional.

Algunos autores griegos y romanos se muestran especialmente despiadados con estas figuras, combinando elementos edadistas y misóginos. Sin ir más lejos, uno de los insultos que emplean los personajes de Aristófanes en *La asamblea de las mujeres* para denigrar a mujeres mayores es: “espectro de una bruja que vuelve de los infiernos”⁹³⁵.

Lámina 68 de Los Caprichos: “¡Linda maestra!” Francisco de Goya, 1799. Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. Una “Vieja bruja” inicia a otra más joven, según expertos, esta imagen puede tener otra lectura y es la iniciación sexual de la alcahueta a la joven prostituta. J.M. Matilla (2008) Caprichos. En: Goya en tiempos de guerra. Museo del Prado, pp. 170-171.



⁹³⁴ Teócrito, Idilio II (La hechicera).

⁹³⁵ Aristófanes, *La asamblea de las mujeres*, 1070.

El romano Ovidio parece odiar profundamente a la “bruja y alcahueta Dipsas”. A lo largo de su obra la describe como experta en artes mágicas, concedora de los poderes de las hierbas y de instrumentos de adivinación⁹³⁶. Cree que puede convertirse en pájaro, lanzar rayos por los ojos, resucitar a sus antepasados, engatusar a las jóvenes para que se hagan amantes de quien ella desea, y aconseja en las artes amatorias. Ovidio termina deseando que los dioses la priven de todo hogar, y le den una vejez sin recursos, largos inviernos y eterna sed⁹³⁷. Y, por supuesto, aconseja no creer en sus remedios⁹³⁸.

Hay quien sostiene que episodio narrado por Ovidio pudo inspirar la comedia anónima *Pamphilus*, la Trotaconventos del *Libro del Buen Amor* del Arcipreste de Hita y de *La Celestina* de Fernando de Rojas⁹³⁹. Así, este estereotipo quedaría perpetuado en nuestra literatura. Desde luego, recuerda poderosamente a la imagen de las brujas en el cine actual: convirtiéndose en pájaro, elaborando pócimas o incluso lanzando rayos por los ojos.

Horacio también profundiza en este estereotipo. Tanto en *Epodos*, como en *Sátiras* alude de forma despectiva a una bruja llamada Canidia, a quien compara con Medea. No duda en relatar supuestos crímenes horrendos que comete junto a otras brujas para elaborar sus pócimas. Una de sus víctimas les anuncia el destino que les espera:

“la turba os aplastara tras perseguiros a pedradas, por aquí y por allá, de calle en calle, obscenas viejas; y luego descuartizarán vuestros miembros insepultos los lobos y las aves esquilmas”⁹⁴⁰

A Canida y a otras brujas las describe como mujeres mayores, feas, desdentadas, arrugadas, pálidas, canosas, con uñas largas, e incluso las acusa de asesinar niños en sus rituales. En algunos textos parece que trata de infundir miedo hacia ellas, pidiendo severos castigos, animando al resto de ciudadanos a terminar con ellas; en otros predomina el desprecio y la burla hacia ellas.

Acusar a una mujer de brujería era también una forma de calumniarla o vengarse de ella. Se cree que la Canidia de Horacio se llamaba realmente Gratidia, y que fue su amante. Al ser abandonado por ella, el poeta se vengó despreciándola y acusándola de ser una “vieja hechicera”, incluso se ha interpretado que la ataca por el nombre de Canidia para contrarrestar el significado positivo de su verdadero nombre, pues Gratidia transmitía la idea de lo que era agradable y placentero, mientras que Canidia se asociaba con las canas y la vejez⁹⁴¹.

Casamayor Mancisidor también nos advierte que el estereotipo de vieja borracha sabia y cercana a la magia y de la que el varón debe desconfiar, es constante en las representaciones artísticas de las culturas occidentales, constituyéndose como personaje teatral en Grecia y pasando a la cultura romana, llegando esta relación entre vejez femenina, alcoholismo y magia hasta la época medieval y moderna⁹⁴².

⁹³⁶ Ovidio, Amores, Libro I, 8.

⁹³⁷ Ovidio, Amores, Libro I, 8 110.

⁹³⁸ Ovidio, Remedios contra el amor, 250 y ss, y también en: Ovidio, Cosméticos para el rostro femenino, 35

⁹³⁹ Baeza Angulo, 1996, p.146.

⁹⁴⁰ Horacio, Epodos, 5, 95-100

⁹⁴¹ William Smith, 1867, Canidia.

⁹⁴² Casamayor Mancisidor, 2021, p. 964.

Este estereotipo también aparece en el arte plástico. Un ejemplo es el mosaico *Una visita a la hechicera*, hallado originalmente en Pompeya y conservado en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

Resulta especialmente significativo que los hombres dedicados a la adivinación, tanto en la literatura griega como en la latina, aunque puedan ser acusados de errores o inutilidad, casi siempre son tratados con respeto, tanto ellos como su oficio. Desde luego, no reciben el trato vejatorio que se reserva a las brujas. Un ejemplo claro es el adivino Tiresias, quien en las *Sátiras* de Horacio recomienda a Ulises engañar a personas mayores para volver a tener riquezas⁹⁴³. A pesar de sus criminales consejos, no parece merecedor de reproches.

No cabe duda, como señalan algunas autoras⁹⁴⁴, que debemos interrogarnos sobre las razones de la atemporalidad de este estereotipo y la relación que guarda con la misoginia y el edadismo, al tiempo que nos impulsa a reflexionar acerca del significado que encierra en la cultura popular y de cómo condiciona la percepción social de la vejez femenina.

6.10.- Alimentando el enfrentamiento intergeneracional

No se trata únicamente de un estereotipo, un prejuicio o una acción discriminatoria, sino de una suma de todos ellos. No hablamos de la existencia de distintos puntos de vista entre personas de diferentes generaciones, lo cual puede ser perfectamente normal, sino de una promoción deliberada del enfrentamiento intergeneracional, incluso del fomento deliberado del odio entre personas de distintas edades.

Actualmente, este tipo de conductas se intenta explicar, e incluso justificar, en cosas como el gasto en pensiones, sanidad, servicios sociales, etc. recurriendo a teorías apocalípticas que sostienen que lo que disfrutaban las personas mayores hoy repercutirá negativamente, y de forma fatal, en las generaciones más jóvenes. Tratando de demostrar que los intereses de unas y otras generaciones son enfrentados e incompatibles. Del Barrio vincula esta idea de asociar a las personas mayores con un elevado gasto social, económico y sanitario al estereotipo de la pasividad, la inactividad y la enfermedad⁹⁴⁵. Incluso en el contexto de la pandemia de COVID-19, lo pone en relación con la absurda idea de que la muerte de personas mayores proporciona más puestos de trabajo, oportunidades y recursos a las personas más jóvenes y sanas⁹⁴⁶.

De hecho, un mayor contacto intergeneracional es uno de los factores que reducen el riesgo de incurrir en edadismo, según el informe sobre edadismo de la OMS⁹⁴⁷. Todas las actitudes mencionadas actúan en sentido contrario. No vamos a teorizar aquí sobre esta cuestión de actualidad, sino simplemente señalar algunas evidencias de que, siglos antes de la existencia de cualquier servicio público social (pensiones, sanidad, servicios sociales), ya se manifestaban estas actitudes y acciones.

⁹⁴³ Horacio, *Sátiras*, II, 5, 20-25.

⁹⁴⁴ Casamayor Mancisidor, 2021, p. 965.

⁹⁴⁵ Del Barrio Truchado, 2022, p. 78.

⁹⁴⁶ Del Barrio Truchado, 2022, p. 80.

⁹⁴⁷ OMS, 2001, XVIII.

"Fedea cree que los jóvenes no podrán pagar la pensión de sus padres

y la educación de los hijos a la vez"

'Millennials' contra 'boomers': el humor en TikTok refuerza el conflicto intergeneracional

Una joven carga contra el sistema de pensiones y lo califica de "insolidario" y "estafa piramidal": los expertos se echan las manos a la cabeza

"En España tratamos infinitamente peor a los jóvenes que a los viejos"

Una joven, sobre el sistema de pensiones: "Son el ejemplo de mayor insolidaridad entre generaciones"

¿Por qué las personas mayores de 55 años son la nueva generación problemática?

Los baby boomers mantienen sus malos hábitos durante la jubilación

Los jóvenes leen, los viejos no lo entendemos

Titulares reales de prensa recopilados por el autor

Las encontramos en escenas cotidianas del Egipto antiguo, con jóvenes que despreciaban a los trabajadores mayores y también en el teatro griego. Por ejemplo, en *Las Avispas*, de Aristófanes, donde parte del coro añora los tiempos jóvenes en los que eran valientes y bravos en los combates; aun así, desean medirse con los jóvenes y afirman que su “vejez es mejor que los rizos de muchos jovencuelos, que su figura y su mariconería”⁹⁴⁸. En general, en el teatro de Aristófanes abundan las peleas entre padres mayores e hijos, donde los jóvenes suelen salir victoriosos.

También es frecuente en el teatro clásico ver cómo se acusa a las personas mayores de realizar acciones impropias de su edad. Esto puede expresarse como reproche directo o como “halago”: “en serio, a pesar de sus canas, por su manera de ser no parece un viejo”⁹⁴⁹. Esta última forma, aunque aparentemente positiva, implica un desprecio hacia el resto de las personas mayores.

En *Alcestris*, de Eurípides, se contraponen la vida de un joven con la de su padre mayor. Admeto, que maltrata verbalmente a su padre con “palabras de jovencuelo”⁹⁵⁰, intenta que este se ofrezca a morir por él, pues no cree que la vida de un joven y la de un hombre mayor valga lo mismo⁹⁵¹. En este caso, su padre se defenderá y reivindicará el valor de las personas mayores:

“No mueras tú por mí, que yo tampoco lo hago por ti. Gozas viendo la luz. ¿piensas que tu padre no goza con verla? [...] piensa que, si tú amas tu propia vida, todos la aman”⁹⁵²

La mitología tampoco ofrece una visión más esperanzadora, pues puede entenderse como una lucha entre generaciones en la que siempre ganan los jóvenes. Tampoco los filósofos escapan a esta lógica: enfrentan sistemáticamente la posición de los jóvenes con la de los mayores, incluso cuando pretenden defender a estos últimos. Platón, Aristóteles y Cicerón coinciden en que la edad es esencial para gobernar (para bien o para mal), pero ninguno plantea que jóvenes y mayores puedan complementarse o que lo importante sean otros factores más allá de la edad.

Aristóteles dedica un apartado específico a la vejez en su *Retórica*⁹⁵³ y no puede ser más ilustrativo de lo que piensa el filósofo de las personas mayores: para él son lo contrario a los jóvenes⁹⁵⁴, y lo justifica en que han vivido muchos años, han sido engañados repetidamente y han cometido errores. Además, los describe con una serie de generalizaciones absurdas: inseguros, apáticos, malhumorados, celosos, deseosos de lo que les falta, etc.

Aunque algunas partes del discurso de Platón pueden entenderse como edadistas, en este caso favoreciendo a las personas mayores, hay que reconocer que, a diferencia de lo que suele ser habitual en este tipo de discursos (incluso hoy en día), el filósofo entiende que hay una responsabilidad compartida entre las generaciones: las personas mayores deben transmitir valores, y si no se comportan correctamente, es comprensible que los jóvenes tampoco lo hagan⁹⁵⁵.

⁹⁴⁸ Aristófanes, *Las avispas*, 1060-1070.

⁹⁴⁹ Plauto, *El soldado fanfarrón*, 630.

⁹⁵⁰ Eurípides, *Alcestris*, 680.

⁹⁵¹ Eurípides, *Alcestris*, 711-712.

⁹⁵² Eurípides, *Alcestris*, 690-705.

⁹⁵³ Aristóteles, *Retórica*, I 1389b y ss.

⁹⁵⁴ Aristóteles, *Retórica*, I 1389b y ss.

⁹⁵⁵ Platón, *Leyes*, V 729c.

En *Arte Poética*, Horacio describe a los mayores como dados “a corregir y censurar a los jóvenes”⁹⁵⁶ y remarca que “no ha de encomendarse a un joven un papel de viejo, ni a un muchacho el de hombre maduro; siempre habrá que atenerse a los caracteres propios de cada edad”⁹⁵⁷. Como si fuera imposible que un actor interpretase a un personaje de otra edad, cuando en esa época se usaban máscaras y era habitual que los hombres representaran personajes femeninos.

Plauto y Terencio también se recrean en los conflictos intergeneracionales. En *Heautontimorumenos*, Terencio presenta a jóvenes que se quejan de sus padres, a quienes consideran jueces injustos. Uno de los protagonistas cree que los padres desean que los jóvenes “sean viejos” desde que nacen, sin permitirles disfrutar de su juventud. Afirma que los padres gobiernan como si compartieran una mentalidad común contra los jóvenes. Para mayor contraste, dice que cuando él sea padre, no se comportará como su progenitor, sino que será comprensivo y su hijo “podrá confesarme sus locuras y contar con mi indulgencia”⁹⁵⁸.

La lucha entre generaciones se presenta como algo tan asumido que los protagonistas llegan a teorizar sobre ella para organizar sus bandos y “ganar la lucha”:

“de la misma manera que veo a mi hijo servir a un amigo de su edad y secundarlo en sus asuntos, también nosotros, los viejos, debemos favorecer a los viejos”⁹⁵⁹.

Muy significativa es *Hecyra* o *La suegra*, de Terencio, donde el conflicto se encarna entre suegra y nuera. No se trata de un problema personal, sino de un estereotipo generalizado: “todas las suegras detestan a sus nueras con la misma uniformidad”⁹⁶⁰. La suegra es consciente de estar ante un estereotipo y así lo expresa: “no es fácil disculparse ante la creencia tan arraigada de que todas las suegras son malas”⁹⁶¹. Con ello, Terencio demuestra que algunos autores eran conscientes del daño que causan estos estereotipos, aunque tenga que utilizarlo para desarrollar su obra.

En la misma obra, el marido de la suegra asumía, en otra demostración de autoedadismo, que las personas mayores son una carga para los hijos:

“nuestra edad resulta pesada a la juventud; es conveniente quitarse de en medio; a última hora, nosotros, Pánfilo, no somos ya más que ‘el viejo y la vieja’ del cuento”⁹⁶².

Ese “quitarse de en medio” resulta inquietante en una sociedad donde el suicidio no estaba mal visto, especialmente como forma de evitar sufrimientos.

Es realmente revelador observar cómo, a lo largo de la historia, los conflictos entre generaciones que hoy presenciamos ya se manifestaban, aunque las razones fueran distintas (recordemos que no existían pensiones, sanidad pública, servicios sociales, ni presupuestos que pudieran “gastar” las personas mayores). Sin embargo, la esencia del conflicto intergeneracional parece persistir,

⁹⁵⁶ Horacio, *Arte Poética*, 165

⁹⁵⁷ Horacio, *Arte Poética*, 175

⁹⁵⁸ Terencio, *Heautontimorumenos*, 210 y ss

⁹⁵⁹ Terencio, *Heautontimorumenos*, 415.

⁹⁶⁰ Terencio, *Hecyra*, 200.

⁹⁶¹ Terencio, *Hecyra*, 275.

⁹⁶² Terencio, *Hecyra*, 620.

independientemente de las épocas y circunstancias. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿qué impulsa realmente a las personas de distintas generaciones a confrontarse? Por desgracia (o por fortuna), la búsqueda de respuestas excede el ámbito de este estudio.

“¿Tan viejo te parezco? Después de todo,
no tengo más de 54 años y veo como un lince,
estoy ágil de pies y de manos”.
(Plauto, El soldado fanfarrón)

7

Algunas conclusiones: cualquier tiempo pasado no fue mejor

Para concluir, resulta inevitable ofrecer un análisis final de algunos de los datos y evidencias recogidos a lo largo de esta investigación. Tal como señalamos en la introducción, no buscamos condenar ni revisar el pasado, pero tampoco deseamos contribuir a perpetuar ideas erróneas, como la creencia de que la Antigüedad fue una “época dorada” para las personas mayores, o que el edadismo surgió únicamente con la revolución industrial, ignorando que las personas mayores han sido históricamente discriminadas desde la Antigüedad.

Es falso que este colectivo fuera siempre escuchado y tomado en cuenta, pues, al igual que hoy, también fue víctima de maltrato, prejuicios, estereotipos y discriminación. Cualquiera que acuda a las fuentes antiguas que hemos consultado (y a otras muchas que no hemos recurrido para no hacer este estudio inabarcable), podrá comprobarlo por sí mismo la existencia del edadismo. Durante años no ha habido interés en esta cuestión, y todavía es posible escuchar a distintos especialistas: filólogos, filósofos, juristas, historiadores o incluso gerontólogos, empeñados en negar la evidencia, probablemente por desconocimiento, o por no haber dirigido nunca una mirada profunda hacia estos temas. Por ello, lo que se encuentra en los estudios realizados, prácticamente hasta este siglo XXI, no siempre está en consonancia (e incluso, en ocasiones, está en franca contradicción) con las evidencias documentadas.

Que encontremos los mismos prejuicios, estereotipos y formas de discriminación que hoy sufren las personas mayores en sociedades de hace más de 2.000 años no significa que consideremos que aquellas sociedades fueran esencialmente edadistas. Más bien, como ocurre en la nuestra, el edadismo estaba presente, quizá no tanto en las normas o con la misma fuerza que podían estar otras discriminaciones, pero inevitablemente existía y tenía consecuencias muy negativas para las personas mayores.

Creemos que ni debemos ni podemos normalizar este edadismo, ni siquiera ampararnos en el manido argumento de que “era algo normal en la época”, pues hemos recogido amargas quejas sobre la situación, así como de autores como Platón, e incluso Cicerón, que entendían que dicha realidad “no era normal” ni deseable. También hemos hallado lamentos en obras literarias, cuya naturaleza es difícil de precisar: no sabemos si son quejas que los autores ponen en boca de sus personajes o si reflejan un sentir social más amplio. Lo que sí podemos afirmar con certeza es que esa visión crítica hacia esas situaciones, que hoy llamamos edadismo, existía y ha llegado hasta nosotros.

No profundizaremos aquí en cuáles son esos prejuicios, estereotipos y formas de discriminación, pues a los principales les hemos dedicado el capítulo anterior.

7.1.- La vejez en la antigüedad: ¿y si no hemos cambiado tanto?

Al abordar las tres civilizaciones que nos ocupan, resulta inevitable señalar las múltiples conexiones entre Grecia y Roma, íntimamente relacionadas entre sí, siendo más bien la segunda continuadora de la primera en numerosos aspectos. Egipto, por su parte, aparece algo más distante en muchos sentidos, aunque también vinculado a ambas, dado que estuvo bajo control griego y romano.

Hemos estudiado al grupo de población denominado “personas mayores” desde el reconocimiento de su diversidad y la singularidad de cada individuo, pero también desde la necesidad de analizar a quienes, por razones metodológicas o legales (como ocurre en algunos casos), deben ser agrupados bajo una etiqueta, al menos para su estudio. Esta categoría es, evidentemente, un constructo social influido por factores culturales, históricos, sociales y económicos, sujeto a variaciones según el contexto y la sociedad. A pesar de ello, como hemos visto a lo largo de esta obra, encontramos actitudes sorprendentemente similares en culturas separadas por milenios. Aunque temporalmente estamos muy alejados de estas sociedades, culturalmente no lo estamos tanto, especialmente de Grecia y Roma. Es evidente que nuestro concepto de “persona mayor” y de “vejez”, así como los prejuicios, estereotipos y formas de discriminación que lo acompañan, tienen mucho más de griego y romano de lo que podemos creernos a priori.

La inexistencia en la Antigüedad de una definición normativa de la categoría de “persona mayor” no resulta, en modo alguno, sorprendente. Lo verdaderamente significativo es que, tanto en Grecia como en Roma, diversos indicios permiten identificar la existencia de una “frontera etaria” no institucionalizada, que operaba como referencia social para marcar el tránsito hacia la condición de persona mayor. Dicha frontera se situaba habitualmente en torno a los sesenta

años, umbral que, aunque carente de formalización jurídica, funcionaba como criterio culturalmente reconocido y guarda una notable similitud con el límite convencional que aún hoy se emplea en numerosos contextos.

Si tuviéramos que enunciar una definición válida para cualquier época, podríamos decir que una “persona mayor” es aquella que, en su contexto histórico, es considerada como tal por haber alcanzado una etapa avanzada de la vida, caracterizada por cierto envejecimiento físico, acumulación de vivencias y, a menudo, una transición hacia roles distintos de los adultos jóvenes. Y si quisiéramos ser más osados, pero también más precisos, podríamos añadir que históricamente esta condición ha girado en torno a los 60 años en varones y 50 en mujeres. Curiosamente, durante el siglo XX, en varios países se mantuvo esta diferencia en la edad de jubilación entre hombres y mujeres.

En realidad, en la Antigüedad no existía una frontera etaria tan definida como la actual, que suele coincidir con la edad de jubilación típica de finales del siglo XX. En su lugar, se establecían momentos clave o edades legales, como la finalización de las obligaciones militares, el cese obligatorio de funciones senatoriales, o disposiciones recogidas en textos como la *Tabla de Ulpiano*, la *Lex Papia Poppaea*, o el *Edicto de Precios de Diocleciano*, que podían implicar cambios significativos en la vida de las personas.

No ocurría lo mismo en el caso de las mujeres, cuya etapa reproductiva marcaba el fin del valor que la sociedad les atribuía. Tampoco en el caso de quienes dependían de su capacidad física para sobrevivir. Para aquellos que necesitaban del apoyo de otros, además del respaldo familiar, en la Antigüedad se dieron —aunque de forma muy básica— antecedentes de lo que hoy denominamos servicios sociales, e incluso de residencias para personas mayores. En Grecia, estos servicios de carácter público, sostenidos mediante impuestos, llegaron a atender en ciertos momentos las necesidades de los más desfavorecidos, incluidas las personas mayores.

Gran parte de la bibliografía sitúa erróneamente el origen de los servicios sociales en la beneficencia medieval, ignorando no solo lo señalado sobre Grecia, sino también las evidencias de prácticas similares en Roma e incluso, probablemente, en Egipto.

También hemos conocido figuras curiosas destinadas a asegurar el sustento en la vejez, como el “bastón para la vejez” egipcio, una especie de contrato de relevo practicado hace más de 4.000 años.

7.2- Algunos mitos desmentidos

En nuestro estudio nos hemos topado con algunas consecuencias del edadismo actual proyectadas sobre el pasado: mitos y tópicos falsos acerca de las personas mayores en la Antigüedad.

Un error habitual es creer que en aquella época no hubo personas de edad avanzada. Aunque no es fácil determinarlo con precisión, y no existe un acuerdo sobre qué porcentaje de personas mayores había, nuestro estudio constata de forma clara que, ya sea en Egipto, Grecia o Roma, hubo un número significativo de personas que alcanzaron edades avanzadas.

Seguramente esta confusión procede de la baja esperanza de vida, provocada por la altísima mortalidad infantil, que se mantuvo hasta hace relativamente poco (a principios del siglo XX en España la esperanza de vida apenas superaba los 40 años). Hasta tiempos recientes, la mayoría de los niños moría en los primeros años de vida. Sin embargo, en la antigua Grecia, parece que una persona que sobreviviera hasta los 25 años tenía una posibilidad razonable de llegar a vivir más de 60⁹⁶³. Tanto los estudios demográficos como los históricos son claros: existió indiscutiblemente un porcentaje significativo de personas mayores.

Aunque los egipcios deseaban vivir 110 años, solo una minoría llegó a tener edades avanzadas, generalmente de las clases más altas. No todos llegaron a los 90 años de Ramsés II (cuya momia lo atestigua), pero el estudio de lápidas, momias y escritos confirma que, como mínimo, un 5% de la población llegó a ser mayor. En Grecia y Roma los porcentajes son más altos: algunos estudios los sitúan entre el 5% y el 20%, e incluso superiores. Conocemos muchos nombres de personas que superaron los 60 años, así como gran cantidad de lápidas, especialmente romanas, que lo confirman. Aunque, por supuesto, estos datos deben tomarse con cierta cautela.

La obsesión por no envejecer dio lugar, desde la Antigüedad, a todo tipo de remedios. Lo que hoy llamamos *antiageing* ya lo encontramos hace 3.500 años en papiros médicos: fórmulas para disimular arrugas o canas (papiro Ebers) o recetas “para convertir a un hombre viejo en uno joven” (papiro Smith). No se quedaron atrás griegos y romanos en esta carrera que hoy genera pingües beneficios. El poeta latino Ovidio, por ejemplo, escribió *Cosméticos para el rostro femenino*, con recetas contra las arrugas. Curiosamente, varias de estas fórmulas tenían cierta base científica, pero para desesperación de la industria *antiageing*, Ovidio aconsejaba a las mujeres: “velad por vuestras cualidades espirituales: un rostro resulta atractivo si va acompañado de inteligencia”⁹⁶⁴.

Otro mito muy extendido, que suele justificar por sí solo el calificativo de “época dorada”, es que en la Antigüedad las personas mayores alcanzaban automáticamente una posición elevada por su edad. En Grecia esto se asociaba a las *gerusías*, como la de Esparta (aunque no era la única), y en Roma a la imagen del Senado. Sin embargo, hemos comprobado que esto es falso o, al menos, muy matizable. Estos órganos no siempre tuvieron el poder que se les atribuye, y lo fundamental para formar parte de ellos no era tanto la edad como descender de “buena familia”, la riqueza, la influencia o los méritos adquiridos en la juventud. Algunos de estos mitos estaban tan arraigados que incluso los propios romanos de épocas tardías llegaron a creer que el Senado siempre estuvo compuesto por “ancianos venerables”, lo cual no era cierto y respondía a interpretaciones erróneas de su pasado, perpetuadas a lo largo de los siglos.

Otro mito difícil de sostener es el del *paterfamilias* romano como “anciano tirano y todopoderoso” como causa del desprecio a las personas mayores y el edadismo romano. Ni debió jugar el papel tiránico que en ocasiones se interpreta que le atribuiría el Derecho Romano, ni parece que su número y conducta puedan justificar la caricatura despiadada que de los hombres mayores reflejan algunas obras de la época.

También hemos esbozado dos aspectos muy poco conocidos de la vida de las personas mayores en la Roma antigua: la demencia y el maltrato. Aunque a menudo se niegan, hay constancia de

⁹⁶³ Según algunos estudios que cita Minois, 1987, p. 100.

⁹⁶⁴ Ovidio, *Cosméticos para el rostro femenino*, 40.

ambos fenómenos, íntimamente relacionados. Pues las personas con demencia u otras enfermedades mentales eran tratadas de forma terrible. Aunque no podían explicarlas ni diferenciarlas bien, entendían que existía algún tipo de “locura” que guardaba alguna relación con la vejez.

En cuanto al maltrato, ya en Egipto las *Instrucciones de Amenemope* decían: “no levantes la mano para agredir a un hombre mayor”. Conocemos casos de desheredación por no auxiliar a una madre viuda. Pero donde más evidencias hay es en Grecia y Roma, especialmente de abuso económico: engaños para vivir a costa de los mayores, declaraciones de incapacidad para administrar sus bienes, intentos de manipular herencias e incluso falsificación de testamentos. Las pruebas son tan numerosas y diversas que parece haber existido toda una “industria” dedicada a explotar a las personas mayores. Algo que también puede parecer actual, pero que como vemos, se remonta muy atrás.

En general, para las religiones de los tres pueblos, la vejez es una maldición. Los egipcios deseaban mantenerse eternamente jóvenes en el más allá, y así se representaban en sus tumbas, recurriendo incluso a la magia para conseguirlo. En la mitología grecorromana, la figura de Títono y su decrepitud eterna simbolizan mejor que nada esta maldición. Junto a él, Geras (la personificación de la vejez), Pelias (asesinado para rejuvenecerlo) y Anquises cargado por su hijo, reaparecen una y otra vez en el arte y la literatura para recordarnos que la mitología es cosa de héroes, y que estos son siempre jóvenes.

7.3.- Entre burlas y prejuicios: edadismo en la literatura de la Antigüedad

La literatura es uno de los campos que más nos habla de lo que representaba el envejecimiento en la Antigüedad y las actitudes sociales frente al mismo. Los personajes mayores, sus diálogos y acciones, ofrecen una ventana a los valores y la cultura de la época, lo que constituye una excelente fuente para comprender su mentalidad.

En Egipto, la literatura acompaña la obsesión por rejuvenecer (tanto en el más allá, como en “el más acá”), con una visión negativa y catastrofista de la vejez, cargada de prejuicios y malos augurios. Curiosamente, algunos de estos textos fueron supuestamente escritos (o dictados) hace más de 4.000 años por un hombre mayor: el visir Ptahhotep. También encontramos burlas, desprecios y amenazas hacia personas mayores, tanto en textos escritos como en relieves funerarios. El hecho de que esto prácticamente no se haya estudiado nunca, salvo en fechas recientes, revela que no solo los egipcios eran edadistas, sino que los estudiosos del tema también lo han sido.

La literatura occidental se cimentó sobre las obras de Homero, pero no parece una base muy sólida sobre la que edificar la imagen de las personas mayores. Homero exaltó a la juventud por encima de todo, dibujando personajes mayores que debían su valor a lo que hicieron en su juventud (como Néstor), o que se mostraban impotentes ante los jóvenes (como Príamo). Ni siquiera la muerte destruía la belleza de los cuerpos jóvenes, como en el caso de Héctor, cuyo “bello cadáver” (mantenido así por los dioses) se contraponía literalmente al de un hombre mayor asesinado y devorado por perros. Su obra no contribuyó a alejarse de estereotipos y prejuicios, seguramente ya existentes, sino a reforzarlos a través de los siglos.

Sabemos que la literatura griega abordó la vejez en numerosas ocasiones, aunque muchas obras se han perdido. En las que conservamos, la vejez aparece como algo indeseable: molesta, sombría, plagada de dolencias, una amenaza para quienes la padecen. A diferencia de la juventud, la vejez se presenta como odiosa, y quienes la sufren nos recuerdan un mañana temido: la muerte. Los pasajes de Esquilo, Sófocles y Eurípides dan testimonio de estos estereotipos.

Pero si hay un autor que deja un rastro furibundo de edadismo en la Grecia clásica, ese es Aristófanes, verdadero *enfant terrible* del teatro griego. Sus comedias son caricaturas salvajes y despiadadas de las personas mayores: insultadas, vejadas, humilladas e incluso agredidas. Esta crueldad contrasta con el respeto y realismo de los personajes mayores en Menandro, aunque también caen en estereotipos. Los personajes mayores de este último pueden ser tercos o irascibles, pero tienen capacidad de cambio y comprensión, mientras que los de Aristófanes no evolucionan, abusando de la caricatura y los prejuicios.

Tampoco se quedan atrás algunos autores latinos, pues el edadismo se convirtió en un recurso cómico habitual, con personas mayores reflejadas mediante tópicos y convertidas en el hazmerreír del público teatral. Historias en las que un estúpido romano de edad avanzada intenta quitarle la novia a su hijo para convertirla en su amante, y termina humillado y apaleado (literal o metafóricamente), eran frecuentes. Las mujeres mayores tampoco recibían mejor trato: a menudo eran personajes secundarios tratados con grosería y desprecio.

Aun así, hay diferencias sustanciales entre unos autores y otros. Plauto, por ejemplo, tiene un especial interés (y seguramente necesidad económica) en buscar la risa generalizada del público. Mientras que las obras de Terencio están dedicadas a un público más ilustrado y no tenía la necesidad de que sus obras fueran populares, pues tenía el apoyo económico de ricos protectores. Quizá por eso sus obras no tienen el agresivo edadismo de las de Plauto, el edadismo está presente, pero parece reflejar el que latía en la sociedad romana, sin necesidad de exagerar.

Horacio, a pesar de haber recibido todo tipo de alabanzas durante siglos, practica un edadismo y una misoginia absolutamente repulsiva. Su crueldad con las mujeres mayores es difícil de igualar en su época, y el hecho de que se haya ignorado durante siglos resulta revelador. Juvenal tampoco se queda atrás: su misoginia, edadismo, xenofobia e incluso homofobia contrastan con autores como Virgilio, mucho más comprensivo con las personas mayores, aunque también dejó imágenes de fragilidad y patetismo que han perdurado.

Uno de los debates abiertos es hasta qué punto la literatura crea y difunde estereotipos, prejuicios y actitudes discriminatorias, o simplemente refleja la visión social del envejecimiento. Lo comentado sobre Plauto y Terencio puede arrojar algo de luz: es muy distinto necesitar el aplauso del público para sobrevivir que contar con el apoyo de mecenas. Esto sugiere que los autores eran conscientes del edadismo y lo usaban según su conveniencia o necesidad, como un recurso más para crear. Y de nuevo, demuestra hasta qué punto el edadismo estaba normalizado y asumido en las sociedades griegas y romanas.

7.4.- El reflejo del edadismo en las artes plásticas: cuerpos que no envejecen

Tanto en Egipto como durante buena parte del periodo griego, la representación de personas mayores en el arte nos recuerda al proverbio “no hay mayor desprecio que no hacer aprecio”. Su existencia es prácticamente ignorada. En las tumbas egipcias, los difuntos rara vez aparecen con rasgos que indiquen edad avanzada, aunque las momias atestigüen lo contrario. Cuando se representan, los signos son mínimos: cabello blanco, algo de calvicie o cierta acumulación abdominal. Cuando intentamos identificar figuras de edad avanzada en el arte egipcio, la frustración es constante: casi todos se hacen representar jóvenes, como desean vivir eternamente.

Sin embargo, a pesar de la infrarrepresentación, aparecen algunas personas en escenas cotidianas, a escala reducida, o a veces encorvadas, para diferenciarlos de los jóvenes de la misma escena. En ocasiones se le llega a retratar como incapaces de trabajar, generando molestias entre los trabajadores jóvenes, que los perciben como una carga. Este tipo de escenas revela prejuicios edadistas profundamente arraigados en aquella sociedad.

En la escultura, salvo la revolucionaria y breve etapa del faraón Akenatón, que transformó la religión, la política y el arte, hay que tener conocimientos previos para poder identificar a las pocas personas mayores que se representaban, que podían ser nobles o altos funcionarios, pero prácticamente nunca el faraón, que era eternamente joven, e incluso había ceremonias mágicas para mantenerlo así.

El arte griego, en sus inicios, no se aleja mucho de esta tendencia. La belleza se asociaba exclusivamente a cuerpos jóvenes, como los de Afrodita o los atletas, modelos que siguen presentes en el imaginario colectivo. No será hasta finales del siglo IV a.C., con el periodo helenístico, que el idealismo da paso a un cierto realismo. Surge entonces un interés por las emociones y las actitudes humanas cotidianas. Aparecen rasgos de vejez, aunque exagerados, lo que ha llevado a que estas representaciones sean calificadas durante siglos como “feas”, “repugnantes” o “pintorescas”, especialmente en el caso de figuras femeninas. Muchas de estas obras han sido relegadas en los museos. Esas representaciones, los retratos de filósofos y algunas excepciones más, generalmente conservados en copias romanas, son los escasos vestigios de la vejez en la escultura griega que han llegado a nosotros.

En Roma, emerge otra excepción: el llamado “verismo”. Un estilo escultórico que muestra con claridad arrugas, calvicie, barba, patas de gallo, pliegues nasolabiales y carnes flácidas. La discusión gira en torno a si estas representaciones reflejan la realidad del retratado o si, más bien, expresan valores romanos que se deseaban asociar a la figura: austeridad, rectitud, experiencia, honradez, esfuerzo, capacidad de mando, entre otros. La presencia femenina en este tipo de retratos es aún más escasa, y cuando aparece, los signos de envejecimiento son mucho más atenuados, como puede observarse en las estelas funerarias, sin que sepamos con certeza el motivo.

Estas obras, por supuesto, también han sido calificadas como “feas”, por el simple hecho de mostrar la vejez. Y convivieron con esculturas idealizadas, cuya máxima expresión es el emperador Augusto, representado siempre joven, a pesar de haber fallecido a los 75 años.

En la cerámica griega tampoco abundan las figuras de edad avanzada. Al igual que en Egipto, su identificación no siempre es sencilla: cabello blanco, calvicie, barba blanca o bastón son los elementos más recurrentes. La cerámica romana, más funcional y menos decorativa, ofrece aún menos ejemplos.

Tanto en Grecia como en Roma, las escenas teatrales o literarias que incluían figuras mayores fueron trasladadas a otros registros como la cerámica, la escultura, la pintura o el mosaico, donde se reflejan burlas y caricaturas que perpetúan estereotipos edadistas.

7.5.- Platón, Aristóteles y Cicerón: tres miradas sobre la vejez

En la filosofía griega encontramos dos concepciones distintas de la vejez que durante siglos van a tener una gran repercusión en las ideas sobre la vejez en la cultura occidental.

Por un lado, Platón defiende las capacidades de las personas mayores, a quienes en algunas ocasiones convierte en protagonistas de sus diálogos, demostrando sabiduría y tratando de desmentir, mediante sus razonamientos, estereotipos y prejuicios hacia la vejez. Sus textos nos muestran cómo le resultan intolerables numerosas conductas edadistas de la sociedad en la que vive, así como el maltrato hacia las personas mayores. Incluso llega a plantear algunas soluciones, con mayor o menor fortuna, y a defender que la vejez puede ser una etapa agradable.

Su discípulo Aristóteles defiende posiciones totalmente contrarias. Para él, las personas mayores no son sabias ni tienen capacidad política, y su experiencia a menudo no es más que una acumulación de errores. Las describe como: ignorantes, resabiados, de mal carácter, pesimistas, desconfiados, mezquinos, cobardes, miedosos, egoístas, desvergonzados, coléricos, interesados, injustos, malvados, quejumbrosos y malhumorados. No es precisamente un ejemplo de buen trato hacia las personas mayores.

En cuanto a Cicerón, mucho nos tememos que pocos se han preocupado por hacer una lectura profunda y contextualizada de su obra. *De Senectute* revela la existencia de edadismo por parte de la sociedad romana, pero también muestra a un Cicerón que no pretende defender la vejez en sí, sino los intereses personales de él y de sus amigos, representantes de la clase más alta y poderosa en un momento determinado. Su discurso, además, resulta en ocasiones edadista hacia los jóvenes.

De Senectute solo puede considerarse una gran defensa de la vejez si hacemos una relectura actual, olvidando las intenciones de Cicerón y su contexto histórico. Precisamente por eso, no podemos afirmar que Cicerón fuera un verdadero defensor de las personas mayores en la Antigüedad.

¿Por qué nos parece tan actual la obra de Cicerón? Seguramente porque las condiciones de vida de la mayoría de las personas mayores del mundo más desarrollado (fundamentalmente gracias a los Estados de Bienestar) se asemejan más a la vida de la élite romana: posibilidad de jubilarse, disfrutar del ocio y la cultura, asistencia sanitaria, descanso, etc., que a la del romano medio. Por ello, da la sensación de que Cicerón nos habla de nuestra realidad actual, y puede parecer que *De Senectute* describe el mundo de hoy. Nada más alejado de la realidad de Cicerón.

Sin embargo, Platón sorprende muy positivamente por su defensa de la vejez. Junto con Cicerón, su visión sobre las personas mayores ha pervivido y llegado hasta nuestra época, pero parece mucho más sincera y, desde luego, menos interesada que la del romano. Si alguien mereciera el calificativo de defensor de la vejez en la Antigüedad, ese sería Platón, aunque sea un tanto absurdo emplear “etiquetas”.

Pero tampoco somos ingenuos: Platón fue un hombre de un espacio y tiempo determinado (como lo somos todos). Desde nuestro punto de vista actual, vivió en una sociedad machista, racista, clasista, esclavista, edadista, etc. (no olvidemos que hablamos de hace unos 2.300 años). Aun así, nos parece justo destacar que su visión es mucho menos edadista que la de otros pensadores de la época clásica, incluido Cicerón, aunque a este se le haya calificado como el principal defensor de la vejez.

7.6.- Una mirada al futuro

Esta investigación ha explorado el pasado, pero lo ha hecho con la mirada puesta en mejorar el futuro. Se trata de promover el estudio del edadismo y promover que recorra un camino similar al que han seguido otros -ismos como el racismo o el machismo. Esta obra no pretende ser más que un pequeño paso en esa dirección: conociendo mejor el fenómeno, a lo que sin duda nos ayuda conocer el pasado, podremos combatirlo con mayor eficacia en el presente.

Una de las consecuencias prácticas ya comentada, es el demostrar que existe, sin duda alguna, una historia de discriminación por razón de edad hacia las personas mayores, que son un grupo históricamente diferenciado y marginado, lo que debiera constituir un punto de partida jurídico para reconocer formalmente la discriminación de ese grupo, y servir de base para posibles acciones positivas que compensen esas situaciones históricas.

Asimismo, esperamos haber contribuido a demostrar la necesidad de dismantelar prejuicios heredados, pues el edadismo no es solo una discriminación social: es también una forma de violencia que limita posibilidades y derechos.

Reivindicamos la necesidad de reconocer la pluralidad de experiencias en la vejez, alejándonos de modelos reduccionistas que la circunscriben a la dependencia, o a la sabiduría. La edad, por sí sola, no nos convierte ni en sabios ni en enfermos.

Aunque nos hayamos centrado en la antigüedad, hemos constatado edadismos que perviven de numerosas formas: desde el lenguaje hasta las políticas, pasando por los imaginarios culturales. Es necesario, salvando las distancias, ejercer una mirada crítica, como la de un “Platón moderno”, que señale y haga visibles los prejuicios que siguen dañando a las personas de manera profunda y persistente. No se trata de simples opiniones equivocadas, sino de estructuras mentales, muy antiguas, que distorsionan la realidad, perpetúan la desigualdad y erosionan los derechos humanos de todas las personas, independientemente de su edad.

Fuentes literarias

Aristófanes, *Las Nubes, Las Ranas, Pluto* (Edición de Francisco Rodríguez Adrados y Juan Rodríguez Somolinos), Cátedra, 1999.

Aristófanes, *Comedias I*, (Introducciones, traducción y notas de Luis Gil Fernández), Gredos, 1995.

Aristófanes, *Comedias II*, (Introducciones, traducción y notas de Luis M. Macía Aparicio), Gredos, 2007.

Aristófanes, *Comedias III*, (Introducciones, traducción y notas de Luis M. Macía Aparicio), Gredos, 2007.

Aristóteles, *Poética, Magna Moralia* (Introducciones, Traducción y notas de Teresa Martínez Manzano y Leonardo Rodríguez Duplá), Gredos, 2011.

Catulo, *Poemas* (Introducciones, traducciones y notas de Arturo Soler Ruiz), Gredos, 1993.

Cicerón, *Catón el Mayor: de la Vejez, Lelio: de la Amistad* (Versión de Julio Pimentel Álvarez). Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.

Esquilo, *Tragedias* (Introducción general de Manuel Fernandez Galiano, traducción y notas de Bernardo Perea Morales), Gredos, 1986.

Eurípides, *Tragedias I* (Introducción, traducción y notas de Alberto Medina González y Juan Antonio López Férez), Gredos, 1991.

Eurípides, *Tragedias II* (Edición y traducción de Juan Miguel Labiano), Gredos, 2005.

Eurípides, *Tragedias III* (Introducciones, traducción y notas de Carlos García Gual y Luis Alberto de Cuenca), Gredos, 1979.

Hesíodo, *Trabajos y días* (Introducción, traducción y notas de Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez), Gredos, 1978.

Homero, *Iliada* (Traducción, prólogo y notas de Emilio Crespo Güemes), Gredos 1996.

Homero, *Odisea* (Introducción de Manuel Fernández-Galiano, traducción de Jose Manuel Pabón), Gredos 1993.

Horacio, *Odas, Canto Secular, Epodos* (Introducciones, traducción y notas de José Luis Moralejo), Gredos, 2007.

Horacio, *Sátiras, Epístolas, Arte Poética* (Introducciones, traducción y notas de José Luis Moralejo), Gredos, 2008.

Juvenal, *Sátiras* (Traducción, estudio introductorio y notas de Bartolomé Segura Ramos), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1996.

Lirica Griega Arcaica. Poemas Córales Y Monódicos, 700-300 a. C. (Introducciones, traducciones y notas por Francisco Rodríguez Adrados), Gredos, 1980.

Lope de Vega, *Lope de Vega Esencial* (Edición de Felipe Pedraza), Altea, Taurus, Alfaguara, 1990.

Menandro, *Comedias* (Introducciones, traducciones y notas por Pedro Bádenas de la Peña), Gredos, 1986.

Mimnermo, *Elegíacos Griegos* (Introducción, Traducción y notas de Emilio Suárez de la Torre). Gredos, 2012.

Ovidio, *Amores, Arte De Amar, Sobre la Cosmética del Rostro Femenino, Remedios Contra el Amor* (Traducción, introducción y notas por Vicente Cristóbal López), Gredos, 1989.

Ovidio, *Metamorfosis* (Edición de Consuelo Álvarez y Rosa M^a Iglesias), Cátedra, 2003.

Ovidio, *Tristes, Pónticas* (Introducción, traducción y notas de José González Vázquez), Gredos, 1992.

Platón, *Diálogos I, Apología, Critón, Autifrón, Ion, Lisis, Cármides, Hippias Menor, Hippias Mayor, Laques, Protágoras* (Introducción general por E. Lledó Íñigo, traducción y notas por J. Calonge Ruiz, E. Lledó Íñigo, C. García Gual), Gredos, 1985.

Platón, *Diálogos II, Gorgias, Menéxeno, Eutidemo, Menón, Crátilo* (Introducciones, traducciones y notas por J. Calonge Ruiz, E. Acosta Méndez, F. J. Olivieri, J.L. Calvo), Gredos, 1987.

Platón, *Diálogos III, Fedón, Banquete, Fedro* (Introducciones, traducciones y notas por C. García Gual, M. Martínez Hernández y E. Lledó Íñigo), Gredos, 1988.

Platón, *Diálogos IV, República*, (Introducciones, traducciones y notas por M^a Isabel Santa Cruz, Alvaro Vallejo Campos, Néstor Luis Cordero), Gredos, 1988.

Platón, *Diálogos V, Parménides, Teeteto, Sofistas, Político* (Introducción, traducción y notas por Conrado Eggers Lan), Gredos, 1988.

Platón, *Diálogos VII, Dudosos, Apócrifos, Cartas*. (Introducción, traducción y notas por Juan Zaragoza, y Pilar Gómez Cardó), Gredos, 1992.

Platón, *Diálogos VIII, Leyes (Libros I-VI)* (Introducción, traducción y notas por Francisco Lisi), Gredos, 1999.

Platón, *Diálogos IX, Leyes (Libros VII-XII)* (Introducción, traducción y notas por Francisco Lisi), Gredos, 1999.

Plauto, *Comedias I (Anfitrión, La Comedia de los Asnos, La Comedia de la olla, Dos Báquides, Los cautivos, Cásina)* (Introducciones, traducción y notas de Mercedes González-Haba), Gredos, 1992.

Plauto, *Comedias II (La Comedia de la Arquilla, Gorgojo, Epídico, Los dos Menecmos, El Mercader, El Militar Fanfarrón, La Comedia del Fantasma, El Persa)* (Introducciones, traducción y notas de Mercedes González-Haba), Gredos, 1996.

Plauto, *Comedias III (El Cartaginés, Pséudolo, La Maroma, Estico, Tres Monedas, Truculento, Vidularia, Fragmentos)* (Introducciones, traducción y notas de Mercedes González-Haba), Gredos, 2002.

Plinio el Joven, *Cartas* (Introducción, traducción y notas de Julián González Fernández), Gredos, 2015.

Plutarco, *Vidas Paralelas, Licurgo* (Introducción, traducción y notas por Aurelio Pérez Jiménez), Gredos, 1985.

Sófocles, *Tragedias* (Introducción de José S. Lasso De La Vega; Traducción y notas de Assela Alamillo), Gredos, 1981.

Terencio, *Comedias (La Andriana, El Eunuco)*, (Texto revisado y traducido por Lisardo Rubio), vol. I, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991.

Terencio, *Comedias (El Heautontimorümenos, Formión)*, (Texto revisado y traducido por Lisardo Rubio), vol. II, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991.

Terencio, *Comedias (Hécira - Adelfos)*, (Texto revisado y traducido por Lisardo Rubio), vol. III, Ediciones Alma Mater, 1966.

Bibliografía

- Adrados, F. R. (1988). Lírica Griega. En: López Férez, J.A. (Ed.) *Historia de la literatura griega*. Cátedra. Pags. 106-167.
- Albaladejo, M. (1991) *Derecho Civil I. Introducción y parte general*. José María Bosch.
- Alba, V. (1992) *Historia Social de la Vejez*. Laertes.
- Albrecht, M. von (1997). *Historia de la Literatura Romana*. Tomo I. Herder.
- (1999). *Historia de la Literatura Romana*. Tomo II. Herder.
- Alonso, J. (2018) Demografía romana en Hispania a través de la epigrafía funeraria. *Revista de Demografía Histórica*, XXXVI, II, pp. 15-53.
- Alsina Clota, J. (1954) Platón y la vejez. *Helmantica: Revista de filología clásica y hebrea*, tomo 5, Nº 16-18, págs. 61-69.
- Anderson W.S. (1999) The Secret of Lydia's Aging: Horace Ode 1.25. En: Anderson W.S. (ed.) *Why Horace? A Collection of Interpretations*. Bolchazy-Carducci Publishers, pp. 85-91.
- Andrade, M. (2017). La vejez en el Antiguo Egipto. En: *I Jornada de Actualización en Investigación y Docencia sobre el Cercano Oriente Antiguo*. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en:
- http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.13175/ev.13175.pdf
- Agulló Tomás, M.S. (2001) *Mayores, actividad y trabajo en el proceso de envejecimiento y jubilación: una aproximación psico-sociológica*. Instituto de Migraciones y Servicios Sociales.
- Allen J.P.; Mininberg, D.T (2005) *The Art of Medicine in Ancient Egypt*. The Metropolitan Museum of Art.
- Amunategui Perelló, C.F. (2009). *Origen de los poderes del paterfamilias. El pater familias y la patria potestas*. Dykinson.
- Appleby, J. (2010) Why We Need an Archaeology of Old Age, and a Suggested Approach. *Norwegian Archaeological Review*. 43(2), p.145-168.
- Arquiola Llopis, E. (1995). *La vejez a debate*. CSIC.
- Avramidou, A. (2010) The Body of a Hero: Images of Herakles and their Political Uses in Antiquity. En: Garrison, D.H. *A Cultural History of the Human Body in Antiquity*. Berg Publishers.
- Baeza Angulo, E.F. (1996). La magia en la poesía amatoria de Ovidio. En: Arcaz, J.L; Laguna Mariscal, G.; Ramírez de Verger, A.; *La obra amatoria de Ovidio: aspectos textuales, interpretación literaria y pervivencia*. Ediciones Clásicas, pp. 143-159.
- Balsdon, J. P. V. D. B (1987). Vida y ocio. En Balsdon, J.P.V.D.B (Ed.). *Los romanos*. Gredos, pp. 352-367.

Barranco Avilés, M.C.; Vicente Echevarría, I. (2020) *La discriminación por razón de edad en España Conclusiones y recomendaciones para el contexto español desde un enfoque basado en derechos*. HelpAge Internacional España - Instituto de Derechos Humanos Bartolomé de las Casas de la Universidad Carlos III de Madrid. Disponible en: <https://www.helpage.org/silo/files/la-dicriminacion-por-razon-de-edad-en-espaa.pdf>

Barrow, G.M.; Smith, P.A. (1979) *Aging, Ageism and Society*. West Publishing.

Bazo, M.T.; Maiztegui Oñate, C. (1999) Sociología de la vejez. En: Bazo, M.T. (coord.). *Envejecimiento y Sociedad: una perspectiva internacional*. Editorial Médica Panamericana.

Beauvoir, S. de (1983) *La vejez*. Barcelona. Edhasa.

Beard, M.; Henderson, J. (2022). *El arte clásico. De Grecia a Roma*. La esfera de los libros.

Birchler Emery, P. (2018) Entre vieux sages et mendiants émâciés: la mise en images de la vieillesse en Grèce archaïque. En: *Cahiers des études anciennes, La Vieillesse dans l'Antiquité, entre déchéance et sagesse*, LV, pp. 37-64.

Blackman, M.A. (1915). *The Rock Tombs of Meir II: The tomb-chapel of Senbi's Son Ukh-Hotp*. Egypt Exploration Fund.

Blanco Freijeiro, A. (2011) *Arte Griego*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Blázquez J.M. (2006). Conductas sexuales y grupos sociales marginados en la poesía de Marcial y Juvenal. En: G. Bravo - R. González Salinero (ed.), *Minorías y sectas en el mundo romano*. Actas del III Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos, Signifer, pp. 55-72.

Blom, van der, H. (2010) *Cicero's Role Models: The Political Strategy of a Newcomer*. Oxford University Press

Bieler, L. (1992). *Historia de la literatura romana*. Gredos.

Bobbio, N. (1997) *De Senectute y otros escritos biográficos*. Taurus.

Boldova Pasamar, M.A. (2021) Discriminación y estigmatización. En: Romeo Casabona, C.M. (coord.) *Tratado de Derecho y Envejecimiento La adaptación del Derecho a la nueva longevidad*. Fundación Mutuality Abogacía. Disponible en: <https://www.lamoncloa.gob.es/serviciosdeprensa/notasprensa/justicia/Documents/2021/201021-Tratado-de-Derecho-y-envejecimiento.pdf>

Bonmatí, Alejandro, et al (2011). El caso de Elvis el viejo de la Sima de los Huesos. *Dendra médica. Revista de humanidades*, vol. 10, n.º 2, pp. 138-146. Disponible en: https://www.fundacionpfiizer.org/sites/default/files/003_el_caso_elvis.indd_0.pdf

Bordas, L. (2006). *En torno a la Ilíada*. Edicions Bellaterra.

Borrajo Dacruz, E. (2007) La jubilación laboral como institución jurídica (Vejez, senilidad, retiro y redistribución del empleo). En: López Dacruz, L. (coord.). *Tratado de jubilación. Homenaje al profesor Luis Enrique de la Villa Gil con motivo de su jubilación*. Iustel, pp. 143-178.

- Bremmer, J. (1987). The Old Women of Ancient Greece. En: Blok, J., and P. Mason, (eds.). *Sexual Asymmetry: Studies in Ancient Society*. J.C. Gieben, pp 191-215.
- Butler, R.N. (1975) *Why Survive? Being Old in America*. Harper and Row.
- (1987). Ageism. En: Maddox, G.L. (ed.). *The Encyclopedia of Aging*. Springer, p.22.
- Bytheway, B. (1995) *Ageism*. Open University Press, 1995.
- (2005) Ageism. En: Johnson, M.L. (ed.). *The Cambridge Handbook of Age and Ageing*. Cambridge University Press, pp.338-345.
- Cardona Arenas, B. (2013). *Envejecer en el antiguo Egipto, Una perspectiva médica, farmacéutica y cultural*. [Tesis doctoral] Universitat Autònoma de Barcelona. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10803/113571>
- Carro Perez, M.V. (2014). Formulaciones teóricas y preceptivas sobre la comedia romana en *De Lingua Latina* de M. Terencio Varrón. En: *Significación y resignificación del mundo clásico antiguo. Actas XXII Simposio Nacional de Estudios Clásicos*. (pp. 281-289). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán,
- Casamayor Mancisidor, S. (2021) Anus ebria: análisis de un estereotipo de vejez femenina en la Roma Antigua. En: Romina Grana (coord.) *Discursos, mujeres y artes: ¿Construyendo o derribando fronteras?*, Dykinson pp. 949-968.
- (2018a). Vejez y dependencia en la antigua Roma En: Rubiera Cancelas, C. (ed.), *Las edades vulnerables. Infancia y vejez en la Antigüedad*. Ediciones Trea, pp. 275-297.
- (2018b) La vejez femenina en la antigua Roma [Tesis doctoral] Universidad de Salamanca. Disponible en https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/139490/DPHAA_CasamayorMancisidorS_Vejez_femenina.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- (2021) *De Catón a Estáfila: las múltiples caras de la vejez en la roma antigua*. Antiqua XXVIII, Jornadas sobre la Antigüedad. Disponible en: <http://antiqua.gipuzkoakultura.net/pdf/SaraCasamayorWeb.pdf>
- Castañeda Reyes, J.C. (1991). La historia de Si-nuhe: sociedad e ideología en un texto literario del reino medio faraónico. En: *Estudios de Asia y Africa*, vol. 26, Nº 2, pp. 266-295.
- Castellano Solé, N. (2023). Envejecer en Egipto: ¿Quién necesita un bastón para la vejez? En: Rubiera Cancelas, C.; García-Ventura, A.; Méndez Santiago (Eds.) *Cuerpos que envejecen. Vulnerabilidad, familias, dependencia y cuidados en la Antigüedad*, pp. 55-72. Dykinson.
- Celdrán Gomariz, P. (2002). *El amor y la vida material en la Grecia Clásica*. Ediciones Clásicas.
- Cohen-Shalev, A. (2012) *Visions of Aging: Images of the Elderly in Film*. Sussex Academic Press.
- Conti, N. (2006) *Mitología*. Universidad de Murcia.
- Correa Carrasco, M. (2001). Los derechos laborales de los grupos vulnerables en el Derecho social europeo. En: Mariño Menéndez, F.M.; Fernández Liesa, C. (dirs. y coords.). *La protección*

de las personas y grupos vulnerables en el derecho europeo, pp. 491-528. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Subdirección General de Publicaciones,

Corvisier, J.N. (2018) La vieillesse dans le monde antique: aspects démographiques et conséquences sociales. En: *Cahiers des études anciennes, La Vieillesse dans l'Antiquité, entre déchéance et sagesse*, LV, pp.17-36.

Cristobal V. (1997). Introducción. En: Virgilio. *Eneida*, pp. 11-129. Gredos.

Cyril P.B.; Smith, G.E.. (1974). *Ancient Egyptian Medicine : The Papyrus Ebers*. Ares.

Davison, J. (2002). La vida privada. En Osborne, R. *La Grecia Clásica*, pp. 157-190. Crítica.

Díaz Aledo, L. (2013). La Imagen de las personas mayores en los medios de comunicación. En: *Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales*. Nº 41, pp. 483-502.

Domínguez Monedero, A.J.; Pascual González, J. (1999) *Esparta y Atenas en el siglo V a.C.* Síntesis.

Durán Mañas, M. (2014). *Las mujeres en los Idilios de Teócrito*. Universidad de Zaragoza.

Eggers Lan, C. 1998. Introducción. En: Platón. *Diálogos IV, República*. Gredos

Eliade, M.; Culianu, I.P. (1991) *Diccionario de las religiones*. Titivillus

Elvira Barba, M. A., (2009). Sinceridad y convencionalismo en el retrato romano. En: *Rostros de Roma. Retratos romanos del Museo Arqueológico Nacional*. Ministerio de Cultura, pp. 28-47.

Fábrega Ruiz, C. (2000). *Protección jurídica de la tercera edad*. Colex.

Falkner, T. (1989). *Ἡρώδης οὐδὲν*: Homeric Heroism, Old Age and the End of the Odyssey. En: Falkner, T. y de Luce, J. State University of New York, pp. 21-67.

Fejner, j. (2008). *Roman Portraits in Context*. Walter de Gruyter.

Fernández Prieto, A. (2023). El ciudadano frente a la vejez: vulnerabilidad y formas de “asistencia pública” en la Atenas democrática. En: Rubiera Cancelas, C.; García-Ventura, A.; Méndez Santiago (Eds.) *Cuerpos que envejecen. Vulnerabilidad, familias, dependencia y cuidados en la Antigüedad*, pp. 191-208. Dykinson.

Finch, C.E. (2010). Volving Views Of Ageing And Longevity From Homer To Hippocrates: Emergence Of Natural Factors, Persistence Of The Supernatural. En: *Greece & Rome*, vol. 57, nº 2, pp. 355-377.

Finley, M.I (1981) The Elderly in Classical Antiquity. En : *Greece & Rome*, Vol. 28, nº 2, pp. 156-171.

Fischer, H.G. (2000) *Egyptian women of the Old Kingdom, And of the Heracleopolitan Period*. The Metropolitan Museum of Art

Flores Giménez, F. (2019) Las personas mayores en la Constitución Española: derechos y garantías. En: Cabeza Pereiro, J (coord.); Cardona Rubert, B. (coord.); Flores Giménez, F. (coord.); *Edad, Discriminación y Derechos*, pp. 29-52. Aranzadi.

- (2022) Presentación. Derecho y personas mayores. *Teoría & Derecho. Revista De Pensamiento jurídico*, (33), 10–12. Disponible en: <https://doi.org/10.36151/td.2022.048>

Flynn, T. (2002). *El cuerpo en la escultura*. Akal.

Fontán Pérez, A. (2021) *Letras y poder en Roma*. Ediciones Universidad de Navarra.

Forgeau, A. (1988). La memoria del nombre y el orden faraónico, En Burguière, A.; Klapisch-Zuber, C.; Segalen, M.; Zonabend, F. (dirs.), *Historia de la familia*, vol1, pp. 139-168. Alianza.

Frier, B.W. (2010) Roman Demography. En, Potter, D.S. y Mattingly D.J. (Ed.) *Life, Death, and Entertainment in the Roman Empire*, pp. 85-109. University of Michigan Press.

Galán, J.M. (2000). *Cuatro Viajes en la Literatura del Antiguo Egipto*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- (2003). Egipto detrás de la Odisea. En: Cabrera, P. y Olmos, R. (Coords.) *Sobre la Odisea. Visiones desde el mito y la arqueología*, pp. 75-99. Ediciones Polifemo,

García Garrido, M.J. (1993). *Diccionario de jurisprudencia romana*. Dykinson.

García González, F. (2005) Introducción: Vejez, envejecimiento e historia. La edad como objeto de investigación. En: García González, F. (coord.) *Vejez, envejecimiento y sociedad en España, Siglos XVI-XXI*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.

García González, J.M. (2015). *La transformación de la longevidad en España de 1910 a 2009*. Centro de Investigaciones Sociológicas.

García Luque, A. (2018) Women and children omitted in the teaching of history: causes and consequences. En: Sánchez Romero, M. y Cid López, R. (eds.) *Motherhood and Infancies in the Mediterranean in Antiquity*, pp. 358-374. Oxbow Books.

García Sánchez, M. (1999). *Las mujeres de Homero*. SEMA, Universitat de Valencia.

- (2005). Los orígenes de Grecia: la sociedad arcaica y el nacimiento de la polis. En Fernández Nieto, F.J. (Coord.), *Historia Antigua de Grecia y Roma*, pp.61-84. Tirant Lo Blanch.

Gardiner, A. (2007). *Egyptian Grammar. Being an introduction to the study of hieroglyphs*. Griffith Institute Oxford.

Giddens, A. (2007) *Europa en la era global*. Paidós.

- (2010). Sociología. Alianza Editorial.

Gil Fernández, L. (2010) *De Aristófanes a Meandro*. Ediciones clásicas.

Giménez Glück, D. (2008). Estado social y acciones positivas: especial consideración de las personas mayores y de las personas con discapacidad. En Díaz Palarea, M.D.; Santana Vega, D.M. (Coord.). *Marco jurídico y social de las personas mayores y de las personas con discapacidad*. pp.309-62.

- (2022). Igualdad y no discriminación de las personas mayores. *Teoría & Derecho. Revista De Pensamiento jurídico*, (33), 64–89. Disponible en: <https://doi.org/10.36151/td.2022.051>

- Gombrich, E.H. (2008). *La historia del arte*. Phaidon.
- Gómez Sánchez, Y. (2011) *Constitucionalismo multinivel. Derechos fundamentales*. Sanz y Torres.
- González González, M (2015). Eudaímones. Dichosos ancianos del Ática. En: Iriarte, A.; Nazaré Ferreira, L. (eds.). *Idades e género na literatura e na arte da Grécia antiga*, pp. 167-191. Imprensa da Universidade de Coimbra.
- González-Trevijano Sánchez, P. (2020) *Los principios de igualdad y no discriminación, una perspectiva de Derecho Comparado: España*. Servicio de Estudios del Parlamento Europeo, Unidad Biblioteca de Derecho Comparado. Disponible en: [https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/STUD/2020/659297/EPRS_STU\(2020\)659297_ES.pdf](https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/STUD/2020/659297/EPRS_STU(2020)659297_ES.pdf)
- González Vázquez, J. (1998). *La poética ovidiana del destierro*. Universidad de Granada.
- Grado, C. de (2018). *Arte y Longevidad. La imagen del anciano en la pintura*. Letra Viva.
- Granjel, L.S. (1991). *Historia de la vejez*. Ediciones Universidad de Salamanca.
- Griffiths, A.H. (1999) Eos. En: Homblower, S.; Spawforth A. (eds.) *The Oxford classical dictionary*. Oxford University Press.
- Grimal, P. (1990) *El helenismo y el auge de Roma. El mundo mediterráneo en la Edad Antigua II*. Siglo XXI editores.
- Hanson A.E. (2010) The Roman Family. En: Potter, D.S. y Mattingly D.J. (Ed.) *Life, Death, and Entertainment in the Roman Empire*, pp. 19-66. University of Michigan Press.
- Harlow, M.; Laurence, R. (2017). Augustus senex: old age and the remaking of the principate. *Greece & Rome*, 64(2), pp. 115–131.
- Hartt, F. (1989). *Arte. Historia de la pintura-escultura y arquitectura*. Akal.
- Hawass, Z. (2000). *Silent Images: Women in Pharaonic Egypt*. The American University in Cairo Press
- Hazel, J. (2001). *Quién es quién en la antigua Roma*. Acento.
- Hempel, W. (1986) El viejo y el amor: apuntes sobre un motivo en la literatura española de Cervantes a García Lorca. En: Kossoff, A.D. (coord.); J. Amor y Vázquez, J. (coord.); Kossoff, R.H. (coord.); Ribbans. C.W. (coord.); *Actas del octavo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, pp. 693-702. Ediciones Istmo.
- Herranz González, R. (2016). La discriminación de las personas mayores: régimen jurídico y realidad social. [Tesis doctoral] Universidad Rey Juan Carlos. Disponible en: <https://www.educacion.gob.es/teseo/imprimirFicheroTesis.do?idFichero=Egzza7Pzi4Q%3D>
- (2025). "Edadismo" como concepto jurídico: doctrina reciente, legislación, y jurisprudencia. En: A. Martínez-Molina, R. Herranz González y L. Parages Jiménez, Eds. *Edadismo: la discriminación del siglo XXI*. Instituto de Mayores y Servicios Sociales(IMSERSO). <https://doi.org/10.1234/XXXX>

- Hodkinson, S.J. (1999) Gerousia. En: Homblower, S.; Spawforth A. (eds.) *The Oxford classical dictionary*. Oxford University Press.
- Howatson, M.C. (1991) Horacio. En: *Diccionario de la Literatura Clásica*. Alianza.
- Huete Morillo, L.M; Marina de Orta, E. (2001) *La edad en la legislación*. Dykinson.
- James, T. G. H. (1953) *The mastaba of Khentika called Ikhekhi*. Egyptian Exploration Society.
- Janson, H.W. (1990). *Historia general del arte: 1. El Mundo Antiguo*. Alianza Forma
- Janssen, R.M.; Janssen, J.J. (1996). *Getting old in Ancient Egypt*. The Rubicon Press.
- (2007). *Growing up and Getting old in Ancient Egypt*. Golden House Publications.
- Javato Martín, M (2010). El maltrato sobre las personas mayores. Perspectiva jurídico-penal. En: Javato Martón, M.; Hoyos Sancho, M. *Violencia, abuso y maltrato de personas mayores*, pp. 167-168. Tirant lo Blanch, p. 167-168.
- Jiménez Fernández, J. (2014). *Proverbios y frases proverbiales del griego al castellano*. El Almendro de Córdoba.
- Johnson, E. (2007). Patriarchal Power in the Roman Republic: Ideologies and Realites of the Paterfamilias. *Hirundo, the McGill Journal of Classical Studies*. Vol. V. 2006-2007, pp. 99-117.
- Josephson, J.A. (2015) Connoisseurship. En Hartwing, M.K. (Ed.) *A companion to ancient egyptian art*. Wiley Blackwell.
- Kandinsky, W. (1989) *De lo Espiritual en el Arte*. Premia
- Kurth, D. (2002). *Las enseñanzas de Ptahhotep*. Alderabán.
- Laes, C. (2023) Revisando la(s) vejez(ces) en el mundo antiguo (2003-2023). ¿Categoría, característica o discapacidad? En: Rubiera Cancelas, C.; García-Ventura, A.; Méndez Santiago (Eds.) *Cuerpos que envejecen. Vulnerabilidad, familias, dependencia y cuidados en la Antigüedad*, pp. 13-38. Dykinson.
- Laín Entralgo, P. (1987). *El cuerpo humano: Oriente y Grecia Antigua*. Espasa-Calpe.
- Ledo Caballero, A.C. (2005). El siglo IV: la época de las hegemonías. En Fernández Nieto, F.J. (Coord.), *Historia Antigua de Grecia y Roma*, pp.149-176. Tirant Lo Blanch, pp.149-176.
- Lefebvre, G. (2003). *Mitos y cuentos egipcios de la época faraónica*. Akal
- Lichtheim, M. (2006). *Ancient Egyptian Literature. The Old and Middle Kingdoms*. Vol I, University of California Press.
- Lillo Redonet, F. (2001) *Palabras contra el dolor: la consolación filosófica latina de Cicerón a Frontón*. Ediciones clásicas.
- Limón Mendizabal, M.R. (1992) Características psico-sociales de la tercera edad. *Pedagogía social, revista interuniversitaria*, nº7, p.167-178.

- López, A. (1994). Prototipo y estereotipo: la mujer en Horacio. En: Estefanía, D. (ed.) *Horacio, el poeta y el hombre*, pp. 33-59. Ediciones Clásicas.
- López, J. (2005). *Cuentos y fábulas del Antiguo Egipto*. Trotta-Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.
- López-Aranguren, E. (1994). Los derechos de la tercera edad. En: Prieto Sanchís, L. et al. *Derechos de las minorías y de los grupos diferenciados*, p.127-146. Escuela Libre.
- López Eire, A. (1988). Homero. En: López Férez, J.A. (Ed.) *Historia de la literatura griega*. pp. 33-65. Cátedra.
- López Férez, J.A. (1988). Eurípides. En: López Férez, J.A. (Ed.) *Historia de la literatura griega*, pp. 352-430. Cátedra.
- (1991). El tema del viejo decrepito en Eurípides. En L. Ferreres (ed), *Treballs en honor de Virgilio Bejarano*, pp. 635-645. Universitat de Barcelona.
- López Melero, R. (2014). A quien aman los dioses muere joven: muchas más sombras que luces en la tercera edad de los antiguos griegos. En: Hernández Crespo, R. y Domínguez Monedero, J. *Las edades del hombre. Las etapas de la vida entre griegos y romanos*, pp.157-208. Delegación de Madrid de la Sociedad Española de Estudios Clásicos.
- López Pulido, A. (2015). *La ancianidad en la Antigüedad clásica*. Sociedad Española de Enfermería Geriátrica y Gerontológica.
- Losada Baltar, A. (2004). *Edadismo: consecuencias de los estereotipos, del prejuicio y la discriminación en la atención a las personas mayores. Algunas pautas para la intervención*. Informes Portal Mayores, nº 14.
- Luce, J.V. (1984). *Homero y la edad heroica*. Destino.
- Luce, J. de (1993) Quod Temptabam Scribere Versus Erat: Ovid in Exile. En: Wyatt-Brown, A. M.; Rossen J. (ed.) *Aging and gender in literature : studies in creativity*. University Press of Virginia, pp.229-241.
- Macnicol, J. (2006). *Age Discrimination, An Historical and Contemporary Analysis*. Cambridge University Press.
- Malagón Bernal, J.L. (2002) *Mitos y ritos de la vejez consecuencias sociales del envejecimiento en las sociedades contemporáneas*. Universidad Pablo de Olavide.
- Manguel, A. (2010). *El legado de Homero*. Debate.
- Manniche, L. (1987). *Sexual Life in Ancient Egypt*. Routledge.
- Mariño Menéndez, F. M. (2001). Introducción y aproximación a la noción de persona y grupo vulnerable en el derecho europeo. En: Mariño Menéndez, F. M.; Fernández Liesa, C. (dirs. y coords.). *La protección de las personas y grupos vulnerables en el derecho europeo*, pp. 19-26. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Subdirección General de Publicaciones.

Mateos y de Cabo, O.I. (2022) La discriminación en la normativa internacional, constitucional y legislación específica española. En: Herranz González, R. (coord.) *La discriminación por edad de las personas mayores. Las múltiples caras del edadismo*, pp. 5-30. Ministerio de Derechos Sociales y Agenda 2030, Secretaría de Estado de Derechos Sociales, Instituto de Mayores y Servicios Sociales.

Matheson, S. B. (2022a). The Features of Old Age: Identifying Elders in Greek and Roman Art. En: Matheson, S. B. y Pollitt, J. J. *Old Age in Greek and Roman Art*. Yale University Press, pp. 29-40.

- (2022b). Veneration and Sympathy: Elders in Family Life. En: Matheson, S. B. y Pollitt, J. J. *Old Age in Greek and Roman Art*. Yale University Press, pp. 41-89.

- (2022c). Derision: An Extreme View of Old Age. En: Matheson, S. B. y Pollitt, J. J. *Old Age in Greek and Roman Art*. Yale University Press, pp. 149-155.

- (2022d). Pathos and Paradigms: The Aged in Myth. En: Matheson, S. B. y Pollitt, J. J. *Old Age in Greek and Roman Art*. Yale University Press, pp. 157-197.

Medina, R. (2018). Vejez, envejecimiento y edadismo. En: Rodríguez, M.P.; Aguado, T. (eds.) *Representaciones artísticas y sociales del envejecimiento*, pp. 27-41. Dykinson.

Medina Sánchez, M.C. (2008). Sabiduría versus debilidad: los modelos de representación de la vejez en el Egipto faraónico sobre soporte mural. *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, nº. 18, pp. 161-185.

Meenan, H. (2007) *Reflexiones sobre la discriminación por motivos de edad en 2007, un intento de aportar claridad y materia de reflexión...* Academia de Derecho Europeo. Disponible en: http://www.era-comm.eu/oldoku/Adiskri/08_Age/2007-Meenan-ES.pdf

Méndez Santiago, B. (2004). Imágenes de la vejez femenina en los epigramas grecolatinos y en las sátiras de Juvenal. *Gerión*, 2004-07, Vol.42 (1), pp.81-105.

Meskill, L. (2002). *Private life in new Kingdom Egypt*. Princeton University Press.

Metropolitan Museum of Art. (1999) *Egyptian Art in the Age of the Pyramids*. Metropolitan Museum of Art.

Michalowski, k. (1991). *El Arte del Antiguo Egipto*. Akal.

Minois, G. (1989). Historia de la vejez. De la Antigüedad al Renacimiento. Nerea.

Mirete Valmala, C. (2024) ¿Qué dicen las estadísticas y los informes sobre la afectación de los derechos personalísimos de las personas mayores en España y en Europa? En: Flores, F. (coord.); Meco, F. (coord.); Martínez Perianes, B. (coord.) *Los derechos personalísimos y la privacidad de las personas mayores*, pp. 35-55. Fundación HelpAge International España.

Molina Sánchez, M (1991) *La Aulularia de Plauto*. Ediciones Clásicas.

Monge Marigorta, J.A. (2001), p.123. Cicerón: vida y obra. En: Cicerón. De Senectute, Acerca de la vejez, pp.113-13. Triacastela3.

Montañés Rodríguez, J.; Latorre Postigo, J.M. (2004) *Psicología de la vejez (estereotipos juveniles sobre el envejecimiento)*. Universidad de Castilla-La Mancha.

Morenilla, C. (2021) Introducción General. En: *Sófocles. Tragedias*. Gredos.

Moreno Conde, M. (2015a). Las edades de la vida: infancia y vejez a través de la iconografía griega. En: Iriarte, A.; Nazaré Ferreira, L. (eds.). *Idades e género na literatura e na arte da Grécia antiga*, pp. 31-60. Imprensa da Universidade de Coimbra.

- (2015b) Entre la risa y el rechazo: construir la fealdad en la antigua Grecia. En: Sánchez C. (ed.); Escobar, I. (ed.) *Dioses, héroes y atletas: la imagen del cuerpo en la Grecia antigua*, pp. 186-199. Comunidad de Madrid, Museo Arqueológico Regional.

- (2018) En la linde de la vida: imágenes de la vejez en la cerámica griega. En: Rubiera Cancelas, C (ed.), *Las edades vulnerables. Infancia y vejez en la Antigüedad*, pp. 247-274. Ediciones Trea.

- (2023). Los múltiples rostros de la vejez en la cerámica griega. Algo más que cuerpos vulnerables. En: Rubiera Cancelas, C.; García-Ventura, A.; Méndez Santiago (Eds.) *Cuerpos que envejecen. Vulnerabilidad, familias, dependencia y cuidados en la Antigüedad*, pp. 149-169. Dykinson.

Mulley, G. (2007) Myths of ageing. *Clinical Medicine* vol. 7 nº 1.

Muñoz González, D. (2018) Masculinidad hegemónica y alteridad: los “viejos” en la Ilíada. En: Rubiera Cancelas, C (ed.), *Las edades vulnerables. Infancia y vejez en la Antigüedad*, pp. 231-245. Ediciones Trea.

Murray, G. (2013). *Esquilo*. Gredos.

Neugarten, B.L. (1999) *Los significados de la edad*. Herder.

Nieto Alcaide, V.; Aznar Almazán, S.; Soto Caba, V. (2000). *Historia del arte*. Nerea.

Nunn J. F. (2002). *La Medicina Del Antiguo Egipto*. Fondo de Cultura Económica.

Officer, A.; Thiyagarajan, J.A.; Schneiders, M.L.; Nash, P.; de la Fuente-Núñez, V. Ageism, Healthy Life Expectancy and Population Ageing: How Are They Related? *International Journal of Environmental Research and Public Health* 2020, 17, 3159. Disponible en: <https://doi.org/10.3390/ijerph17093159>

[Olague-Feliu, F. de \(1989\) La pintura y el mosaico romanos. Vicens-Vives.](#)

Olmos, R (2003). Una lectura femenina de la Odisea. En: Cabrera, P. y Olmos, R. (Coords.) *Sobre la Odisea. Visiones desde el mito y la arqueología*, pp. 293-326. Ediciones Polifemo.

Organización Iberoamericana de Seguridad Social, (2013). *II Informe. Observatorio sobre adultos mayores. Programa Iberoamericano de Cooperación sobre la situación de los adultos mayores en la región 2012-2014*. Secretaría General de la OISS.

Parkin, T.G. (2004). *Old age in the roman world. A cultural and Social History*. The Johns Hopkins University Press.

- Parkin, T.G. (2023) The abuse of aged parents in the ancient Roman world. En: *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, Núm. 66, 2, pp.- 41–50. <https://doi.org/10.1093/bics/qbae002>
- Parkinson, R.B. (1997). *The tale os Sinuhe and another ancient egyptian poems 1940-1640 bC*. Oxford University Press.
- Parra Ortiz, J.M. (2015) *La vida cotidiana en el antiguo Egipto*. La esfera de los libros.
- Peña Gómez, de la, M.P (2008). *Manual básico de historia del arte*. Universidad de Extremadura.
- Pérez Díaz, J. (2002). *La madurez de masas*. Ministerio De Trabajo y Asuntos Sociales, Secretaría General de Asuntos Sociales, Instituto de Migraciones y Servicios Sociales.
- Pérez Rojo, G.; Chulián Horrillo, A. (2013) Marco conceptual de los malos tratos hacia las personas mayores. En: *Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales*, Nº 41, pp. 127-167.
- Pijoan, J. (1972) *Summa Artis, Historia General del Arte. El arte romano*. Vol. V, Espasa-Calpe.
- Pimentel Álvarez, J. (2017). *Marco Tulio Cicerón. Catón El Mayor: De La Vejez. Lelio: De La Amistad*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pociña Pérez A. (1997). Épica y teatro. En: Codoñer Merino, C. (coord.) *Historia de la literatura latina*, pp.13-70. Cátedra.
- Pollitt, J.J. (2022a) Attitudes toward Old Age in Classical Literature. En: Matheson, S. B. y Pollitt, J. J. *Old Age in Greek and Roman Art*. Yale University Press, pp. 14-27.
- (2022b) Ambiguous Images. En: Matheson, S. B. y Pollitt, J. J. *Old Age in Greek and Roman Art*. Yale University Press, pp. 132-147.
- (1989). *El arte helenístico*. Nerea.
- Pratt, L. (2000). The Old Women of Ancient Greece and the Homeric Hymn to Demeter. *Transactions of the American Philological Association*, vol. 130, pp. 41-65.
- Quesada, F. (2003). Lavar con sangre la humillación: armas y valores del guerrero en la Odisea. En: Cabrera, P. y Olmos, R. (Coords.) *Sobre la Odisea. Visiones desde el mito y la arqueología*, pp. 125-145. Ediciones Polifemo.
- Ramírez López, B. (2002). El retrato de Augusto y la propaganda imperial romana. *Eúphoros*, nº5, pp. 71-96.
- Ramos-Soler, I.; Carretón-Ballester, M.C. (2012) Presencia y representación de las personas mayores en la publicidad televisiva: el caso español. En: *Revista Española de Geriatria y Gerontología*, vol. 47, pp. 55-61.
- Reher, D. (1997). Vejez y envejecimiento en perspectiva histórica: retos de un campo en auge. *Política y Sociedad*, nº26, pp. 63-71.
- Revilla, F. (2007) *Diccionario de iconografía y simbología*. Catedra.
- Real Academia Española (1739). *Diccionario de Autoridades*. Tomo VI

- Requena Jiménez, M. (2005). La configuración de nuevas estructuras. Tiranos y Legisladores. En Fernández Nieto, F.J. (Coord.), *Historia Antigua de Grecia y Roma*, pp.85-118. Tirant Lo Blanch.
- Rheinheimer, M. (2009). *Pobres, mendigos y vagabundos*. Siglo XXI
- Ribera Casado, J.M.; García Navarro, J.A. (2021). La vejez no es una enfermedad. *Revista Española de Geriátría y Gerontología*, 56, pp. 257-258.
- (2001). Cicerón y la geriatría actual. En: Cicerón. *De Senectute, Acerca de la vejez*, pp.11-32. Triacastela.
- (2012). *Los tiempos de la geriatría: cien años de compromiso con la salud del anciano: discurso para la recepción pública del académico electo Excmo. Sr. D. José Manuel Ribera Casado leído el día 24 de enero de 2012 y contestación del académico de número Excmo. Sr. D. Diego Gracia Guillén*. Senda.
- Richardson, B.E. (1933) *Old age among the Ancient Greeks*. Johns Hopkins Press.
- Riquer, de, M. y J.M. Valverde. (2007) *Historia de la literatura universal*. Gredos. Vol. I.
- Rivero García, L. (1996). Estructura y valor literario del poema ovidiano sobre cosméticos. En: Arcaz, J.L.; Laguna Mariscal, G.; Ramírez de Verger, A.; *La obra amatoria de Ovidio: aspectos textuales, interpretación literaria y pervivencia*, pp. 121- 142. Ediciones Clásicas.
- Robertson, M. (1997). *El arte griego. Introducción a su historia*. Alianza.
- Rodríguez Adrados, F. (1980). *Lírica Griega Arcaica*. Gredos.
- Rodríguez-Piñeiro Bravo-Ferrer, M; y Fernández López, M. (1986) *Igualdad y discriminación*. Tecnos.
- Rubiera Cancelas, C. (2023). Vejez y esclavitud. Trabajo, salud, placer u muerte en la literatura romana. En: Rubiera Cancelas, C.; García-Ventura, A.; Méndez Santiago (Eds.) *Cuerpos que envejecen. Vulnerabilidad, familias, dependencia y cuidados en la Antigüedad*, pp. 245-266. Dykinson.
- (2018). Introducción: infancia y vejez. En: Rubiera Cancelas, C. (ed.), *Las edades vulnerables. Infancia y vejez en la Antigüedad*, pp. 15-20. Ediciones Trea.
- Ryan, G. (2022) *Estatuas desnudas, gladiadores gordos y elefantes de guerra*. La esfera de los libros.
- Sánchez Rodríguez, A. (2003). *La literatura en el Egipto Antiguo (Breve antología)*. Ediciones Egiptomanía.
- Sánchez Vera, P. (2006). La participación como mecanismo de inclusión social. En: Blázquez Martín, D. (ed.). *Los derechos de las personas mayores, perspectivas sociales, jurídicas, políticas y filosóficas*. Dykinson, pp. 71-100
- Sancho Castiello, M (coord.) (2000). *Las personas mayores en España. Informe 2000*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Secretaría General de Asuntos Sociales, Instituto de Migraciones y Servicios Sociales.

- Santamaría Álvarez, M.A. (2007) La suerte de Titono. En torno al nuevo poema de Safo sobre la vejez. En: Hinojo Andrés, G. (ed.), Fernández Corte, J.C. (ed.) *Munus Quaesitum Meritis: homenaje a Carmen Codoñer*. Universidad de Salamanca, pp. 785-794.
- Sagrera, M. (1992) *El edadismo contra "jóvenes" y "viejos". La discriminación universal*. Fundamentos.
- Sanz Morales, M. (1994) *El Homero de Aristóteles*. A.M. Hakkert
- Sardón Navarro, I.M.S. (1996) Formas del Carnaval en el Teatro. Del realismo grotesco de Aristófanes a los criados de la comedia de Menandro. En *Castilla: Estudios de literatura*, nº21, pp. 195-212.
- Secades Fonseca, M. (2021). El concepto de la vejez en la literatura griega arcaica. En: Blanco-Ruiz, Marian; Sainz de Baranda, C (ed.) *Investigación joven con perspectiva de género VI*, pp.182-190. Universidad Carlos III de Madrid. Disponible en: <https://e-archivo.uc3m.es/rest/api/core/bitstreams/fbb7c556-a7ea-48f5-bdd9-6834544ebb30/content>
- Segura Munguía, S.; Cuenca Cabeza, M. (2008). *El ocio en la Roma antigua*. Universidad de Deusto.
- Sempere Navarro, A.V.; Quintanilla Navarro, Y. R. (dirs.) (2009). *Empleo y protección social de los trabajadores de edad avanzada*. Análisis comparado de la situación actual y propuestas de futuro. Consejo Económico y Social.
- Serrano Delgado, J.M. (2021). *Textos para la Historia Antigua de Egipto*. Cátedra.
- Sevilla Cueva, C. (2000) La imagen de lo femenino en el arte egipcio. En: Miguel Ángel Molinero Polo, M.A.; Solá Antequera, D. (coords.) *Arte y sociedad del Egipto antiguo*. Encuentro.
- Saller, R.P. (1994). *Patriarchy, property and death in the Roman family*. Cambridge University Press.
- Schröder, S.F. (1993) *Catálogo de la escultura clásica*. Museo del Prado, vol. I.
- Signes Codoñer, J. (2019) *Breve guía de la literatura griega desde Hesíodo hasta Platón*. Cátedra.
- Simpson, W.K. (2003) *The Literature of Ancient Egypt: An Anthology of Stories, Instructions, Stelae, Autobiographies, and Poetry*. The American University in Cairo Press.
- Smith, W. (1867) Canidia. En: *Dictionary of Greek and Roman Biography and Mythology*. Little, Brown, and Company.
- Solé, R. (2012). *Champollion*. Perrin.
- Souto Delibes, F. (2002) El rol de la prostituta en la comedia: De Ferécates a Menandro. *Cuadernos de Filología Clásica: Estudios griegos e indoeuropeos*. Vol. 12, pp. 173-191.
- Squire, M. (2011). *The art of the body. Antiquity & Its legacy*. Oxford University Press.
- Stanzione, P. (2008) Personas mayores, capacidad y tutela jurídica: la situación italiana. En Lasarte Álvarez, C. (dir.). *La protección de las personas mayores*. Tecnos, pp. 50-70.

- Strong, D. (1988). *Roman Art*. Yale University Press.
- Suárez Martínez, P.M. (1994) Horacio y las viejas libidinosas. En: *Estudios clásicos*. Tomo 36, nº105, pp. 49-62.
- Deborah, S. Forever Young? The Representation of Older and Ageing Women in Ancient Egyptian Art. En: *Journal of the American Research Center in Egypt*, Vol. 41, pp. 67-84
- Taplin, O. (2007). *Pots & Plays. Interactions between Tragedy and Greek Vase-painting of the Fourth Century B.C.* Getty Publications.
- Tatarkiewicz, W. (2000) *Historia de la estética I: La estética antigua*. Akal.
- Timmer, J. (2013). Age. En Bagnall, R.S. et al (ed.) *The Encyclopedia of Ancient History*. Blackwell Publishing, Vol. I, pp.173-178.
- Toner, J. (2012), *Sesenta millones de romanos. La cultura del pueblo en la antigua Roma*. Crítica.
- Torrego Salcedo, E. (2014), La vejez en Roma. En Hernández Crespo, R. y Domínguez Monedero, J. *Las edades del hombre. Las etapas de la vida entre griegos y romanos*. Delegación de Madrid de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, pp. 209-229.
- Tylor, J. J. y Griffith F. LL. (1894). *The tomb of Paheri at el-Kab*. Egypt Exploration Fund.
- Urruela Quesada, J.J. (2006) *Egipto Faraónico. Política, economía y sociedad*. Ediciones Universidad de Salamanca.
- Utchenko, S.L. (1978) *Cicerón y su tiempo*. Akal.
- Valdesogo Martín, M.R. (2011). *El arte egipcio. Cómo interpretar y comprender la obra plástica del Antiguo Egipto*. Dilema.
- Veyne, P. (1991). Imperio Romano. En: *Historia de la vida privada. Del Imperio romano al año mil*, pp. 21-228. Altea, Taurus, Alfaguara.
- (2010). *Sexo y poder en Roma*. Paidós.
- Wallace, E.A. (1902). *The Nile: Notes for Travellers in Egypt*. Harrison and Sons.
- Wilkinson, R.H. (2003) *Magia y símbolo en el arte egipcio*. Alianza Forma.
- Wilson, J.A. (1953) *La cultura egipcia*. Fondo de Cultura Económica.
- Wilson, J. P. (1997) *The hero and the city: an interpretation of Sophocles' Oedipus at Colonus*. University of Michigan.
- Woodcox, A. (2018) Aristotle's Theory of Aging. En: *Cahiers des études anciennes, La Vieillesse dans l'Antiquité, entre déchéance et sagesse*. LV, pp. 65-78.

